LOS SECRETOS DEL MAR

# COUSTEAU

## VIAJES

34



folio



# COUSTEAU

VIAJES

34

**Dirección editorial:** Julián Viñuales Solé

**Asesores científicos:** Serge Bertino, Rhodes W.Fairbridge, Antonio Ribera y Vicente Manuel Fernández

**Traducción:** Vicente Manuel Fernández y Miguel Aymerich

**Coordinación editorial:** Julián Viñuales Lorenzo

**Coordinación técnica:** Pilar Mora

**Coordinación de producción:** Miguel Angel Roig

**Diseño cubierta:** STV Disseny

**Publicado por :**
Ediciones Folio, S.A.
Muntaner, 371-373
08021 Barcelona



De esta obra hubo una edición anterior de doce volúmenes titulada genéricamente *Los Secretos del Mar*.

ISBN: 84-7583-527-9 (Volumen 34)
84-7583-530-9 (Obra completa)

Impresión: Printer, Industria Gráfica, S.A.

Depósito Legal: B-1568-1994
*Printed in Spain*

# COUSTEAU

## VIAJES

## 34

folio



# SUMARIO

EL PECIO DEL GRAND CONGLOUE

8 Tres tazas de Campania
10 Algunos viejos trozos de ánforas
14 La aspiradora submarina
16 Un vino realmente añejo
18 Puerto-Calypso
20 Electrónica bajo las olas
22 El armador Marcus Sestius

UN TESORO HUNDIDO

24 El banco de Plata
26 «Nuestra Señora de la Concepción»
28 Un plebiscito a bordo
30 La fiebre del oro
34 Cañones y porcelana
36 El final de una ilusión

LA LAGUNA DE LOS BARCOS PERDIDOS

40 Un atolón en medio del Pacífico
42 Objetivo Truk
44 Un cementerio marino
48 Descubrimiento del «Heian Maru»
50 La herencia de la guerra
52 En alta mar frente a Eten

LOS MISTERIOS DEL LAGO TITICACA

56 Un túnel legendario
58 Las ruinas de Tiahuanaco
60 Las islas del Sol y de la Luna
62 El pueblo del cañaveral
66 Tesoros sepultados
68 Una pulga en el lago

EL ENIGMA DE LA ISLA DE PASCUA


72 Un punto en el océano
74 El testamento de piedra
78 Los «maoi»
82 «Ahu» y piedras grabadas
84 Bajo el mar
86 El panteón de la isla de Pascua

EN BUSCA DE LA ATLANTIDA

88 ¿Historia o leyenda?
92 La isla de Día
94 Un misterioso terraplén
96 A pie de obra, bajo el agua
100 Una taza de la época minoica



# EL PECIO DEL GRAND CONGLOUE



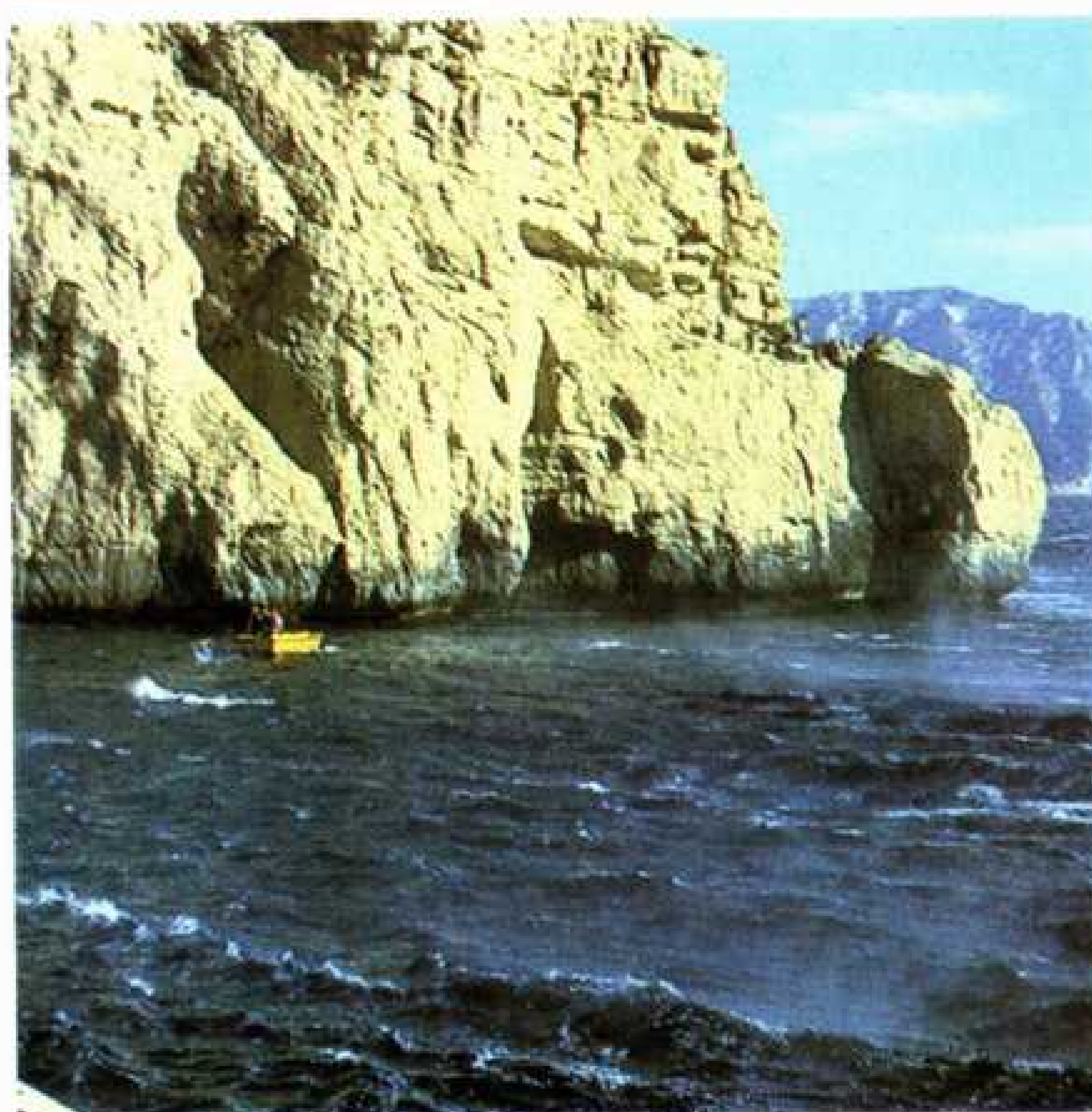
# Tres tazas de Campania

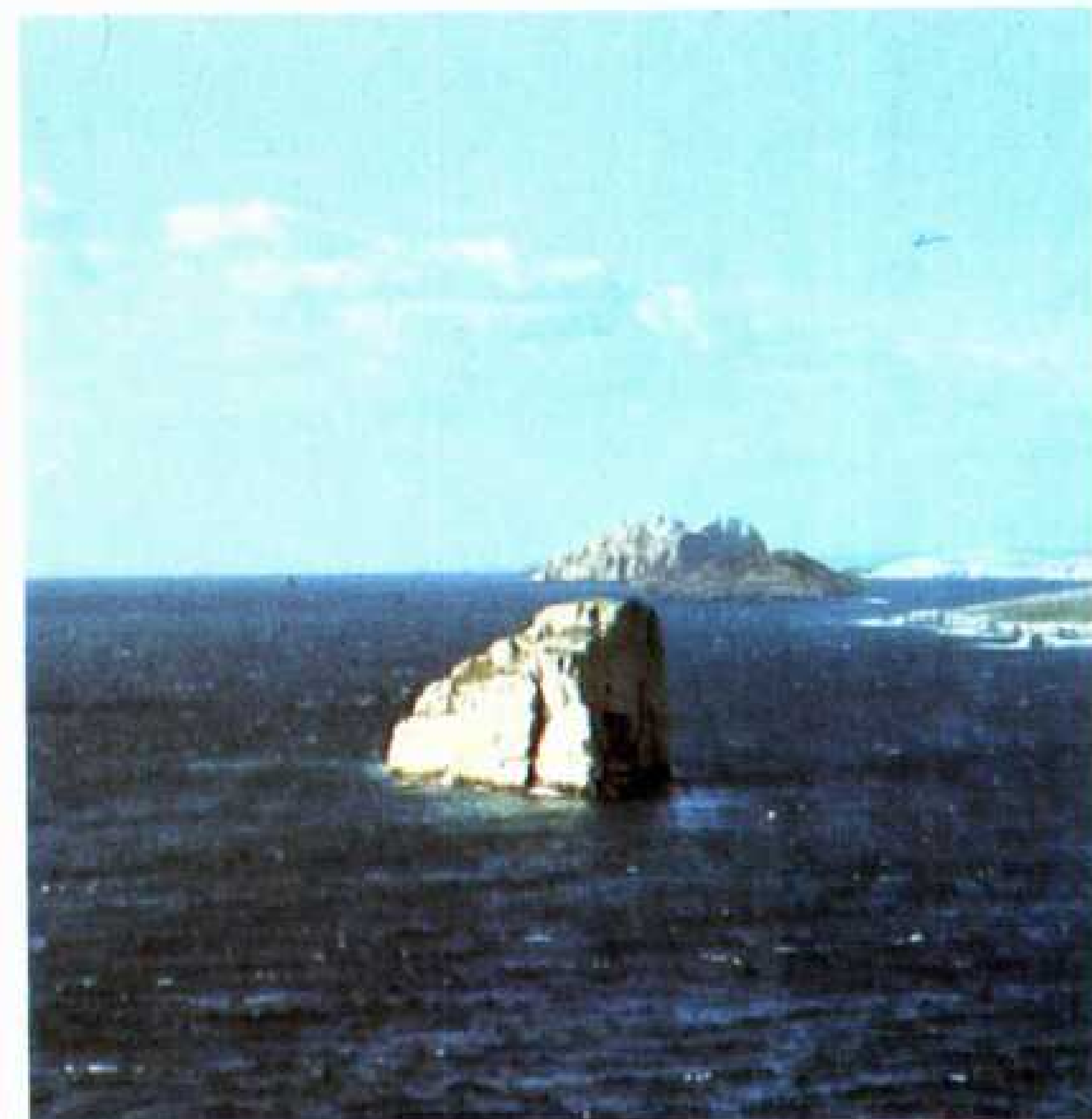
En el transcurso del verano de 1952, el *Calypso* recibe la visita de un hombre que no tiene la menor experiencia de inmersión submarina. Es alto, tiene la cara quemada por el sol y el pelo alborotado. Sus ojos, que se encienden con súbitos destellos, demuestran su amor por la aventura. Se llama Fernand Benoit, y es el director de Antigüedades de Provenza.



Le recibo en la cámara de oficiales del *Calypso* acompañado por mi amigo Frédéric Dumas, y nuestra conversación despierta en nosotros sentimientos enfrentados: la ardiente excitación de un posible descubrimiento y el miedo al fracaso.

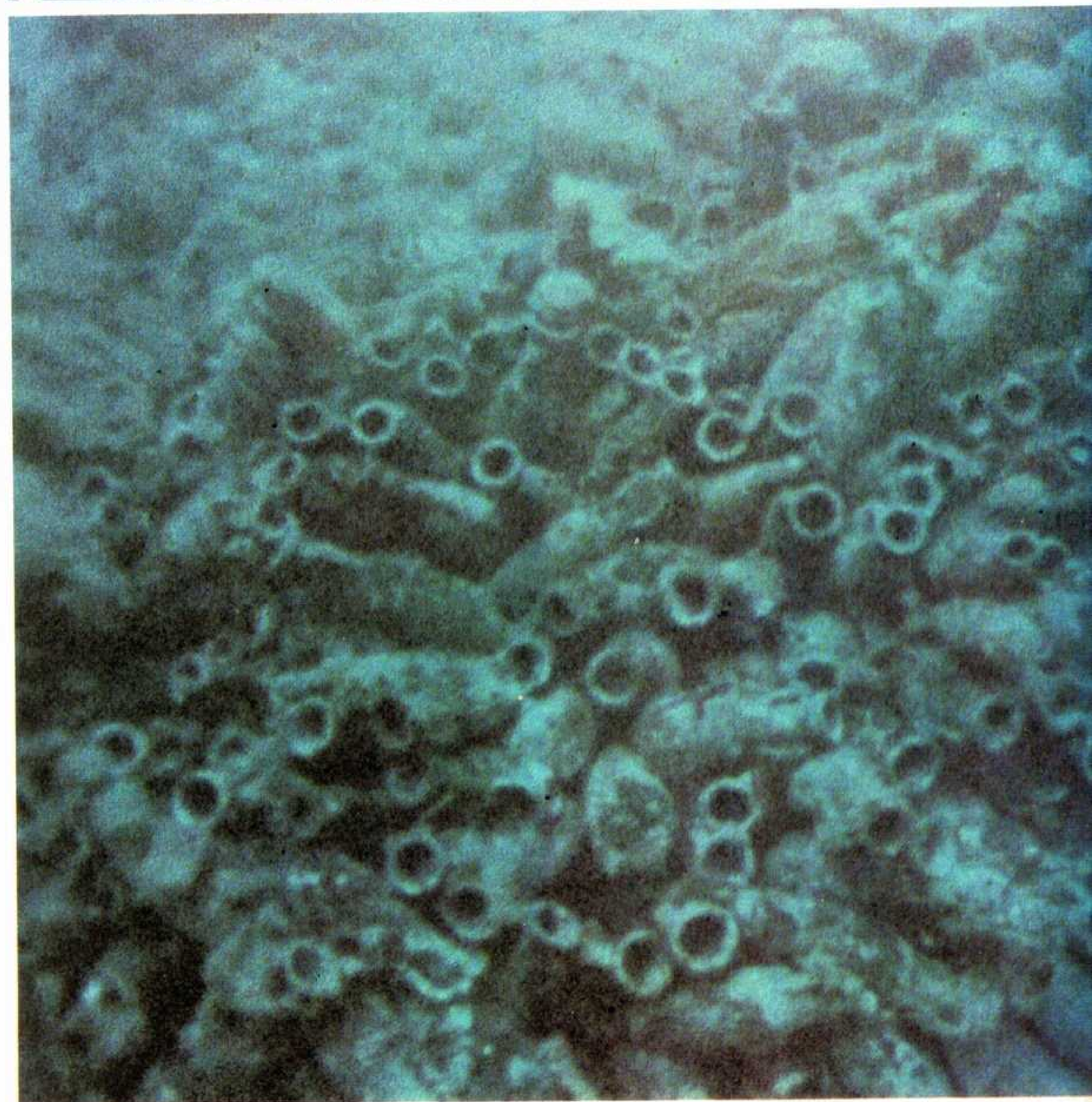
De vuelta al puente respiro profundamente el aire tonificante y fresco que sopla en la rada de Marsella. En el viejo puerto, bajo el sol, despreocupados, los marselleses observan el ajetreo de los estibadores. El viejo demonio de la acción se apodera de nuevo de mí. Adelante.





Hace alrededor de dos mil quinientos años, un grupo de emigrados originarios de la ciudad griega de Focea fundaron esta villa aún próspera, de la que abandonaremos la rada con rumbo al sudoeste. El *Calypso* se estremece sobre las olas, y mi mirada se posa sobre la cresta de colinas calizas que, allá en el horizonte, parecen ser la separación indispensable entre el azul oscuro del cielo de Provenza y el azul marino profundo del Mediterráneo.

Los dos islotes gemelos de Rion y del Grand Congloué emergen al rato de entre las últimas brumas. El *Calypso* se dirige hacia el segundo peñasco, cuyos grandes bloques se superponen a modo de pirámide. Durante la maniobra de acercamiento pienso en los hombres que hallaron aquí la muerte hace siglos, y cuyas huellas venimos a buscar. Según las indicaciones recogidas por el profesor Benoit y por Frédéric Dumas, un antiguo pecio descansa en los fondos cercanos al islote. Echamos el ancla cerca de la caliza luminosamente blanca e iniciamos nuestras inmersiones de reconocimiento.



Frédéric Dumas es el primero en descender. Racimos de burbujas plateadas ascienden hacia la superficie. A veces, el sol que declina al oeste las colorea de oro y anaranjado. Me indican que todo va bien para Dumas, y, siguiendo con los ojos su desplazamiento, tengo la impresión de compartir la inmersión de mi amigo.

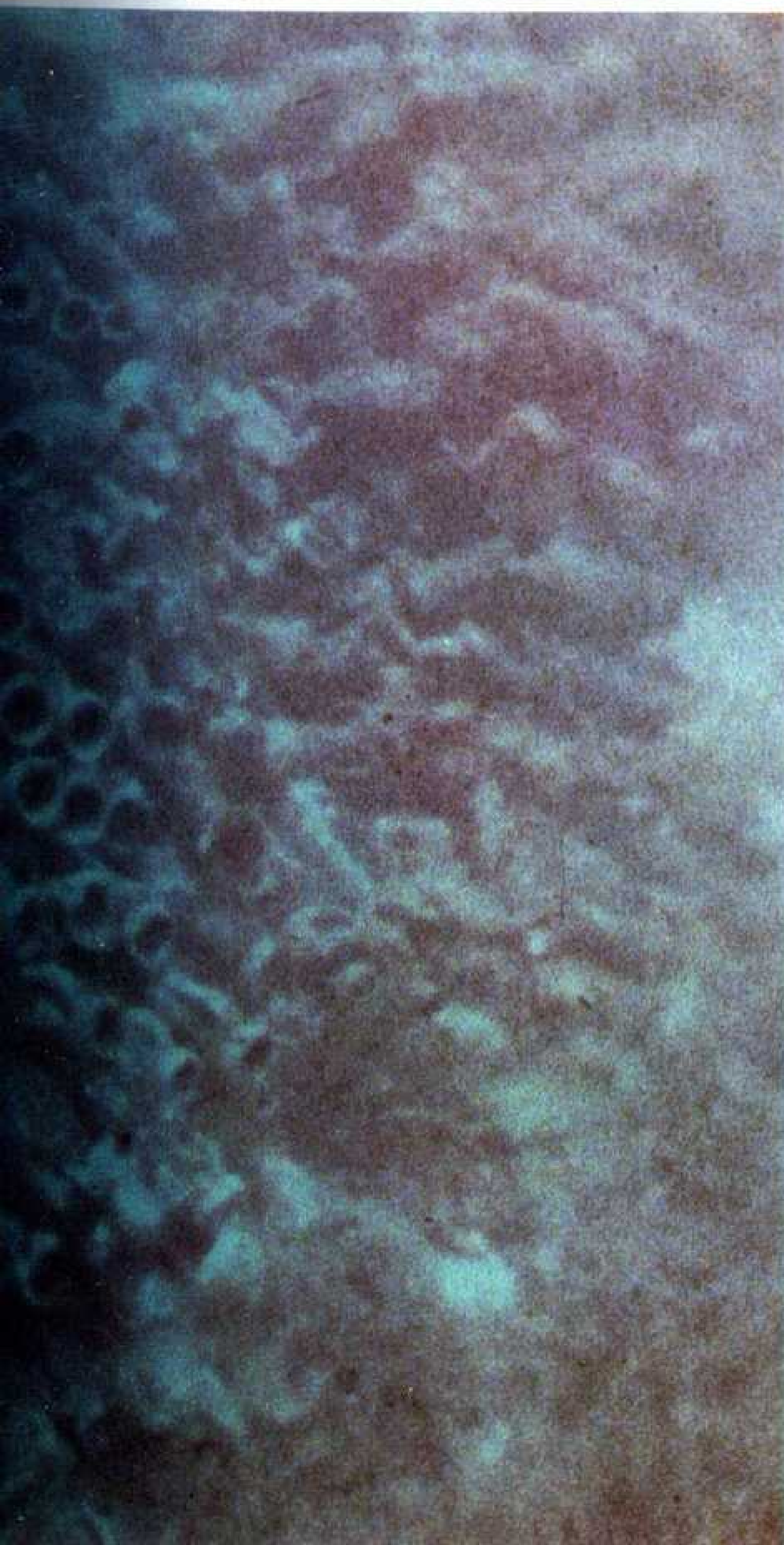
Dumas emerge veinte minutos más tarde. Sus ojos parpadean un instante a la luz; luego se quita las gafas.

«Nada. No he encontrado nada...»

El profesor Benoit frunce el ceño, claramente decepcionado. Por el momento dudo también que podamos recuperar rápidamente el valioso cargamento del antiguo pecio. Me sumerjo yo también. Es-







toy convencido de que es completamente inútil, ya que si hubiera habido algo que observar, Dumas lo hubiera visto. Pero nunca se sabe... Me deslizo lentamente hacia abajo, a lo largo de las rocas, hasta el fondo que se extiende a mis pies. Allí yacen algunos bloques que la erosión ha desprendido de la pirámide. No estoy tranquilo; me falta entrenamiento y ya me encuentro a 40 metros de profundidad. Nada a la vista, ni un ánfora, ni un trozo de cerámica. ¿Volver a subir? Sería admitir que hemos fracasado. Me obligo a proseguir. Me deslizo entre dos enormes peñascos. Un grupo de gorgonias en abanicos me rozan la cara. ¡No estoy de humor para apreciar este tipo de caricias! El agua me aspira cada vez más hacia abajo, sin que descubra el menor vestigio. Mi corazón golpea con fuerza mi pecho. Debo tener cuidado, ya que mi reserva de aire se está agotando. Pero la idea de subir me disgusta aún más que la de proseguir. ¿Será consecuencia de la embriaguez de las profundidades? No creo. Con toda esta agua sobre mi cabeza, me limito a pensar simplemente en una idea elemental: para reunir los fondos necesarios para el salvamento de un pecio hay que encontrarlo primero.

Con un ligero impulso de mis aletas sobrevuelo una pequeña ensenada de arena. Creo distinguir el perfil de un ánfora. Me detengo. En medio del silencio, el ligero silbido emitido por mi distribuidor de aire adquiere una extraña importancia. Tengo que darme prisa. Es realmente un ánfora. La enderezo y la fijo sólidamente en el sedimento, antes de lanzarme hacia la superficie. A una altura de 30 metros diviso el pecio: una larga silueta hundida en la arena y rodeada de trozos de ánforas. En medio, tres copas de barro cocido destacan del substrato. Vuelvo a bajar. Me apodero de ellas con rapidez y me dirijo hacia la superficie, tan velozmente como me lo permiten mis paradas de descompresión.

¡Proceden de Campania!

El profesor Benoit nos recibe, a mí y a las tazas, con un grito de alegría. Se inicia nuestra aventura en la galera hundida.

*El islote del Grand-Congloué, mar adentro frente a Marsella (página de la izquierda, arriba), es tan sólo un peñasco pelado en medio del mar. Hace unos dos mil años, un barco griego se hundió cerca de él. En cuanto los buceadores del* Calypso *llegan allí, divisan en el fondo montones de cerámica (a la izquierda), así como ánforas y fragmentos diseminados (arriba a la izquierda). Los hombres empiezan por subir a la superficie algunas piezas (serie de fotografías de la derecha), para identificarlas y datarlas con mayor precisión.*





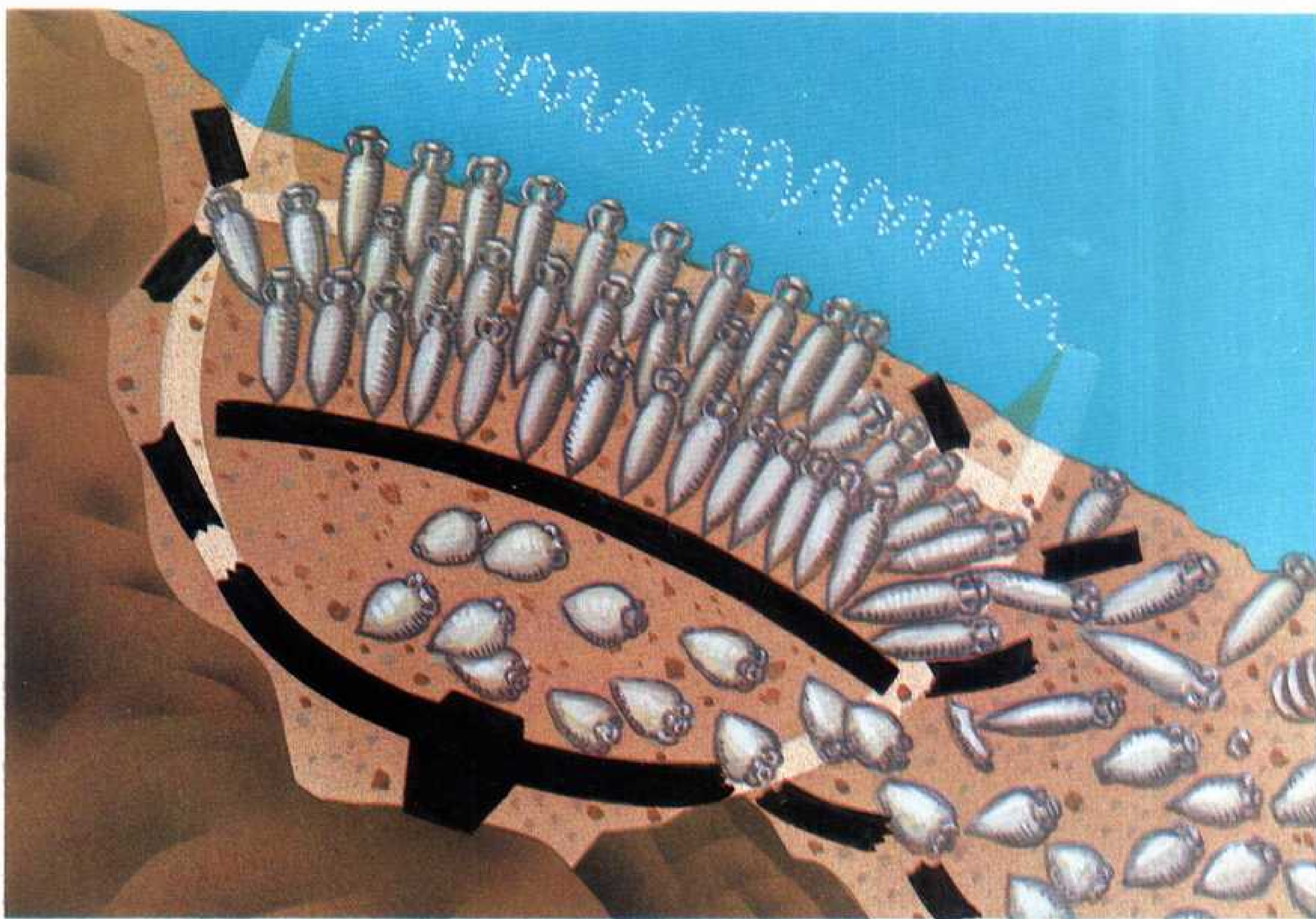




# Algunos viejos trozos de ánforas

UNA espesa nube de arena ondea alrededor de la excavación submarina. Han transcurrido unos meses desde mi descubrimiento inicial. El trabajo de recuperación ya ha comenzado. La financiación de la operación corre a cargo de la Dirección de Antigüedades del Ministerio de Educación Nacional, de la National Geographic Society de Washington, de la Diputación del Departamento de Bouches-du-Rhône y de la municipalidad de Marsella. La Cámara de Comercio y las autoridades portuarias de Marsella participan también en la operación, prestándonos herramientas y diversos aparatos.

El *Calypso* se ha transformado en la base flotante de los trabajadores que forman parte de la misión. Somos muchos, ya que los voluntarios han acudido de todos los rincones de Francia. Entre ellos, Albert Falco, hoy piloto del platillo de inmersión y jefe de misión a bordo del *Ca-*



*lypso*, y Armand Davso, que demostró ser desde esta aventura un maravilloso técnico submarino.
El trabajo se organiza en el fondo del Mediterráneo. Por falta de experiencia perdemos aún mucho tiempo. Una cierta confusión reina en el trabajo. Pero descubrimos pronto nuestros errores y los corregimos. Observamos que la tarea bajo el agua es agotadora. Los buceadores deben recoger las ánforas y transportarlas hasta el cesto metálico que las sube a la superficie. Luego vuelven a la excavación e intentan imaginar cuál podría ser la estructura del pecio, hoy totalmente cubierto de arena. Hay que determinar también la compleja disposición del cargamento. Pero los submarinistas no deben olvidar jamás las posibilidades y las limitaciones de las botellas de aire comprimido que llevan a la espalda. El afán de trabajo es tan grande que nos vemos obligados a disparar desde la superficie un tiro al agua para indicar a cada equipo el momento de remontar.
Los dos buceadores que componen cada equipo trabajan a una profundidad de unos 40 metros. Tienen que respetar una parada de descompresión de cinco minutos a tres metros de la superficie antes de emerger.
Además de su tripulación, el *Calypso* acoge a los tres arqueólogos que se nos han unido: los profesores Benoit, Lalle-



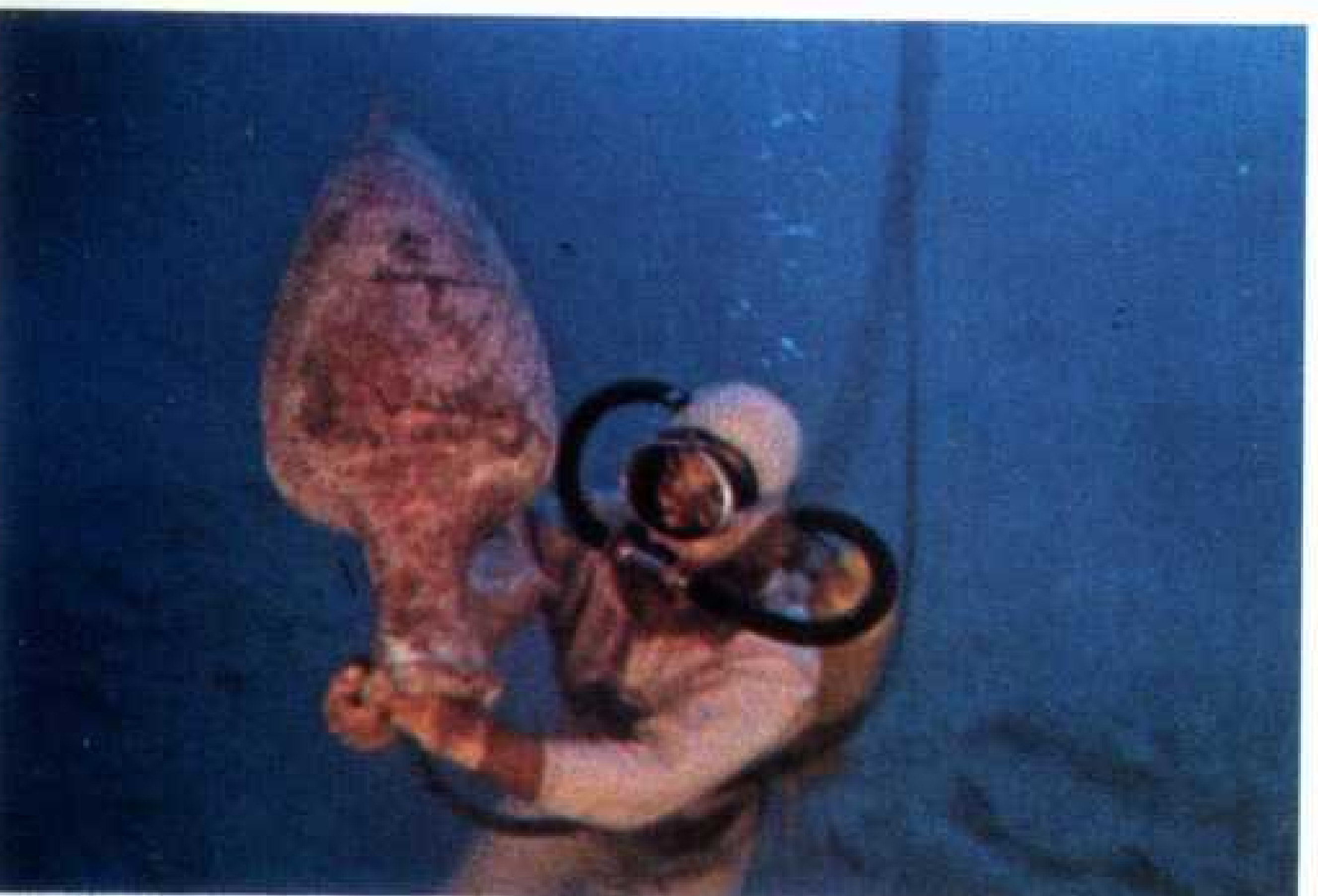


*Decenas y decenas de ánforas descansan en el sedimento. La gran mayoría están intactas. Los hombres del* Calypso *trabajan largas horas en el fondo (en esta página). Antes de ser subida a la superficie, cada pieza arqueológica es localizada con mucho cuidado. Las excavaciones en el agua permiten hacerse una idea bastante precisa de la posición del pecio. El dibujo de la izquierda representa un corte transversal del casco y del cargamento.*






*Uno de los métodos más sencillos y menos cansados de subir las ánforas a la superficie consiste en darles la vuelta y llenarlas de aire comprimido. La fuerza de Arquímedes basta para sacarlas a flote (en esta página y a la derecha). En la superficie, algunos tripulantes en barca recuperan los valiosos objetos (arriba). El profesor Benoit estudia, clasifica, dibuja, hace inventario y etiqueta cada una de las piezas en el puente del* Calypso *(página de la derecha, arriba).*


mand y Médou. Ni un solo fragmento de cerámica ni de ánfora que sube a bordo escapa de su atento examen. A veces, alguno de ellos se apodera de un pedazo de cerámica y lo observa todavía con mayor detenimiento, lo dibuja, lo fotografía meticulosamente antes de volver a depositarlo con cuidado.

Durante esta primera fase de trabajo, que dura unos dos meses, subimos a bordo varios centenares de ánforas e innumerables fragmentos de cerámica y de recipientes de barro cocido. Al anochecer, cuando la fresca brisa marina alivia las fatigas del día, interrogamos a los arqueólogos:

—¿Qué tipo de navío creen ustedes que estamos descubriendo?

—Es aún difícil de decir. Pero, de cualquier forma, se trata del barco mercante más antiguo que se haya explorado hasta la fecha.

—¿El casco podría hallarse aún intacto?

—No creo. A juzgar por los fragmentos de cerámica, el barco debió de chocar contra las rocas y abrirse.

—¿De qué época data, según usted?

—Probablemente del siglo II antes de Cristo.

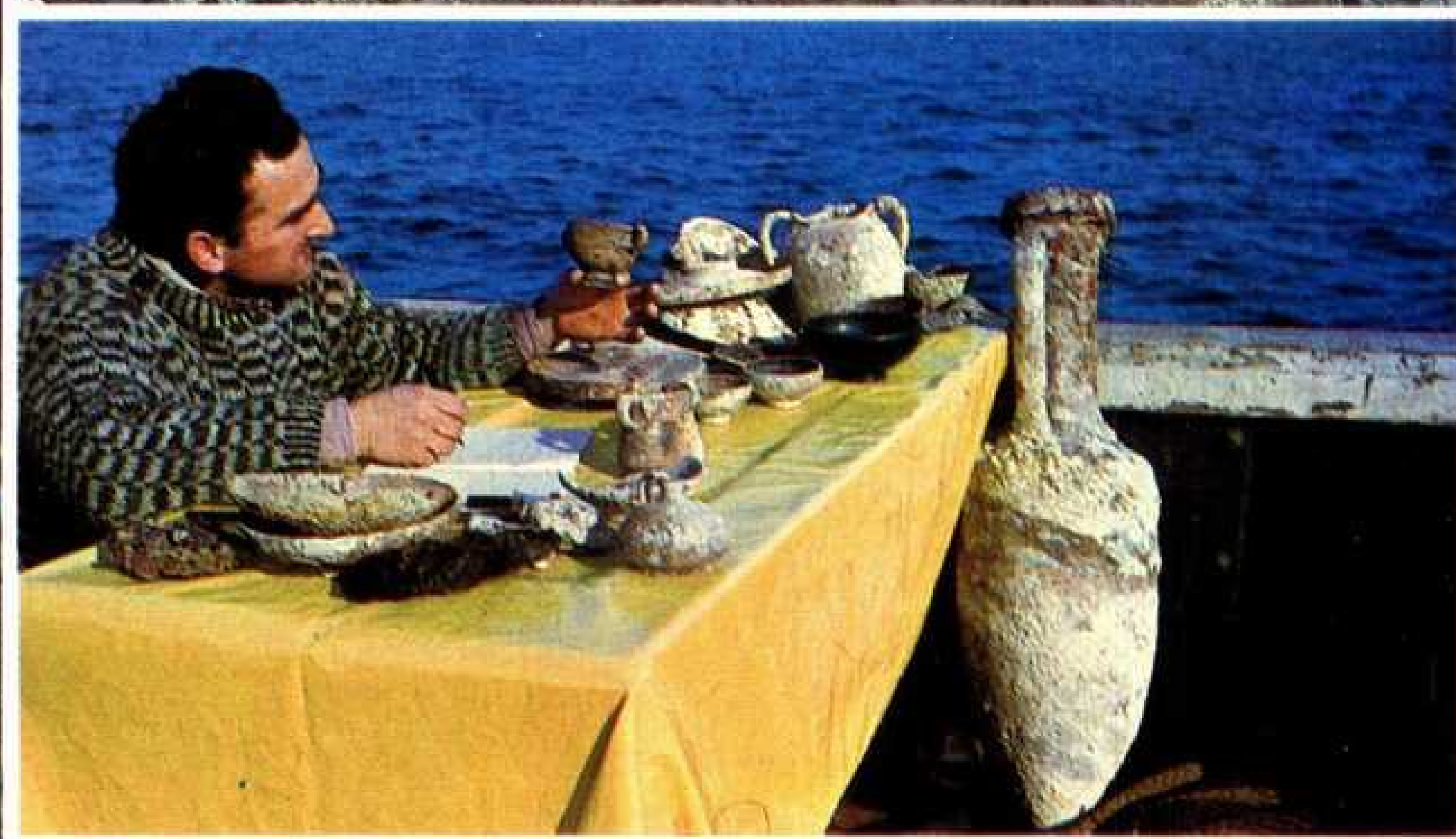
—¿Cuántas ánforas transportaba?

—Quizás unas diez mil.

—Sería apasionante reconstruir gracias a estos vestigios la historia del barco. ¿De dónde venía? ¿Hacia dónde se dirigía? ¿Quién lo había armado, y por qué?

—Efectivamente, sería apasionante —asienten los arqueólogos, con un tono de voz escéptico—, ¡pero es lo más difícil de averiguar!





# La aspiradora submarina

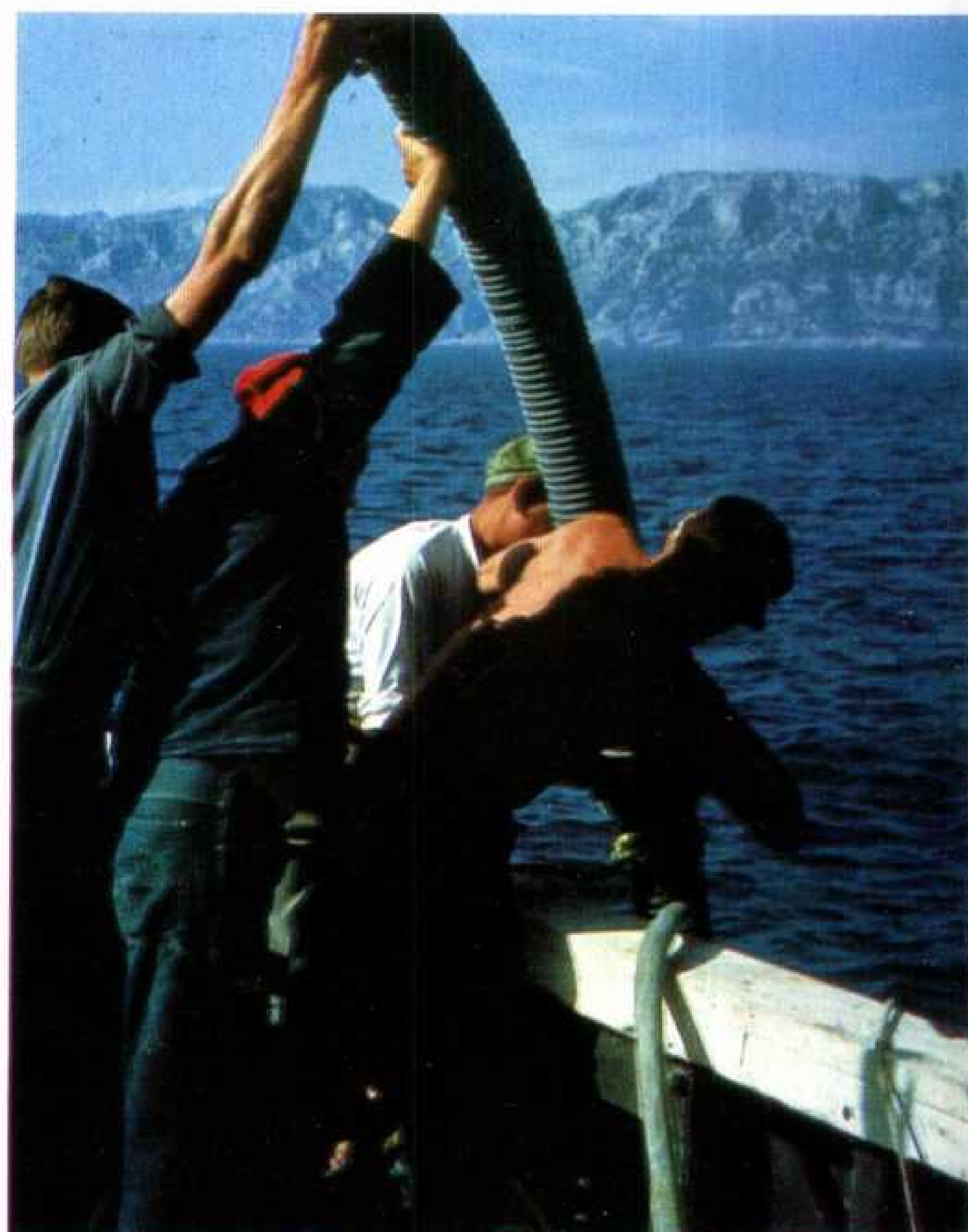




UN buceador desciende lentamente por la escalera de popa. Se detiene un instante y contempla ante él la alta barrera caliza del Grand Congloué. Arrastra tras de sí un mango atado a un grueso tubo flexible.
Es la chupadora, la aspiradora del fondo del mar. El buceador, una vez ajustadas sus gafas, inicia su descenso. Se acerca al cabo fijo que hemos colocado bajo la boya y que utiliza como guía para llegar directamente hasta la excavación. Allí examina la trinchera que ya hemos cavado en los sedimentos. Cuellos o fondos de ánforas emergen de ellos por doquier. La luz amarilla de nuestras lámparas forma una extraña armonía coloreada con el azul del agua.
Después de un momento, el buceador dirige la chupadora hacia los sedimentos, y se diría que una alegría salvaje se apodera de él. Es la primera vez que utilizamos la aspiradora submarina en el Grand-Congloué. Los resultados son excelentes. Una vez abierto el grifo de aire comprimido que controla la aspiración, el sedimento desaparece en forma de grandes pedazos por el tubo.
La chupadora fue utilizada por primera vez bajo el mar en 1886 para recuperar el tesoro de la fragata *La Lutine,* que había naufragado el 9 de octubre de 1799 frente a las islas Frisias. Se trata de un gran tubo flexible dotado de un armazón metálico, terminado en general en un embudo rígido que el buceador mantiene en contacto con el sedimento. Este gran tubo está forrado en toda su longitud por otro tubo de menor diámetro que conduce el aire comprimido y que termina un poco



antes del extremo del pico. El aire comprimido alcanza el fondo con una presión que ha de ser superior en algunos kilogramos por centímetro cuadrado a la presión hidrostática ambiente, provocando así un potente efecto de aspiración de la arena, la grava y los restos sembrados por el suelo. El extremo superior de la aspiradora desemboca en una criba. Nosotros la hemos instalado en las rocas del Grand-Congloué. Retiene todos los restos, que serán seguidamente clasificados por un arqueólogo.
Al principio, el manejo de este aparato nos parece sencillo y divertido. Pero nos damos cuenta rápidamente de que es un trabajo agotador.
Hay que utilizar este aparato con mucho cuidado. Más vale ir despacio que destruir objetos susceptibles de ayudar a comprender el pecio.





*Para limpiar los restos del pecio de los sedimentos que le cubren hacemos funcionar nuestra chupadora. La organización general de la excavación figura en el dibujo de la izquierda. La base en tierra firme comporta un barracón, un compresor, etc. Los objetos liberados por la chupadora son subidos en un cesto (a la derecha).*

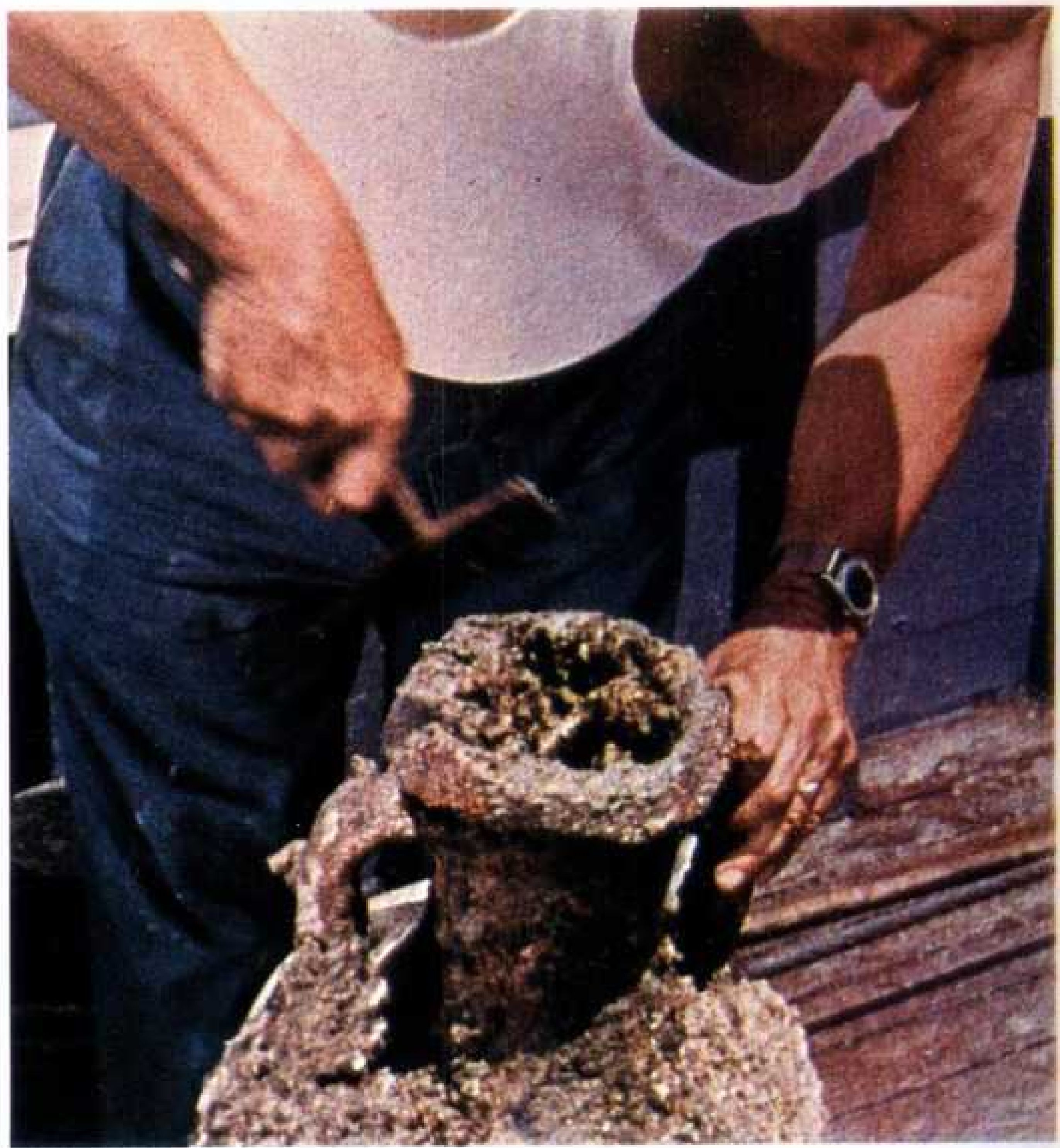


# Un vino realmente añejo



EL cargamento del pecio del Grand-Congloué comprende dos tipos de ánforas, que distinguimos ahora perfectamente: las alargadas proceden seguramente de Italia, mientras que las otras, más abombadas y elegantemente modeladas, son de tipo griego.

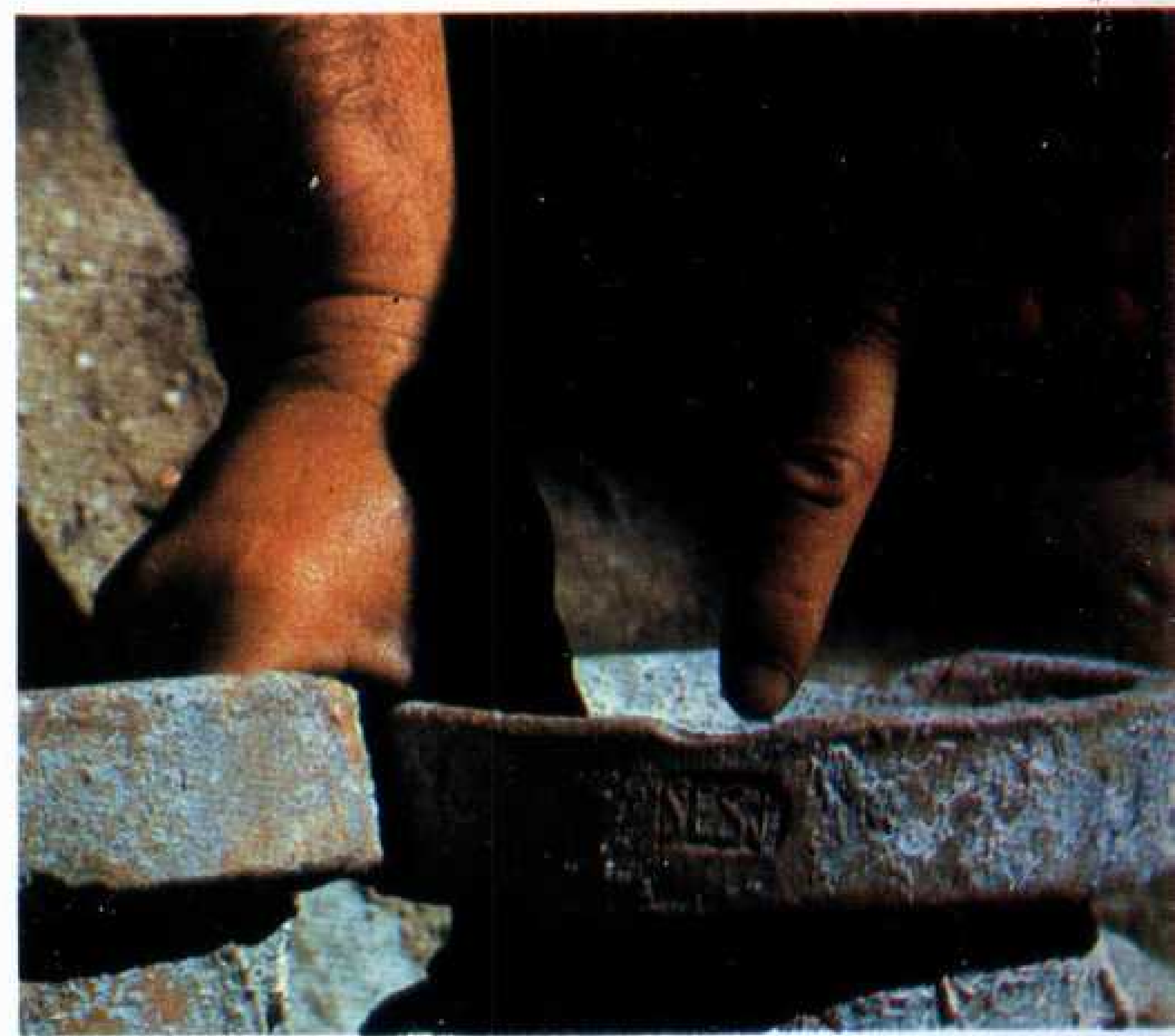
Un buen día descubrimos en el seno del sedimento un ánfora todavía cerrada. Bajo un primer tapón de puzolana, el segundo tapón de corcho está intacto y, hecho extraordinario, ¡parece que el ánfora sigue estando llena! La subimos con mil precauciones a bordo del *Calypso,* donde todo el equipo está reunido, muy excitado. El capitán Saut se agacha sobre el ánfora y la palpa cuidadosamente, como si quisiera adivinar la naturaleza de su contenido. El barro del recipiente está totalmente cubierto de concreciones marinas y de esponjas incrustadas, como si la naturaleza hubiera inventado para ella nuevos motivos decorativos. Los animales marinos embellecen este valioso vestigio, esta sencilla ánfora de dos mil años de edad. Tiene una barriga panzuda y un grácil cuello. Alguien da al capitán Saut un cuchillo de buceador. El capitán empieza por rascar la puzolana que cubre el ánfora. Un fino polvo plateado se levanta, acompañado por un olor acre y azucarado. El capitán desprende con posteriori-

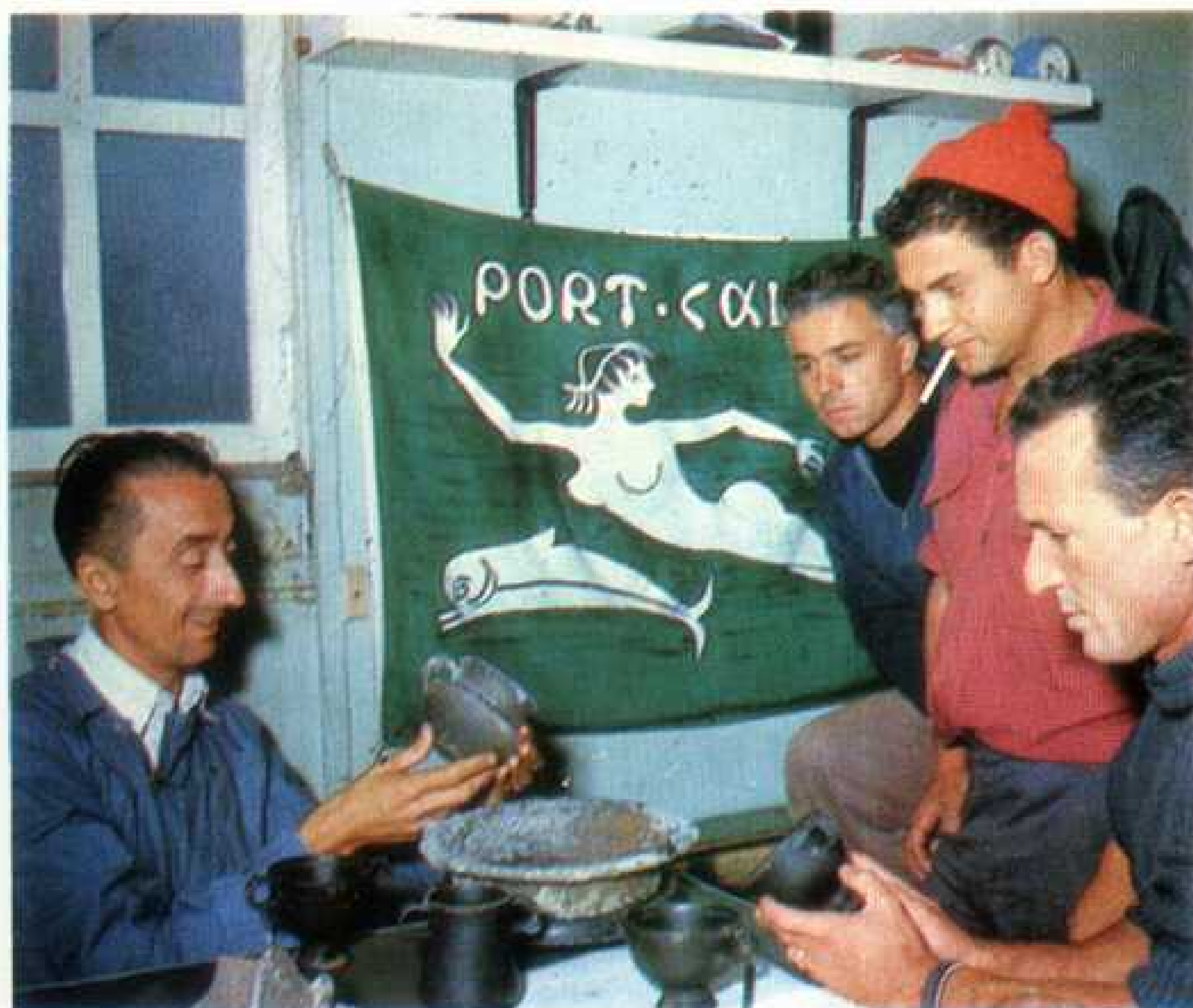



dad los trozos de corcho que siguen pegados al cuello. Trabaja con paciencia y meticulosidad. Una hora, y la abertura del ánfora ha quedado despejada.
Lallemand y yo escogemos este momento para adelantarnos. Hemos decidido ser los primeros en probar el contenido de este recipiente de otra época. Desde hace semanas observamos que las ánforas del barco se han transformado en refugio de una multitud de pulpos. Pero ahora nadie duda de que ésta contiene vino.
Mandamos que nos suban dos vasos de la despensa. El capitán Saut los llena ceremoniosamente con un líquido parduzco, con todo el cuidado debido a un vino en verdad añejo... Ahora, la degustación... Con una mueca de horror, Lallemand escupe su sorbo de líquido. Por mi parte, respeto el ritual hasta el final y trago estoicamente un horrible sorbo de vino picado. Intento convencerme de que se trata de un año excelente. Pero ¿qué caldo hubiera podido resistir un envejecimiento de dos mil años en el fondo de la rada de Marsella? Mejor será mandar el resto del brebaje a un laboratorio para que los científicos lo analicen y determinen su composición. Con la euforia del momento soñamos con nuevas ánforas llenas de vino menos estropeado. Pero, a pesar de las miles de inmersiones siguientes, el pecio no dio ninguna otra ánfora cerrada.
Además de las ánforas, sacamos a la luz cálices de dos asas, copas, tazas y platos para pescado cuyo centro está excavado para guardar las salsas. En cada buceo, nuestros hallazgos se diversifican: frascos para perfume, puñales de bronce, botes de ungüentos, fragmentos de madera, pernos de roble, pesas, clavos de cobre, un anillo de bronce... El descubrimiento más importante para la historia de nuestro pecio fue una marca. La encontramos grabada en el borde superior de varias ánforas. Se compone de tres letras (SES), y le sigue una especie de logotipo: un ancla o tridente. Tal vez nos revele el secreto del naufragio.
Pero el tiempo va transcurriendo. El invierno se va acercando, y las tempestades nos obligan a buscar refugio.

*Día tras día, las ánforas van llegando al* Calypso. *Los buceadores dirigidos por los arqueólogos que nos aconsejan, abren los antiguos recipientes. Una de las ánforas está todavía llena de vino... ¡Un vino muy añejo! Los hombres de a bordo no pueden resistir probar el brebaje (arriba). En varias ánforas encontramos la marca del armador: SES, y un tridente (abajo).*



# Puerto-Calypso




Un rayo de sol se filtra a través del tragaluz del barracón. Un cable gime sobre el tejado metálico. Sentado ante mí, Frédéric Dumas observa con lupa las decoraciones de una copa de cerámica procedente de Campania. Cerca de él, Albert Falco examina el compresor canturreando una vieja canción provenzal. Me levanto. Me acerco a la puerta y la abro. El viento se precipita al interior.
—¡Sigue el mistral!
—Tardará tres días en parar —comenta Falco.
—A menos que tarde seis a nueve días —añade Dumas.
Frédéric Dumas agrupa unas cuantas piezas arqueológicas que hemos pescado recientemente en el fondo y las guarda en un armario metálico. Luego se reúne conmigo ante la puerta para observar el mar. Las olas se abaten con gran estruendo sobre las rocas peladas de nuestro islote de caliza. Excepto las gaviotas argénteas que luchan valientemente contra la tempestad, los seres vivos parecen haber abandonado nuestro universo.
Gracias a Dios, el *Calypso* ya no está anclado en la vertical de nuestro pecio. Al principio del invierno decidimos construir una base fija sobre el islote del Grand-Congloué. El *Calypso* debe realizar otras misiones de investigación oceanográfica, y de cualquier forma, hubiera sido imposible permanecer anclados aquí. Demasiado peligroso. Transformados en carpinteros, los buceadores han construido un barracón de tablones y uralitas, ayudados por un oficial y seis soldados zapadores.
Bautizado con un cierto énfasis Puerto-Calypso, nuestro barracón se alza a un centenar de metros del gran mástil de trabajo que Roger Gary, un gran amigo, ha encontrado para nosotros Dios sabe dónde. Fijado a la roca, este mástil funciona como una gran grúa para bajar hasta el pecio el cesto de recuperación y el tubo de la chupadora. Entre el barracón y el mástil, una pequeña plataforma sostiene un torno y el compresor del aspirador submarino.
El mistral que barre el golfo de León después de haber recorrido silbando el valle del Ródano, nos hace huir una vez más hacia el barracón. La tarde cae. A través del ojo de buey miramos cómo brillan las estrellas. En el transcurso de la noche, me despierta bruscamente un inquietante alboroto. Me cuesta recordar dónde estoy. Se abre la puerta y oigo la angustiada voz de Falco.
—¡La plataforma ha desaparecido!
—¿Qué?
—¡Las olas, comandante!
Salto de la cama y busco mi ropa en la habitación oscura.
—¿Y el torno, y los compresores?
—¡Al agua! Incluso el mástil ha sido arrancado y arrastrado.
Fuera, en la noche, los hombres se mueven ya para intentar salvar al menos el gran mástil. Cada uno de sus movimientos sobre las rocas barridas por las olas me hace temer por sus vidas. A pesar de todo consiguen ser rápidos y precisos. Durante horas trabajan para arreglar los desperfectos. Ninguno se da cuenta de que llega el alba.
Las primeras luces del oriente, que desgarran el cielo oscuro, subrayan cruelmente los rasgos de nuestras caras marcadas por el cansancio. Parecemos fantasmas en el caos de rocas que rodean nuestra pequeña base.
Cuando el día acaba de levantar el orden vuelve a reinar en nuestro islote. Hemos recuperado el mástil caído al agua y salvado la chupadora. Es lo esencial. Un poco más tarde, cuando el mar se calma, conseguimos repescar el torno y el compresor. Pero está claro que no podemos correr dos veces el mismo riesgo. Reconstruimos la plataforma mucho más arriba que la anterior.
Más tarde, los trabajos de arqueología se vuelven a iniciar. El pecio nos revela poco a poco cada uno de sus secretos. Subimos un ancla, un mortero de mármol, las placas de plomo que se utilizaban probablemente en el revestimiento de la quilla, etc. Tal vez consigamos, a fin de cuentas, descifrar la historia de este antiguo navío.





*Durante el invierno, los días son largos en Puerto-Calypso (así bautizamos pomposamente al barracón que hemos edificado en el mismo islote de Grand-Congloué). En la fotografía superior de esta página se distingue al comandante Cousteau, a un técnico, a Albert Falco y a Frédéric Dumas. Las tempestades se desatan. Una de ellas lanza al agua nuestro mástil de trabajo. Los hombres del equipo despliegan grandes dosis de valor, habilidad y valentía para arreglar los desperfectos.*





# Electrónica bajo las olas









El profesor Benoit, que no sabe bucear, tiene el deseo muy comprensible de ver con sus propios ojos el campo de excavaciones. Hemos seguido durante todo el día las evoluciones de los hombres que suben, pieza a pieza, el cargamento del antiguo navío, y he leído en su mirada el pesar de no poderles seguir. Al caer la noche discutimos acerca de los medios que podríamos movilizar para realizar su deseo. Me refiero a una cámara de televisión, que tal vez...

—¡Qué idea más excelente! ¿Es realmente realizable?

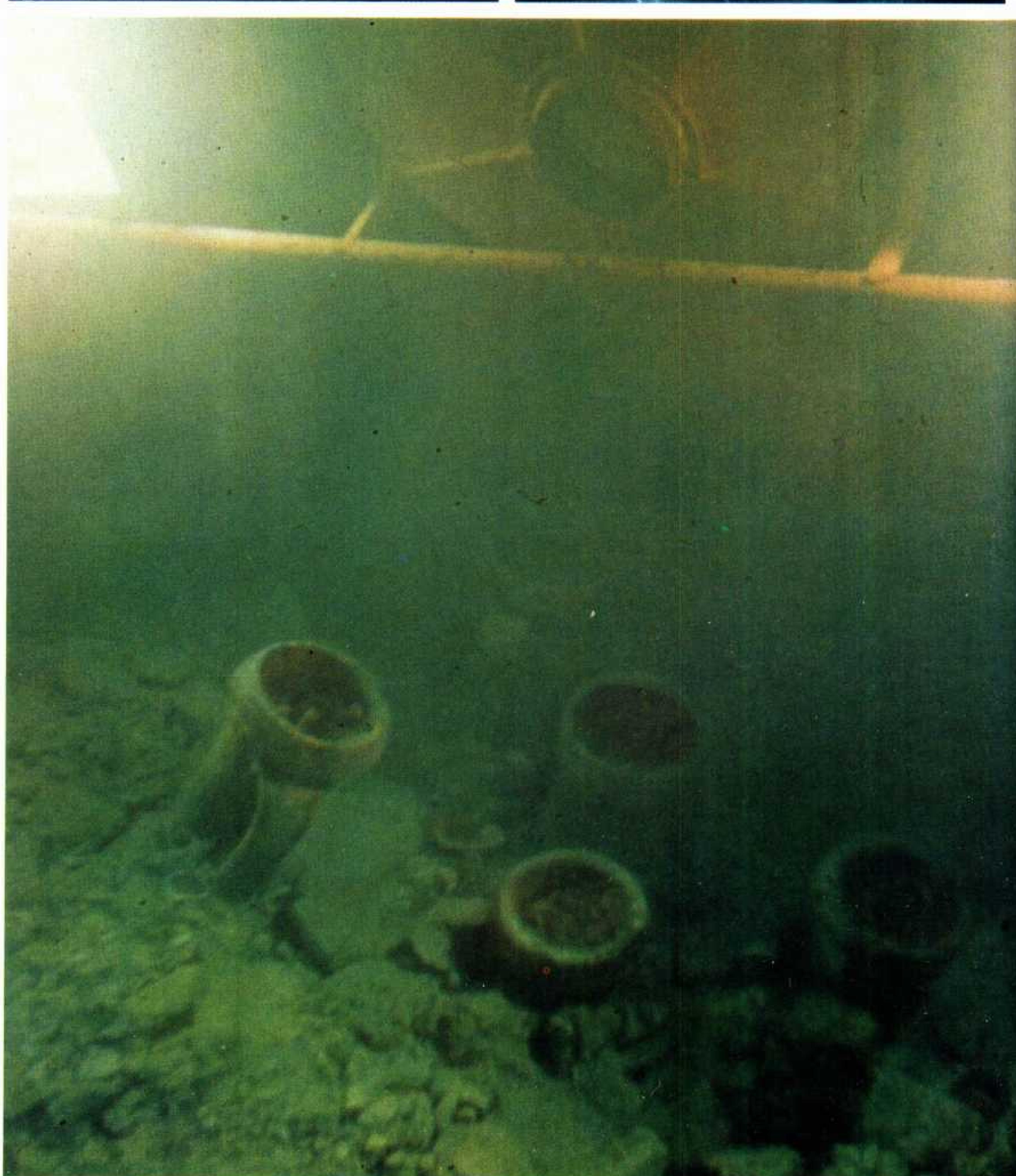
—Creo que sí.

Al día siguiente voy a Marsella, al OFRS (Instituto Francés de Investigaciones Submarinas), donde he convocado a uno de mis colaboradores, el ingeniero de telecomunicaciones Henri Chignard. Trabajamos con ahínco. Croquis, cálculos y planos se van acumulando. Cuando al fin salimos del despacho, a la una de la madrugada, hemos encontrado la solución y estamos decididos a intentarlo.

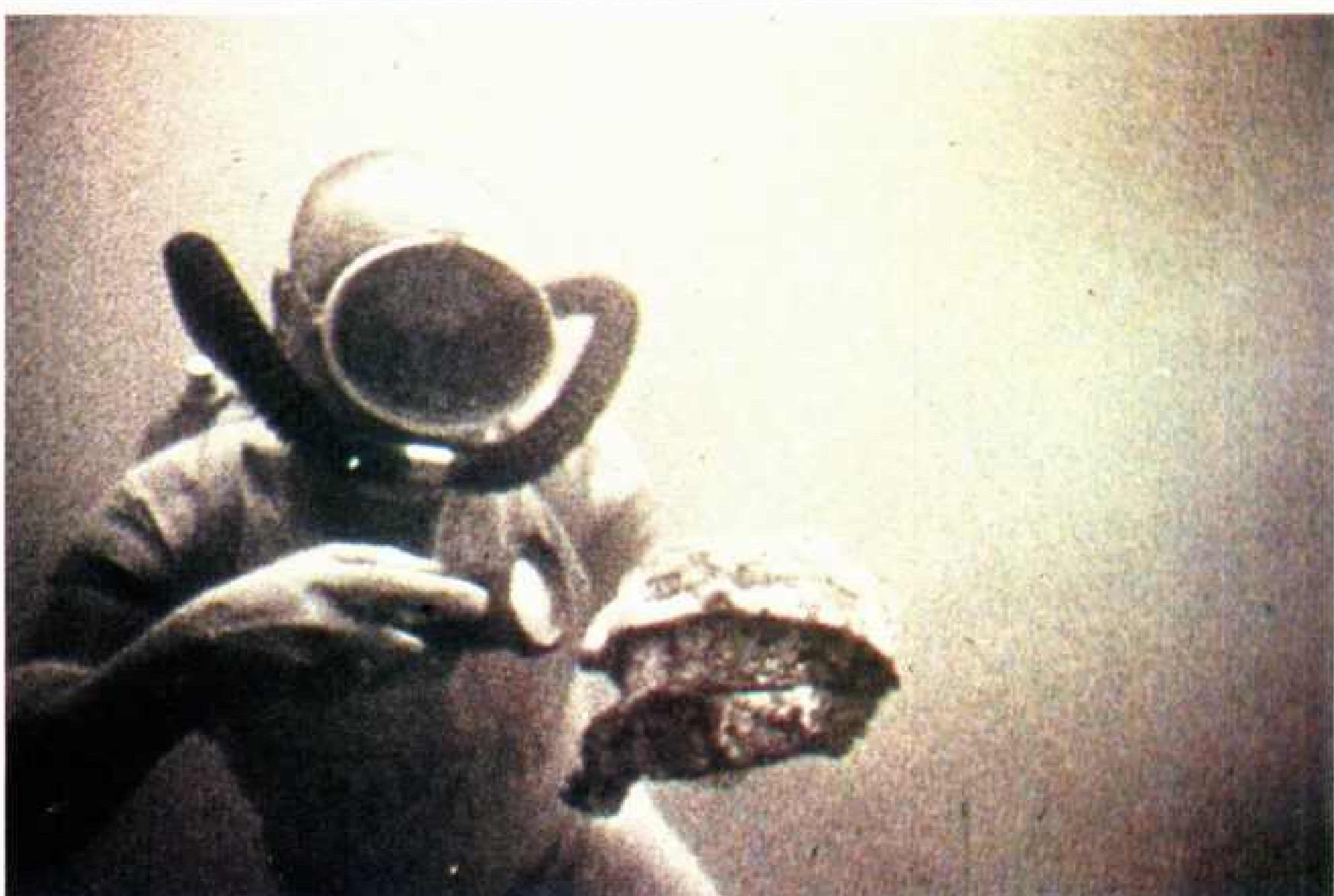
Tres semanas después de haber pensado por primera vez en la instalación, vamos a buscar los últimos aparatos: dos cajas y cables multicolores. La tripulación del *Calypso,* que trabaja de nuevo en el Grand-Congloué, está muy excitada. Pero me siento preocupado pensando en el operador que tendrá que manejar el aparato a una profundidad de 40 metros.

Es la primera vez que una cámara de televisión desciende bajo la superficie. Descubrimos a cada momento un nuevo problema, que nadie tuvo que resolver anteriormente. Aprendemos sobre la marcha. Las uniones de los cables deben ser totalmente estancas, y la caja que contiene la cámara ha de resistir la presión. El problema del alumbrado artificial será resuelto mediante dos focos de 600 vatios de alto voltaje.

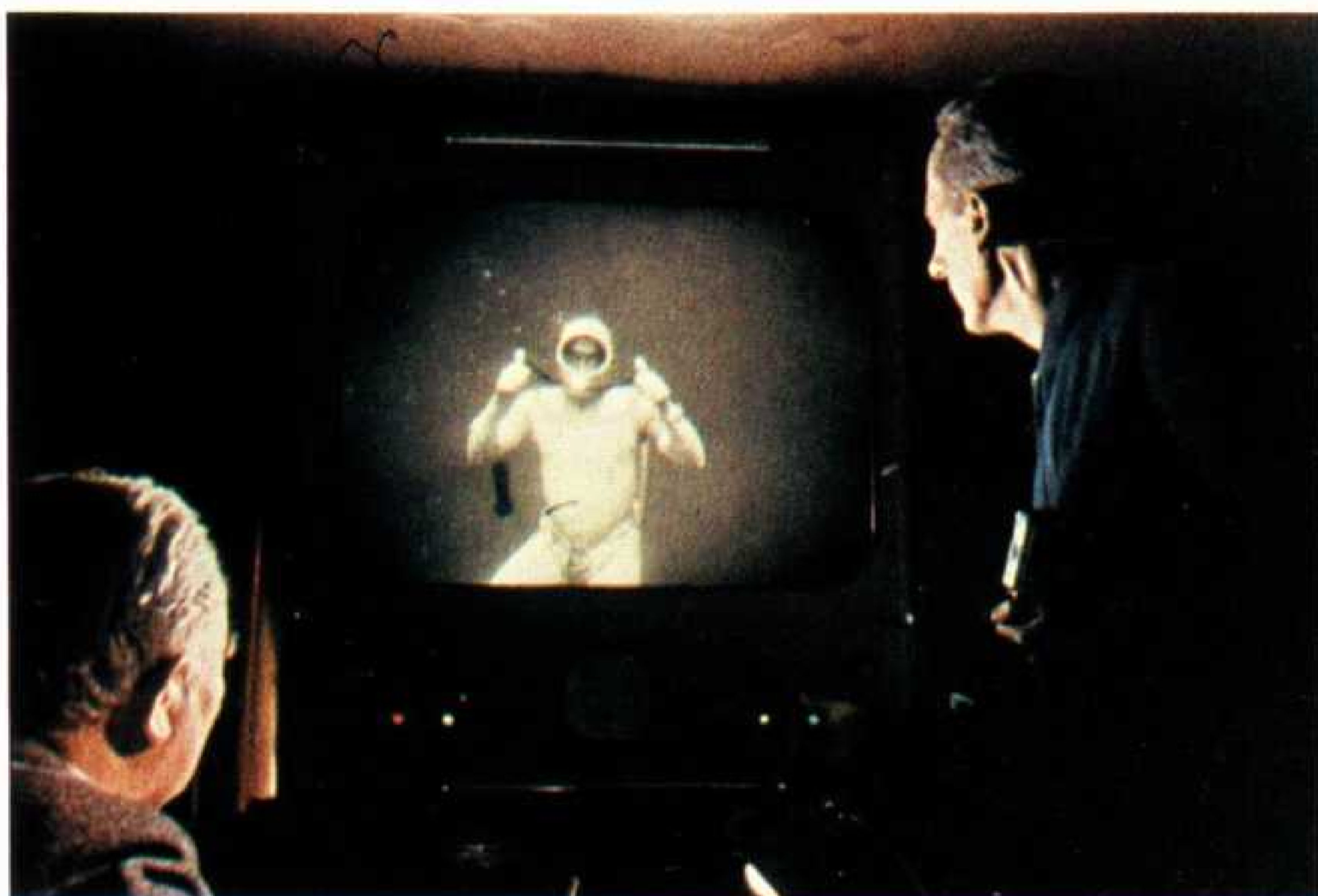
El equipo de operadores se sumerge. La cámara de televisión, muy pesada en superficie, desaparece bajo las olas sostenida por la grúa de a bordo. Se sumerge a la vez que los buzos. En el cuarto de navegación del *Calypso* espero con el profesor Benoit a que la pantalla de televisión






*Armand Davso es el inventor de la primera cámara de televisión submarina, que presenta Albert Falco (página de la izquierda, arriba). Gracias a este aparato, por aquel entonces revolucionario, hemos podido seguir en directo el trabajo de los buceadores en el fondo del mar (en esta página). El invento es particularmente útil para el profesor Benoit, nuestro arqueólogo, que puede ver por sí mismo la fisonomía de la excavación, la disposición de los trozos del pecio, etc. La cámara submarina nos permitirá realizar la primera emisión pública de televisión submarina en directo: millones de telespectadores sorprendidos entrarán con nosotros en la excavación del pecio del Grand-Conglué.*



nos transmita las imágenes tan deseadas. «¡Lo hemos conseguido!», exclama el profesor en cuanto aparecen en la pantalla las primeras ánforas. Yo también estoy contento. El micrófono que sostengo en la mano me permite comunicar con el operador. Este me oye mediante un altavoz situado en la caja de la cámara. Le pido que enfoque mejor y que realice para nosotros una lenta panorámica de las excavaciones. ¡Maravilloso!

Algunos meses más tarde, mediante un acuerdo con la televisión francesa, presentaremos al público europeo estas extraordinarias imágenes. Es la primera emisión mundial en directo desde el fondo del mar.

# El armador Marcus Sestius





*Nos hallamos en la isla de Delos, en Grecia. Esta tierra fue uno de los centros comerciales más importantes de la antigüedad. Encontramos en el puerto una villa que perteneció tal vez al rico armador Marcus Sestius. En uno de los mosaicos aparecen el tridente que hemos observado en varias ánforas del Grand-Congloué, así como las iniciales SES; es, por lo tanto, probable que el barco hundido que hemos explorado perteneciera al armador grecorromano.*

Los arqueólogos, y yo también, nos seguimos planteando numerosas preguntas. Queríamos saber, por ejemplo, lo que significa la marca SES seguida por el tridente. Es el indicio más seguro que tenemos para identificar el nombre del propietario y la procedencia del barco.
El profesor Benoit está convencido de que hay que buscar en el campo de las abreviaturas griegas o romanas. Según su opinión, las tres letras SES indican probablemente la primera sílaba del apellido del propietario. El profesor Benoit tiene grandes esperanzas en las genealogías clásicas y en los estudios epigráficos de la antigüedad. Durante semanas, transformado en ratón de biblioteca, recorre documentos buscando apellidos que correspondan a nuestro SES. Por fin, sus pacientes investigaciones se ven recompensadas. Descubre la existencia de una familia romana que se apellidaba Sestius, y que contaba entre sus miembros con un tal Marcus, armador de profesión.
¿Dónde vivía Marcus Sestius? Al releer cuidadosamente los *Anales* de Tito Livio, el profesor descubre que Marcus Sestius se estableció en Delos en el transcurso del siglo II a. de C., y que desde allí realizó sus actividades como armador. Hacia el año 250 a. de C., los primeros mercaderes romanos arribaron efectivamente a Delos, donde crearon un puerto franco. Gracias a su actividad, la isla de Apolo se convirtió en uno de los más importantes mercados cosmopolitas del Mediterráneo oriental, un punto de unión entre Oriente, Grecia e Italia. Esta extraordinaria prosperidad no había de durar mucho tiempo. En el año 88 a. de C., Arquelaos y Menofonis, almirante de Mitrídates, en guerra con los romanos, atacaron Delos por sorpresa y la saquearon: todos los monumentos fueron destruidos y la población romana exterminada.
Pero, ¿y Marcus Sestius?
El *Calypso* abandona el Grand-Congloué, en el que dejamos, sin embargo, un equipo trabajando. Después de una semana de navegación desembarcamos en la isla sagrada de Apolo.
El profesor Jean Mercadé, que dirige las excavaciones, nos acompaña en nuestro viaje. Visitamos en primer lugar la ciudad y los templos consagrados al dios del Sol. Todos los años, durante la época favorable, se suponía que Apolo vivía allí, en el santuario que le había sido consagrado. Más allá admiramos los restos del templo de Artemisa, antes de dirigirnos hacia el lago sagrado, desecado hoy en día, que poblaban antaño los cisnes de Apolo y las ocas sagradas de Delos.
Nuestra atención se centra particularmente en los mosaicos y los bajorrelieves que tienen una relación cercana o lejana con el mar.
Tal vez nos puedan desvelar el secreto de la marca de las ánforas del Grand-Congloué. En la casa de los Tritones estudiamos meticulosamente el pavimento de mosaico. Representa a una mujer con cola de pez que sostiene un timón engalanado. Desgraciadamente no encontramos ninguna pista que nos ayude a resolver este problema. Nada tampoco en el barrio del teatro ni en los santuarios del monte Cinta.
Descendemos hacia el antiguo puerto por una callejuela flanqueada por casas y tiendas derruidas. Siento que la rabia me invade cuando pienso en los almirantes griegos que realizaron este saqueo hace unos dos mil años. Pero, algo más allá, una gran villa dotada de un patio con impluvium y rodeada por un peristilo llama nuestra atención. En el mosaico del peristilo se distingue perfectamente la representación estilizada de un tridente con un lazo. Se hace la luz en mi mente. James Dugan, que forma parte de nuestra expedición, observa que el tridente tiene forma de E mayúscula, y que dos volutas en forma de S se enroscan entre sus dientes. Todo recuerda nuestro SES y a nuestro tridente. ¿Será posible que nos hallemos en la casa que ocupaba Marcus Sestius? Los arqueólogos que nos acompañan no están completamente seguros. Pero nos hace mucha ilusión imaginárnoslo.
De cualquier forma, estoy satisfecho de nuestra operación «Galera hundida». Nos ha permitido rescatar unas siete mil ánforas y centenares de objetos conservados hoy en el Museo Borelli de Marsella.
El esfuerzo de nuestros buceadores insufló un empuje indispensable a la arqueología submarina, que aún se encuentra en la actualidad en su más tierna infancia.

# UN TESORO HUNDIDO

# El banco de Plata





EN el mar Caribe, en el banco de Plata, el 2 de noviembre de 1641. El día que los hombres consagraron piadosamente al culto de los muertos está marcado por un naufragio memorable. Un barco cargado de oro y plata se hunde debido a un ciclón aterrador.

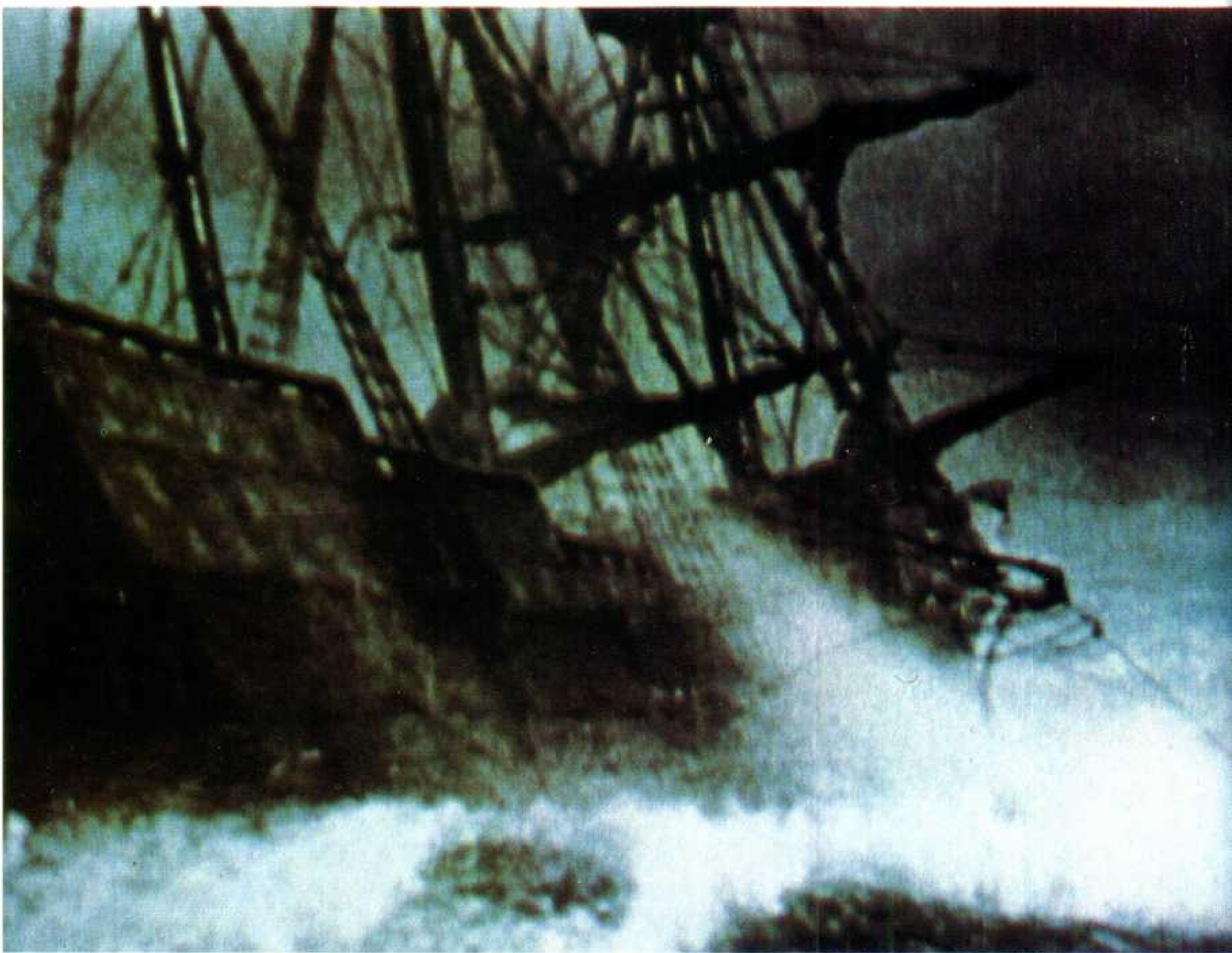
El *Nuestra Señora de la Concepción* es un gran galeón, poderoso, imponente, rico. Es el buque escuadra de una pequeña flota de nueve barcos que Diego Pacheco, duque de Escalona, nombrado en 1640 virrey de México por Felipe IV, ha mandado construir en Veracruz, en el Nuevo Mundo.

La potencia marítima española es todavía grande, aunque ya está en declive. La flota real se reduce ese año a unos veinticinco navíos capaces de asegurar las comunicaciones con el Nuevo Mundo. El duque de Escalona intenta paliar, al menos parcialmente, esta inquietante situación. Pero construir en un año ocho galeones y una fragata representa un esfuerzo desmedido para los astilleros mexicanos, de nefastas consecuencias.

El 23 de julio de 1641, esta flota, botada con demasiada premura, zarpa con rumbo a Cuba. Antes de emprender la travesía del Atlántico debe unirse a la flota continental y a la escuadra llamada Armada de Barlovento: en total, 31 navíos dispuestos a dirigirse a Europa, acompañados por numerosos barcos mercantes que viajan protegidos por el convoy. Pero las fiestas y los bailes organizados para honrar a las personalidades que vuelven a la patria retrasan la partida. La flota zarpa de La Habana el 13 de septiembre. La estación de los ciclones, que multiplica los riesgos, ha comenzado.

La situación empeora a partir del segundo día. El navío almirante, cuyas bodegas han sido inundadas por grandes olas, se

*Los ciclones se han tragado a muchos barcos en el mar Caribe desde la época de los conquistadores. La gran flota del oro española perdió allí (y especialmente cerca del gran banco de Plata) varios galeones, algunos de los cuales estaban cargados de tesoros. Esperamos descubrir uno de los más ricos: el* Nuestra Señora de la Concepción. *El grabado representa a la flota del oro española. Las otras imágenes han sido extraídas de una película.*





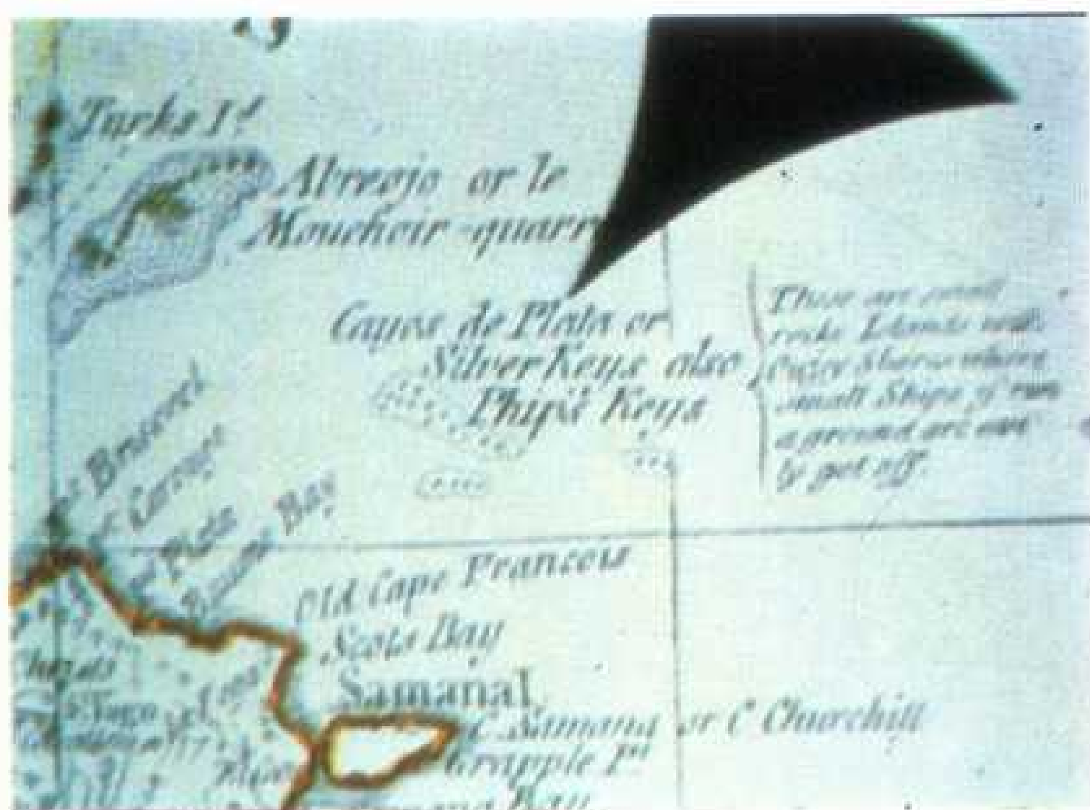


ve obligado a volver rápidamente a puerto en Cuba. Reparado como buenamente se pudo en diez días, el *Nuestra Señora de la Concepción* vuelve a zarpar. Llega hasta la región más peligrosa del mar de las Antillas, en el estrecho canal, bordeado por arrecifes y barreras coralinas, que separa Bank Keys y Cay Sal. Fue en ese momento cuando la tempestad se abalanzó sobre la flota. Tres barcos se van a pique inmediatamente. Otros se estrellan sobre las rocas del extremo de Florida. Bamboleado por las olas, desarbolado, desmantelado, después de una atroz agonía, el *Nuestra Señora de la Concepción* acaba rompiéndose en el banco de Plata, la formación coralina más traicionera de la zona, que los timoneles españoles llamaban Abreojos. De las 525 personas que se encontraban a bordo, 200 consiguen salvarse. El oro, la plata, las perlas y todas las riquezas transportadas yacen en la paz de las profundidades.

En los años siguientes, los piratas y los corsarios de las Antillas se esforzaron vanamente por encontrar el galeón hundido. Pero un carpintero de Boston metido a contrabandista, William Phips, encuentra en La Española, en circunstancias fortuitas, a uno de los supervivientes del naufragio. Este le entrega un «mapa del tesoro». Phips explora el banco de Plata y localiza el pecio, que yace a poca profundidad. Después se dirige a Londres, donde encuentra comanditarios para financiar la recuperación. Firma un contrato que asegura a la Corona británica la décima parte de los bienes recuperados. Con dos barcos, el *James and Mary,* de 200 toneladas y armado con 22 cañones, y el *Henry of London,* más pequeño y más rápido, regresa al banco de Plata. Renuncio a describir las penas y fatigas que soportaron las tripulaciones y los buzos en el transcurso de esta búsqueda del tesoro, en 1687. Hubo numerosos accidentes. Pero el botín fue tan importante, que los supervivientes olvidaron sin duda rápidamente sus sufrimientos. Lingotes, monedas, un cofre lleno de perlas, esmeraldas, rubíes y diamantes, joyas de oro, estatuillas y copas de cristal, etc., compensaron a los buscadores por sus esfuerzos y a los financieros por los capitales invertidos. Sin embargo, nadie ignora que lo que Phips recuperó constituía sólo una pequeña parte del valioso cargamento.

Hoy, el *Calypso* se dirige a su vez hacia el banco de Plata. Estamos en julio de 1968. Mi amigo Rémy de Maenen, aventurero buscador de tesoros, asegura haber localizado los restos del *Nuestra Señora de la Concepción*. Fue él quien me arrastró a esta aventura. Tres siglos después de la expedición de Phips, surcamos las aguas del mar Caribe siguiendo sus pasos. ¿Tendremos tanta suerte como él?

# «Nuestra Señora de la Concepción»




HE resistido mucho tiempo a las fabulosas propuestas de Rémy de Maenen, que se imaginaba en voz alta delante de mí los descubrimientos que haríamos si excaváramos los restos del galeón con los instrumentos que la técnica moderna pone a nuestra disposición. Los tesoros hundidos no me han atraído nunca lo más mínimo.

Cuando me encontré con Rémy en una isla de las Antillas francesas, una noche tropical cargada del perfume de hibiscus y buganvillas, me habló de galeones repletos de oro, de filibusteros y corsarios con el fervor que le inspiraban estos temas, que llenaban su vida.

Cuando me describió las riquezas teñidas de sangre, conquistadas al abordaje y dilapidadas durante noches de juerga, su entusiasmo y su pasión parecieron reconstruir la vida del mar Caribe, escenario de tantos dramas, y cuyo ron, sol, aguas centelleantes, civilizaciones desvanecidas, flores y clima de violencia han comunicado a toda Europa la fiebre de los trópicos.

El oro no era capaz de fascinarme. Pero me seducía la idea de una empresa que el *Calypso* no había intentado nunca con anterioridad. Habíamos registrado durante meses y meses el buque romano hundido cerca del Grand-Congloué. Pero el desafío lanzado por Rémy era muy diferente: se trataba de un pecio con tan sólo tres siglos de antigüedad, del que sabíamos la historia, y que simbolizaba los tiempos heroicos de la aventura del Nuevo Mundo.

También estaba el coral. Era al mismo tiempo la maravilla y el verdadero problema. Me di cuenta de ello rápidamente. El coral es tan peligroso para los barcos modernos como lo fue para los antiguos, y lo camufla todo. No se ve prácticamente nada de un pecio aplastado bajo toneladas de caliza, desfigurado y disimulado por las gorgonias, los cuernos de ciervo y los cerebros de Neptuno que lo han cubierto desde hace siglos. ¡La imagen del coral fue decisiva!

He aquí la razón de mi presencia actual en el puente del *Calypso,* al lado de Rémy, que nos dirige en un laberinto de arrecifes coralinos no detallados en los





*Entre los peligrosos arrecifes del banco de Plata (mapa de la página de la izquierda), al norte de Santo Domingo, los buceadores del* Calypso *van a buscar los restos del gran galeón español que se hundió en 1641 con un cargamento de metales y piedras preciosas. Los hombres del equipo saben que una parte de los tesoros fue recuperada ya por el capitán Phips en 1687. Pero buscan el menor indicio.*

mapas marinos, mientras que los equipos del *Calypso* ensanchan algunos canales impracticables para poder acercarnos al lugar del naufragio. Necesitamos que nuestro barco tenga el suficiente espacio para maniobrar en el caso de que estalle una tempestad.

El capitán Caillart consigue seguir con maestría el sinuoso itinerario que nos lleva a las cercanías del pecio. Alrededor de nosotros se alzan por doquier las amenazadoras cabezas de coral. El lugar donde Rémy tiene previsto echar el ancla me parece de lo más traicionero. Botamos una lancha neumática para colocar boyas de señalización en el último paso, que parece bastante estrecho y peligroso.

El 13 de julio anoto en el cuaderno de bitácora del *Calypso:* «La búsqueda del tesoro empieza en el banco de Plata.»

El buceador Bernard Delemotte, el operador Michel Deloire y el piloto de la lancha neumática forman nuestro primer equipo de reconocimiento. Son las 11 de la mañana. El agua transparente, verde, plateada, está maravillosa; desde la superficie se distinguen todos los detalles del fondo, situado a 15 metros.

En el costado del arrecife expuesto al viento (y por lo tanto a las olas), el coral puede crecer a una velocidad de un centímetro por año, o incluso más. Es, por lo tanto, posible que en el transcurso de los 327 años que nos separan del naufragio del *Nuestra Señora de la Concepción* un espesor de tres o cuatro metros de coral haya aprisionado al barco para siempre.

Pido a Bernard Delemotte, que dirige el equipo de reconocimiento, que concentre sus esfuerzos en el flanco protegido del arrecife, en el borde de la laguna. Allí el coral sólo crece si encuentra un soporte duro. Además incrementa mucho más lentamente su volumen. Tenemos probabilidades de encontrar el navío si se hundió de este lado de la formación coralina. Si no, habremos hecho un viaje inútil.



# Un plebiscito a bordo





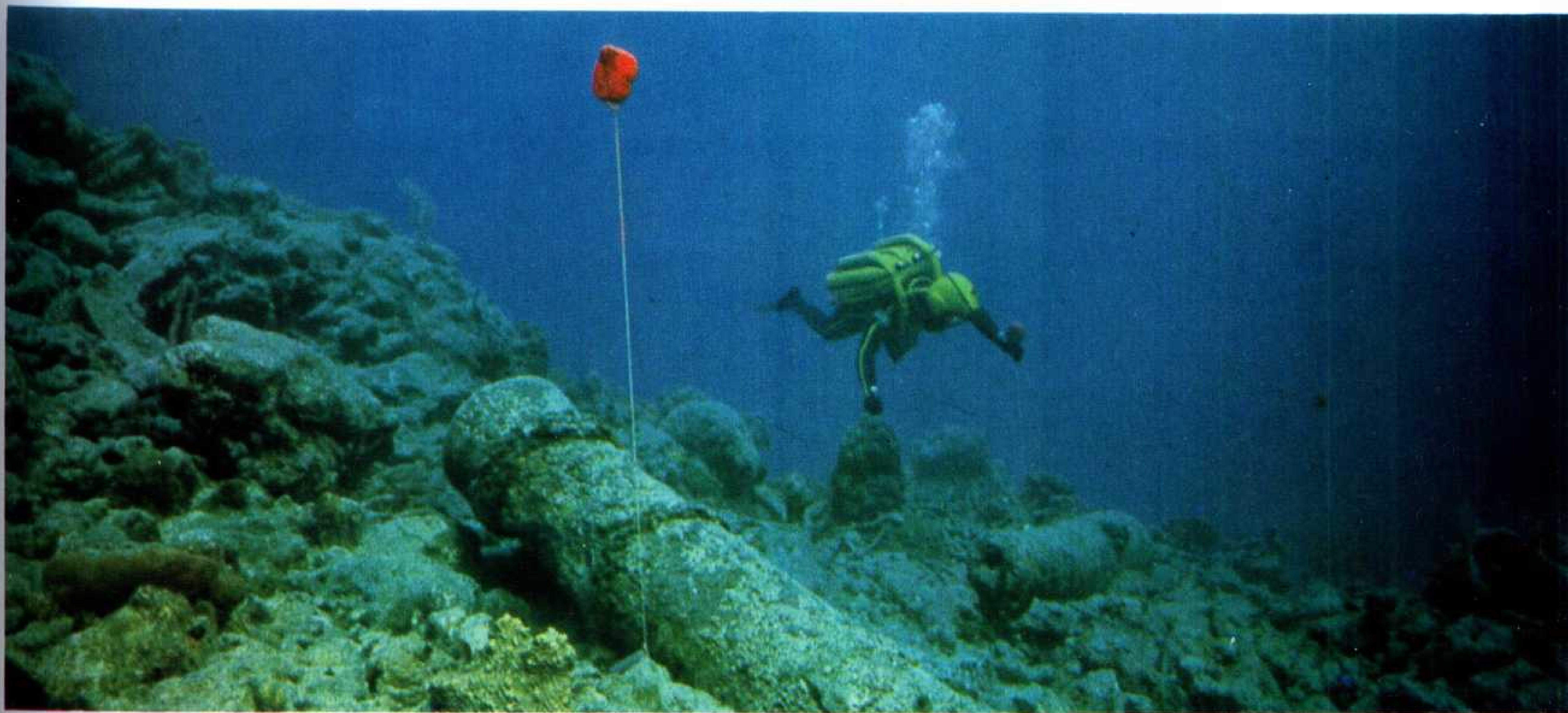


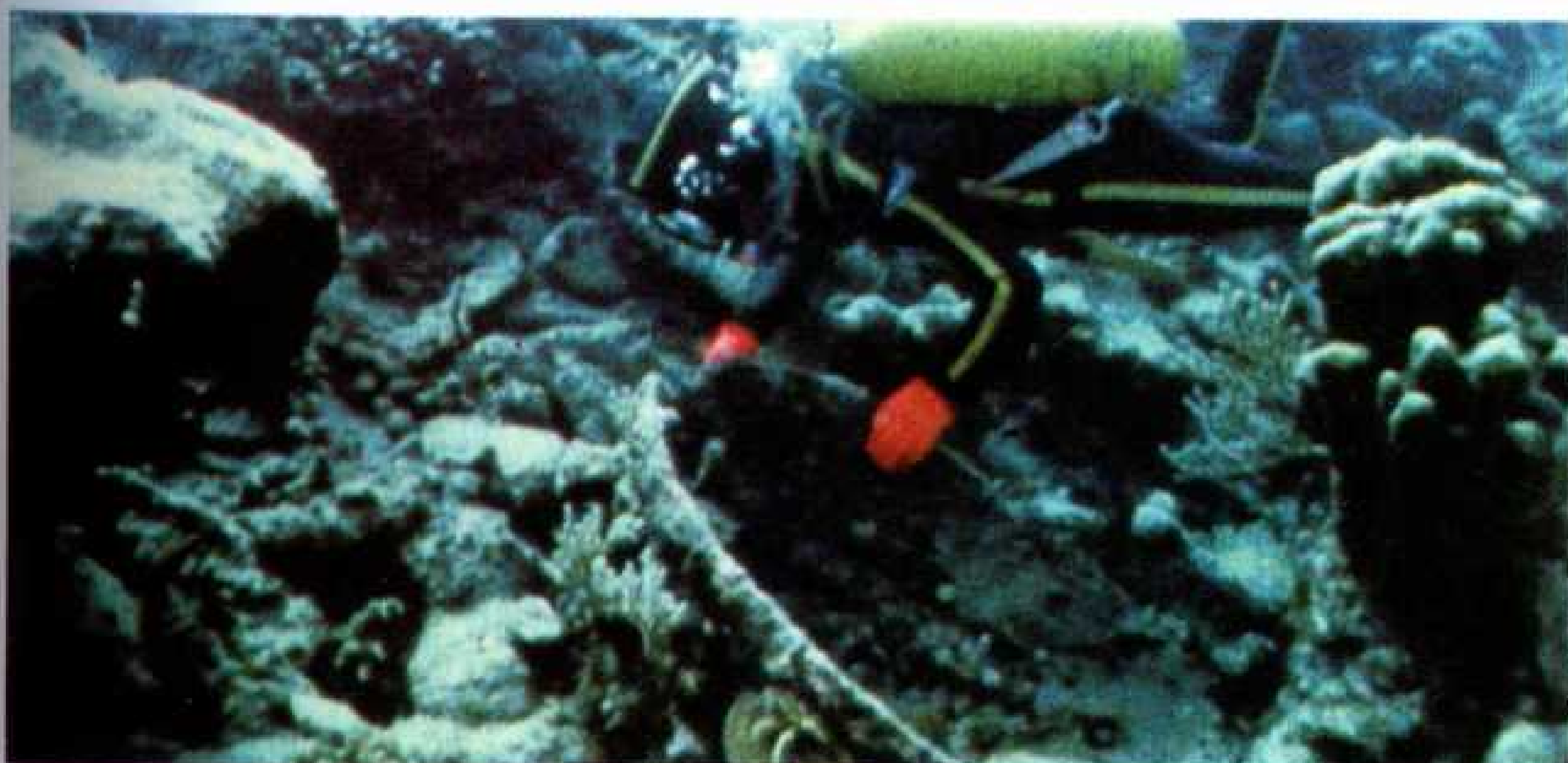


VAN pasando los minutos. A bordo del *Calypso* el trabajo se ha interrumpido. Todos los hombres siguen con atenta mirada las evoluciones del bote neumático que remolca a Delemotte y a Deloire a través de las profundidades transparentes y silenciosas del mar Caribe. Cincuenta y cinco minutos parecen una eternidad para los que esperan, pero es poco tiempo para encontrar los vestigios de un antiguo barco hundido en un ecosistema marino dominado por el coral. Sin embargo, es efectivamente cincuenta y cinco minutos después del inicio de la búsqueda cuando Michel Deloire esgrime su cámara por encima de la superficie para indicar que Delemotte ha encontrado lo que Rémy nos había anunciado: la prueba de que un barco se hun-

dió hace mucho tiempo en este jirón perdido del banco de Plata.
De hecho, Delemotte ha localizado en el fondo un cañón totalmente similar a los que armaban a los galeones de la flota del oro española. Decido sumergirme para ver con mis propios ojos este vestigio guerrero, que tal vez augura para nosotros un éxito importante.
Durante este lapso de tiempo, el equipo de reconocimiento ha hallado nuevos vestigios y empieza a marcar y a localizar cada trozo del buque. En el *Calypso,* los hombres preparan nuestros aparatos de excavación submarina. Nuestra aspiradora, revisada en días anteriores, se conecta rápidamente a su compresor. Gracias a esta chupadora submarina, nuestros buceadores empiezan a eliminar la arena y el lodo que cubren los vestigios. Luego realizan una serie de sondeos cavando zanjas que nos servirán para delimitar exactamente el lugar.
Rémy prosigue su búsqueda al pie de la punta más impresionante del arrecife. Está convencido de que el barco debió de perder en esta zona su cargamento de oro y plata: la valiosa carga debió de caer, según su opinión, por una brecha abierta en la quilla en el momento de la colisión. Lo que encuentra Rémy no son lingotes, ¡sino calderos! Esta noticia despierta la imaginación de los hombres del *Calypso*, que sueñan también a veces con la gloria y la riqueza. Estos calderos pueden proceder del galeón. Son tal vez los que los supervivientes del naufragio utilizaron para escapar de la muerte. Según los relatos de los supervivientes, enormes calderos de la cocina de a bordo fueron tirados a la plataforma apenas sumergida del arrecife coralino. A pesar del pánico general, los supervivientes consiguieron recuperar algunos víveres y un poco de leña del barco. La primera noche de terror transcurrió a la luz de las fogatas que encendieron en los calderos. Más tarde, una vez calmada la tempestad, pero habiendo perdido la esperanza de ser rescatados por un barco de paso, decidieron dirigirse a la costa en una balsa.
El descubrimiento de estos calderos, que evocan las crónicas de este drama lejano, ha estimulado la fiebre de la búsqueda en los hombres del *Calypso.* Todos ellos peinan el arrecife sin un minuto de descanso, hasta el último rayo de sol del crepúsculo. La endiablada actividad de esta primera jornada me preocupa. Conozco lo suficiente el alma humana como para saber que la fiebre del oro se apodera incluso de los hombres más equilibrados, que embriaga y domina incluso a las mentes más lúcidas. Siento la necesidad de avisar a mis compañeros y, en caso necesario, frenar su sospechoso entusiasmo. Explorar este pecio representará un arduo trabajo; además, no disponemos de ninguna prueba de que se trate realmente del famoso galeón cargado de tesoros. Quiero que antes de que hallemos el primer objeto valioso, los hombres del *Calypso* acuerden la manera en que se dividiría eventualmente el tesoro.
Votamos. El resultado del escrutinio es unánime. El reparto, si alguna vez se produce, será igual para todos. Por primera vez en el transcurso del largo crucero del *Calypso*, la tripulación y los buceadores se dedican a la búsqueda de un tesoro. No puedo decir que me satisfaga, aunque la búsqueda del barco por sí mismo me apasiona.

*Para poder buscar con mayor rapidez y eficacia, los buceadores del* Calypso *son remolcados mediante un cable por un bote neumático. Aumentan de esta forma considerablemente su radio de acción (página de la izquierda, arriba). Los descubrimientos se van sucediendo. Un grueso cañón yace en un lecho de corales (a la izquierda y abajo): una pequeña boya con una señal roja nos permitirá localizarlo. Uno de nuestros buceadores encuentra un gran caldero (en esta página, abajo).*







# La fiebre del oro



CUANDO llegamos al pecio tenía previsto pasar allí poco tiempo. Había avisado a Rémy que el *Calypso* tenía un programa apretado, y que no podríamos consagrar más de una semana a esta aventura azorosa. Pero después de nuestros primeros descubrimientos prometedores, y teniendo en cuenta el deseo de nuestros buceadores y de la tripulación, tomo la decisión de prolongar nuestra estancia.

El *Calypso*, sin embargo, tiene que hacer ruta en primer lugar hacia San Juan de Puerto Rico, para proveernos de los víveres y de los aparatos que nos permitan una larga parada en el banco de Plata. Mi viejo amigo Frédéric Dumas, buceador y arqueólogo marino de reputación mundial, se une a nosotros por avión en Puerto Rico.

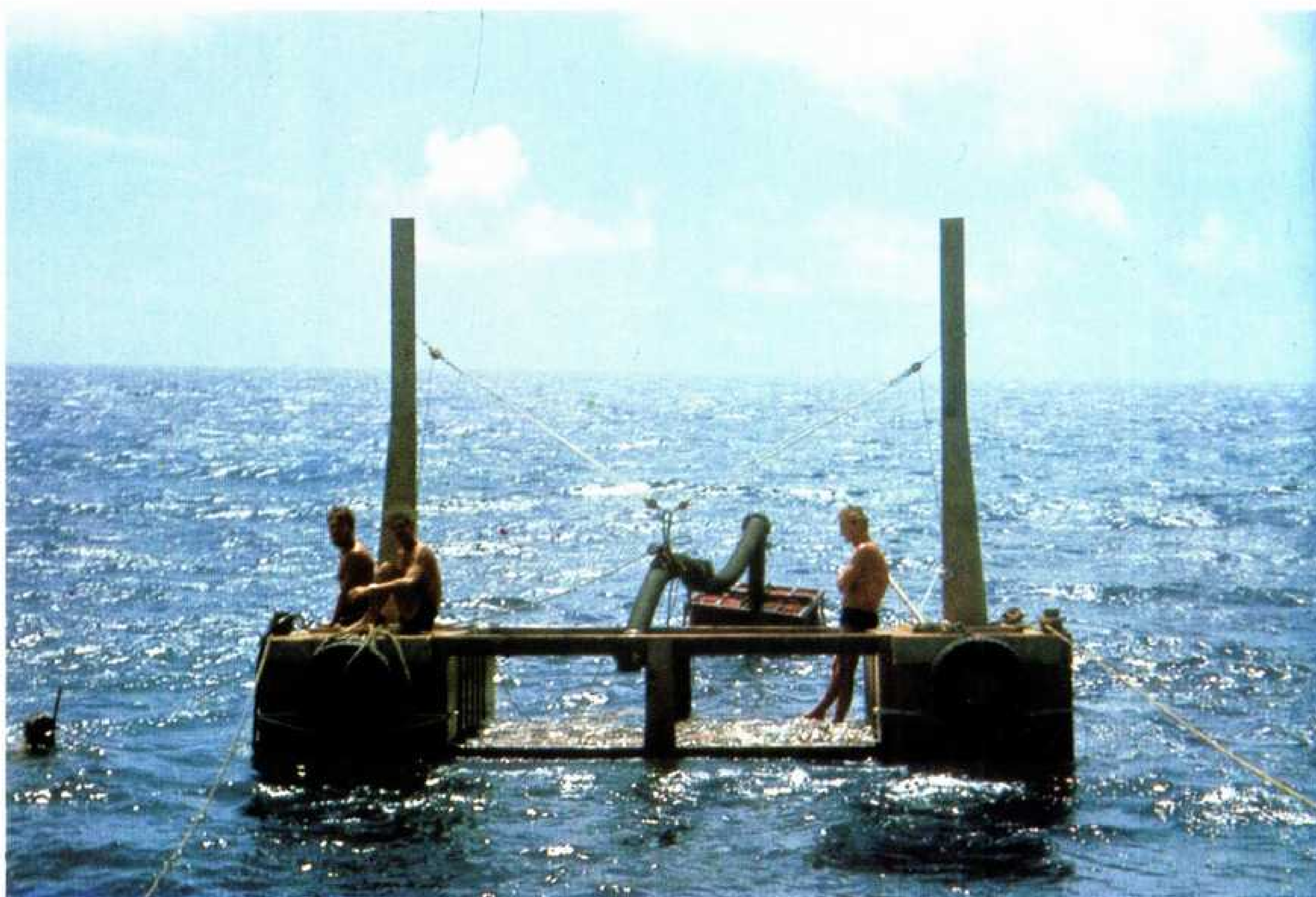
Una vez asegurado rápidamente nuestro abastecimiento —nos acucia a partir de ahora el tiempo, ya que se acerca la época de los huracanes— volvemos al banco de Plata con, entre otros aparatos, un compresor de 200 CV para nuestra aspiradora. El estruendo de esta máquina nos ensordecerá ininterrumpidamente doce horas al día, marcando de forma poco agradable el ritmo de la vida de a bordo. Pero la potencia del compresor nos permite aspirar toneladas de detritos que hubieran necesitado semanas de duro trabajo manual con cualquier otro método. Desde que ha sido dotado con una potencia de esta magnitud, la tripulación mira con respeto este tubo-aspiradora que manejábamos antaño con despreocupación. Sin ninguna duda, mal dirigido, podría arrancar jirones de carne al cuerpo de un hombre.





*La fase más activa de nuestros trabajos empieza: hemos puesto en marcha nuestra chupadora. El grueso tubo de esta aspiradora termina en un embudo bastante engorroso y penoso de manejar. Los buceadores se relevan en los mandos del aparato.*





La chupadora vierte lo que recoge en el fondo de unos tamices metálicos instalados en el *James and Mary.* Esta balsa de hierro ha sido construida en un tiempo récord por los hombres del *Calypso,* siguiendo un proyecto de Rémy. La hemos bautizado con el nombre del barco de Phips, y esperamos que nos traiga suerte... Al principio dudaba un poco de su utilidad y sobre todo de su capacidad de flotación; de hecho nos fue realmente útil, fundamentalmente durante las fases más críticas de nuestro trabajo. Reconozco mi error: flota de maravilla, y no hubiéramos podido prescindir de ella.

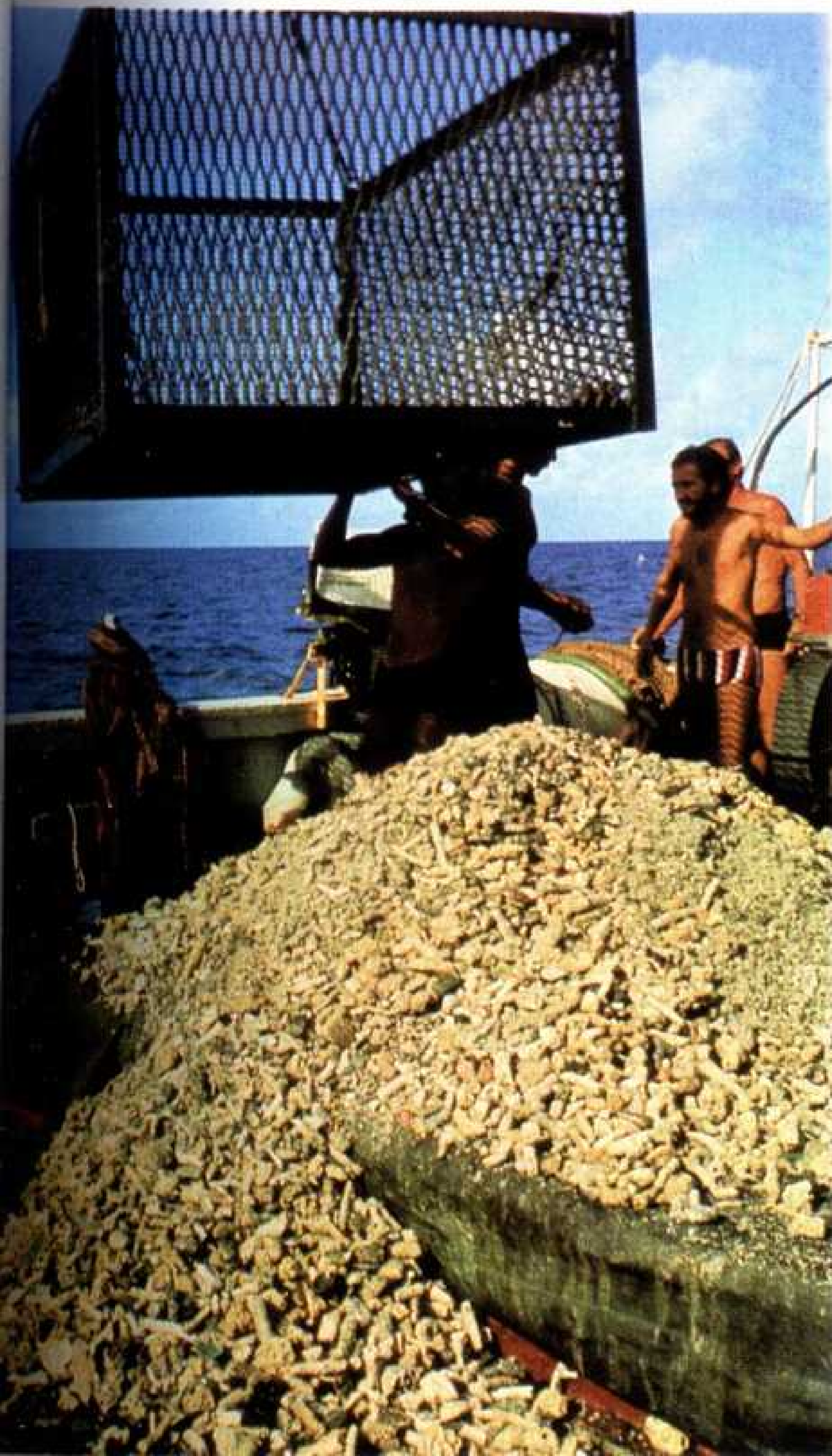
Organizamos equipos de dos hombres: uno de ellos maneja el aspirador submarino mientras que el otro mueve a mano, gracias a un instrumento cualquiera, las grandes piedras y los trozos de coral que podrían obstruir el tubo de la aspiradora.

*Los hombres del* Calypso *han construido una especie de pontón en superficie para facilitar los trabajos de búsqueda en el pecio. Las mayores piezas son movidas con grandes cestos metálicos. A veces (a la derecha) son tan pesadas que tenemos que aligerarlas con un flotador rudimentario para subirlas. La aspiradora escupe, por su parte, en un tamiz los sedimentos que aspira en el fondo: un grupo de la tripulación del* Calypso *está movilizado para trillar esta heteróclita cosecha.*

Después de unos cuantos ensayos, y siguiendo los consejos de Rémy, añadimos a cada uno de los cuatro equipos que se relevan en el fondo un tercer hombre con la misión de controlar la potencia del monstruo. Después de trabajar sin descanso una hora y media, los buceadores ceden al equipo siguiente las pesadas botas lastradas con 10 kilogramos de plomo que aseguran su estabilidad, y los cascos dotados de una linterna. De esta forma, el trabajo va progresando ininterrumpidamente doce horas al día.
Los grandes bloques nos crean problemas. Como no pueden pasar por el tubo de la bomba, los vamos depositando en una gran cesta metálica que, una vez llena, es subida a la superficie gracias a un flotador que los buceadores llenan de aire comprimido.
Mientras que algunos trabajan en el pecio, otros tripulantes suben a bordo del *Calypso* misteriosos bloques de coral que pesan varias toneladas y que abarrotan la cubierta. Michel Deloire los ha bautizado «cañones de coral»; según su opinión, estas formaciones con aspecto de hongo encierran masas de metal, que podrían ser cañones. Con grandes mazos, algunos voluntarios van golpeando el coral para ver lo que contiene. A medida que van horadando la roca, la decepción se apodera de la tripulación: los bloques de coral tan sólo contienen... coral. Sin embargo, cada trozo de polípero, por muy pequeño que sea, es reducido a polvo: podrían esconder una moneda de oro, una piedra preciosa o sencillamente algún indicio que nos confirmara que el pecio en el que trabajamos es realmente el del *Nuestra Señora de la Concepción*.
Recuperamos, a falta de otra cosa, balas de cañón y trozos de piezas que servían para manejar las velas. Los hombres del *Calypso* no se desaniman fácilmente. Aceptan vivir con raciones reducidas y renuncian a su ducha diaria para ahorrar agua, para que nuestro barco pueda permanecer de esta forma el mayor tiempo posible en el banco de Plata. La fiebre del oro se ha apoderado de ellos.









# Cañones y porcelana





TRABAJAMOS desde hace diecisiete días y seguimos sin conocer la identidad exacta de nuestro pecio. Pero nuestra actividad favorece a algunos habitantes del arrecife. Al mover el coral, ponemos al descubierto gran cantidad de alimento para los depredadores.

Tan sólo los peces loro siguen con la tripa vacía, ya que el coral muerto no contiene pólipos, de los que se alimentan. Las valientes y agresivas castañolas nos reciben airadamente. Manifiestan su clara intención de defender su espacio vital frente a cualquier intruso, por muy grande que sea. Se lanzan violentamente contra los buceadores. Los peces ardilla, de color rojo intenso, nos miran con sus grandes ojos, y los peces ángel despliegan su esplendor en el agua cristalina.

El 30 de agosto es una fecha importante en la historia de nuestra empresa: descubrimos objetos de porcelana, cuidadosamente liberados por nuestra aspiradora y milagrosamente intactos en el sedimento. Algunas botellas todavía cerradas contienen una extraña sustancia, a decir verdad poco apetitosa. Al parecer, algunos habitantes de América del Sur utilizan todavía este tipo de recipientes para conservar pescado.

Realizamos otro interesante descubrimiento: se trata de una jeringa de las que formaban parte, en el siglo XVII, de los botiquines de los barcos mejor equipados. El metal del instrumento está cubierto por coral y esponjas, y utilizamos una mezcla de ácido clorhídrico y de ácido nítrico para limpiarlo. Algo más tarde encontramos un plato de metal que podría ser de plata, que, por otra parte, era norma en los galeones cargados de tesoros que atravesaban el Atlántico y llevaban a bordo pasajeros de alto rango. Por último, también remontamos osamentas.

Pensamos inmediatamente que se trataba de los restos de los marineros que se hundieron con su barco. Pero vemos rápida-

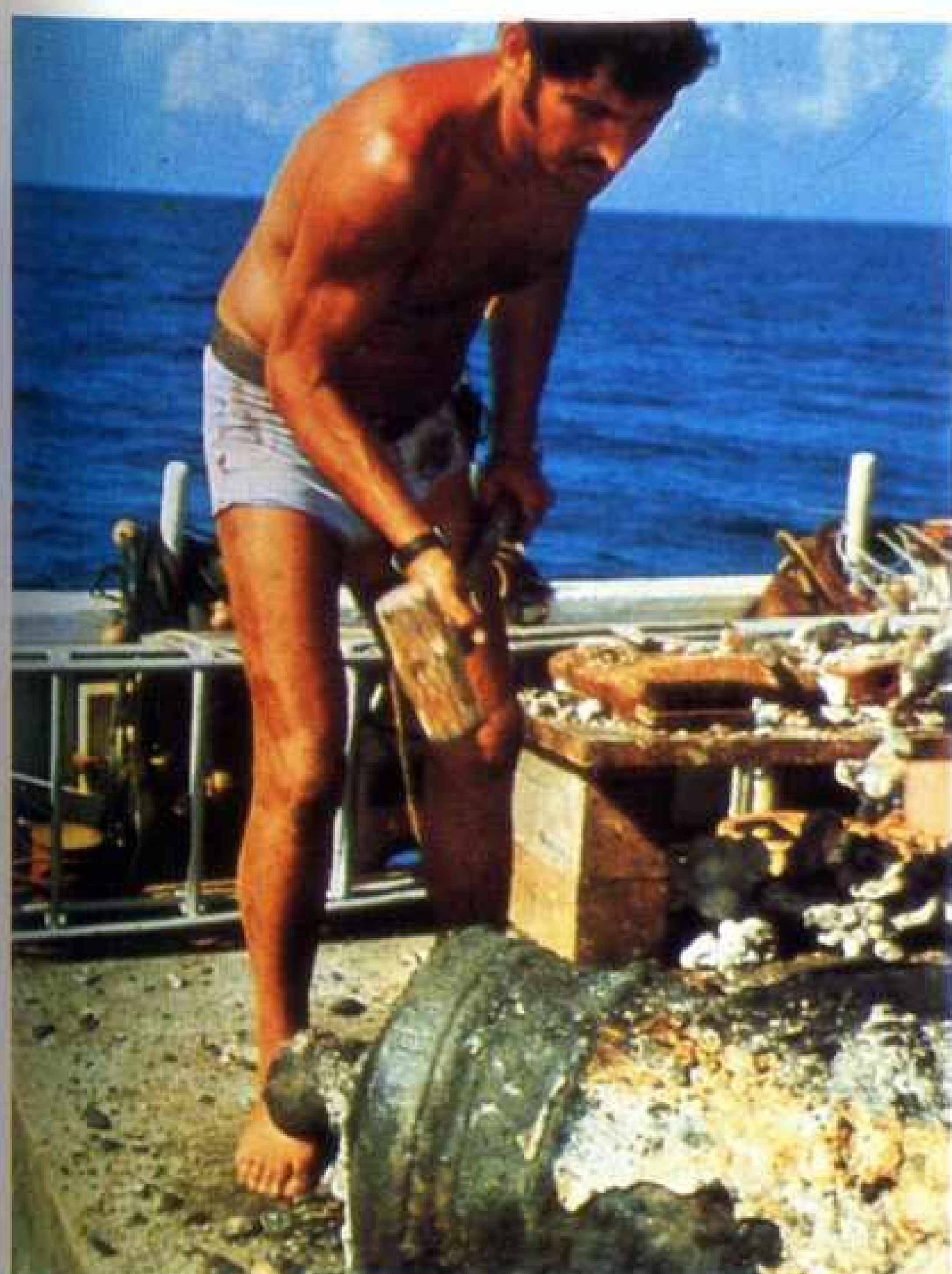
*La búsqueda del tesoro es apasionante para los buceadores del equipo del* Calypso. *Pero los únicos «tesoros» que encontramos son las botellas de vidrio (abajo), todo tipo de vajilla (abajo, a la izquierda) y algunas bonitas porcelanas chinas (abajo, a la derecha). Gracias a un polipasto subimos también a la superficie un gran cañón (arriba), que limpiamos (página de la derecha). Recuperamos además un montón de balas de cañón.*













mente que son en realidad huesos de vacas y cerdos, es decir, restos de comida. Esto significa, por supuesto, que estamos excavando probablemente las ruinas de la despensa. Todavía no hemos alcanzado el casco. Ya no debería de estar muy lejos. Este tipo de trabajo me recuerda al de los inspectores de policía, para los cuales cada hallazgo significa un nuevo útil para la aclaración final del enigma. Poco tiempo después subimos a la superficie montones de vasijas y tazas, frágiles pero intactas. Estos recipientes están apilados unos sobre los otros, como si hubieran estado almacenados en cajas. Basándose en esta observación, Frédéric Dumas emite una hipótesis: estas cajas debieron de haber estado colocadas sobre el puente; cuando el barco se inclinó al hundirse, resbalaron lentamente hacia el fondo sin romperse. Si se hubieran hallado en el interior durante el naufragio se hubieran roto en el instante en que el barco chocó contra el arrecife.



Sea lo que sea, se trata de auténtica porcelana china. En la época de la flota del oro, los galeones españoles procedentes de Filipinas transportaban cargamentos de este tipo: se transbordaban luego a los barcos que partían hacia Europa. Pensamos que no tardaremos en encontrar oro.

La estación de los huracanes es ahora inminente. Guardamos contacto permanente con los aviones meteorológicos americanos que sobrevuelan sin descanso el espacio aéreo del Caribe. El 15 de agosto, el ciclón que nos habían anunciado se dirige hacia nosotros. Nuestro capitán decide permanecer anclados sobre el pecio, al estar convencido de que esta violenta perturbación pasará lejos de la posición del *Calypso*. Tiene razón.

A pesar de todo, llueve. Mis hombres se toman el primer día de descanso desde hace dos semanas, y se lavan bajo la ducha tibia y bienhechora que nos cae del cielo. En la excavación pasajeramente abandonada, Frédéric Dumas y yo estudiamos la situación. Descubrimos que el pecio en el que trabajamos es sólo la mitad de un barco. Hemos encontrado la parte delantera del navío, que debió romperse en dos cuando chocó contra el arrecife.

La parte trasera derivó sin duda en la tempestad hasta un lugar bastante alejado, en el que hemos encontrado algunos cañones, pero que todavía no hemos excavado realmente.

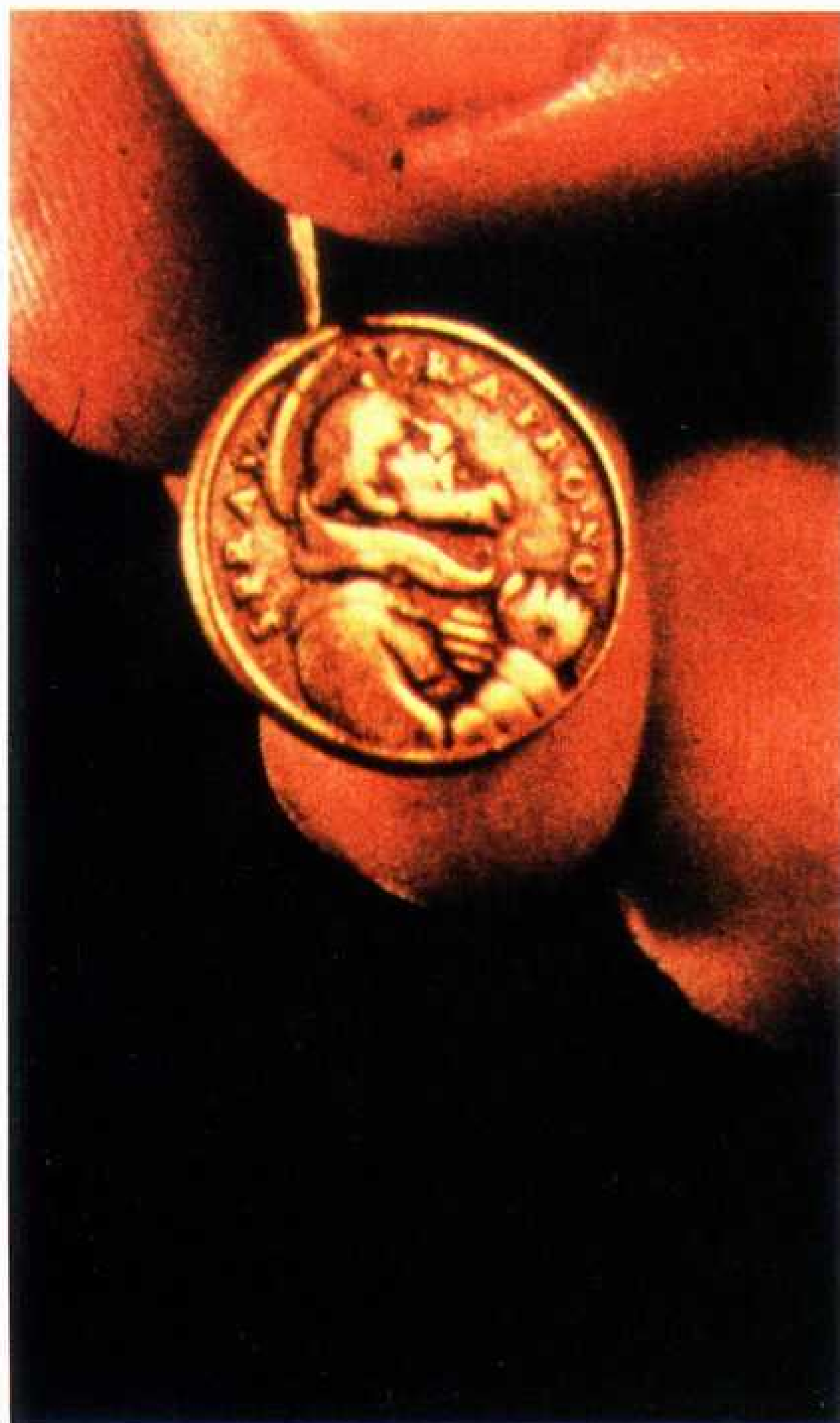
Iniciamos esta segunda excavación. Se extiende sobre una zona de lodo. El limo esconde la popa del barco del que ignoramos aún el nombre. Los galeones españoles llevaban a menudo un armamento francés, holandés o italiano. Izamos a bordo uno de los cañones que habíamos localizado, con la esperanza de poder leer el nombre del arsenal. Pero la única inscripción que lleva es un número de orden: H 2250 A.



# El final de una ilusión

DESDE lo alto de la pasarela, bajo el cielo vespertino, recorrido por huidizas nubes, observo, desparramado sobre el castillo de proa del *Calypso,* el resultado del trabajo agotador de estas últimas semanas. Hay preciosas cerámicas chinas, otras de un dudoso valor, un cañón, balas de cañón, docenas de objetos corrientes. ¡Pero no hay oro, no hay joyas!

La ironía del destino hace que en el momento en que la decepción se apoderaba incluso de los más aventureros y de los más optimistas, el oro haga su aparición. ¡Pero se trata de una única pieza, y para colmo representa a San Francisco de Asís, el protector de los pobres!



Los tiburones que nos habían molestado los primeros días y que luego se habían alejado buscando otras presas, vuelven a rondar alrededor de nuestros buceadores. ¿Querrán hacernos comprender que le ha llegado la hora al *Calypso* de levar anclas y de abandonar el banco de Plata, dejando allí los tesoros?

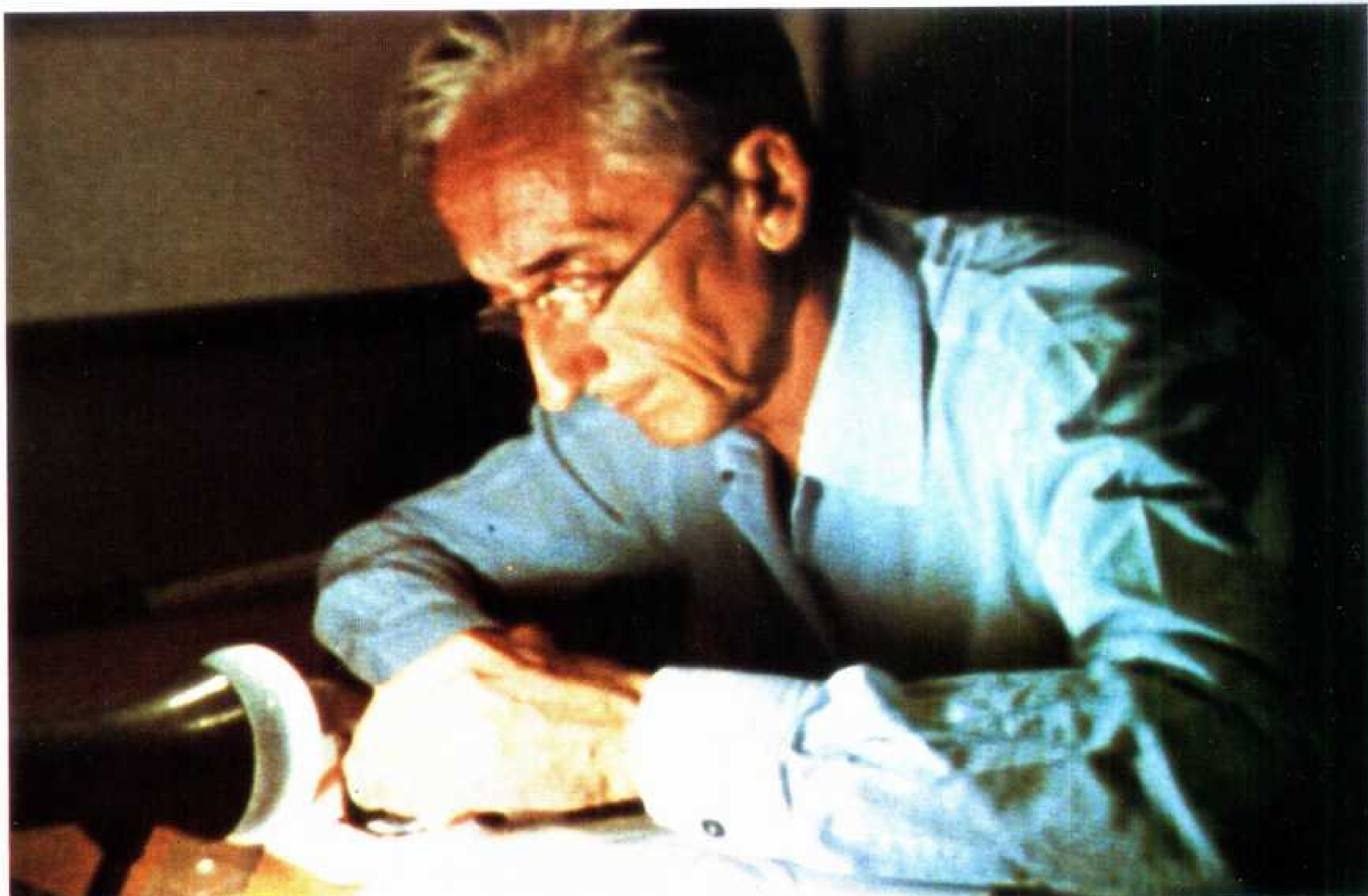
A pesar de los presagios, o quizá debido a ellos, los buceadores del *Calypso* intentan descubrir a toda costa la identidad del barco. Han transportado la aspiradora hasta la segunda excavación, donde se sigue trabajando afanosamente. La recompensa llega por fin en forma de un paquete de sellos de plomo. Los españoles de América siempre sellaban sus sacos de oro, y nuestro descubrimiento, que llega en el momento preciso para disipar nuestras últimas dudas sobre la naturaleza del cargamento, nos dará probablemente más información sobre el propietario del barco. Rebosamos de alegría. No sabemos que una nueva decepción nos espera. Los sellos llevan la flor de lis, que fue un emblema común de los franceses y de los españoles. En cuanto a la inscripción *Floribo quo ferar,* traduce el pensamiento de todos los conquistadores que se embarcaban hacia el Nuevo Mundo: «Floreceré por doquier.»

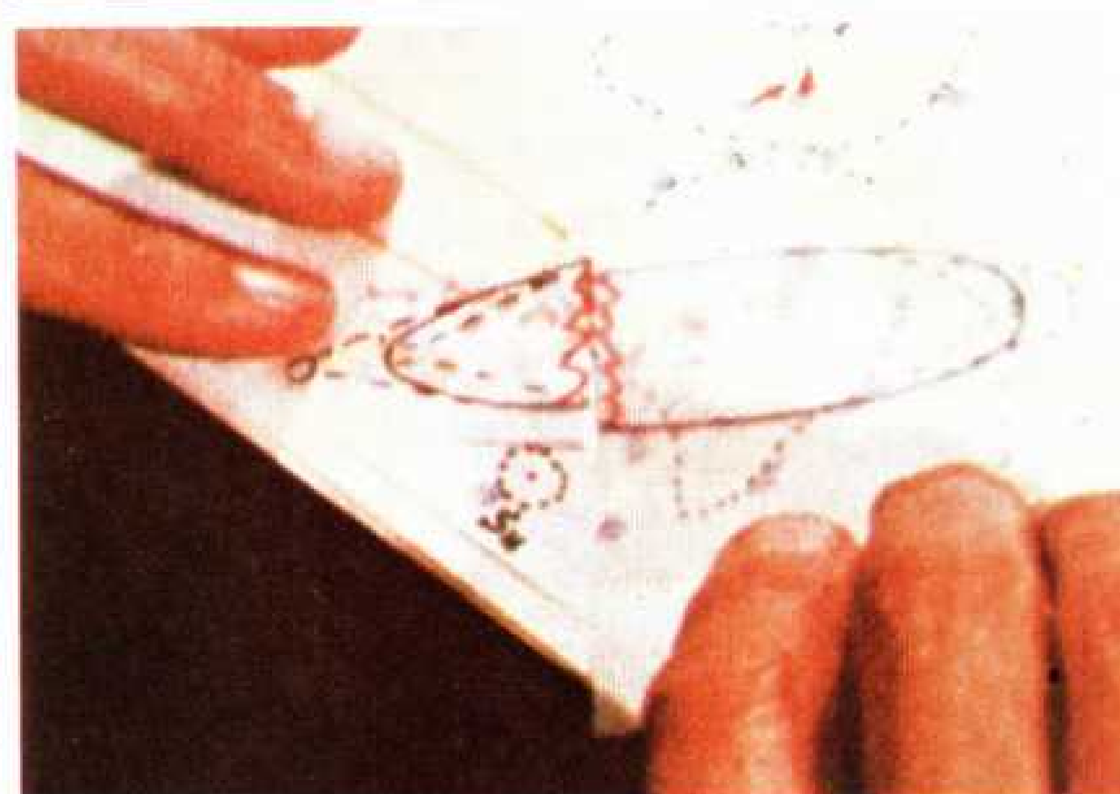
Pasan unos cuantos días, y luego, en la zona más profunda del sedimento, los buscadores encuentran el objeto que pondrá definitivamente fin a nuestra búsqueda del tesoro. Creemos en primer lugar que se trata del badajo de una campana. De hecho, es una pesa de bronce que se utilizaba antaño con las balanzas de los barcos. En la época en que se usaba este

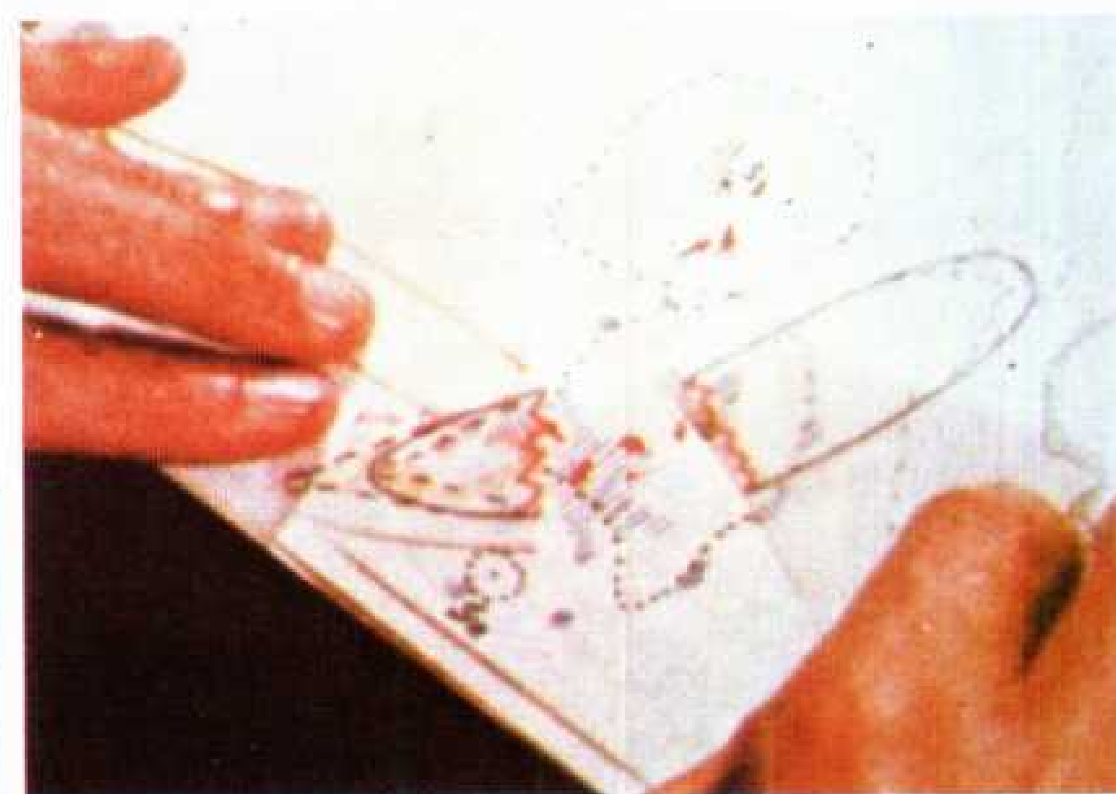


*Una verdadera obra en el puente del* Calypso *(gran fotografía), ¡pero una escasa cosecha! Encontramos unos sellos (arriba), unas inscripciones y una medalla en oro de San Francisco de Asís. El comandante Cousteau anota cuidadosamente la localización de los descubrimientos que se van realizando (página de la derecha).*

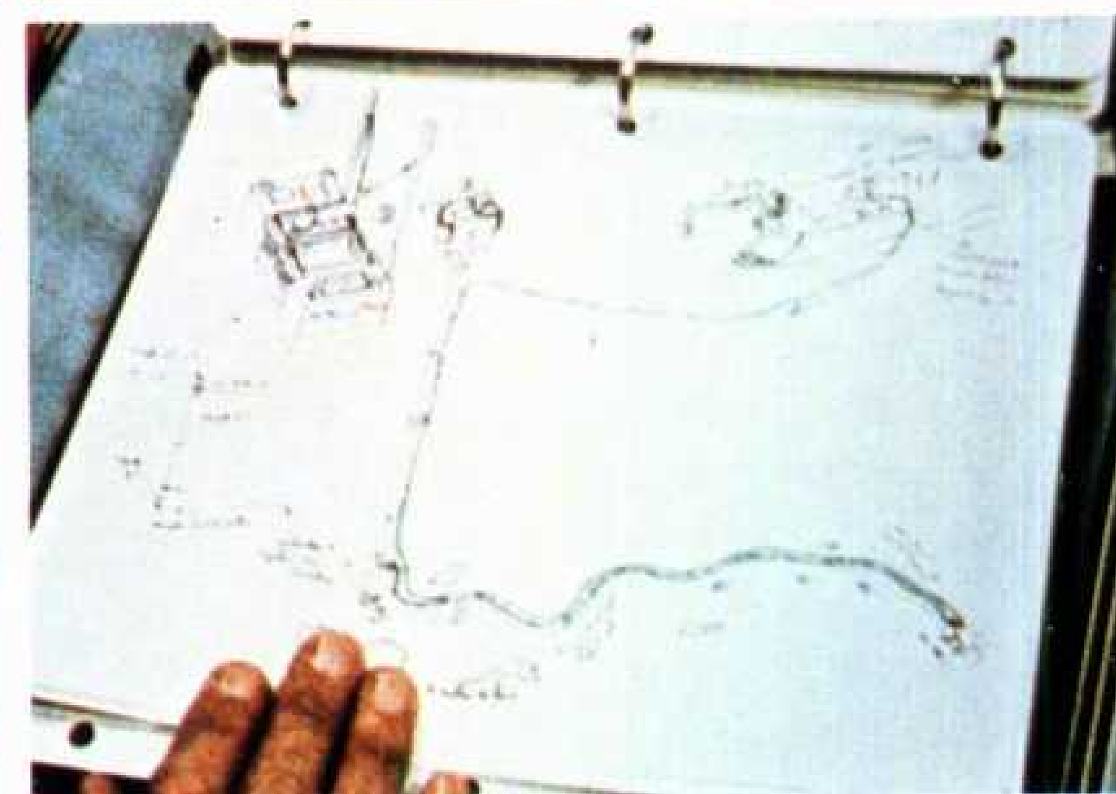












navire a été disparu, la cassure brutale et totale est
En fin de matinée, Barsagu et Forlo remontent une sorte a
habillement à l'origine dans le vieux verni craquelé que les a
ais vernis fragile car toujours attaqué et en majorité détruit p
porte une grosse inscription noire:




J. WYN effacé

Après midi, trié les 2 paniers de James and Ufaey – Trouvé par de
très vieux sou de bronze (c'est notre première monnaie) port
vinces) un blason en forme d'écus sur une face et des ar
Du Tumulus, on sort encore : 2 boulets, une boîte à



tipo de instrumentos, las cámaras de comercio de las grandes naciones verificaban cada cinco años las pesas transportadas en los barcos. Inscribían con un punzón la fecha de la última inspección. Y he aquí la fecha que hemos buscado tanto: 1756... ¡Sobra un siglo! ¡Nuestra búsqueda del tesoro acaba de finalizar!
Es hora de llegar a las conclusiones. Ayer encontramos una pequeña cerámica en la que estaban pintadas las letras J. WYN. Un nombre holandés probablemente, o tal vez sueco. No sabremos nunca la nacionalidad del armador del barco, ni el nombre de este último. Pero la fecha que figura en la pesa prueba por sí misma que no se trata de ninguna manera del famoso galeón cargado de oro que buscábamos. La desilusión de nuestros hombres aflora en el apodo con el que llaman ahora a los vestigios enterrados bajo el coral: *Nuestra Señora de la Decepción...*
Hoy, dentro de unas pocas horas, abandonaremos definitivamente el banco de Plata. Es de noche. Estoy solo en el puente del *Calypso,* donde todos duermen aún. Me preparo para sumergirme para una última visita en solitario a estos fondos apenas tocados por nuestras excavaciones, y que conservan tan bien su misterio.
Me sumerjo despacio en el agua tibia y acogedora, hasta poder abarcar con la vista la totalidad de la excavación. Los objetos que yacen aquí, en el fondo de coral, toman a la luz de mi linterna nuevas dimensiones. El tiempo parece haberse detenido. Algunos fragmentos de madera, un ancla cubierta de concreciones, cañones, es todo lo que se conserva de un barco antaño vivo, en el que los hombres reían, sufrían, esperaban... Cerca de los vestigios, el tubo de la aspiradora descansa como una enorme serpiente marina dormida.
En el agua, que me libera de la fuerza de la gravedad, la realidad parece disolverse. Mi inmersión me parece un sueño. El éxito y el fracaso son, a fin de cuentas, equivalentes en el silencio de la inmensidad del mar. Las preocupaciones humanas, los conflictos, los odios y el amor se difuminan en el medio líquido en el que palpitan los pólipos coralinos.
Cuando vuelvo a bordo, mis compañeros discuten ante el desayuno. Sueñan aún con tesoros y riquezas. Pero el sentido común vuelve a tomar las riendas.
—Me habría comprado tierras, muchas tierras, colinas, árboles, un arroyo, una vieja casa —dice uno de ellos—. Pero nunca me lo creí del todo.
—Por mi parte, yo sí que estaba convencido —dice otro—, y me da rabia pensar que hayamos venido hasta aquí para nada.
—Siempre he sido esceptico —afirma un tercero.
—Soy como Santo Tomás —dice otro—. No creo en nada que no haya visto con mis propios ojos.
—¡Bah! —sonríe su vecino—, en cuanto a mí, siempre he apostado a los caballos perdedores. Sólo ha sido otra experiencia en mi vida.




*El capitán Phips remontó lo esencial del tesoro del gran galeón español de la flota del oro a bordo del* James and Mary. *Hemos querido honrar la memoria de este barco dejando en el fondo el pontón de exploración que hemos construido para nuestras propias investigaciones y que habíamos bautizado con el mismo nombre. Nos alejamos del banco de Plata tirando un cañonazo con el viejo cañón que hemos recuperado y limpiado. Es Frédéric Dumas el que juega a cañonero pirata.*

Dentro de algunos años, el coral y la arena habrán borrado las huellas de nuestra estancia. Algún día, probablemente, otro Rémy de Maenen u otro Frédéric Dumas, a bordo de otro *Calypso,* bogarán hasta aquí fascinados por el espejismo del fabuloso tesoro del *Nuestra Señora de la Concepción.* No encontrarán riquezas. Pero tal vez excaven en el pecio del modesto e inútil *James and Mary,* que hemos utilizado para nuestro trabajo, y que hundimos antes de alejarnos. ¿Se reirán de sus ilusiones tal como nos reímos de las nuestras?





# LA LAGUNA DE LOS BARCOS PERDIDOS

# Un atolón en medio del Pacífico

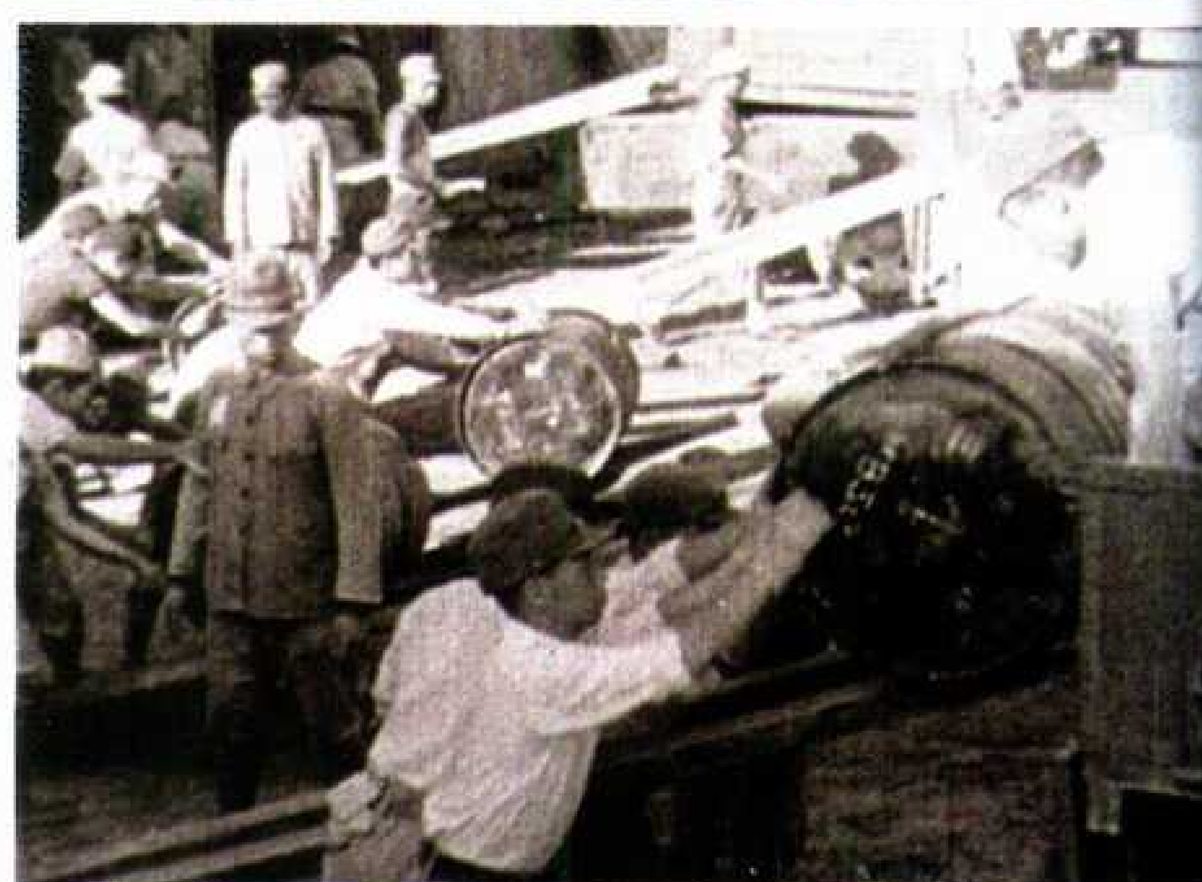
MIRAD en un atlas. No se encuentra fácilmente... Truk es un grupo de islas que forman parte del archipiélago de las Carolinas orientales. Está situado en el 7° 25′ de latitud norte y 151° 47′ de longitud este. El grupo de las Truk comprende en especial un gran atolón cortado por los accesos a una laguna rodeada de varios pitones volcánicos, uno de los cuales alcanza los 500 metros de altura. En los 132 kilómetros cuadrados de tierras emergidas, unos 10.000 habitantes viven de la pesca y producen principalmente copra.

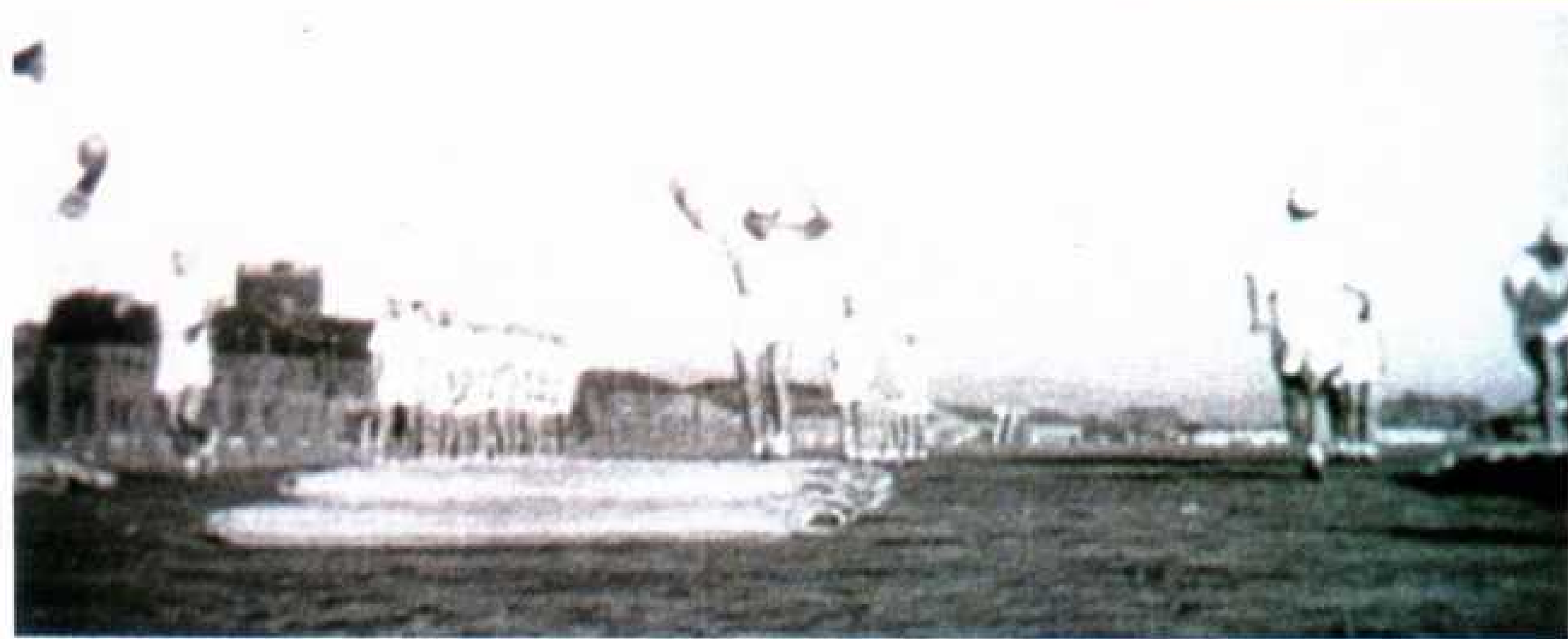
La laguna de Truk constituye un puerto natural de 64 kilómetros cuadrados. Forma uno de los fondeaderos mejores y más seguros del mundo. Pero las carcasas oxidadas de los aviones, y las decenas de pecios de los barcos que afloran entre los



*La laguna de Truk parece paradisíaca (página de la derecha). Este atolón del archipiélago de las Carolinas fue, sin embargo, escenario de uno de los epidosios más brutales de la segunda guerra mundial. Fue la revancha de Pearl Harbor. El equipo del comandante Cousteau, dirigido por su hijo Philippe, quiere explorar los pecios que quedan treinta años después del bombardeo: aviones y barcos hundidos cubren efectivamente el fondo de la laguna de Truk, formando el más sorprendente de los cementerios. En esta página: algunas imágenes de archivo japonesas mostrando las tropas niponas y su armamento en Truk (en japonés, Torukku).*







conos erosionados de los volcanes, son los silenciosos testigos de uno de los más dramáticos episodios de la segunda guerra mundial.

La aviación americana hundió aquí, para vengarse de Pearl Harbor, más de treinta buques de guerra japoneses durante un terrible bombardeo, acaecido el 16 de febrero de 1944.

La Armada de Estados Unidos sufrió la peor derrota de su historia el 7 de diciembre de 1941. Ese día la aviación japonesa destruyó, en efecto, el mayor complejo militar del Pacífico. Era Pearl Harbor, en las islas Hawai.

Truk fue el Pearl Harbor japonés. Esta laguna se había transformado en la base naval más importante de esta parte del mundo. Su ampliación y su fortificación habían empezado a partir de la declaración de guerra a China, en 1937. Japón desencadenó posteriormente su campaña de conquista del Pacífico. Perfectamente organizada en el centro del perímetro defensivo nipón, al mismo tiempo centro operativo de la flota e importante base aérea, Truk fue llamada «el Gibraltar del Pacífico». Sin embargo, tenía un punto débil: la mayoría de sus fortificaciones habían sido construidas con vistas a un desembarco naval enemigo, y sus defensas frente a un ataque aéreo eran escasas. Los americanos decidieron golpear desde el cielo.

Para los aviadores y los marinos americanos, el simple nombre de Truk era sinónimo de terror. Desde el año 1919, año en que el gran atolón fue rebautizado Torukky por sus nuevos amos japoneses, no lo había pisado ni un solo europeo, ni un solo americano. Ninguna información se había filtrado al exterior, excepto las difundidas por los propios japoneses, que afirmaban que la base era totalmente inexpugnable. Ciudadela aparentemente inviolable, Truk parecía que iba a permanecer efectivamente inviolada. El almirante Chester William Nimitz, comandante supremo de la flota americana del Pacífico de 1939 a 1945, decidió, sin embargo, desafiar a los japoneses en su fortaleza de Truk. Desarrolló para ello su concepción estratégica según la cual el elemento fundamental de las fuerzas navales no eran los grandes buques de guerra, sino la Task Force (exactamente la fuerza destinada a desempeñar una misión determinada), es decir, una agrupación de diferentes unidades que comprendía acorazados, portaaviones y navíos de escolta capaces de ayudarse mutuamente. El terror y el respeto que inspiraban la famosa base japonesa era tal, que la misión había sido preparada con un lujo increíble de precauciones. El éxito dependía de la precisión del bombardeo.



# Objetivo Truk

Al principio del mes de febrero de 1944, los navíos de la Task Force 58 abandonaron su fondeadero de Majuro, en las islas Marshall, para acercarse al objetivo de su misión. Los almirantes Spruance y Mitsher habían reunido una considerable flota para realizar la tarea que les había sido asignada.

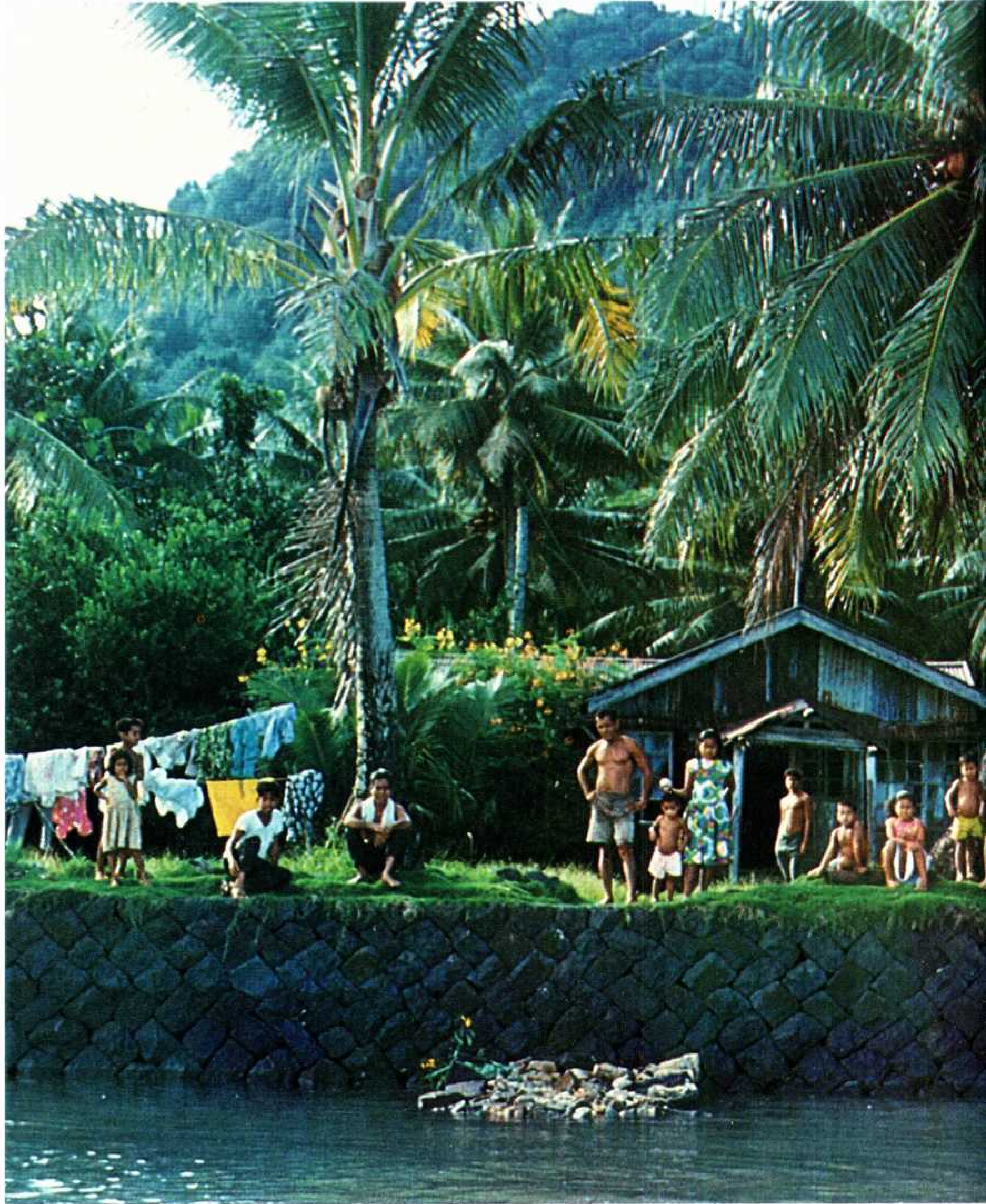
Los acontecimientos no se desarrollaron exactamente como estaban previstos. Los almirantes americanos no podían saber que, debido a las derrotas sufridas por la marina y la aviación en los meses precedentes, el vicealmirante japonés Hitoshi Kobayashi, gobernador de Truk, había sido invitado por Tokio a replegar lo esencial de la flota hacia las islas Palaos. Sólo quedaban en la laguna dos cruceros ligeros, ocho torpederos, unos cincuenta navíos auxiliares y sesenta aviones.

Kobayashi esperaba desde hacía semanas un ataque contra Truk. Pero su red de espionaje no era capaz de informarle cuándo se desencadenaría éste. Después de reducir su flota y de poner en alerta a sus aviadores, el comandante de Truk se aprestaba a repeler el asalto. Sin embargo, como no había ocurrido nada el 15 de febrero y como los aliados habían cesado por el momento sus incursiones en esta zona del Pacífico, el mando japonés concedió un descanso a sus tropas.

El 16 de febrero de 1944, un poco antes del alba, 72 aviones de caza *Hellcat* despegaron de los nueve portaaviones americanos y se lanzaron hacia Truk. Nimitz preveía una violenta reacción aérea por parte japonesa, y sus cazas tenían la misión de limpiar el cielo de aparatos enemigos antes de la entrada en escena de los bombarderos.







*Philippe Cousteau y sus compañeros llegan a Truk a bordo de un barco de investigación, de nombre prometedor, el* Hopeful *(arriba y página de la derecha). Los indígenas del atolón apenas se acuerdan de los bombardeos, pero reciben a nuestros buceadores con hospitalidad.*



La reacción japonesa fue limitada y desordenada. Tan sólo un avión torpedero consiguió alcanzar la popa del portaaviones *Intrepid,* al que infligió 17 impactos y daños de cierta consideración.
En la mañana del 17 de febrero, una segunda ola de asalto americana abatió 31 aviones suplementarios, terminó la operación de destrucción de los cuarteles, de los talleres y de los depósitos de combustible. Dos unidades de la marina japonesa, el crucero ligero *Katorize* y el torpedero *Maikaze,* que habían conseguido abandonar la laguna de Truk, fueron hundidos en alta mar.
Aunque las fuerzas niponas presentes en Truk habían sido menos de las previstas, el aniquilamiento de la base constituyó una victoria sensacional, que costó además muy poco a los americanos en cuanto a hombres y a material: 25 aviones perdidos, 29 aviadores y 11 marineros muertos. Las consecuencias estratégicas, tácticas y psicológicas de esta batalla fueron inmensas. Truk era un espantapájaros de tal calibre que su destrucción se transformó para las tropas americanas en el símbolo de su propia invunerabilidad. Después de esta expedición, los americanos se sintieron invencibles. Convencidos de ello, prosiguieron la guerra y de hecho la ganaron.
Esta es la historia de la batalla de Truk. Mi hijo Philippe la ha estudiado cuidadosamente. Es hoy el responsable de la misión que va a investigar las consecuencias que tuvo sobre la laguna un acto de guerra, hace casi treinta años. Philippe y todo su equipo se dirigen al atolón a bordo de un viejo remolcador de nombre prometedor, el *Hopeful,* es decir, el «lleno de esperanza».



Durante los cuarenta y seis minutos que eran necesarios a los *Hellcat* para alcanzar su objetivo, la formación americana fue localizada por Truk. Kobayashi consiguió hacer despegar de la base a 45 *Zeros,* que entraron inmediatamente en combate. El cielo y el mar se llenaron de llamas, de humo, de explosiones, de rayos crepitantes. Pero los bombarderos americanos estaban llegando. En unos pocos minutos, 265 aviones fueron destruidos en vuelo por los cazas o en el suelo por los bombarderos. Fueron hundidos el crucero ligero *Naka,* dos torpederos, tres cruceros auxiliares, uno de ellos de 20.000 toneladas, y 30 barcos, incluyendo cinco petroleros.



# Un cementerio marino

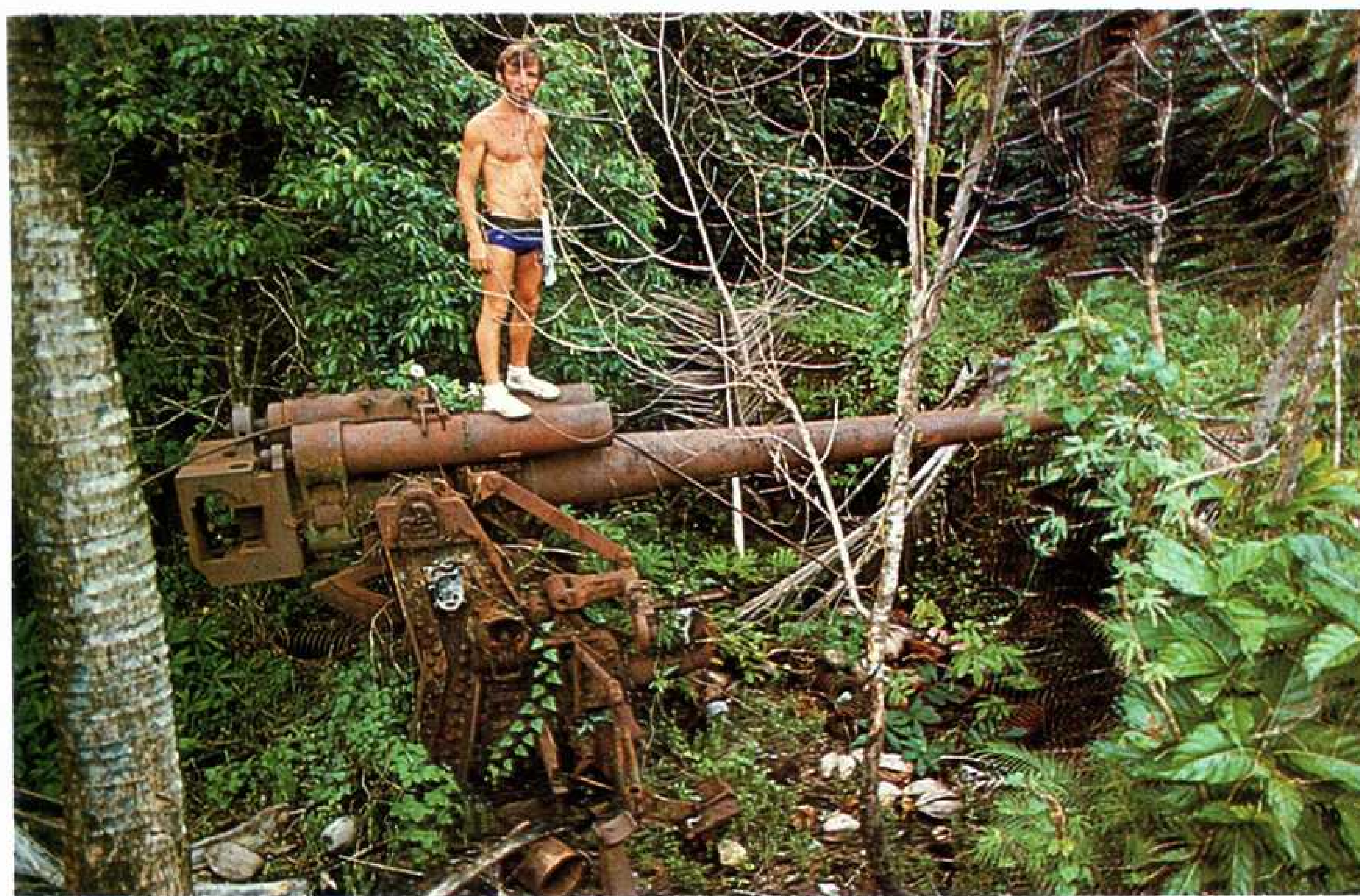




DESDE hace unos treinta años, las carcasas de los navíos japoneses hundidos en el transcurso del *raid* americano yacen en el fondo de la laguna. Sus masas de chatarra oxidada emergen a veces de las aguas estancadas. Para los niños de esta isla perdida de Micronesia, los pecios forman parte del paisaje habitual. Nadan, chapotean y juegan en sus cercanías. Utilizan algunos como trampolín o se tumban al sol sobre ellos después del baño. Por el contrario, estas ruinas son para los adultos los recuerdos de los horrores de la guerra. Para los hombres del *Hopeful,* esta flota hundida es una ciudad sumergida.

Antes de que el equipo del *Calypso* y yo mismo lleguemos a Truk para filmar el cementerio marino, Philippe se dirige al atolón con Dominique Sumian, Christian Bonnici y algunos más para las primeras exploraciones. Son jóvenes y no tienen ningún recuerdo personal de la guerra, de sus batallas y de sus dramas. Pero Philippe me cuenta que han estudiado con tanto cuidado e interés los mapas, las fotografías y la historia de la base, que cuando desembarcan son capaces de identificar cada porción del terreno. La vegetación tropical es tan exuberante que ha cubierto en unos pocos años una gran parte de los vestigios de la guerra. Los cráteres producidos por las bombas se han transformado en fértiles charcas. Las ruinas de las fortificaciones están sumergidas en un mar de flores. Transformadas en marismas, las cicatrices del trágico conflicto cobijan a los curiosos perioftalmos, esos peces de ojos prominentes que andan gracias a sus aletas pectorales, salen del agua e incluso trepan a las ramas bajas de los árboles.





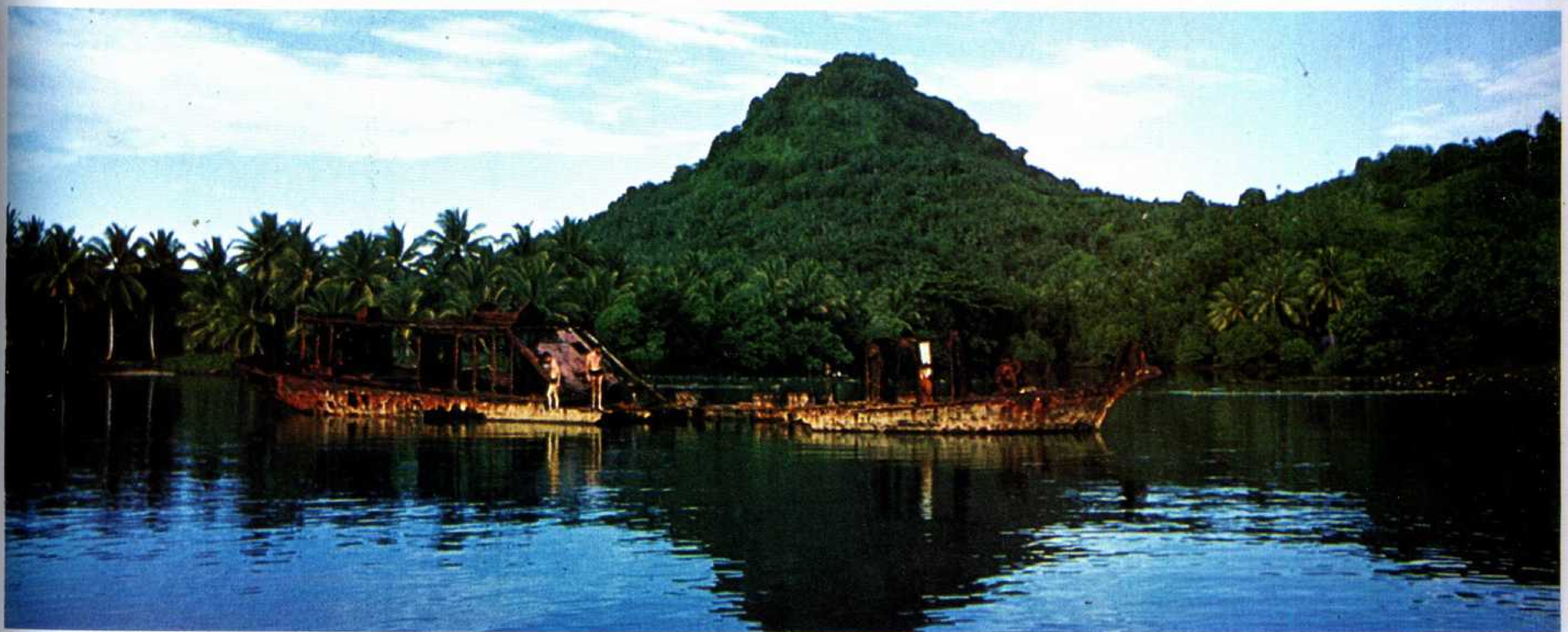


*La vegetación tropical disimula las heridas que la guerra ha infligido a la isla. Los hombres del equipo de Cousteau visitan un antiguo fortín japonés (en esta página, arriba), liberan un cañón envuelto por las ramas (a la izquierda), fotografían un cráter de bomba lleno de agua (arriba) y visitan un pecio en la laguna (página de la derecha).*

Erguido como una señal, el mástil de un navío medio hundido atrae a los buceadores del *Calypso*. Es el primer pecio de Truk que van a explorar. Desde la proa del *Hopeful* se distingue toda la silueta del barco, en las aguas poco profundas en las que descansa. De acuerdo con su compañero Dominique Sumian, el buceador jefe, Christian Bonnici, decide no utilizar las escafandras autónomas para esta facilísima inmersión. Los hombres tan sólo se enfundan sus trajes para protegerse de las quemaduras de los corales de fuego que abundan en estas aguas. Con la ayuda del técnico Armand Davso, Philippe, que es el encargado de rodar las secuencias submarinas, controla el funcionamiento de su cámara. Antes de sumergirse, todos se arman con una baqueta antitiburones.

Según los indígenas del atolón, el buque que nuestros hombres van a visitar sería el pecio de un pequeño barco auxiliar. En cuanto se sumergen, los buceadores



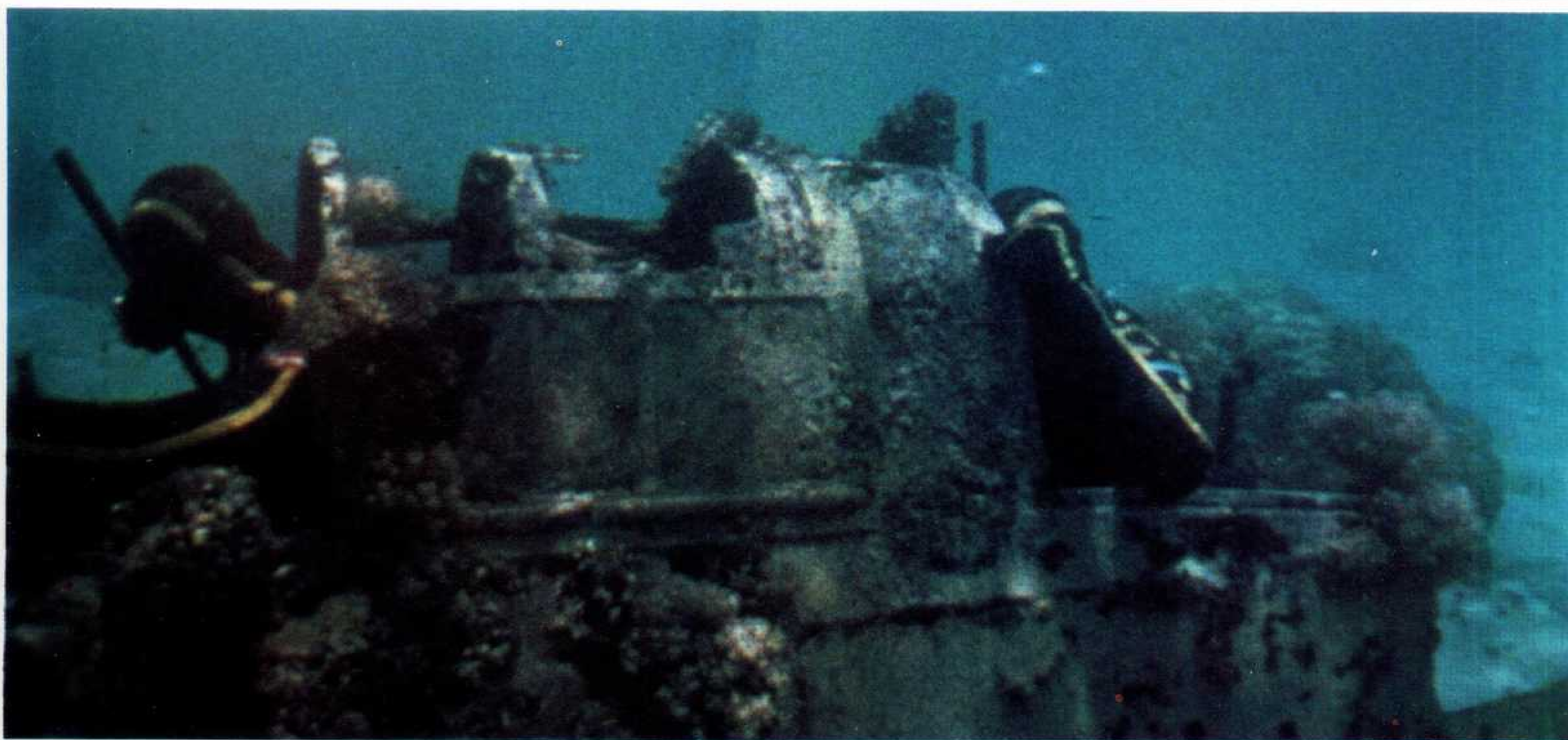


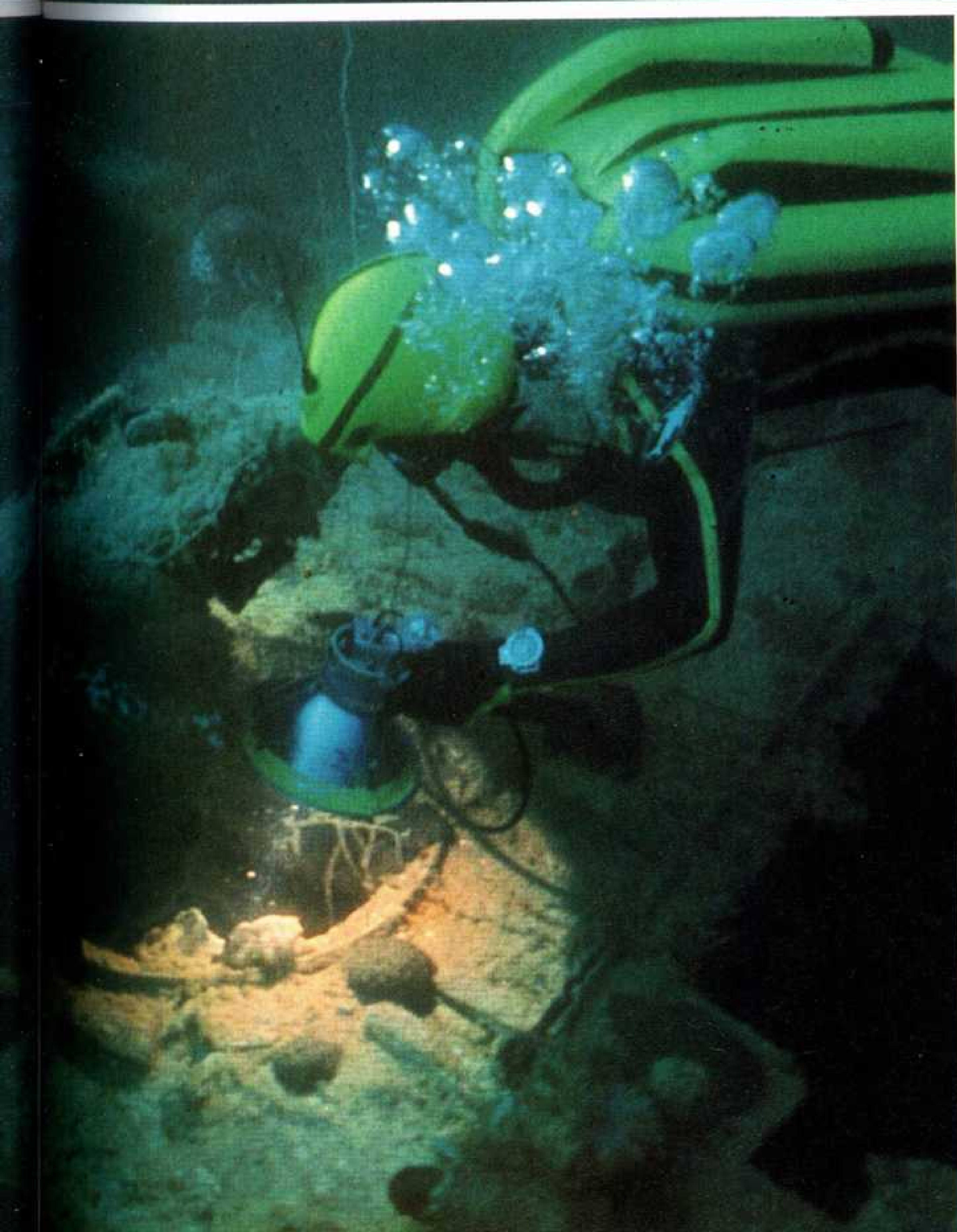


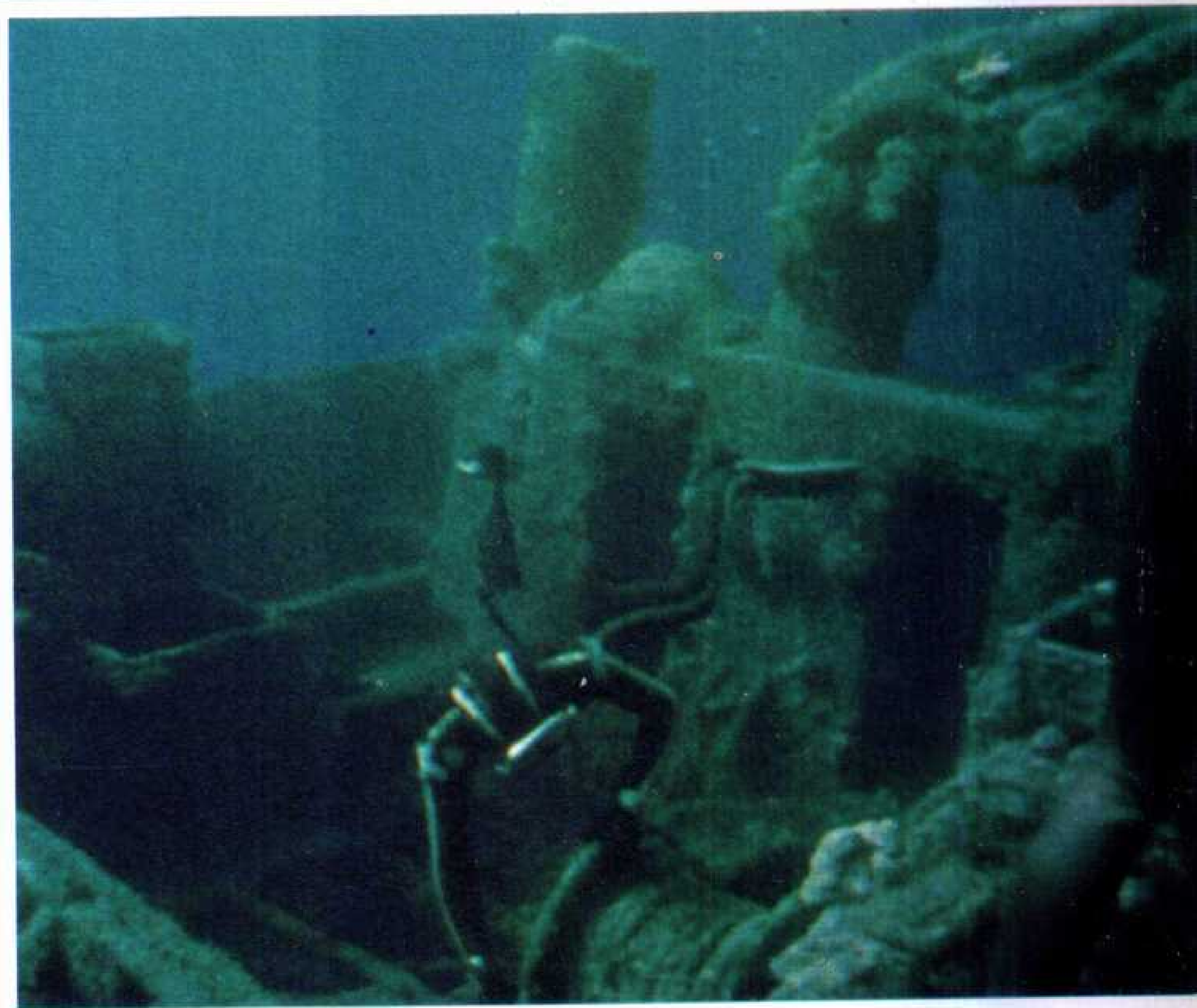

identifican en realidad a un carguero blindado de importante tonelaje. El buque debió de recibir el impacto directo de una bomba en pleno centro, ya que está literalmente cortado en dos. Su gran grúa, destinada a embarcar el material pesado, está todavía sobre el puente. Pero no hay rastro del cargamento. Philippe y sus compañeros se deslizan por el casco, fascinados por el esplendor de las incrustraciones vivas que lo colonizan.

No muy lejos del carguero descansan los restos de uno de los aviones que consiguieron despegar de la base. El bombardero japonés está acribillado a balazos: no llegó muy lejos, fue abatido cerca de la pista del aeropuerto. Los americanos llamaban *Judy* a este modelo, que era capaz de despegar desde una pista terrestre o desde un portaaviones. Por algún motivo difícil de comprender y de explicar, un avión hundido parece aún más triste, más sobrecogedor, más absurdo que el pecio de un barco. Todos los hombres del *Calypso* comparten esta opinión. Tal vez sea porque el avión está concebido para volar por el cielo, libre como un pájaro. En el elemento líquido que le sirve de tumba yace grotesco, incongruente, como si perteneciera a otra esfera de la realidad.









*Los buceadores del* Calypso *se sumergen en la laguna y se topan repentinamente con la cruel realidad de la guerra. Los pocos aviones que consiguieron despegar del aeropuerto de la isla fueron derribados: Philippe y sus compañeros visitan uno de estos aparatos en el fondo de la laguna.*

# Descubrimiento del «Heian Maru»

PHILIPPE y sus buceadores, plenamente dedicados a su trabajo, finalizan en unos pocos días las labores de reconocimiento. La laguna de Truk rebosa de un fantástico material para una película. Las tomas submarinas de pecios no son ninguna novedad. Pero los restos hundidos de una flota completa constituyen un tema patético e inédito.

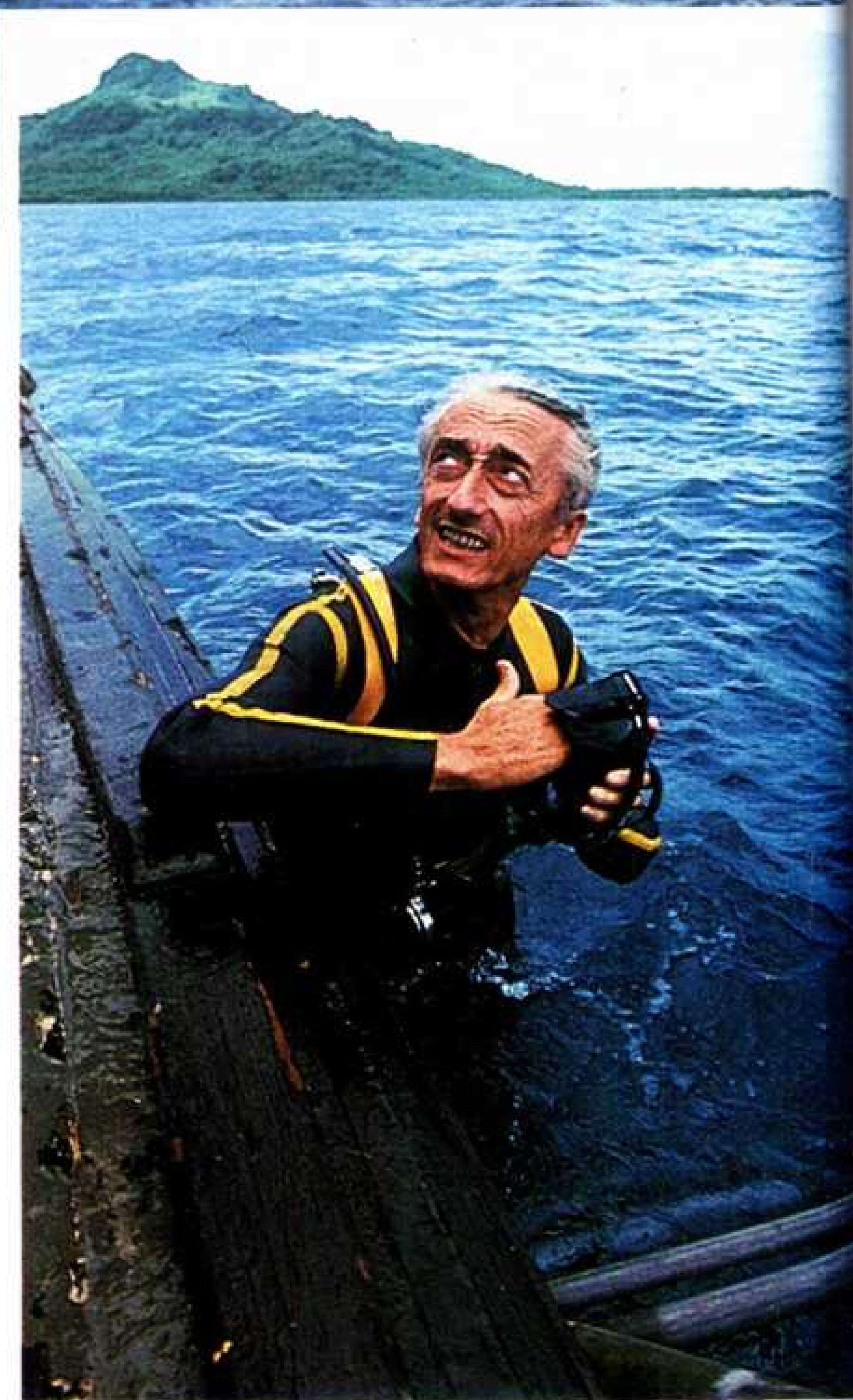
En cuanto desciendo del avión, leo en el rostro de los muchachos que me esperan en el aeropuerto local un entusiasmo comparable al que se apoderó de mí, hace treinta años, cuando descubrí mi primer pecio. Para nosotros los buceadores, la palabra «pecio» seguirá siendo siempre un sinónimo de aventuras, de emociones y de misterio. ¿Qué sorpresas me reserva ahora esta flota hundida?

Hemos anclado el *Hopeful* cerca de media docena de barcos japoneses que yacen a una profundidad máxima de 45 metros. Nos hemos puesto de acuerdo para hacer un programa detallado de nuestras inmersiones. Tenemos la intención de explorar minuciosamente algunos de estos pecios, con la esperanza de recoger elementos desconocidos sobre el *raid* histórico de Truk. ¿Quién sabe? Nuestro equipo podría añadir algunos datos nuevos a este capital acontecimiento de la segunda guerra mundial...

Al prepararme para la inmersión, pienso en las consecuencias, además de guerreras, del *raid* americano. Me doy cuenta de lo mucho que la historia de la Tierra, considerada como un conjunto biológico y ecológico, está íntimamente ligada a la historia del hombre. La incidencia de sus actos sobre la naturaleza es cada vez mayor. Los hechos de guerra dejan su huella en el mundo vegetal y animal.

Bordeo el flanco de un navío destripado, buscando su identidad. Llevo conmigo para este fin un gran cepillo de alambre. Limpio su nombre. Se trata del *Heian Maru.* Era un buque taller para los submarinos, de 12.000 toneladas.

Pienso en el trabajo que realizaremos en dos meses. Exploraremos totalmente ocho barcos de guerra, tres petroleros y 19 cargueros, es decir, las tres cuartas partes de la flota japonesa hundida. Verificaremos su nombre, su tonelaje y sus características. Les fotografiaremos en su estado actual. Reconstruiremos la forma en que fueron tocados, y cómo se hundieron. En total, 450 inmersiones nos permitirán examinar detalladamente estos 30 navíos.



*El comandante Cousteau se ha reunido con sus compañeros y con su hijo en el* Hopeful *(arriba). Se prepara para sumergirse junto a ellos para explorar nuevos pecios, fundamentalmente dos restos de buques de gran tamaño, el* Heian Maru *y el* Rio de Janeiro-Maru.









A lo largo de nuestro trabajo me llama la atención un contraste singular. Fuera del agua, la chatarra troceada, torcida y deformada de los pecios constituye un horrible cementerio de óxido. Por el contrario, en el fondo de la laguna, los esqueletos de los barcos exhiben una nueva piel. Multitudes de criaturas vivas, plantas y animales, se concentran en sus flancos y les confieren una elegancia y colores inesperados. En estas aguas tropicales, bandadas de pececillos, jardines de corales y de algas incrustantes envuelven a los navíos muertos con una cubierta viva. Incluso los mortíferos cañones se adornan con elegantes ornamentos vegetales, o con gorgonias que oscilan suavemente en el agua inmóvil.

Nado hacia la cima de la chimenea de un barco, incrustada de corales con los pólipos desplegados. Desde este punto de observación, gozo de una vista del conjunto del pecio que yace a mis pies. El interior de la chimenea tiene el aspecto de una cueva submarina, está adornada con gorgonias, briozoos, algas y gusanos espirógrafos. Se ha transformado en la casa de coral de los peces tropicales.

Pero en Truk esta morada no está habitada por grandes peces. Es la primera vez que observo un pecio que no pueblan los grandes depredadores. ¿Dónde están los meros, las morenas, las lijas? Si existieran en la laguna de Truk, deberían lógicamente haber elegido domicilio en el corazón de estos barcos hundidos. ¿Qué habrá pasado? ¿Será posible que estas especies que abundan en las otras zonas del Pacífico, no hayan vivido nunca en Truk? Dentro de unas semanas hallaré respuesta a mis preguntas. Pero presiento ya que la explicación me desagradará.

# La herencia de la guerra

EN el puente de un barco hundido, una pieza de artillería terrestre apenas dañada ha conservado sus ruedas e incluso sus neumáticos. Pero en todos los buques se extiende de proa a popa una alfombra continua de corales y de algas incrustantes. El coral no puede desarrollarse sobre el lodo o la arena, ya que necesita un zócalo duro. Los pecios le ofrecen ese soporte. Todos los elementos del equipo de un buque hundido se transforman en vitrinas de vida marina.

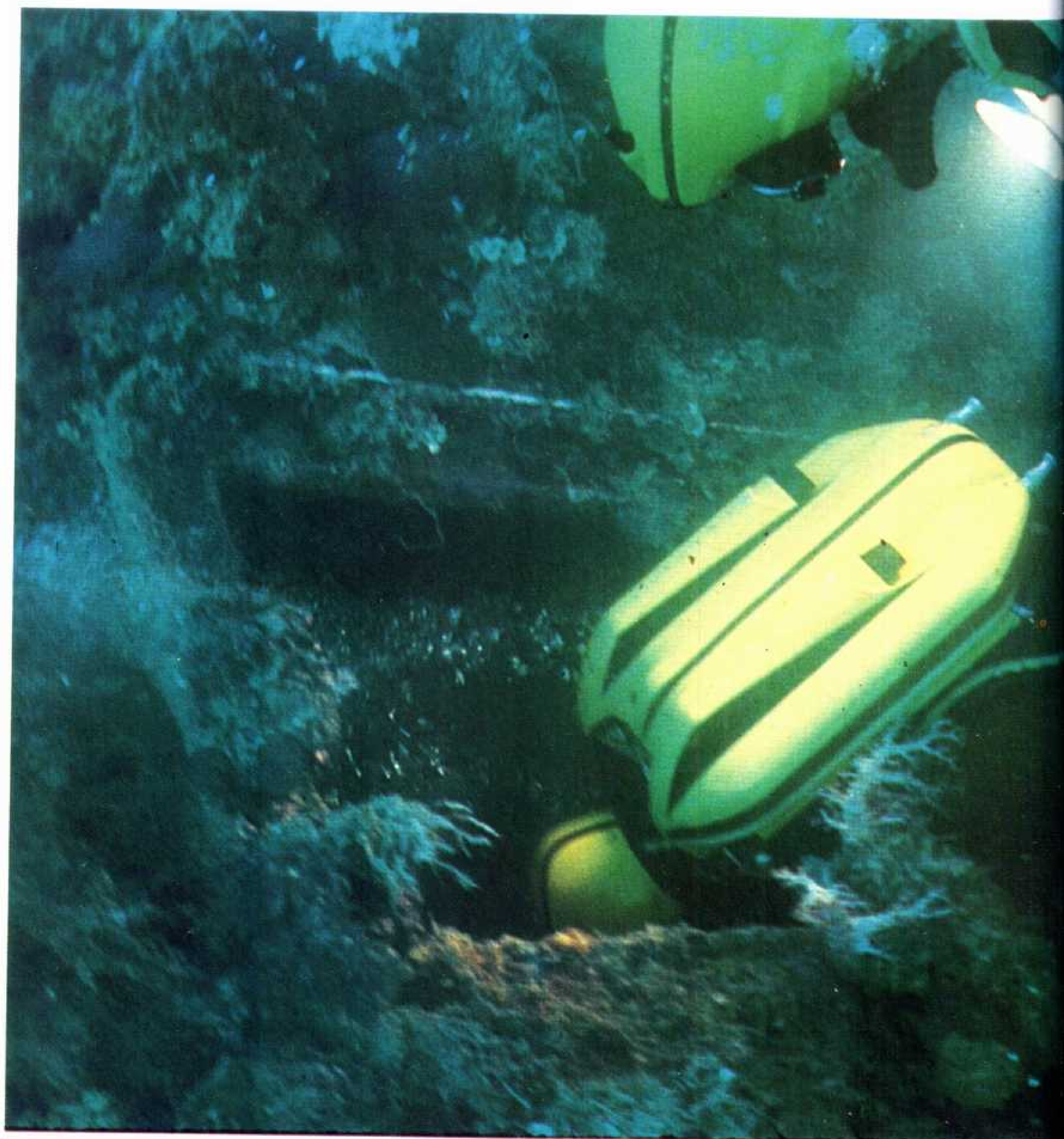
Una serie de exploraciones más profundas en el fondeadero noroeste de la laguna nos reserva un descubrimiento inesperado. A 50 metros de profundidad yace un grupo de barcos que han conservado su cargamento: en uno de ellos, una mesa de operaciones y un laboratorio médico perfectamente preparados (casi se podría decir en buen estado); sillas de ruedas plegadas, una máscara antigás intacta, etcétera.

Me acerco a otro barco. Dudo un momento antes de penetrar en el interior del casco. En tierra firme, un tejado es símbolo de seguridad. Por el contrario, un techo por encima de la cabeza del buceador, en el mar representa una amenaza. La cámara en la que entro está vacía, excepto un cofre colocado en un ángulo, que su barniz, hoy ennegrecido, ha resguardado de la putrefacción. Un cofre en el fondo del mar evoca, por asociación de ideas, la imagen de un tesoro; pero este cofre sólo contiene un puñado de billetes caducados desde hace años.

Otros pecios, que se hundieron con su cargamento completo, contienen camiones rebosantes de alimentos y bebidas. Después del ataque americano, la guarnición japonesa y la mayor parte de los habitantes de Truk murieron de hambre, mientras que toneladas de víveres yacían en el fondo de la laguna.

En la cámara de otro buque encontramos bajo el lodo cuernos de ciervo. Estos, en la mitología japonesa, simbolizan el mensaje divino tradicionalmente conservado por los Siete Sabios. Este emocionante descubrimiento es también paradójico: buscaríamos en vano una imagen de sabiduría en esta carcasa torturada, destrozada, destruida, vestigio de una guerra demente. En la despensa, las paredes de acero están torcidas y deformadas. Sin embargo, la vajilla está intacta. ¿Debido a qué milagro esta frágil porcelana ha resistido a las explosiones?

Empiezo a comprender por qué no hay huella de los grandes habitantes del mar entre estos pecios. Los restos de explosivos que tapizan el fondo cuentan claramente una historia que me será confirmada en tierra. Las reservas de municiones no explotaron todas durante el ataque. Los americanos, al desembarcar posteriormente en Truk, no se llevaron tampoco todos sus explosivos. Los pescadores de la isla se apoderaron de estas municiones. La pesca con dinamita ha eliminado a las grandes especies marinas, que tardan veinte, treinta o incluso cincuenta años en hacerse adultas. Otra herencia de la guerra...







La pasarela de un gran pecio hundido me invita a un nuevo paseo submarino. Pienso en los hombres que recorrieron este puente. Noto que tenemos que desvelar un poco su tragedia. Para hacernos una idea del drama, tenemos que sumergirnos ahora a mayor profundidad.

La primera parte de nuestra misión está ya bastante adelantada. Casi todos los

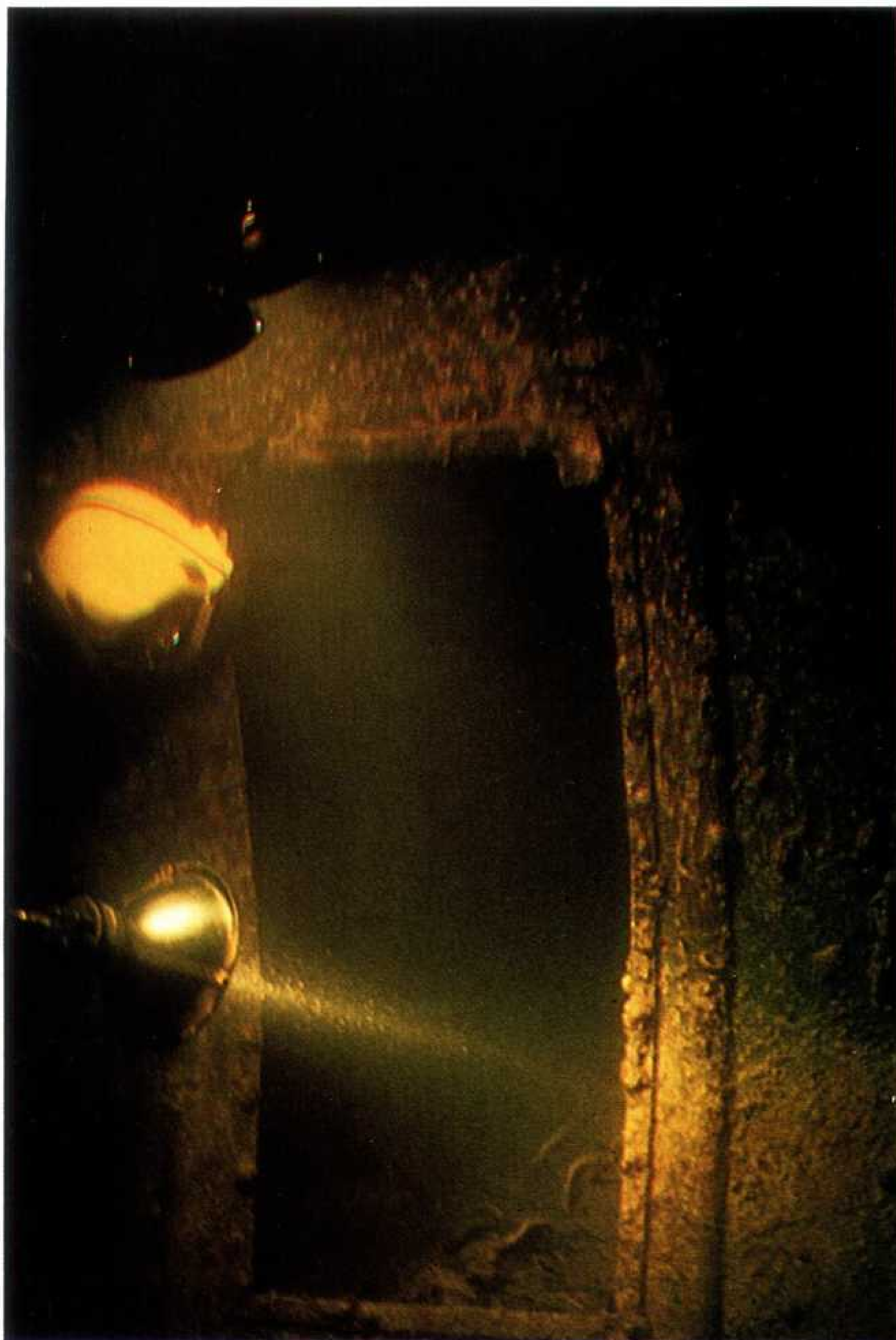


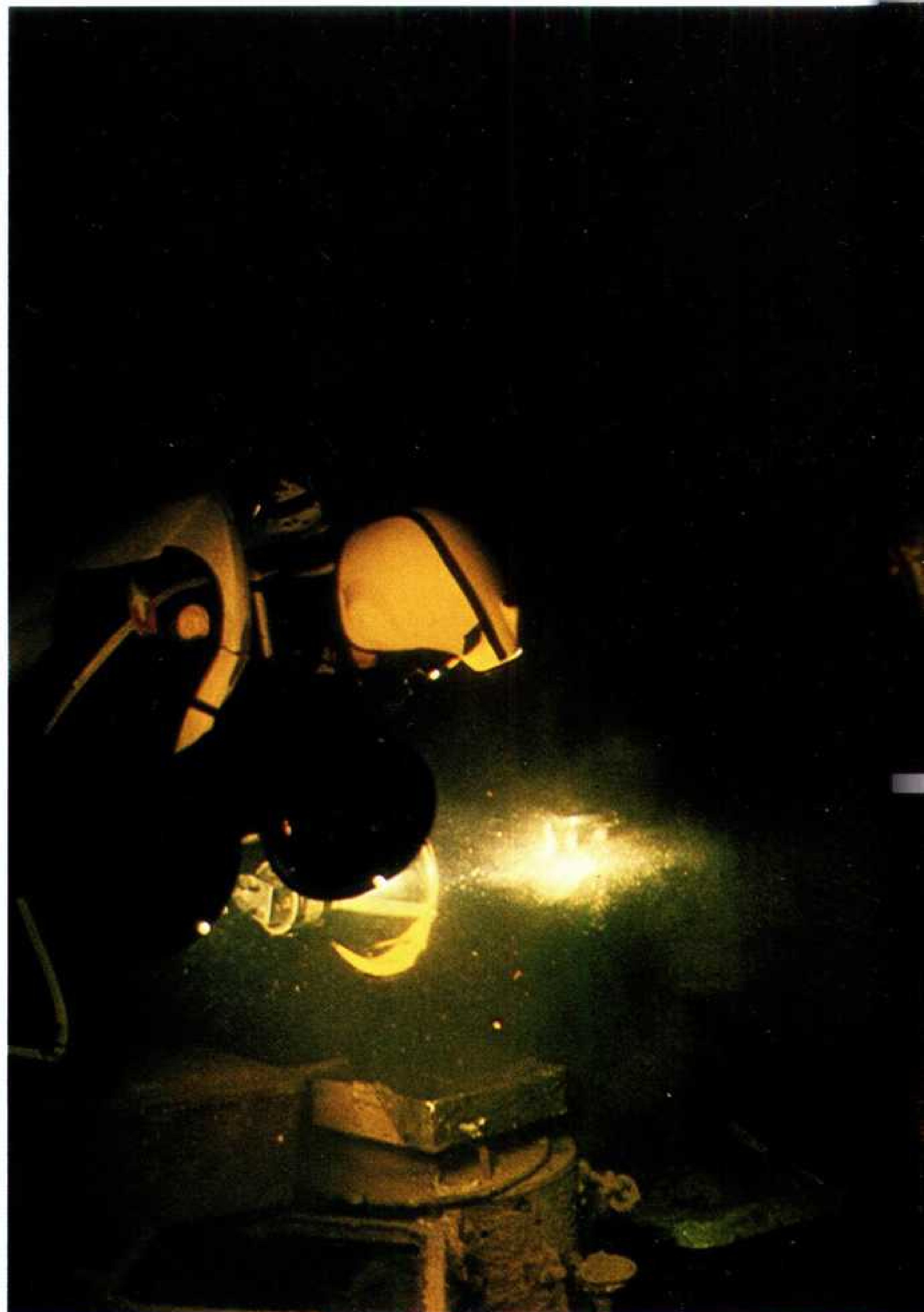


*Los hombres del equipo ya se han familiarizado con los pecios. Provistos de sus focos, no dudan en hundirse hasta el corazón de los barcos perdidos. Franquean las escotillas, pasean por las pasarelas, visitan las cabinas y las bodegas. Extraños viajes... Los animales marinos colonizan las carcasas metálicas: corales, lirios de mar, gusanos espirógrafos, etc., rivalizan para ocupar el espacio. Sin embargo, los grandes peces están ausentes.*

buques hundidos en los fondeaderos de la laguna de Truk han sido visitados, y algunos incluso cuidadosamente explorados. Los descubrimientos que hemos realizado hasta el momento nos permiten confirmar la hipótesis de los historiadores según la cual Truk no estaba preparada para un ataque masivo de la fuerza aeronaval americana. El Gibraltar del Pacífico no era más que un frágil coloso.

# En alta mar frente a Eten





ALREDEDOR de la isla principal de Truk, los islotes fortificados servían de fondeaderos accesorios para los barcos de guerra, los cargueros y los buques taller de la flota japonesa.
La inmersión más delicada de nuestra aventura se desarrolla ahora al sudeste de Truk, en alta mar frente al islote de Eten, donde anclaban los navíos de gran tonelaje. Nuestra misión consiste en localizar y explorar un gran pecio que yace a 90 metros bajo la superficie, en la zona más profunda de la laguna. Se tiene la seguridad de que este pecio existe, pero se desconoce su nombre, sus dimensiones y su posición exacta.
Nos decidimos a utilizar la ecosonda del *Hopeful*. Este barco ha ido pasando progresivamente de ser un modesto remolcador a un barco de investigación. El gráfico de nuestro sonar materializa para nosotros una gran forma que reposa sobre el fondo de la laguna, a menos de 200 metros de la proa del *Hopeful*. Nos acercamos para colocarnos en la vertical del pecio. Yace a 90 metros más abajo. Es una profundidad considerable, en el límite de las posibilidades de un buceador provisto de una escafandra autónoma. Las inmersiones a tales profundidades ya planteaban bastantes problemas a bordo del *Calypso*. A bordo de *Hopeful*, que no tiene cámara de descompresión, nuestro equipo técnico es apenas suficiente. Disponemos, sin embargo, de botellas de aire dotadas de distribuidores de último modelo, que permiten a los buceadores respirar más fácilmente a grandes profundidades.
Hay tensión en la atmósfera durante los preparativos. Nuestros hombres tan sólo intercambian las palabras indispensables. Todos sabemos que no podemos permitirnos ni el más mínimo error. Enfundamos nuestros trajes, controlamos nuestros relojes y nuestros profundímetros, a la vez que repasamos nuestras tablas de descompresión. Tenemos que sabérnoslas de memoria, ya que el menor fallo durante la subida podría provocar lesiones irreversibles en nuestros vasos, pulmones y sistema nervioso, y llevarnos incluso a la muerte. Sobrepasando los 70 metros, se corre el riesgo de tener la embriaguez de las profundidades, es decir, la narcosis de nitrógeno. Nuestras botellas han sido marcadas con las iniciales de cada uno de nosotros para poder identificar inmediatamente al buceador que tuviera dificultades.
Estamos listos. Philippe ha verificado por última vez su cámara con Armand Davso, el técnico que la construyó. Qué decepción sería si descubriésemos al final de una empresa de esta magnitud que el aparato no ha captado nada.
Nos sumergimos en un mundo fantástico en el que la mente se embrolla, donde cuesta respirar el aire. Avidos de conocimiento, bajamos, por debajo de los límites de seguridad, hacia el más profundo abismo de la laguna de Truk.
Repentinamente, en el haz de nuestros focos, la silueta fantasmagórica del barco hundido se dibuja en la oscuridad. Los cañones antiaéreos, hoy absurdamente apuntados hacia el cielo, demuestran que los defensores de Truk siguieron combatiendo mientras que el buque se hundía. Nuestros buceadores vacían sus pulmones para acelerar su descenso. Se sienten ligeros, seguros de sí mismos, eufóricos. Es la primera señal de la narcosis del nitrógeno.



Entramos ahora en las entrañas del navío. Vemos las literas en los camarotes de los marineros, una puerta destrozada por la presión del agua, una gorra posada sobre una capa de lodo... Me ciegan las nubes de lodo impalpable, pero densas, levantadas por todos nuestros movimientos. La linterna de Christian Bonnici se

*Frente a la isla de Eten, en alta mar, y a más de 90 metros de profundidad, los hombres del* Calypso *exploran ahora los restos de uno de los mayores barcos hundidos por los bombarderos americanos el 16 de febrero de 1944. Philippe Cousteau y Dominique Sumian penetran en las entrañas del buque. Descubren allí montones de esqueletos. Los marineros sorprendidos por el ataque aéreo no tuvieron tiempo de tirarse al agua antes de que el barco se hundiera. Prisioneros de los camarotes y de la bodega, encontraron allí su sepultura. Macabro descubrimiento: he aquí el absurdo de la guerra. Todos estos cráneos, todos estos huesos, ahora que Japón es un aliado de Estados Unidos...*







me aparece a través de una niebla vacilante. Nervioso, me acerco a él. El cable del foco es nuestro único lazo con el mundo exterior. Es el hilo de Ariadna que nos une a la luz del día, a la vida. A través de una fisura en el acero oxidado distingo de repente la suela de un zapato y en una esquina una manta cuidadosamente doblada. ¡Desde hace veinticinco años! Ahora nos sentimos angustiados. Nos invaden locas visiones, en parte provocadas por los movimientos del foco de Christian. La embriaguez de las profundidades que nos va invadiendo exacerba el carácter fantasmagórico de lo que se va transformando en una especie de paseo por el infierno. Aunque sepamos que Bonnici está ahí, en carne y hueso detrás de su linterna, tenemos la impresión de que es una alucinación. Nuestros sentidos están excitados y enfermos. Luchamos con todas nuestras fuerzas para conservar nuestra sangre fría. Philippe sigue filmando como un autómata. Pero le veo sobresaltarse cuando un trozo de «cosa» le cae encima.

Tan sólo la ausencia de oxígeno en el agua estancada ha podido conservar tanto tiempo las osamentas humanas. Esta ha sido la «cosa» que ha golpeado a Philippe. No ocurre casi nunca que los restos de los marineros subsistan después de un naufragio. El mar los roe y los destruye en unos pocos meses. Pero la laguna de Truk es un medio particular en el que se ha podido dar el fenómeno. Hay aquí, en los flancos del navío, decenas y decenas de cráneos, fémures, tibias... Un montón de esqueletos. Un osario hundido...

Permanecemos largos minutos en el vientre de este pecio de los cráneos. Salir de él nos parece volver a nacer.

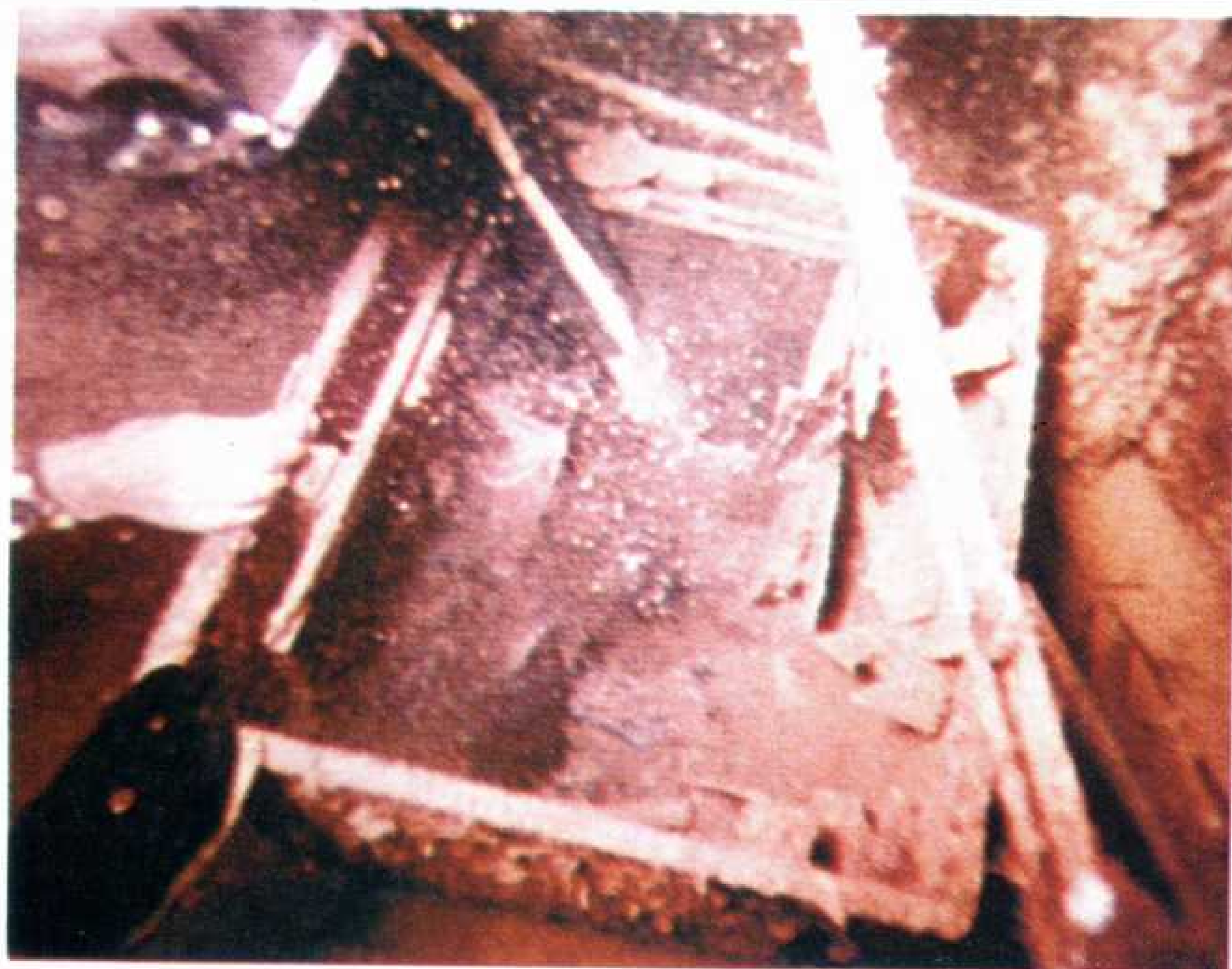
Después de esta profunda inmersión, la vuelta del equipo al barco de superficie no puede compararse a ninguno de nuestros regresos habituales. Ni una sonrisa, ni una broma, ni una carcajada, que exteriorizan normalmente el alivio que sentimos al finalizar una misión peligrosa sin ningún contratiempo. Silenciosos y sombríos, llevamos dentro el obsesionante recuerdo del lúgubre descubrimiento.

Después de algún tiempo, las causas, las buenas razones y los móviles que desencadenan y que favorecen las guerras se pierden en las páginas de los libros de historia. Pero las consecuencias de los conflictos —los sacrificios de vidas humanas, las destrucciones, los saqueos— persisten durante mucho tiempo. La laguna de Truk agoniza aún por una guerra de hace varios decenios. No recobrará su esplendor hasta dentro de varias generaciones. Un pesado fardo para los supervivientes.


*Los hombres del equipo Cousteau se acordarán mucho tiempo de sus incursiones en las profundidades de la laguna de los barcos perdidos. Las osamentas encontradas en las entrañas de los barcos, los aviones que ya sólo sirven de guarida a las gambas, hablan una vez más de la estúpida crueldad de todas las guerras. La violencia que se desencadenó en Truk respondía a la violencia de Pearl Harbor. Pero el recuerdo de los buenos motivos de estos conflictos comienza a perderse en la memoria de los hombres. Quedan los cráneos y las carcasas de chatarra en el fondo del océano.*











# LOS MISTERIOS DEL LAGO TITICACA

# Un túnel legendario

HENOS aquí en la isla del Sol, en el lago Titicaca, a cinco horas de navegación de la población boliviana de Copacabana. Desde hace unas semanas nos encontramos en el lago más alto del mundo. Hemos avanzado mucho en el estudio de la flora y de la fauna, así como de los efectos fisiológicos de la inmersión a gran altitud. Ahora estamos tratando de abordar otro de nuestros objetivos propuestos: la arqueología subacuática del lago. La acumulación de vestigios incas y preincaicos que yacen en las islas del lago, en sus riberas y sus alrededores, permite suponer que las profundidades del Titicaca encierran también gran cantidad de piezas acumuladas en el transcurso de los milenios durante los cuales estas regiones fueron escenario de las civilizaciones precolombinas: vestigios de construcciones sepultadas por la subida de las aguas (que continúa en la actualidad), restos de objetos decorativos, utensilios echados o caídos al agua, etc. Naturalmente, está también el legendario «tesoro» que los incas habrían arrojado al lago en el momento de la conquista española...

Aun cuando estos vestigios puedan yacer realmente en el fondo del Titicaca, pronto nos damos cuenta de que, con toda verosimilitud, allí permanecerán para siempre. Dos factores naturales, en efecto, se oponen a su recuperación. Los numerosísimos cursos de agua tributarios, nacidos de los glaciares de los Andes, vierten sus aguas en la gran cuenca interior, acarreando también ingentes cantidades de aluviones; éstos forman en el fondo del lago depósitos de tal espesor que impiden su exploración.



*Las orillas del lago Titicaca fueron escenario de prestigiosas civilizaciones. El equipo Cousteau se propone explorar las aguas locales con escafandra y con el platillo buceador: es la primera misión subacuática que tiene lugar a cerca de 4.000 metros de altitud. Arriba: una vista general del Titicaca, y una niña quechua. En la página siguiente: antiguos cultivos en terraza (arriba), y un indio del pueblo de los cañaverales tirando de un hato de cañas.*

Por otra parte, la franja costera del lago Titicaca se encuentra invadida por las *totoras:* cañas que nacen tan tupidas en ciertas partes, que cierran totalmente el paso de hombres y botes neumáticos.

Casi en todo el mundo, las leyendas, los mitos relativos a los usos y costumbres de los pueblos antiguos, conservados en la memoria de las poblaciones locales, ayudan al trabajo de los exploradores y los arqueólogos. En ocasiones, un elemento de la leyenda que ha sabido interpretar guía al experto hacia un descubrimiento aparentemente milagroso.

Aquí, para las gentes del lago, todo cuanto les resulta incomprensible, todo lo que ignoran, lo califican como «inca». Trátese de una fiesta o de una costumbre, de una piedra esculpida o de un cántico, «es inca», dicen. Ahora bien, no siempre es verdad. Los incas jugaron ciertamente un papel decisivo en la vida cultural de estos lugares. Pero, antes y después de ellos, muchas otras culturas dejaron su huella en esta región. La presencia de algunas de estas civilizaciones ha durado mucho más tiempo que la presencia inca. Las indicaciones, pues, de los indígenas nos son de una relativa utilidad. No obstante, serán precisamente los hombres del lugar los que nos guiarán hacia el «Viejo del lago».



Nacido en la isla del Sol, éste al que llaman el «Viejo del lago» ha vivido allí desde hace ochenta y seis años. Su rostro y su cuerpo, en efecto, parecen no tener ya edad. Y él mismo parece tan viejo como el mundo... Masticando siempre hojas de coca, nos habla de una galería excavada por los incas, que uniría el lago Titicaca con la ciudad de Cuzco, la antigua capital del imperio. Esta galería pasaría bajo las aguas del lago, y luego bajo la montaña. Tendría más de 320 kilómetros de longitud. El «Viejo del lago» evoca también la existencia de una cadena de oro de 10 a 15 kilómetros, que uniría la isla del Sol con la de la Luna. Nosotros ya hemos oído contar esta leyenda, que parece estar muy enraizada en los indígenas. Poco proclives como somos a la credulidad, ¿quién resistiría a la atracción de lo maravilloso? De todas formas, hemos venido para explorar el fondo del Titicaca. ¿Por qué no buscar al mismo tiempo la galería y la cadena de oro?

# Las ruinas de Tiahuanaco

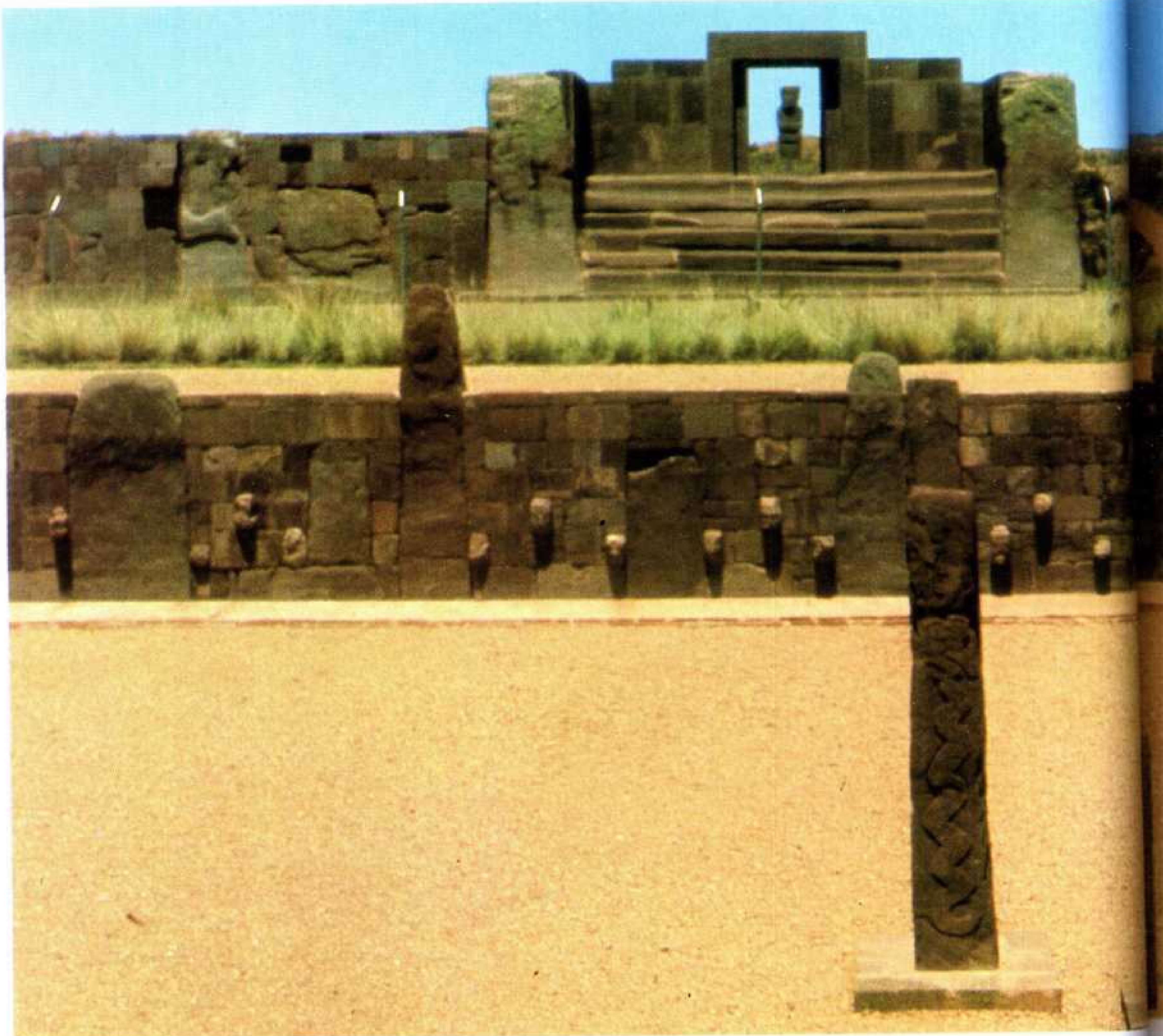
La datación con carbono 14 de ciertas terracotas originarias de las orillas del lago Titicaca prueba que esta región estuvo habitada a partir del 3300 ó 3200 antes de Cristo. Desde esta época hasta la caída del imperio inca, provocada por la llegada de los conquistadores a principios del siglo XVI, el lago constituyó el foco de varias importantes civilizaciones. Tiahuanaco surgió en las altiplanicies del sur peruano entre los siglos V y X de nuestra era. Su importancia fue considerable. La ciudad y su civilización ejercieron una fuerte influencia sobre los pueblos andinos.

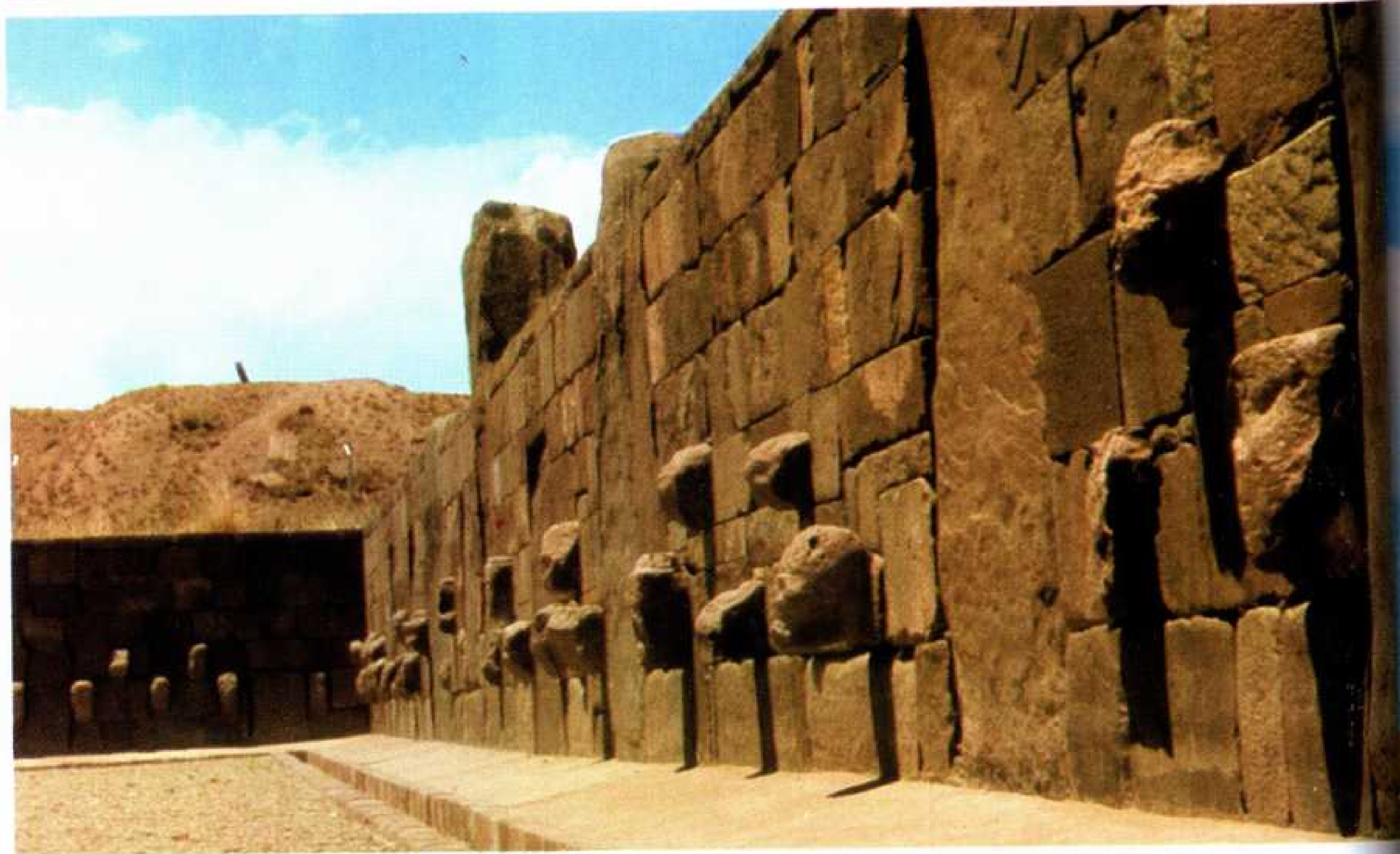
Las imponentes ruinas que se extienden sobre varios kilómetros cuadrados, y que presiden un túmulo y una pirámide truncada, atrajeron la atención de los conquistadores, y luego de los historiadores. Fueron luego destruidas por sucesivos saqueos. Las piedras se utilizaron para otras construcciones. Algunas hipótesis fantásticas atribuyen a Tiahuanaco un origen prodigiosamente remoto en el tiempo.

Tiahuanaco era un centro de culto, construido probablemente gracias a las contribuciones financieras de los peregrinos. El estilo de la ciudad es rígido, formal, impersonal. La región donde se encuentra está situada a gran altitud (más de 4.000 metros sobre el nivel del mar). El clima es frío, el marco austero. La población es hoy numerosa. La ciudad debió de estar habitada en el pasado por hombres que vivían esencialmente de la cría de la llama, ese animal de carga que la religión peruana consideraba entonces como sagrada, y de la alpaca, cuya piel y valiosa lana utilizaban los habitantes de las altiplanicies.

Las ruinas de Tiahuanaco forman un conjunto complejo. La planta de la pirámide escalonada cubierta de piedras es aproximadamente triangular; fue edificada en la cima de una colina natural en la que se excavaron los cimientos y un estanque. Justo al lado se extiende una muralla rectangular de grandes dimensiones —130 metros por 135—, cuyos restos del muro exterior se ven todavía, formado por pilares de piedra separados por intervalos rellenos de piedras rectangulares más pequeñas. También se observa, dentro de esta muralla, el trazado de otra de menores dimensiones, a la cual se accede por una ancha escalera de la que cada uno de los seis grandes peldaños, flanqueado por imponentes pilares, es un monolito.

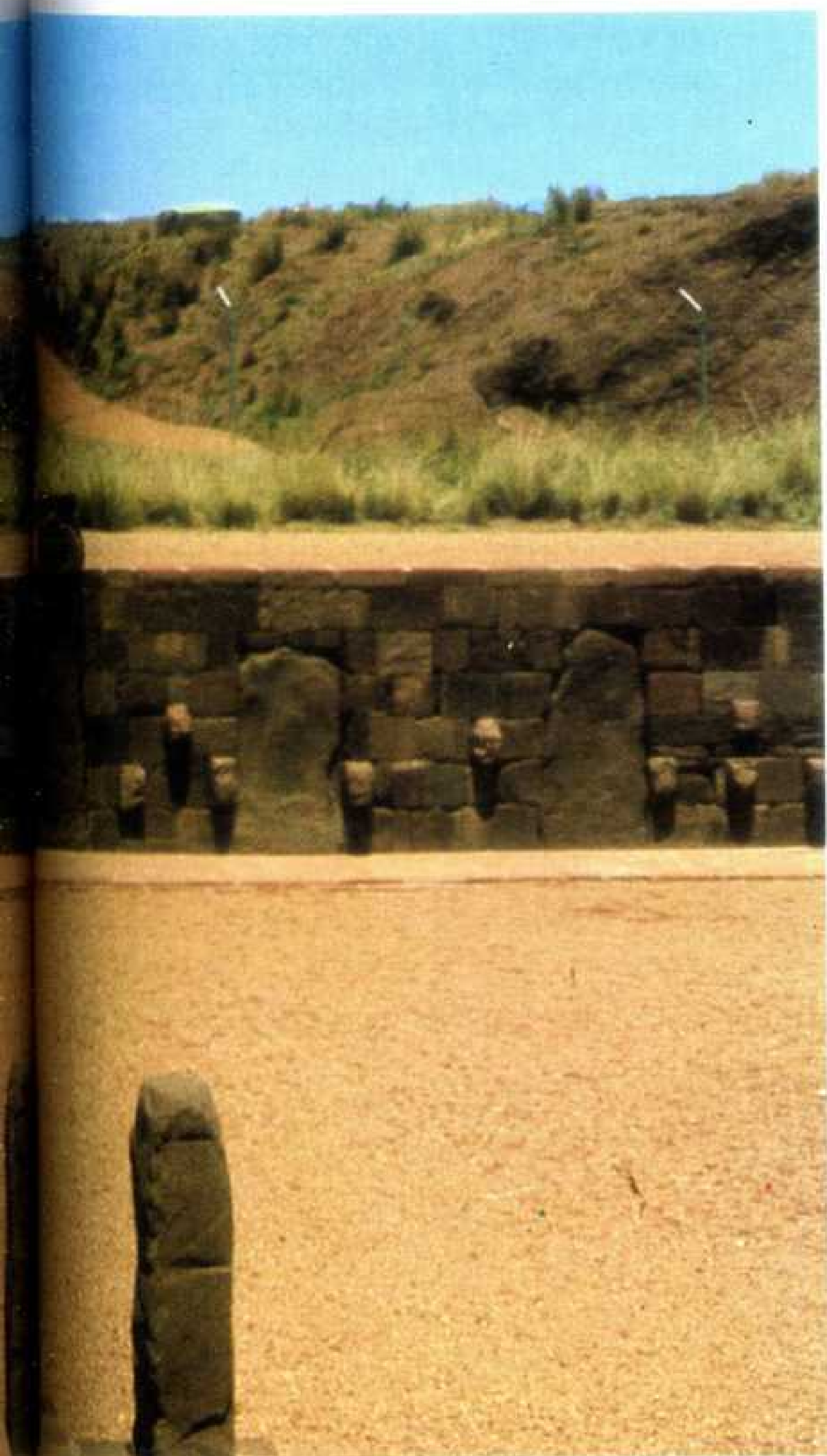
Las estatuas de piedra halladas en el interior de ambos recintos se encuentran hoy en el museo de La Paz. Pero también se puede admirar todavía, en un ángulo de la muralla exterior, la célebre puerta del Sol, en la que está representado Viracocha, la divinidad creadora de la mitología peruana. En el bajorrelieve, que mide unos 70 centímetros de altura aproximadamente, el dios se ve de frente. Cada una de sus manos, desprovista del dedo meñique, blande un bastón de mando adornado con una cabeza de cóndor. El cráneo trapezoidal de Viracocha está rodeado de numerosos apéndices, que representan cabezas de puma y tal vez rayos de sol. Bajo sus ojos redondos, unos pequeños círculos parecen figurar lágrimas.

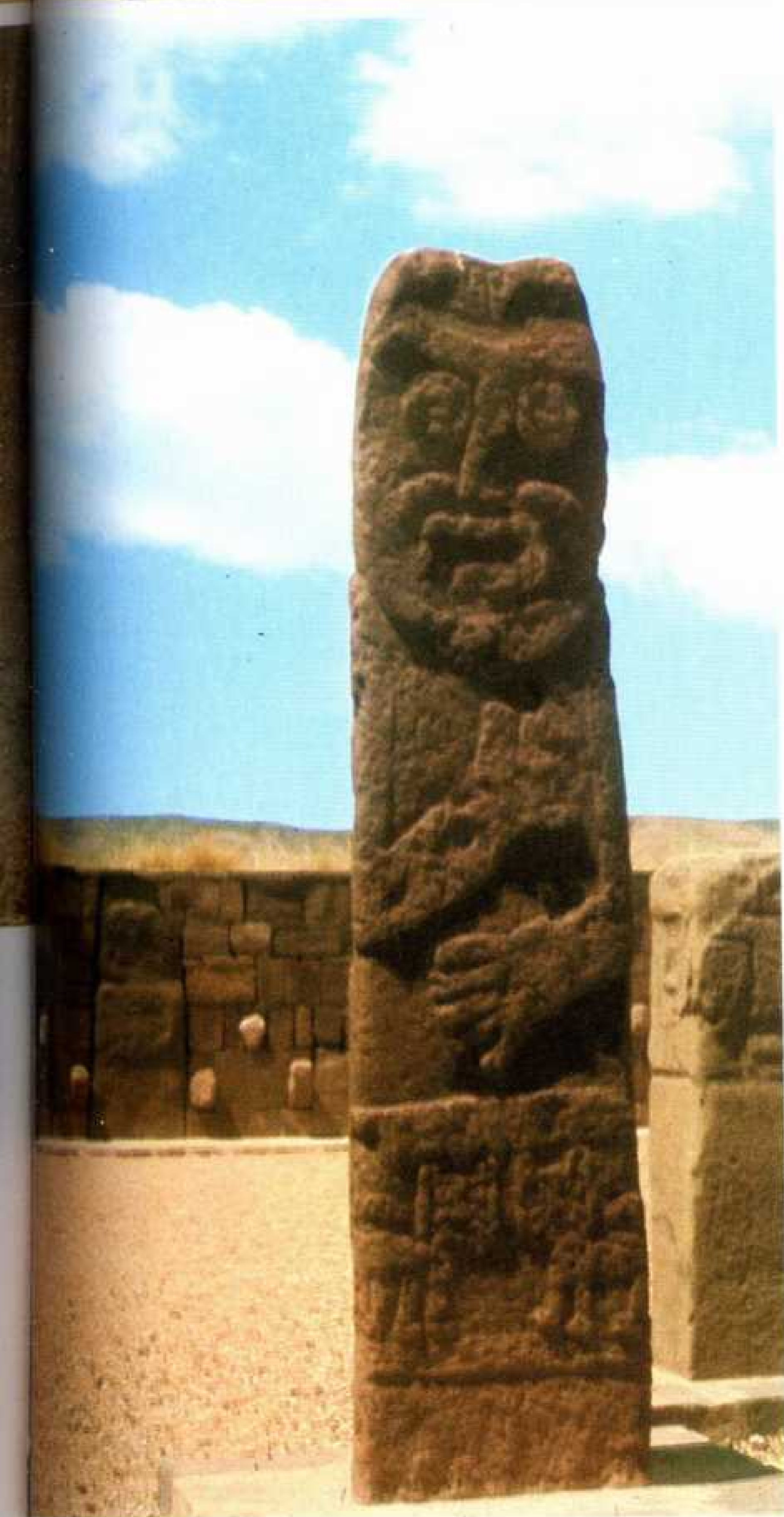




*Las ruinas de Tiahuanaco, el más famoso centro religioso preincaico, no lejos del lago Titicaca, cubren decenas de hectáreas. En esta doble página se ve, de izquierda a derecha y de arriba abajo: el templo del Sol; una hilera de megalitos; muros ciclópeos; la estela con sus esculturas; y la célebre puerta del Sol, tallada en un solo bloque de piedra.*

Otras cabezas de cóndores y de pumas aparecen en el cuerpo del dios, que lleva, colgando de la cintura, una serie de rostros que quizá sean representaciones de trofeos humanos.







# Las islas del Sol y de la Luna

UNA verde pradera se extiende hasta perderse de vista en el agua, iluminada por los rayos del Sol. A causa de la atmósfera rarefacta y transparente de la alta montaña, la luz penetra abundantemente en la masa acuática del lago, cuya vegetación favorece. El substrato de la pradera submarina es una capa de lodo de varios metros de espesor. El lago Titicaca es muy abundante en peces.

Nuestras jornadas de trabajo y de inmersión representan una fatiga inaudita. Cuando, agotados, finalmente nos dormimos, el sueño es apenas reparador; nos despertamos sobresaltados, con una opresión en el pecho. Antes del alba, con el viento glacial que levanta en el lago olas de más de un metro de altura, afrontamos cinco horas de navegación en el lento y pesado pontón móvil que nos transporta al lugar de nuestras inmersiones. Por la tarde, nos devuelve al campo con idéntica lentitud. El frío resulta intolerable para nuestras pieles agrietadas, quemadas por el sol de altura.

Al cabo de un tiempo, sin embargo, los buceadores se han adaptado a las misiones subacuáticas en altitud. Continúan experimentando diariamente los controles médicos exigidos por el intransigente doctor Tassy. Han desaparecido los dolores de cabeza, y la sensación de ahogo se atenúa. No obstante, el doctor decide reducir las horas de trabajo diario.

Las islas del Sol y de la Luna debieron de jugar un papel de primer orden en la vida social y religiosa de los incas. La isla del Sol está cubierta de ruinas. En la de la Luna se elevan los vestigios del templo de las Vírgenes Vestales.

Frédéric Dumas, el más experimentado de todos nosotros en arqueología submarina, queda sorprendido por la técnica de construcción de los incas. Los bloques de piedra tallada, de arista viva, encajan con tal precisión entre sí que entre ellos no podría pasar una cuchilla de afeitar. Los incas construían empleando dos tipos de técnica. Una recurría a bloques poligonales de grandes dimensiones, cuidadosamente tallados. La otra, a filas regulares de bloques rectangulares más pequeños, de junturas curvadas. El primer método se utilizaba principalmente para construir amurallamientos macizos o muros de sostén, mientras que el segundo se empleaba para las paredes de los edificios. La forma más hermosa, sin junturas curvas, se reservaba para las construcciones más prestigiosas, es decir, principalmente los templos. En los edificios más bellos, las piedras se adaptan a la perfección unas a otras. La superficie del muro es impecable, aun cuando la mayoría de los bloques estén tallados en roca metamórfica muy dura. Se piensa que desbastaban es-



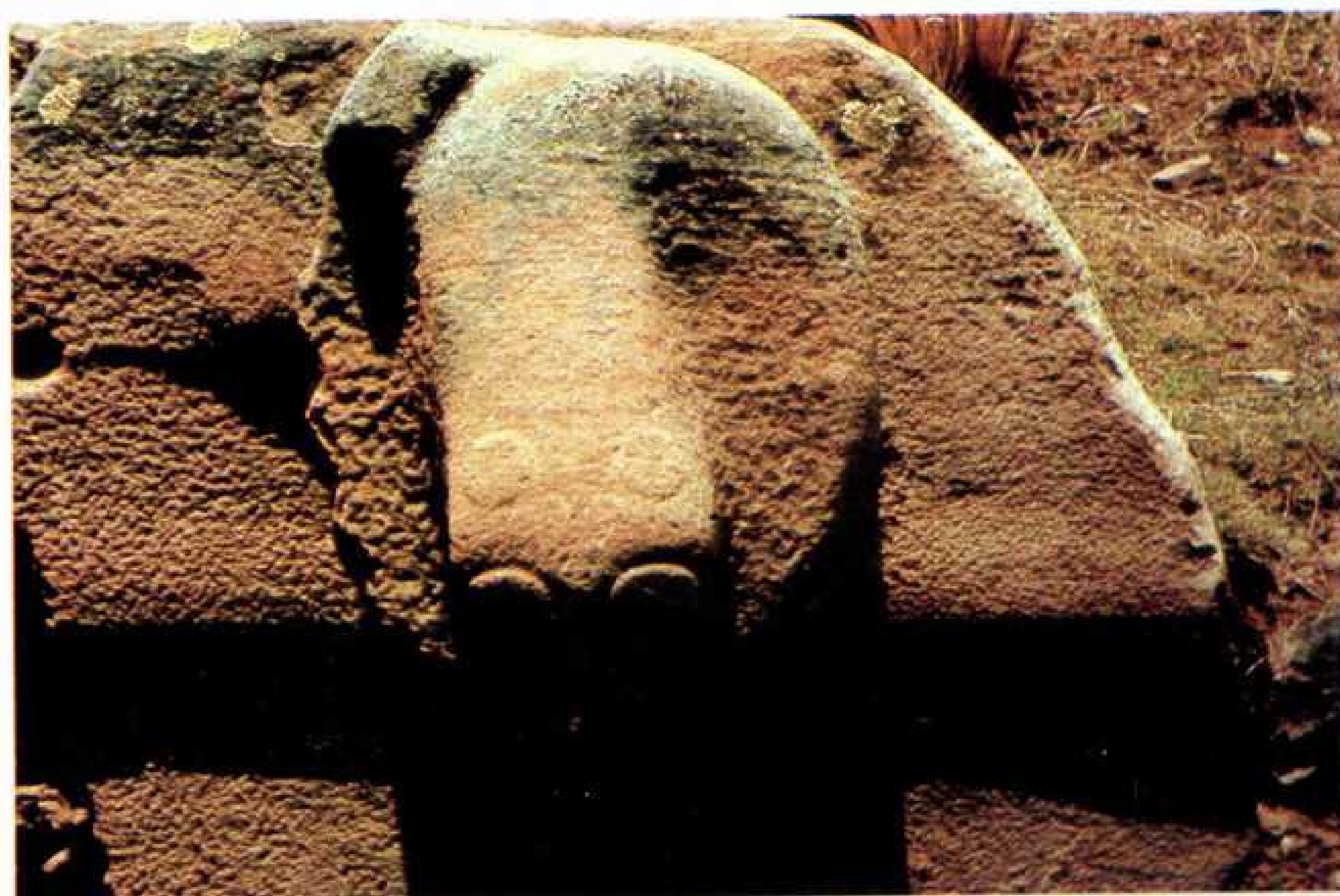
tas piedras con martillos también de piedra, antes de pulimentarlas.
Después de determinar la posición probable de los cimientos sepultados cerca de las islas del Sol y de la Luna, los buceadores del *Calypso* tratan de localizarlos con mayor precisión entre los cañaverales. Estos vegetales pululan al borde del lago. Los indígenas los llaman *totoras*. Jean Riant, uno de nuestros buceadores, se abre camino por entre esta muralla de hierbas muy robustas, avanzando a duras penas. La maraña de cañas amenaza a cada instante con aprisionarle.
Las totoras son el material básico con que los indígenas construyen sus piraguas. Es una técnica de construcción que apenas ha variado con el paso de los siglos. Los juncos son atados, y forman largas canoas que los hombres maniobran hábilmente por entre el dédalo vegetal para salir a pescar. Las totoras las utilizan igualmente para construir las poblaciones de chozas flotantes donde viven los hombres del Titicaca.
En una orilla de la isla del Sol, Frédéric Dumas descubre un enorme monolito. Su superficie pulida regularmente no engaña. Se trata ciertamente de una piedra tallada por la mano del hombre.

*El profesor Harold E. Edgerton, más familiarmente llamado «Papá Flash» por haber inventado el flash electrónico, está a la derecha en la fotografía inferior. Con un detector de metales trata de localizar, en las ruinas cercanas al Titicaca, piezas arqueológicas enterradas en el suelo. Para los indios de la región, estas construcciones, estos templos, estas figuras esculpidas no tienen mayor significación. Saben, sin embargo, que parte de su brillante pasado está inscrito en ellas.*









# El pueblo del cañaveral



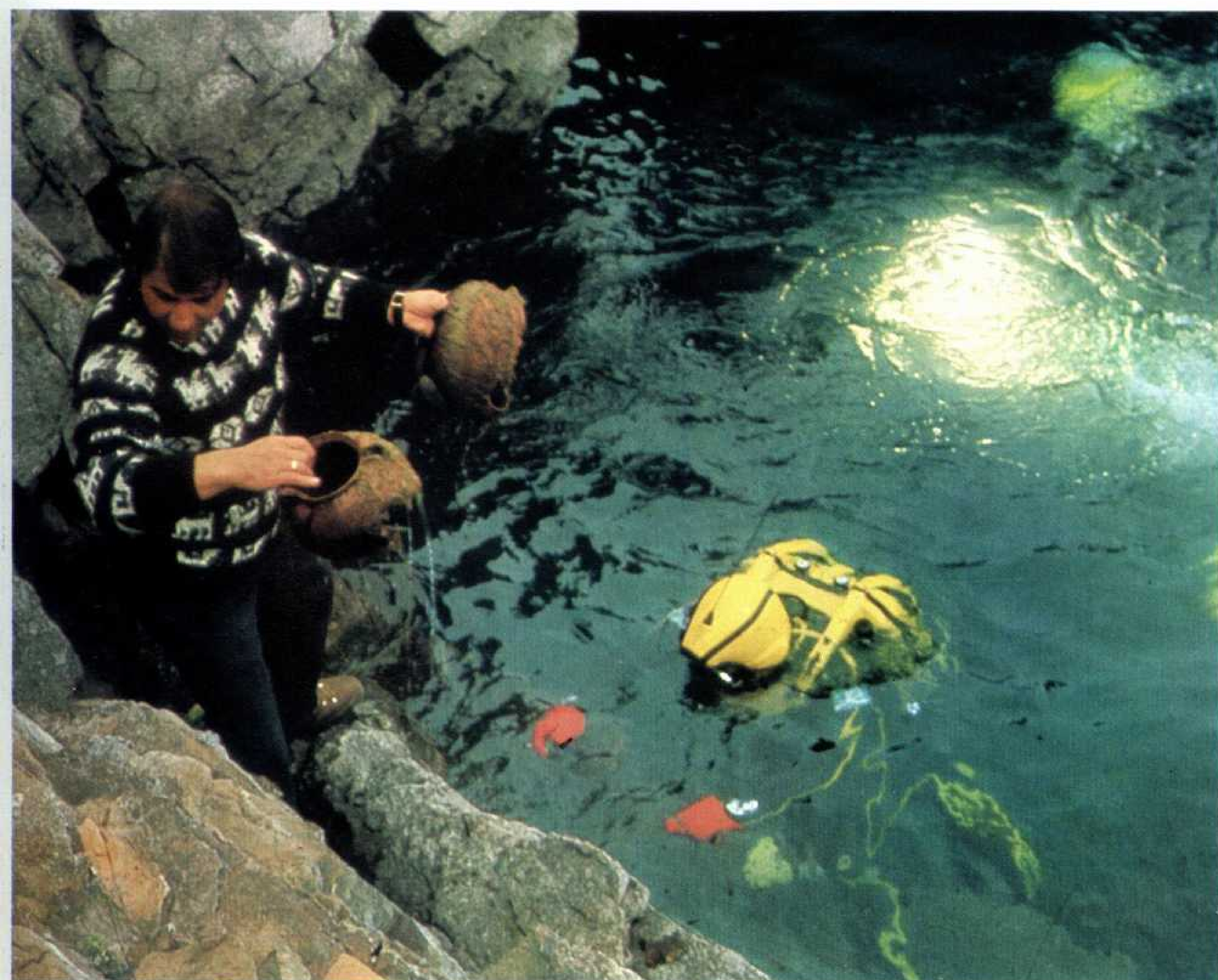


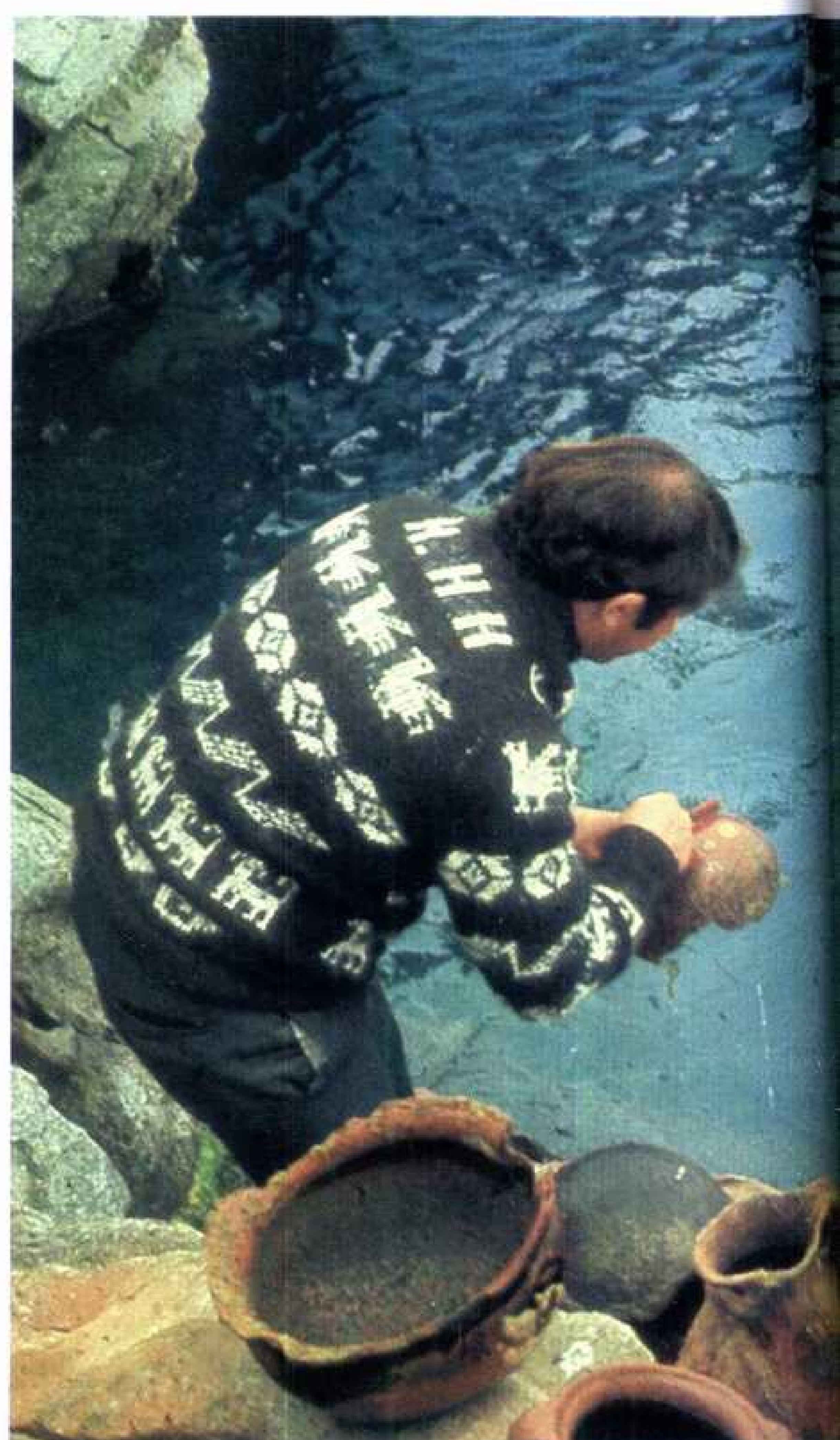
EN estas aguas límpidas, la visibilidad es de una veintena de metros. El fondo del lago está lleno de cañas y guijarros amontonados, prisioneros del lodo. Jean Riant escarba en este magma. Encuentra tejuelos, fragmentos de alfarería, trozos de terracota cubiertos de algas, que apenas se distinguen de las piedras que los rodean.

Los tejuelos de terracota son tan valiosos para los arqueólogos como las pepitas para los buscadores de oro. En el curso de mis anteriores misiones arqueológicas, con frecuencia me he topado con este tipo de piezas. Y siempre tiende uno a entusiasmarse. Por el momento, sólo podemos comprobar que los dibujos que aparecen en estos fragmentos son más bien primitivos; pero únicamente los expertos podrán fecharlos con precisión y descubrir su origen.

Jean Riant ha desembarcado en una isla flotante habitada por indios uros. Son los descendientes, hoy ya mestizos, del más antiguo pueblo del lago: los últimos supervivientes de los primeros ocupantes de la altiplanicie andina. No son más que doscientos, distribuidos en familias en sus islas de totoras. Aun cuando se pasan toda la vida en el agua, la temen. Están convencidos de que quien tiene la desgracia de caerse al lago por accidente está perdido.

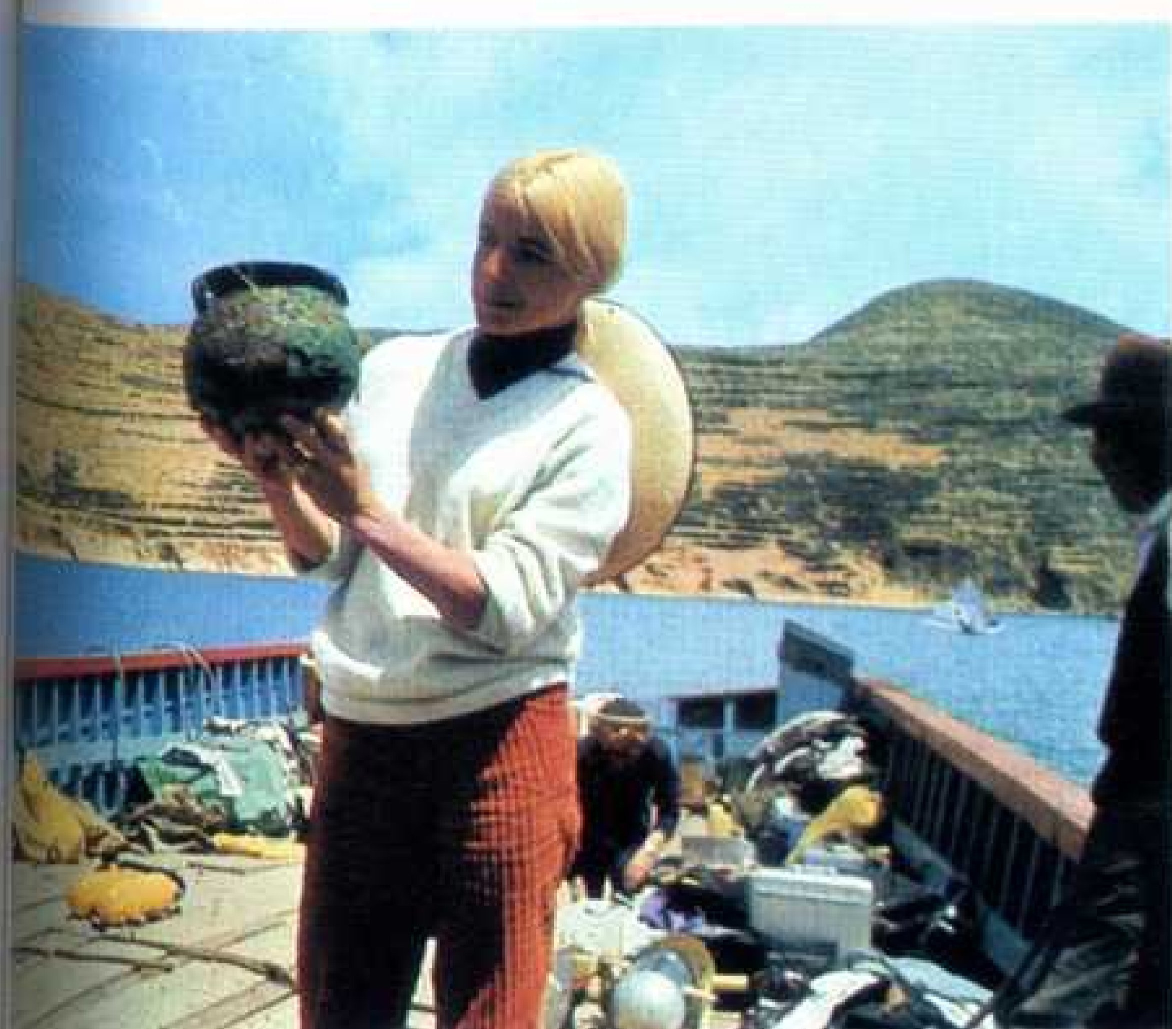
Las totoras son providenciales para los uros. Sirven a la vez de verdura comestible, de forraje para los animales, de combustible y de material de construcción. Con ellas hacen las chozas, las barcas y las islas flotantes, siempre desafiando al tiempo. Los hombres las utilizan para edificar siguiendo una técnica bastante sumaria. Cuando las capas de cañas en contacto con el agua se pudren, los uros las sustituyen por otros vegetales de la misma especie recién cortados.











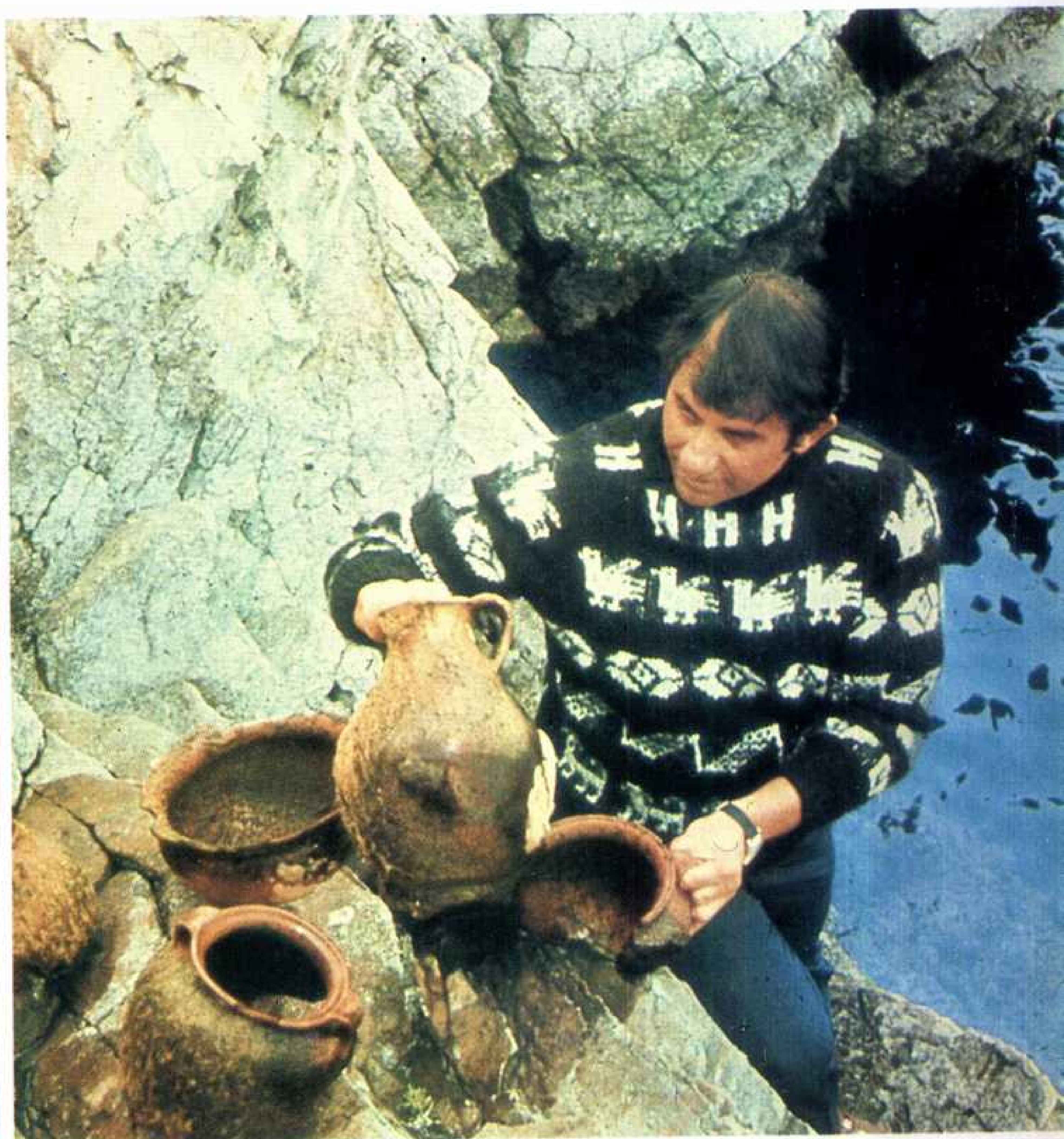
Ocurre a menudo que cuando encienden fuego, éste se propague e incendie toda la isla. En este caso, la población se refugia en las barcas, y espera a que se apague el fuego, para volver a reconstruir el poblado.

Para este pueblo supersticioso y poco flexible, Jean Riant simboliza la irrupción incomprensible de la civilización moderna occidental. Con su traje de goma negro y reluciente, sus largas aletas en los pies, los tanques fijos a la espalda, el tubo de aire, el casco carenado y el visor, el buceador les parece a un tiempo un dios y un diablo, un ser fantástico... Los ancianos de las poblaciones lacustres hablarán durante mucho tiempo de él en las veladas vespertinas.

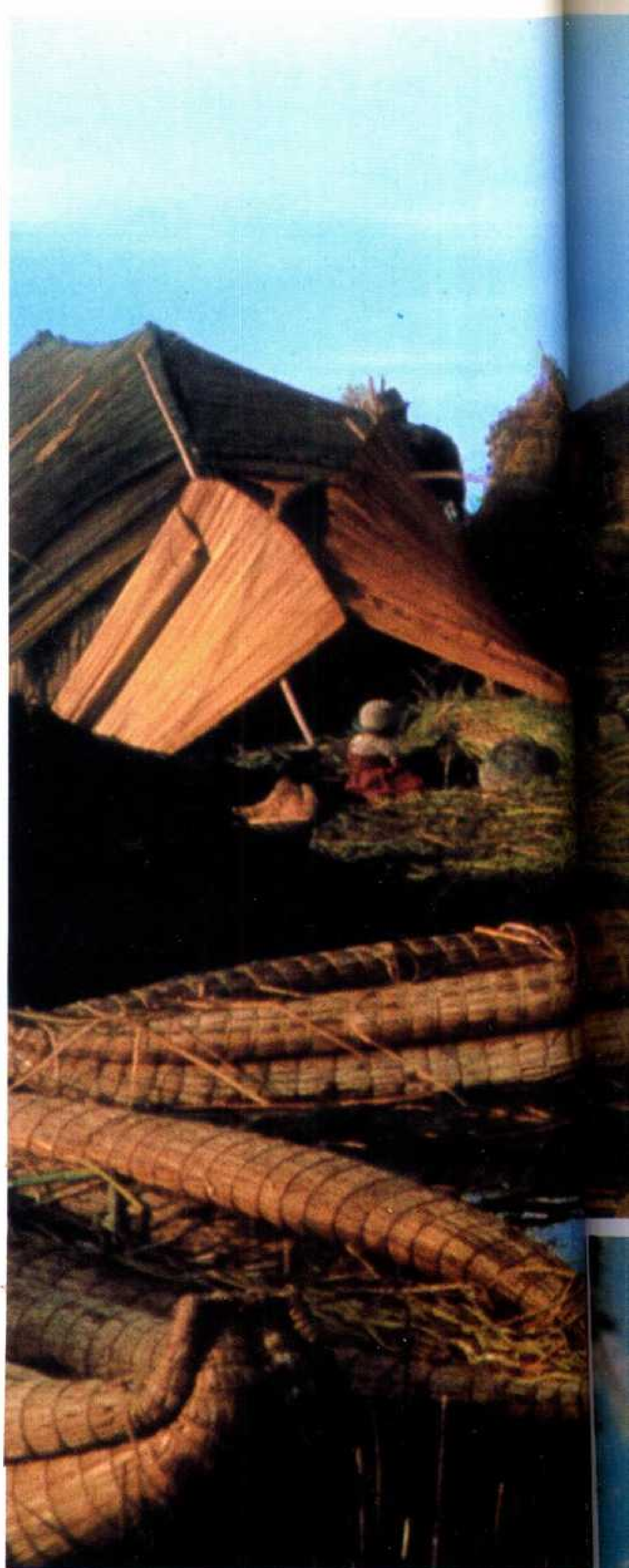
Los indios uros han prohibido siempre a los visitantes que los fotografíen. Como

*El buceador Jean Riant explora con escafandra autónoma los fondos próximos a la orilla, donde, según la tradición, los precolombinos habrían sumergido un tesoro y excavado tal vez un túnel que unía al lago con la ciudad de Cuzco. No descubre tesoro alguno, pero recoge numerosas piezas de alfarería (fotografías de arriba en la doble página), que entrega a Albert Falco en la orilla. Isabelle Deloire, apasionada por la arqueología preincaica, estudia estas piezas (en el centro).*





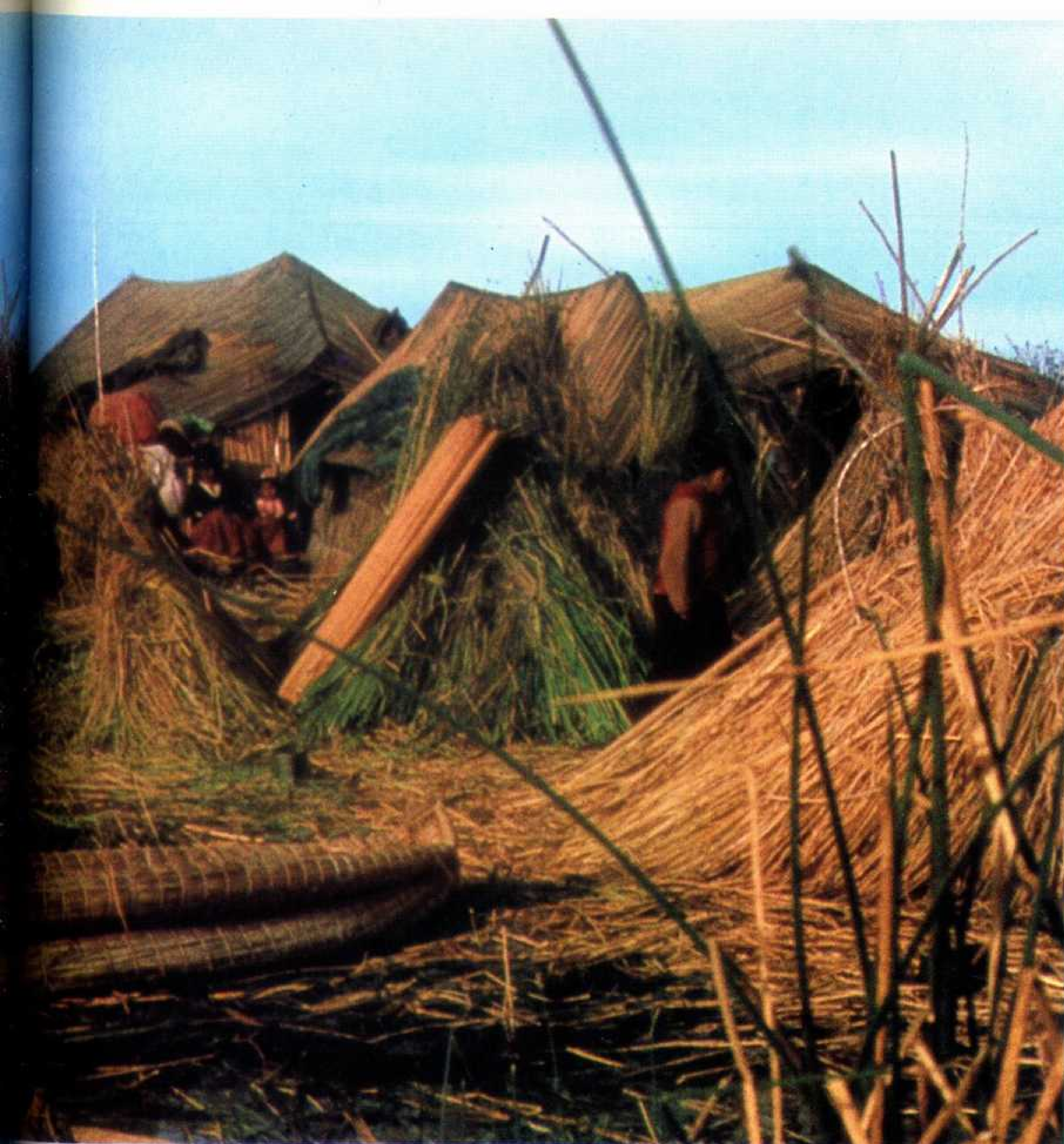


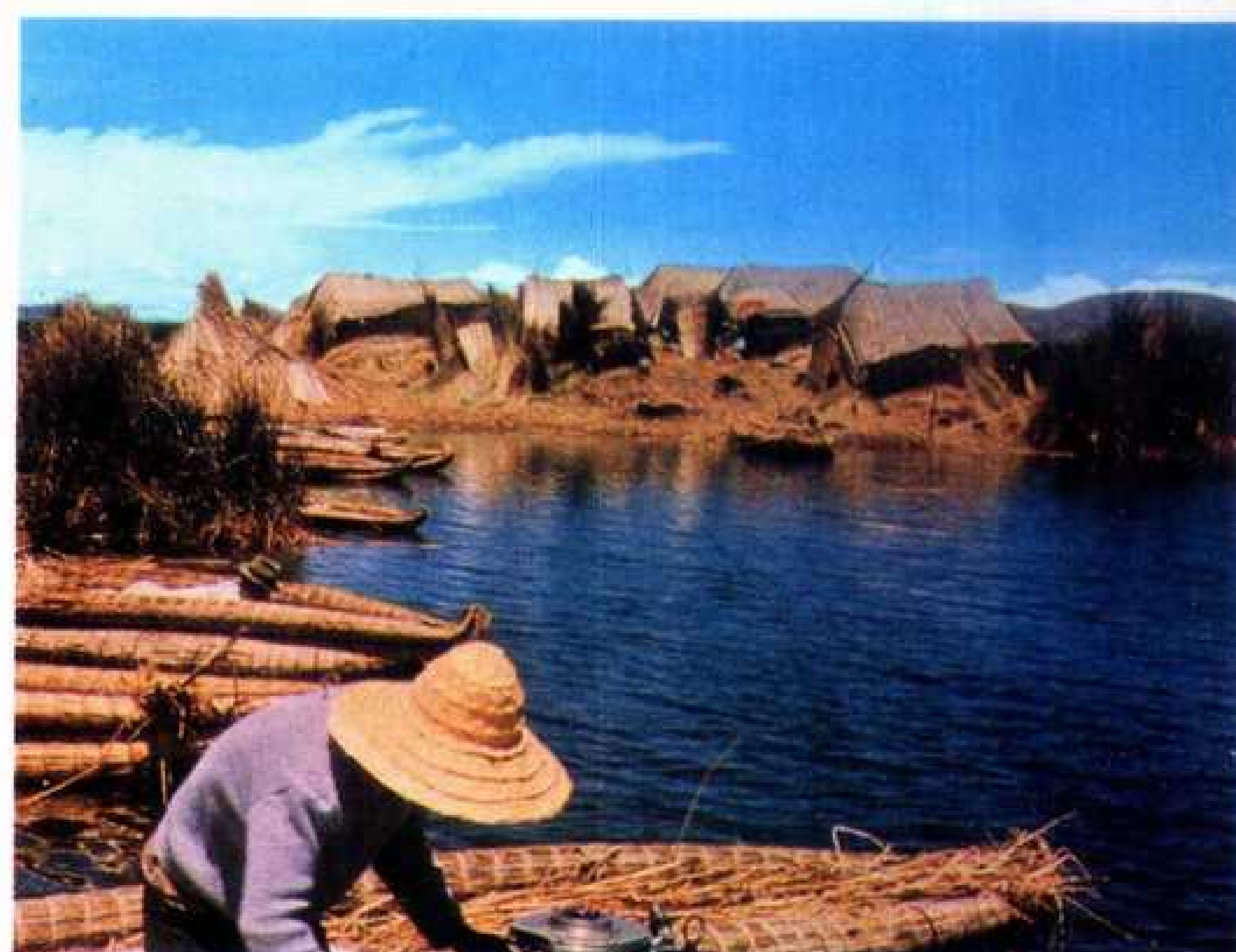






muchos otros pueblos, creen que la máquina fotográfica les roba no sólo su imagen, sino también su alma. Sin embargo, la presencia de Riant crea un diversión; mientras los habitantes de la isla contemplan absortos al hombre surgido del agua, nosotros podemos filmar su aldea de cañas.
Estas islas están pobladas de cormoranes, que no las han elegido libremente para anidar, ciertamente. Pues estas aves son para los uros lo que las gallinas para los granjeros occidentales: animales de corral, que proporcionan huevos y carne. En China y en el Japón, los cormoranes son utilizados para pescar. Aquí, los uros los crían como pollos.
Según ciertos etnólogos, los uros presentan características comunes con los pueblos de la Amazonia. La lengua que hablan, el *puquino,* se parece al *arawak,* uno de los idiomas más difundidos en la América tropical. Además, tienen el crá-











neo alargado (dolicocéfalo), muy diferente del cráneo ancho y corto (braquicéfalo) de las demás poblaciones andinas. Los antropólogos piensan que en tiempos remotos, y en circunstancias no claras para nosotros, los uros emigraron de la cuenca amazónica para establecerse en los Andes.

Su civilización no llega más allá de unos pobres y escasos instrumentos de labranza. Trabajan la caña. Su arte ancestral de la pesca se ve amenazado por el asedio de los turistas, cada vez más numerosos, que acuden a contemplar sus islas vegetales. La irrupción invasora de la civilización occidental trastorna todo a su paso. Apenas deja ya lugar a los hombres llamados «primitivos». Pronto, ni siquiera se oirá hablar de los uros. Sus maravillosas embarcaciones, que durante siglos surcaron el lago Titicaca, ya no serán sino una curiosidad local, que las agencias de turismo propondrán al objetivo fotográfico de sus clientes.

*Los indígenas llaman «totoras» a los cañaverales que rodean el lago Titicaca. Estos vegetales les sirven para todo: para hacer sus casas y sus barcas (arriba, en el centro y a la derecha). También para hacer fuego, y para alimentarse incluso, puesto que comen sus rizomas.*

# Tesoros sepultados

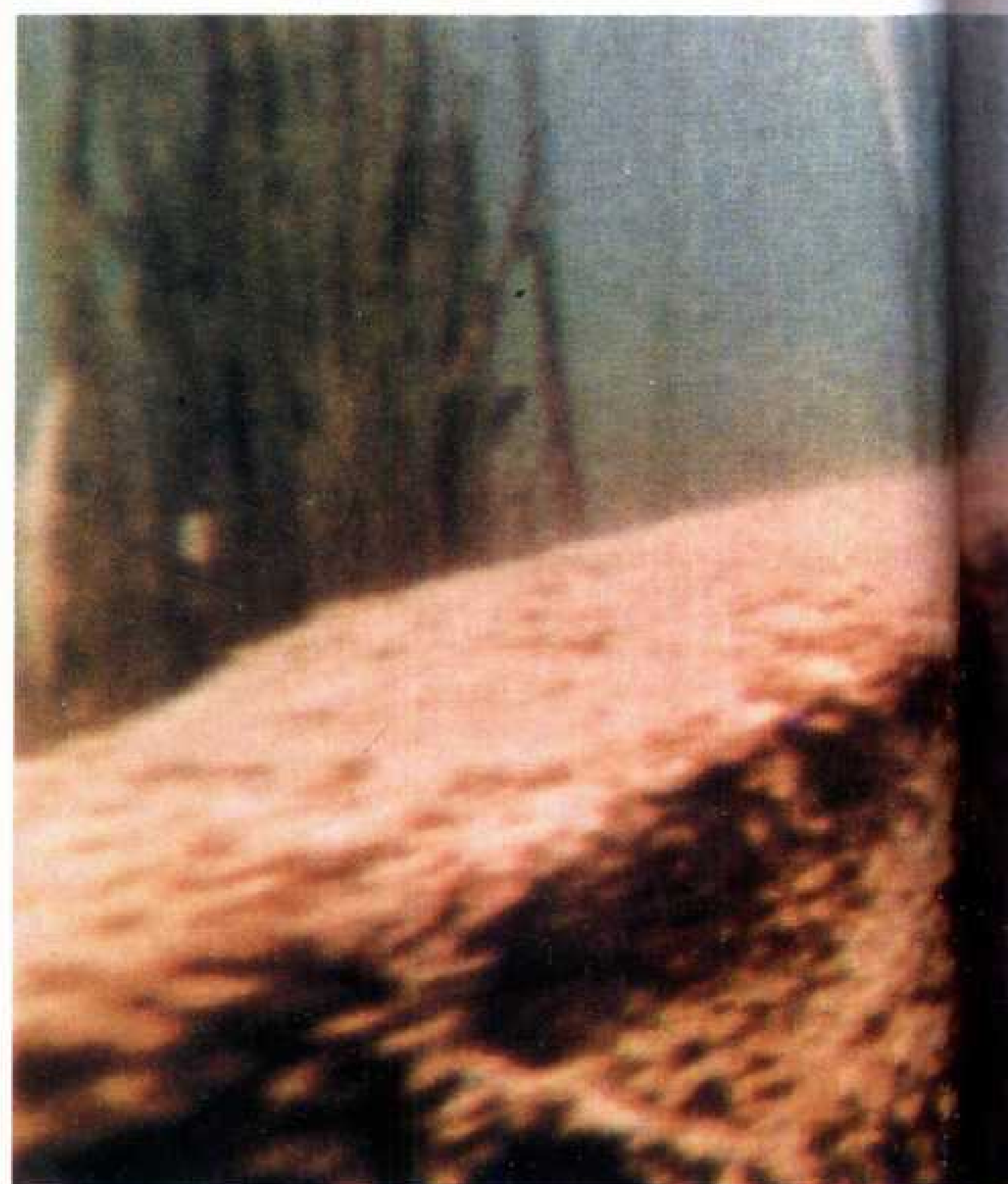
FRÉDÉRIC Dumas prosigue sus investigaciones arqueológicas en la isla del Sol. Encuentra piedras talladas que formaban parte de construcciones importantes, en las que figuran signos grabados, hoy indescifrables. Pone la mano sobre una escultura de serpiente con ojos saltones: sin duda alguna, es una cobra. ¿Qué hacía en estas montañas americanas la imagen de la serpiente con anteojos de los cálidos países asiáticos?

Trabajamos de un tirón para completar el inventario de las ruinas sepultadas. Tal vez éstas rodeaban en otro tiempo a un templo dedicado al dios del Sol. Quizá las risas de las favoritas del Inca resonaron en estos lugares, antes de que la violencia de los conquistadores las hicieran callar para siempre.

No se puede comprender al imperio inca, que no conocía la escritura, sin tener algunas nociones de la religión en la que se basaba su funcionamiento. Se trataba de una teocracia cuyo emperador, el Inca Supremo, era la cabeza. El rey de los dioses, el dios creador, había engendrado al mundo y a las demás divinidades del complejo panteón de este pueblo bélico.











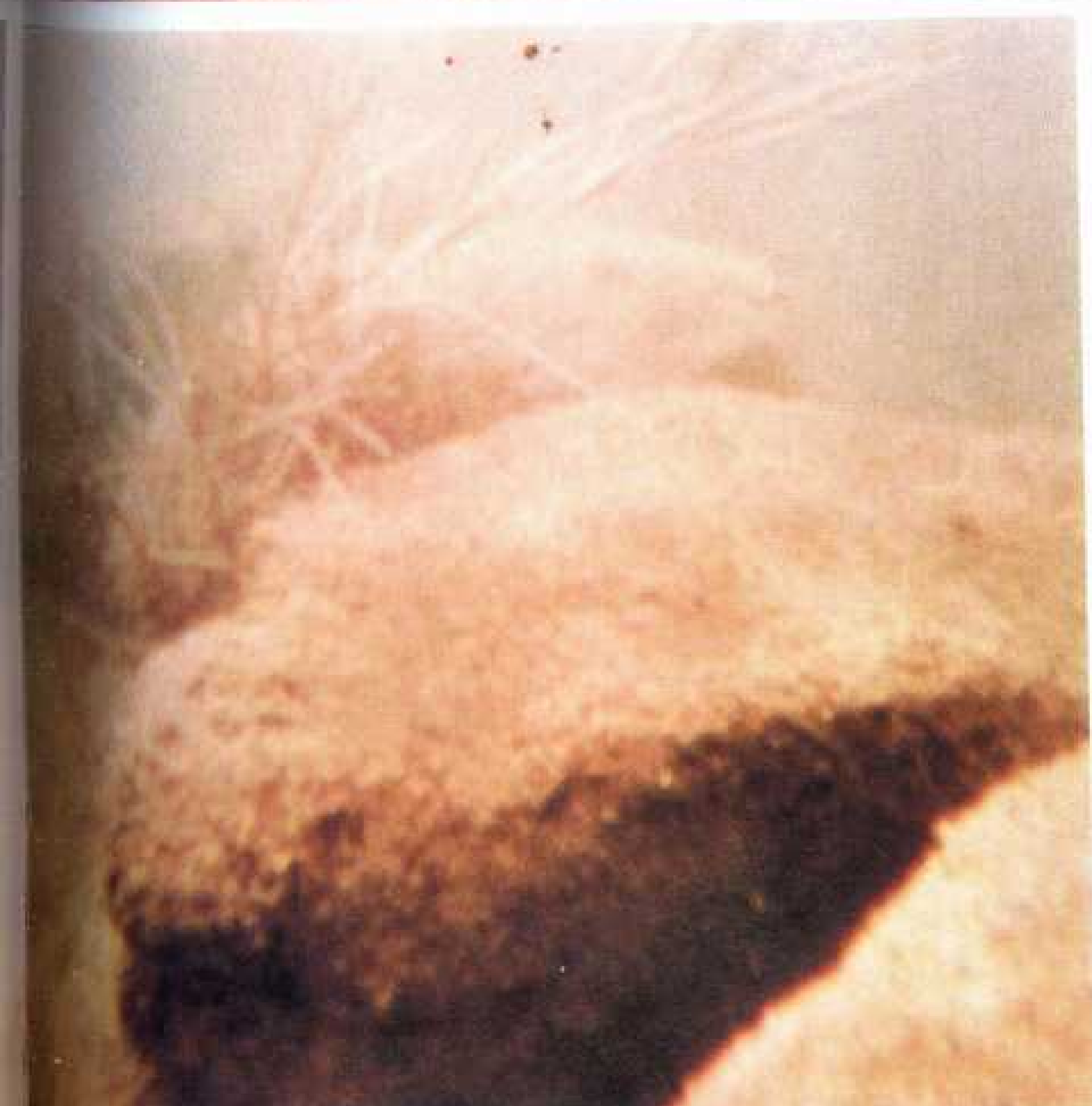
La versión hispanizada de uno de sus numerosos nombres, *Viracocha,* significa «señor». Se trataba de un dios demasiado desprendido de las cosas terrenales como para que el pueblo le venerara directamente.
Pachacamac era la divinidad del gran santuario de la costa pacífica que lleva su nombre. Se hacía seguir de los cuerpos celestes: el Sol, la Luna, Venus, algunas estrellas, así como por la Tierra y por el Mar.
Para los habitantes de las montañas, el Sol era la principal divinidad, creador de las cosechas y generoso dispensador del calor. El Sol era considerado como ancestro del emperador y de su familia.
Además de las divinidades principales, como ya hemos dicho, se veneraba a innumerables divinidades locales: de las fuentes, de las rocas, de las colinas, de las grutas, de las tumbas, etc. Un culto particular se daba a las momias de los antiguos emperadores: se las trataba como a personas vivas. Las cimas de las montañas y los pasos más peligrosos de los caminos estaban también —y lo están todavía— santificados por medio de oraciones y cultos particulares. Una casta de sacerdotes, dirigida por los parientes del Inca Supremo, guardaba los templos y los santuarios, profetizaba y sacrificaba a las divinidades, a las que se ofrecían animales, cerveza de maíz, y a veces muchachos y muchachas.
Estas últimas pertenecían al grupo de las «Damas Elegidas». A intervalos regulares, un funcionario visitaba los poblados para examinar a las niñas próximas a la pubertad, a las que dividía en dos grupos: las más agraciadas eran enviadas a instituciones estatales especializadas, donde se las educaba, a menos que estuvieran destinadas a ser sacrificadas. Las otras permanecían en los poblados, donde casaban con los hombres que les designaban los altos funcionarios. Las Damas Elegidas, las más hermosas y prometedoras, aprendían a hilar, a tejer y a cocinar en las instituciones apropiadas. Estaban destinadas a casarse con los nobles o los guerreros, convirtiéndose en siervas o concubinas del emperador. O bien debían vivir en castidad, como las vestales de los templos romanos.
Nuestras investigaciones arqueológicas se han visto sumamente dificultadas por el lodo que todo lo cubre. En cuanto tratamos de excavar en un lugar determinado, de inmediato se levantan nubes de cieno pulverulento, que oscurecen la vista y hacen imposibles nuestras investigaciones. Por otra parte, el lago Titicaca es inmenso, resultando difícil decidirse por un sitio determinado para excavar en vez de otro. Finalmente, las plantas acuáticas ocultan todo cuanto los incas y las poblaciones preincaicas pudieran haber echado a estas aguas.
Estamos lejos de la cerámica pintada y de las joyas de oro de las que hablan las leyendas y que, secretamente, aunque sin hacernos demasiadas ilusiones, tanto deseábamos encontrar.

*Explorando el fondo del lago Titicaca cercano a las islas del Sol y de la Luna, descubrimos acumulaciones de piedras talladas que nos intrigan. Se trata, probablemente, de bloques de piedra que sirvieron para construir casas, que fueron sumergidas por una subida del nivel de las aguas. En vano buscamos entre las piedras vestigios arqueológicos más «elocuentes». El lodo del fondo cubre todo con una gruesa capa.*











# Una pulga en el lago

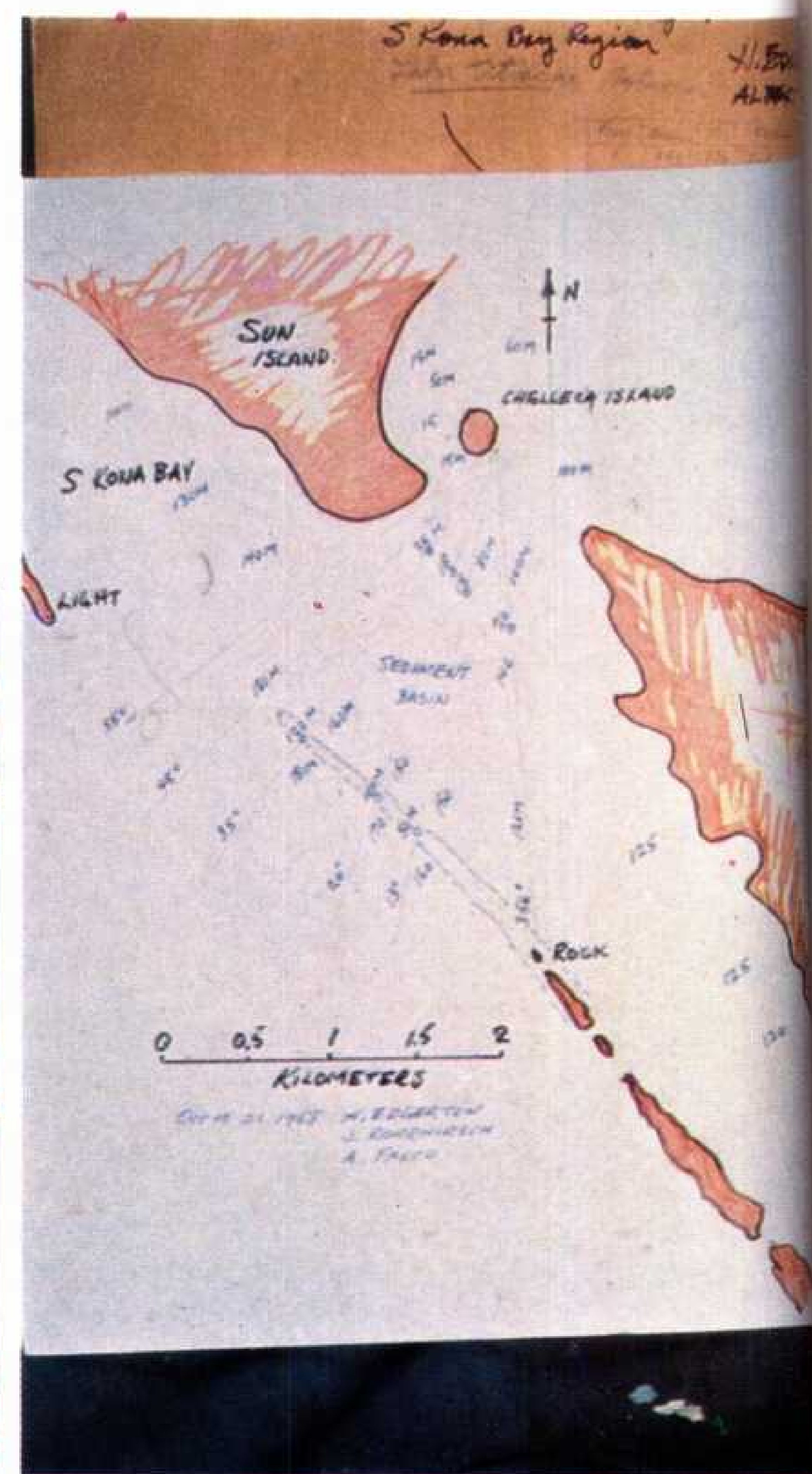
Mi viejo amigo el profesor Harold E. Edgerton se ha reunido con nosotros tras un viaje fecundo en peripecias. Como he dicho otras veces, se trata del inventor del *flash* electrónico y de numerosos aparatos para el ecosondeo.

El trazado de su ecosonda nos proporciona una detallada imagen del suelo del lago Titicaca. Y aporta un dato inesperado: la profundidad máxima es de 370 metros. ¡La imaginación humana le había atribuido un posible fondo de más de mil!

Después de proceder a los ecosondeos, discutimos ampliamente qué zona es la más apropiada para sumergirnos con el platillo buceador. Finalmente, la opción unánime se centra en los alrededores de las islas del Sol y de la Luna, en el lugar donde una cuenca de sedimentación se extiende hacia 120 metros de profundidad, entre dos dorsales rocosas.

Es la primera vez que utilizamos el platillo buceador en agua dulce. Para ello hemos tenido que proceder a numerosas adaptaciones. En efecto, la fuerza de Arquímedes es más débil en agua dulce que en agua de mar. Nuestros platillos, que pesan algo más de dos toneladas, están perfectamente equilibrados para las inmersiones oceánicas. Pero si nuestros cálculos son exactos, pesan por lo menos 70 kilogramos más en aguas del Titicaca. Para paliar este inconveniente hemos preparado una serie de flotadores incompresibles, fijándolos a la parte superior de los sumergibles.

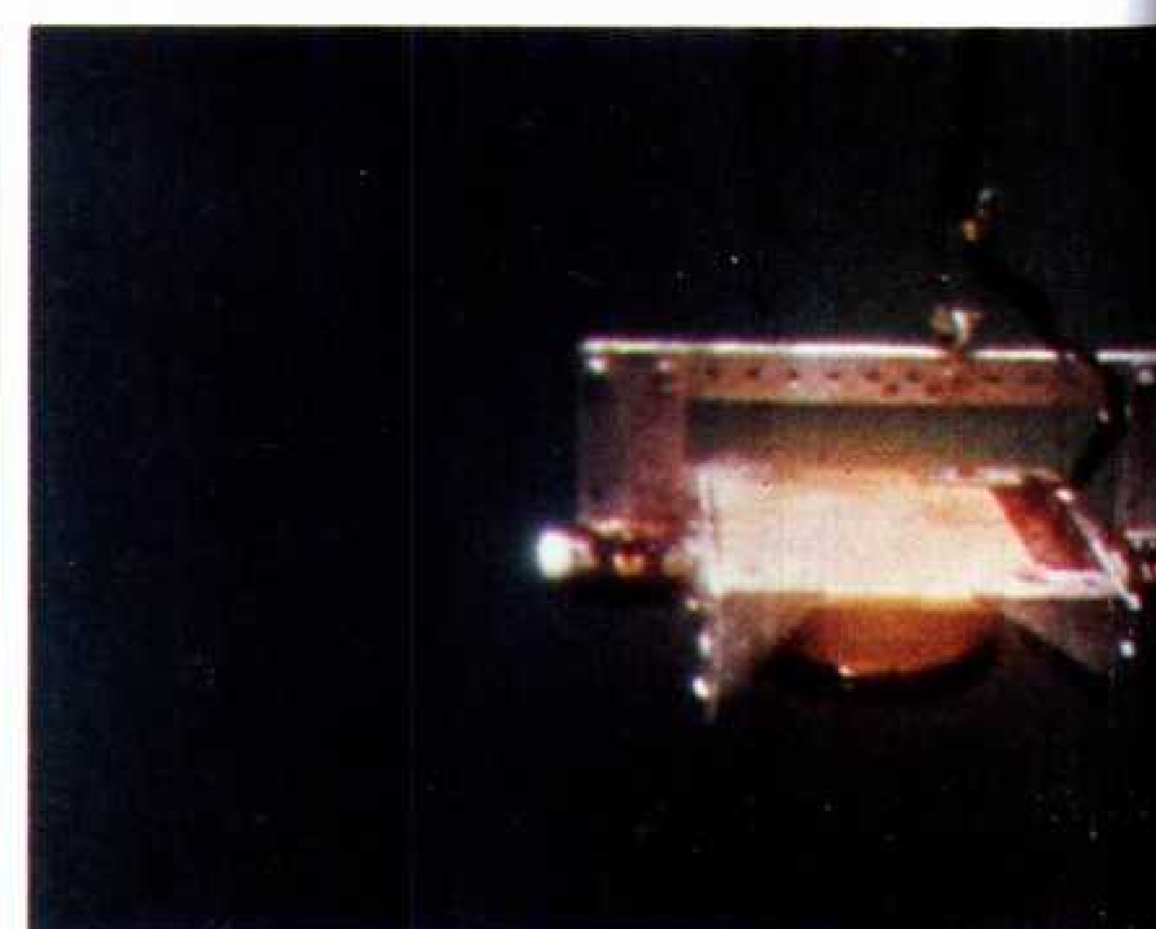
Nunca antes la mirada de un hombre se había posado en los fondos lodosos del lago a más de 100 metros de profundidad. Nunca antes un ser humano había contemplado los secretos que encierran estas aguas límpidas y glaciales.

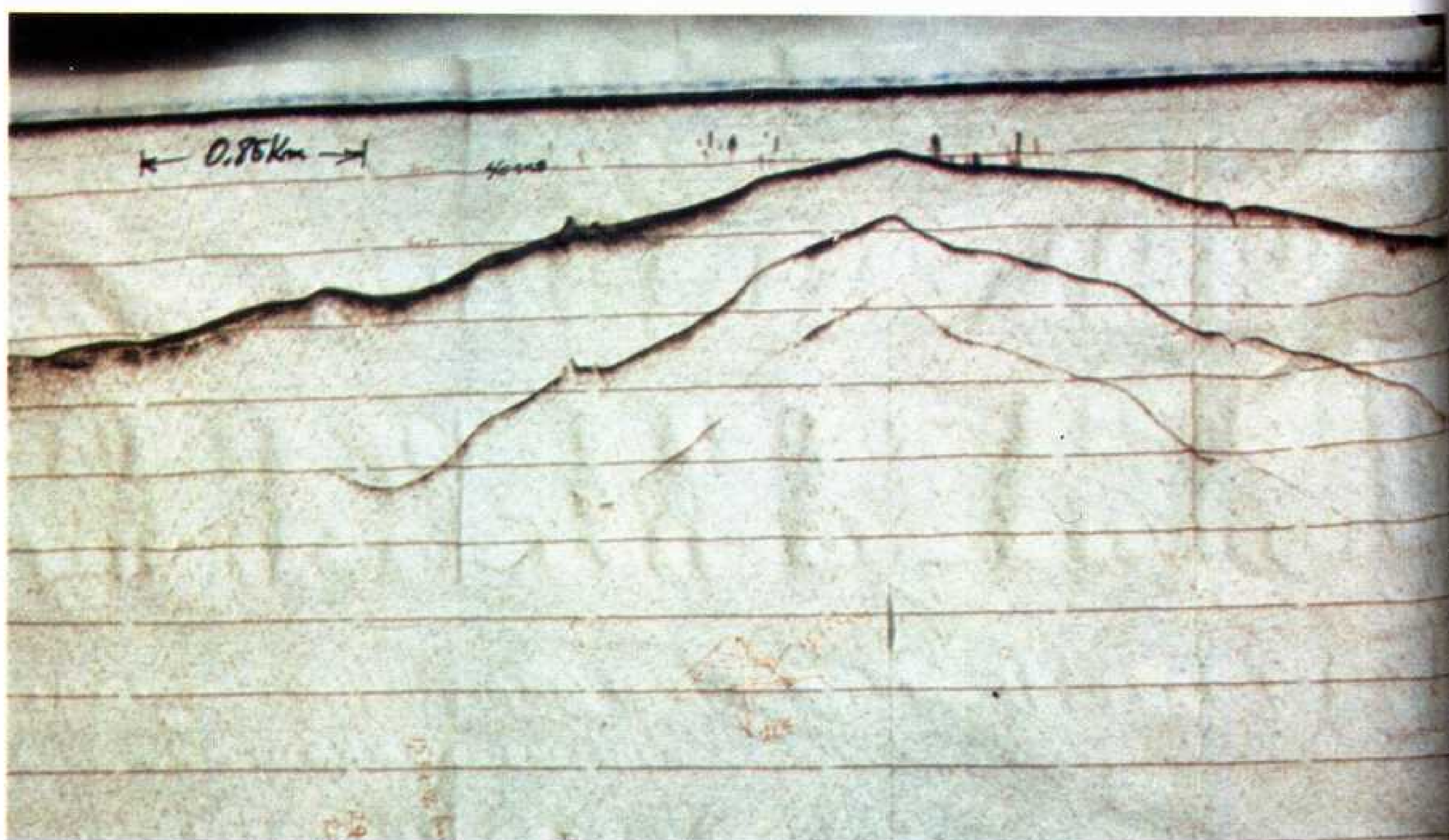








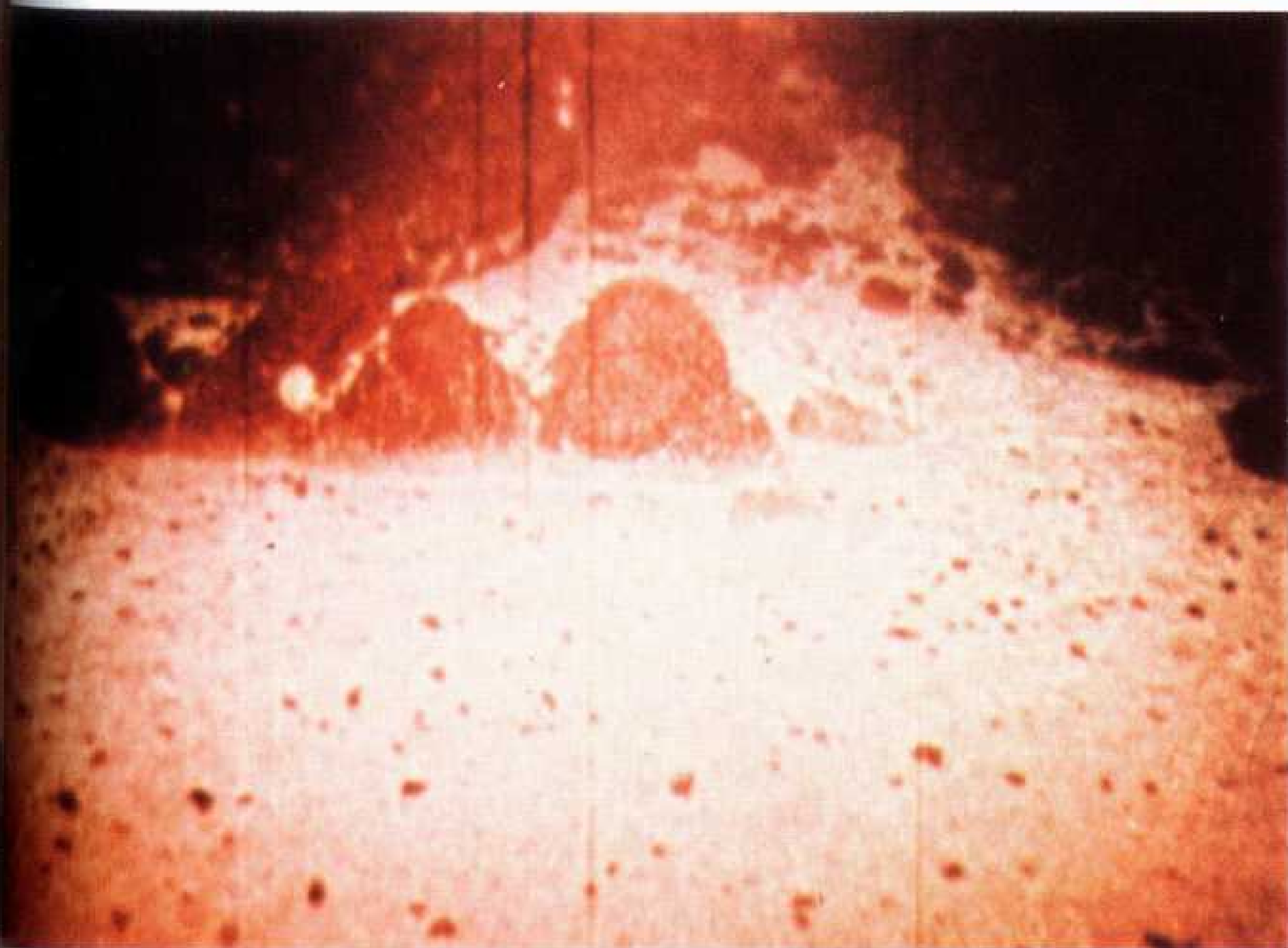





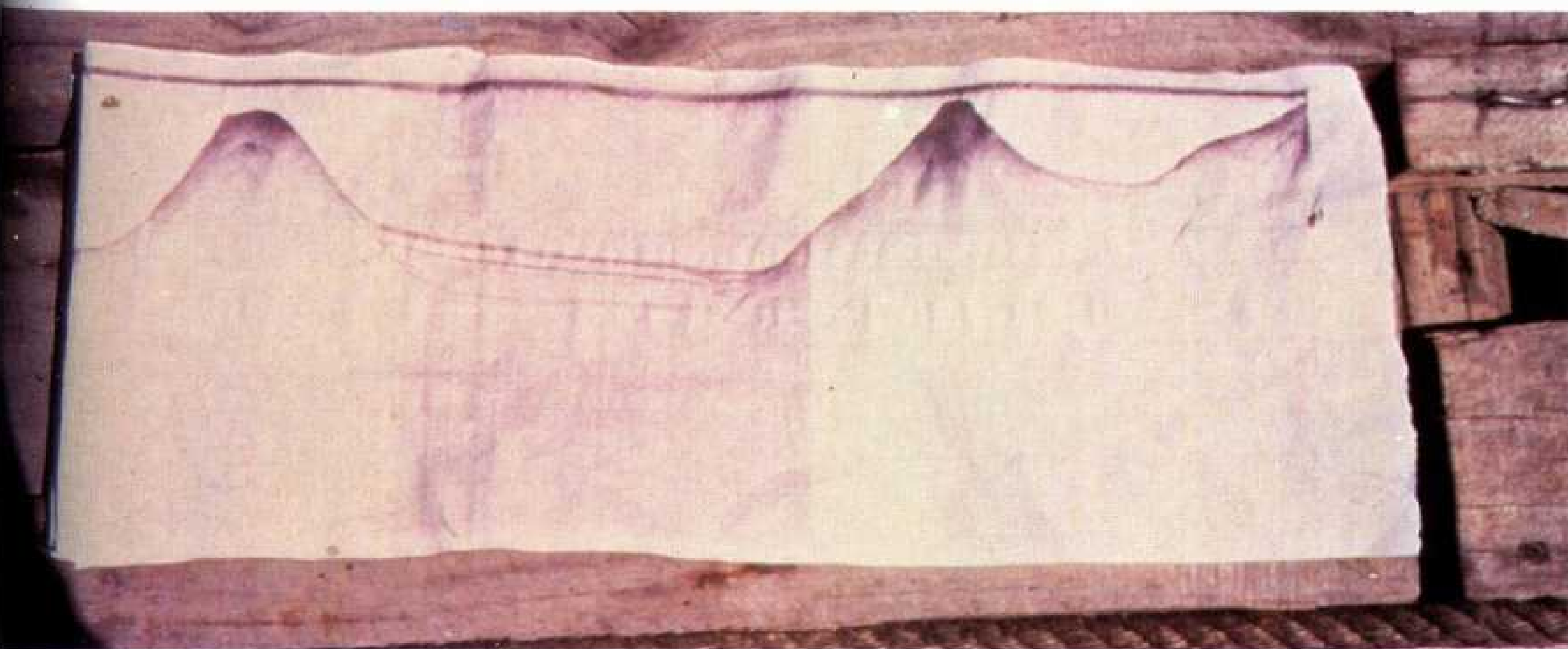
Cuando ascienden de su primera inmersión en el platillo buceador, Raymond Coll y Albert Falco me hacen partícipe de su emoción. Una emoción muy intelectual, desde luego, porque, aparte de las algas, del barro y de las rocas no hay nada más que ver.
Yo me sumerjo a mi vez. Albert Falco está a los mandos del otro platillo monoplaza, que desciende paralelamente al mío. Las dos pulgas de mar, equipadas



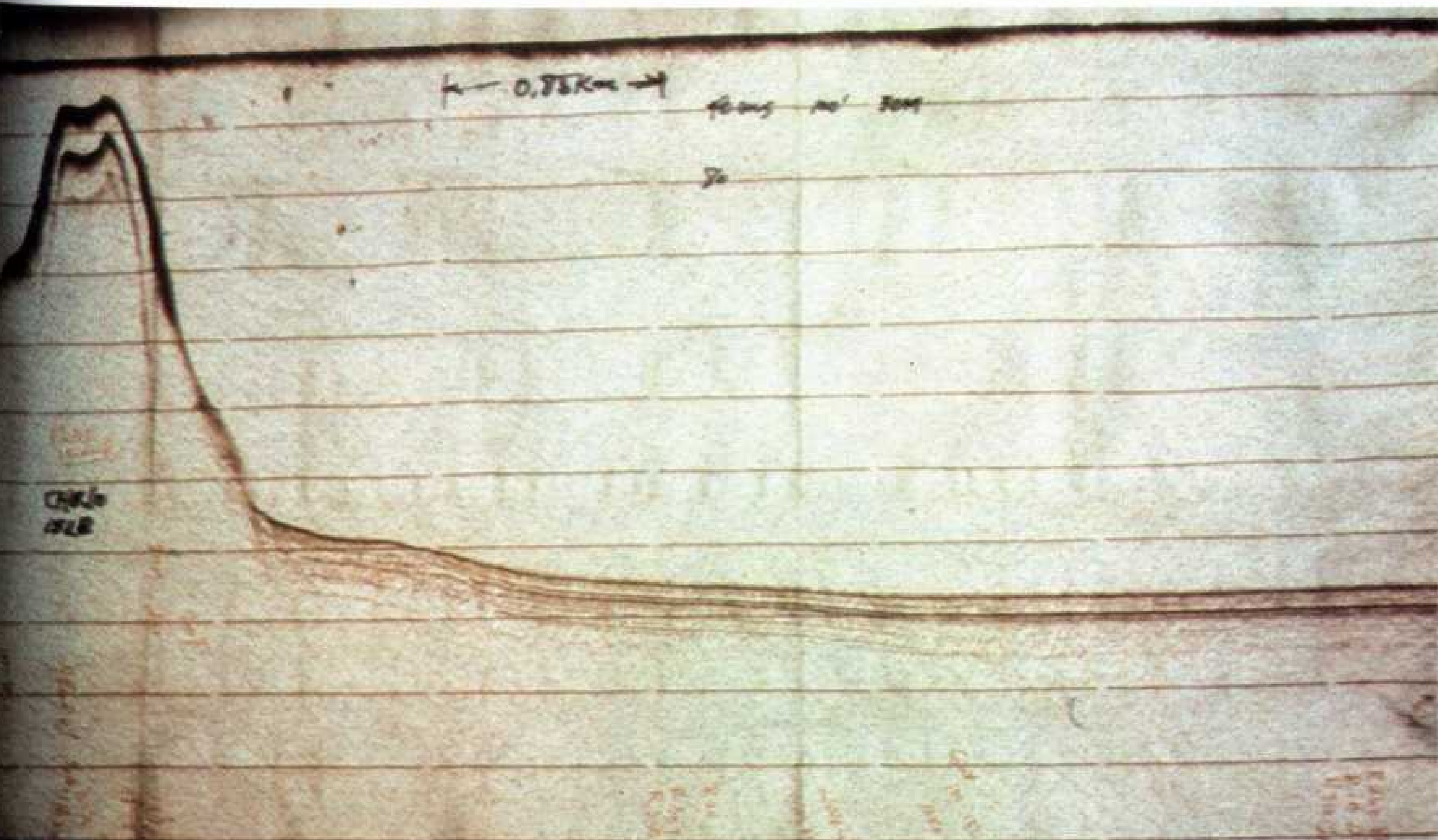
con una cámara tomavistas de cerca o de lejos, pueden llegar hasta los 600 metros por debajo del nivel del agua. Nos orientamos con el mapa topográfico establecido gracias a los levantamientos del profesor Edgerton.
El espectáculo es monótono a pesar del agua, más transparente que la del mar. El escaso plancton de agua dulce no reduce la visibilidad. Una vez sobrepasada la principal barrera rocosa, exploramos la







*El profesor Edgerton (en la página anterior, arriba a la izquierda) ha traído consigo un sonar muy preciso (en la misma página, en el medio), que nos permite levantar por primera vez un perfil del fondo del lago Titicaca (aquí, a la izquierda). Comprobamos sorprendidos que la mayor profundidad es de 370 metros: la leyenda hablaba de más de mil... Me sumerjo en el platillo para fotografiar ciertas partes del fondo (arriba).*



cuenca sedimentaria situada entre la península de Copacabana, la isla del Sol y el islote Cheleka. El profesor Edgerton calcula que la capa de sedimentos acumulada en esta zona alcanza por lo menos 10 metros de espesor.
Casi en el centro de esta monocorde llanura subacuática, aparecen ante nuestros ojos unos rastros misteriosos, y a primera vista incomprensibles. Yo no soy muy dado que digamos a creer en lo sobrenatural, en lo fantástico. Pero admito que, por un momento, esperé toparme con algún fenómeno extraordinario. Por lo demás, ¿cómo olvidar las leyendas a propósito de los monstruos, serpientes y dragones que frecuentarían sus profundidades, exigiendo a veces su tributo en vidas humanas? Formas biológicas extrañas, animales de costumbres atrabiliarias han confirmado a veces parcialmente tales leyendas. Todos estos pensamientos me cruzan rápidamente por la mente a la vista de esas extrañas huellas impresas en el

cieno del fondo del lago Titicaca. Mediante nuestro teléfono de ultrasonido, le aviso a Albert Falco y le pido que siga conmigo el rastro zigzagueante que se pierde en la oscuridad.

Pronto nos desengañamos. En unos minutos más, atrapamos a los autores de estas extrañas marcas. Son ranas que avanzan dejando tras de sí las improntas visibles de su paso en el lodo. Sus largas patas posteriores trazan sobre la capa superficial del sedimento una especie de curiosos jeroglíficos, muy explicables, ahora sí. Este descubrimiento, a primera vista decepcionante, es, sin embargo, sensacional desde el punto de vista científico: nadie había pensado nunca que los batracios pudieran vivir a más de 120 metros de profundidad.

La planicie cubierta de lodo termina contra una cresta rocosa que parece una gigantesca espina dorsal. Aquí también finaliza nuestra exploración. Naturalmente, no hemos encontrado ni el más mínimo rastro de la cadena de oro de los incas, ni de su tesoro, ni de la galería que uniría al lago Titicaca con la ciudad de Cuzco. A decir verdad, yo tenía mis dudas...

Cuando los platillos vuelven a la superficie, proyectando al aire como ballenas los chorros de agua que permiten descubrirlos, varias piraguas de totoras nos rodean. Los uros no han podido resistir a la fascinación de nuestras maravillosas y diabólicas máquinas. Por un momento, dos mundos separados por mil años de historia se encuentran codo con codo. El último grito de la tecnología moderna y uno de los más viejos medios de transporte acuático del mundo fraternizan por un instante. Luego se separan.

Frente a las costas pacíficas del Perú, el *Calypso* dobla rápidamente hacia el norte. Nos aguardan otras exploraciones. En el puente de nuestro barco, dos piraguas de cañas destinadas a un museo de California mantienen en nosotros el recuerdo de nuestra difícil aventura en el lago Titicaca. El viento marino me parece dispersar para siempre el polvo de imperios desaparecidos.



*El platillo buceador sube a la superficie: para señalar su posición al equipo de acompañamiento, lanza un chorro de agua que le hace asemejarse a una estrambótica ballena (arriba). Los indígenas, en sus barcas de cañas, miran sorprendidos las evoluciones de este ejemplo de la más moderna tecnología...*

# EL ENIGMA DE LA ISLA DE PASCUA

# Un punto en el océano



La isla no tiene ni un árbol. Altas como casas de cuatro pisos, las cabezas ciclópeas se alzan contra la inmensidad del océano. ¿Quién las erigió? ¿Cómo pudieron llegar seres humanos a este arrecife batido por el oleaje del Pacífico? Cuatro mil kilómetros de mar separan a la isla de Pascua del continente sudamericano, y 1.600 kilómetros se extienden entre ella y el archipiélago polinesio más cercano, el de las Marquesas. Desierto y olvidado de todos, este pedazo de tierra yace como un guijarro en medio del océano. Y, sin embargo, hubo un tiempo en que los hombres llegaron a él. Hombres que lo colonizaron, levantando estatuas a sus dioses. El testamento de este pueblo olvidado parece esculpido en la piedra. Llego a la isla por avión. Los que la colonizaron disponían evidentemente de medios de transporte más rudimentarios. Pero lograron llegar. ¿Quiénes eran? Las hipótesis han proliferado a este respecto. Algunos, como Thor Heyerdahl, dicen que los pascuenses descienden de antiguos peruanos. Pero otros abogan más bien en favor de la teoría «polinesia»: la isla habría sido colonizada por indígenas llegados de las Marquesas.



Las gigantescas cabezas humanas de la isla de Pascua han sido esculpidas en la roca de un cono volcánico. Esta roca tuvo que ser labrada en el sitio, y luego las estatuas transportadas hasta su emplazamiento definitivo, por un trayecto accidentado de varios kilómetros. Las más pequeñas pesan más de cinco toneladas, y su peso medio oscila entre 10 y 12 toneladas. Los monolitos más grandes pasan de las 50 toneladas. Así pues cabe preguntarse, ¿cómo se pudo efectuar su transporte?

Al contacto con la civilización occidental, los habitantes de la isla de Pascua, ciudadanos chilenos en la actualidad, han perdido la memoria de sus antepasados, el sentido de su antigua escritura y hasta su identidad cultural. Parecen ignorar que durante cientos de años, confinados en esta isla triangular de apenas 21 kilómetros por 15, sus antepasados elaboraron una civilización única en su género.

Tras el descubrimiento de la isla por el navegante holandés Roggeveen, el día de Pascua de 1722, y la visita de James Cook, de Bougainville y de otros pocos exploradores, la civilización occidental se abatió sobre la isla como un tifón devasta-

*La isla de Pascua... Sus colosales estatuas han hecho soñar a generaciones enteras de navegantes y de interesados por las civilizaciones extrañas. El equipo volante del* Calypso *que, mandado por Philippe Cousteau, va a explorar tiene como misión tratar de determinar las razones por las que la civilización que allí floreció desapareció súbitamente. En la página anterior: dos vistas de la isla, en otro tiempo boscosa, y desierta en la actualidad. En esta página: arriba, los rompientes del Pacífico; abajo: los pascuenses hacen fiesta en nuestro honor.*



dor. A las *razzias* de los tratantes de esclavos peruanos y de los balleneros americanos se añadieron la viruela y las enfermedades venéreas, que asolaron a la población indígena. En 1877 no quedaban más que 111 supervivientes, en una isla que en otro tiempo contaba con veinte mil habitantes. Estos supervivientes, traumatizados, lo ignoraban prácticamente todo sobre las recientes catástrofes que marcaron su propia historia antes de la irrupción de los europeos. Los conocimientos que tenemos hoy sobre la isla los debemos a los estudios emprendidos por los etnólogos y científicos, destacando entre ellos Alfred Métraux. Estos científicos recogieron e interpretaron el escaso material disponible de boca de los actuales pascuenses: determinados cánticos tradicionales, ciertas leyendas, algunos mitos deformados por la transmisión oral en el seno de una población ya para entonces demasiado «mestizada» por extranjeros de todo origen como para poder conservar intactas las imágenes de su glorioso pasado.





# El testamento de piedra



El doctor Ramón Campbell, que cuida de la salud de los pascuenses y es un apasionado de su historia, me hace escuchar sus grabaciones de antiguos cantos insulares.

«El análisis de esta música —me dice— atestigua la fuerte influencia experimentada por parte de la música india. Pero las palabras se inspiran en viejos cantos chinos.»

Resulta extraordinario que en nuestros días no siempre se pueda afirmar con exactitud de dónde proceden los primeros colonizadores de la isla. El profesor Jorge Da Silva, de la Universidad de Santiago de Chile, me muestra en un mapa los itinerarios que debieron seguir los primeros pascuenses en el curso de sus migraciones entre las islas de la Polinesia, según la tesis de la colonización por el oeste.

«Debieron de llegar aquí a más tardar en el transcurso del siglo VII después de Cristo, conducidos por su rey legendario Hotu-Matua. Es posible que los primeros colonos partieran de las islas Marquesas, cuyos indígenas poblaron también las Hawai. En sus piraguas con balancín, los polinesios habían desembarcado ya en Tahití y en Nueva Zelanda. Iban buscando nuevas tierras cuando fueron arrojados a la isla de Pascua, donde quedaron prisioneros. Como todos los emigrantes de su pueblo, llevaban a bordo de sus piraguas

a sus mujeres, sus hijos, sus animales y plantas, lo que les permitió fundar una colonia.»

La tesis del profesor Da Silva contradice la versión de Thor Heyerdahl que mencionábamos más arriba. Según éste y algunos otros científicos, los colonos pascuenses habrían llegado del este, más concretamente de las costas del norte del Perú. Existen, sin ninguna duda, numerosas convergencias entre la cosmogonía, las técnicas agrícolas y las costumbres de las poblaciones ribereñas del Perú septentrional y las de los pascuenses. Sin embargo, los grabados rupestres diseminados en ciertas partes de la isla, así como una piedra tallada descubierta en 1974, nos proporcionan la imagen de las embarcaciones de estos primeros colonos. Se ve en ella las piraguas de balancín polinesias típicas, con su popa levantada. Dejemos que los especialistas diriman sus disputas para examinar, en compañía del doctor William Mulloy, auténtica autoridad en la materia, las misteriosas estatuas que, en la lengua local, llevan el nombre



*Las gigantescas estatuas de la isla de Pascua, esculpidas en una cantera de roca volcánica, son transportadas a kilómetros de distancia. En el curso de una serie de revoluciones fueron derribadas por los pascuenses. Llamadas en la lengua local* maoi, *algunas conservan todavía su «sombrero» de piedra roja.*



de *maoi*. A primera vista se diría que son bustos estilizados de seres míticos, parecidos y a un tiempo muy diferentes a un auténtico busto humano.
Nuestro experto nos informa de que existen 260 estatuas en buen estado, erigidas o acostadas todavía en la cantera del volcán Rano Raraku. Otras, probablemente más numerosas, yacen sepultadas bajo los derrumbes del terreno.
—Una vez, me contaron que todas las estatuas fueron derribadas en el curso de una revuelta —le digo.
—Efectivamente, pero no las de la cantera —precisa el doctor Mulloy—. Allí, nadie tocó nada. Sólo fueron abatidas las



*El comandante Cousteau y el doctor Mulloy visitan la cantera del volcán Rano Raraku, donde las estatuas se esculpieron. La mayor de todas todavía no ha sido desprendida por completo (abajo). Mide 22 metros de longitud, y pesa más de 400 toneladas.*





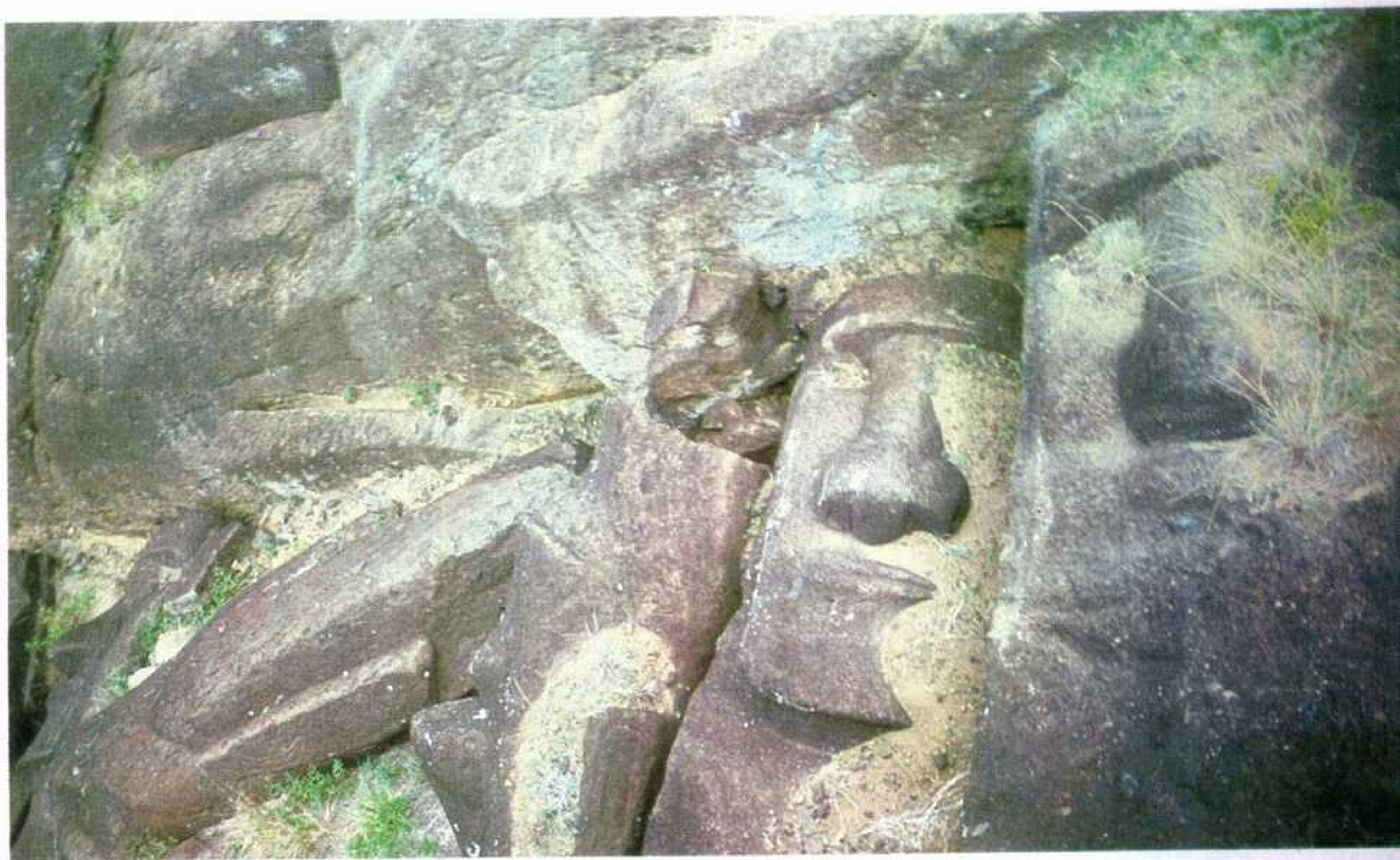
estatuas levantadas ya sobre su base. Este furor iconoclasta tuvo lugar en el siglo XVII, como consecuencia de una destructora explosión social. Las estatuas de la cantera fueron respetadas porque, al no estar terminadas, tenían «los ojos cegados». Como si nunca hubieran existido...

—¿Cómo fueron talladas estas estatuas gigantes? —pregunto una vez más.

—Para esculpir estas figuras ciclópeas —responde el doctor Mulloy—, se empezaba por desbastar el bloque de piedra elegido cavando antes un profundo surco todo alrededor. Luego se iba labrando el cuerpo, empezando por la parte superior. La estatua entre tanto permanecía acostada sobre una especie de estrecha quilla, que se desprendía del suelo en el momento del «lanzamiento».

—Debía de ser una ruda tarea la de desprender el monolito esculpido de la roca original...

—¡Ciertamente! Para sostener la estatua durante toda esta operación, se apuntalaba, por así decir, la parte inferior del monolito con tierra apisonada. La quilla se iba adelgazando con golpes sucesivos, hasta que la estatua liberada podía deslizarse por la pendiente, mientras poco a poco se instalaba en un agujero excavado en el suelo.









# Los «maoi»





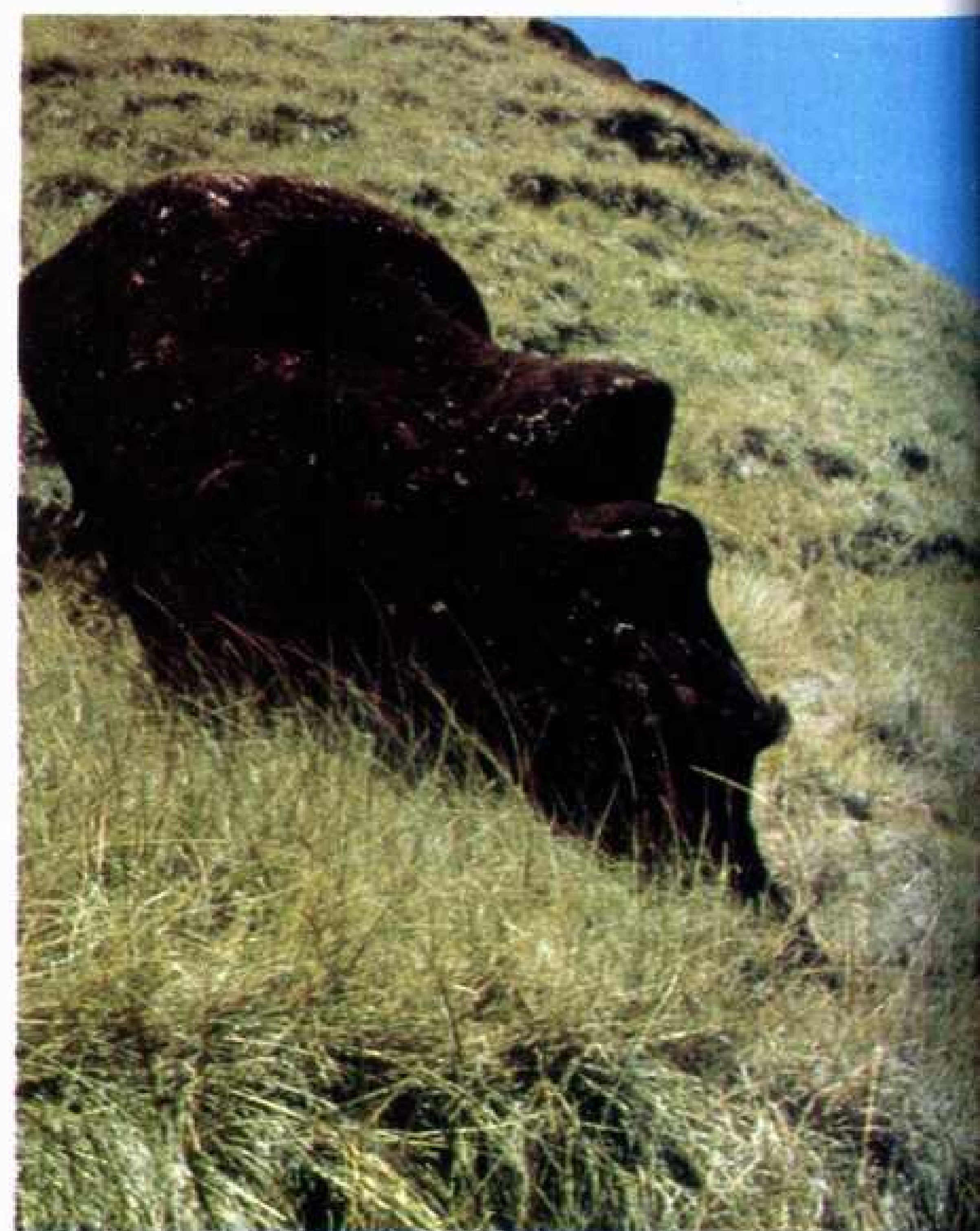
LAS grandes estatuas de la isla de Pascua no son ídolos, sino probablemente retratos de antepasados que conservaban el *mana*, esto es, el poder espiritual.

Tras esculpirlas y desprenderlas de la roca madre, se las deslizaba por planos inclinados. Luego se tiraba de ellas por medio de cables de fibra vegetal sobre rodillos de madera, hasta los mausoleos de los que eran ornamento.

—He observado —continúa diciendo el doctor Mulloy— que abajo de la pendiente las estatuas están alineadas como maniquíes en un escaparate.

—Los *maoi* aguardan al pie del volcán a ser transportados —me explica nuestro guía— Se los dejaba de pie, abajo de la pendiente, antes de atarlos a los grandes trineos de rodillos de madera.





*Gran número de estatuas yacen, unas acostadas, otras ya levantadas, al pie del cono volcánico donde estaba la cantera. Se piensa que allí permanecían un tiempo antes de ser transportadas a su lugar definitivo. Se han aventurado las más fantásticas hipótesis sobre los medios de que se valieron los pascuenses para trasladar estos gigantescos monolitos: se ha hablado de energía atómica, de que dominaban la fuerza gravitatoria, etc. En realidad, los indígenas utilizaron la técnica de hacer rodar las pesadas cargas sobre rodillos de madera. Por aquella época, en efecto, todavía había árboles en la isla.*





Pero la producción era más rápida que la cría y el transporte. Lo que habéis visto a la carrera era, como quien dice, un depósito.
—¿Cuántos habitantes hubo en la isla?
—No es fácil decirlo con precisión. Alrededor de veinte mil, probablemente, en el apogeo de esta civilización de las estatuas. Es evidente que la tierra con que contaban los hombres se sobreexplotó y agotó rápidamente. He aquí la causa —ecológica— del actual desierto, de esta trágica ausencia de árboles, de la pobreza de vida vegetal...
Deambulando por entre las estatuas, cuya mirada para siempre indiferente parece escrutar el infinito del mundo, me planteo mil preguntas. ¿Son los únicos responsables de su ruina los hombres que, para sobrevivir, sobreexplotaron esta isla en otro tiempo fértil y boscosa? ¿No pudo ser trastrocado el ecosistema de la isla de Pascua por un cataclismo natural?
Un equipo dirigido por mi hijo Philippe se prepara activamente. Ha instalado la base en la costa norte de la isla, en una playa, cerca de una estatua restaurada por el célebre navegante noruego Thor Heyerdahl. La tradición pretende que el rey-pionero Hotu-Matua y su equipo de colonos desembarcaron en esta misma playa, la única que suaviza las escarpadas costas de la isla.
Aquí es donde Philippe junto con sus hombres instalan todo el material —embarcaciones, motores, escafandras, compresor, cámaras, etc.—, y el equipo dispone la pequeña base que les servirá de aloja-











*El equipo volante del* Calypso, *bajo la dirección de Philippe Cousteau, ha instalado su campamento al norte de la isla de Pascua, no lejos de la playa donde, según la tradición oral, desembarcó el rey Hotu Matua, el primer colonizador de esta tierra. Desde el campamento base (en la página anterior) lanzamos numerosas expediciones en dirección del corazón de la isla, especialmente hacia los cráteres y las coladas de lava volcánicas que la coronan (en esta página).*

miento y abrigo. Este grupo está constituido por Michael Sullivan, el piloto y buceador; Dominique Arrieu, operador de cine; Jean Cousteau, la esposa de Philippe, e intendente del campo; Guy Jouas, el técnico de sonido; Dominique Sumian, jefe de buceadores; y Philippe mismo, encargado de organizar la exploración de la isla.

Durante semanas enteras, estos hombres recorrerán la isla de Pascua y su entorno submarino. En la tierra adentro salvaje se desplazarán en caballos, como lo hacen los indígenas, de los que, por desgracia, nos separa una comprensible desconfianza. Philippe y sus compañeros escalarán los arrecifes escarpados de más de 200 metros de altura, auténticos bastiones naturales levantados frente a la violencia del océano, y explorarán algunas de las grutas que se abren en la roca volcánica en la mayor parte de la isla. Philippe, por su parte, sobrevolará incansable el terreno con su helicóptero. Este autogiro monoplaza «de bolsillo» le permitirá escrutar el suelo en busca del menor indicio. Tal vez lograremos esclarecer así una o dos facetas suplementarias de la historia trágica de los pascuenses y de su tierra.

# «Ahu» y piedras grabadas

En piezas separadas llevamos el autogiro previsto para los reconocimientos aéreos. El aparato lo volvimos a montar en el lugar. Un artista lo decoró con un símbolo apropiado a las circunstancias: la imagen estilizada de Tangata Munu, el hombre-pájaro, cuyo culto dominó los dos siglos que siguieron al derrocamiento de las grandes estatuas en el siglo XVII.

Ahora es Philippe quien nos lo cuenta: «Tras asegurar los diversos cinturones que me atan al autogiro, llevo a cabo un primer vuelo de prueba. Debajo de mí, los grandiosos altares, los mausoleos que aquí llaman *ahu,* desfilan a lo largo de la costa accidentada. Su edificación debió de resultar un largo y duro trabajo, pero su razón de ser sigue estando oscura. Todo lo que se puede decir es que se han encontrado hornos rituales donde los difuntos eran quemados.»

Según algunos científicos, podría ser que ciertas estatuas, de las más pequeñas, fueran transportadas alrededor de la isla en embarcaciones de juncos. Si los autóctonos utilizaban realmente método semejante, parece inevitable que los monolitos se perdieran. Nosotros tendríamos que encontrarlos en el transcurso de nuestras exploraciones submarinas. Philippe y sus hombres se van a echar al agua.

«En cuanto atravesamos la superficie —sigue narrando Philippe— se penetra en un mundo irreal. A treinta o cuarenta brazas se encuentra un fondo arenoso. un escalón de algunas millas de anchura rodea a la isla en su totalidad y luego se hunde bruscamente hacia las grandes profundidades del Pacífico. En la oscuridad que la luz opalescente de nuestras lámparas submarinas difícilmente atraviesa, descubrimos formas que nos resultan familiares. Por un momento creemos haber encontrado las estatuas hundidas que hemos venido a buscar. Pero se trata sencillamente de bloques de roca volcánica erosionados, cubiertos de concreciones.

Pero, por lo menos, las investigaciones de Philippe y de su equipo permiten establecer ciertos datos sobre la geología de la isla. Según una teoría en boga durante muchos años, la isla de Pascua sería la última tierra emergida de un continente hundido, el de Mu. En realidad no hay nada de esto. Pascua es simplemente una isla volcánica, que se elevó del fondo oceánico a consecuencia de sucesivas erupciones.

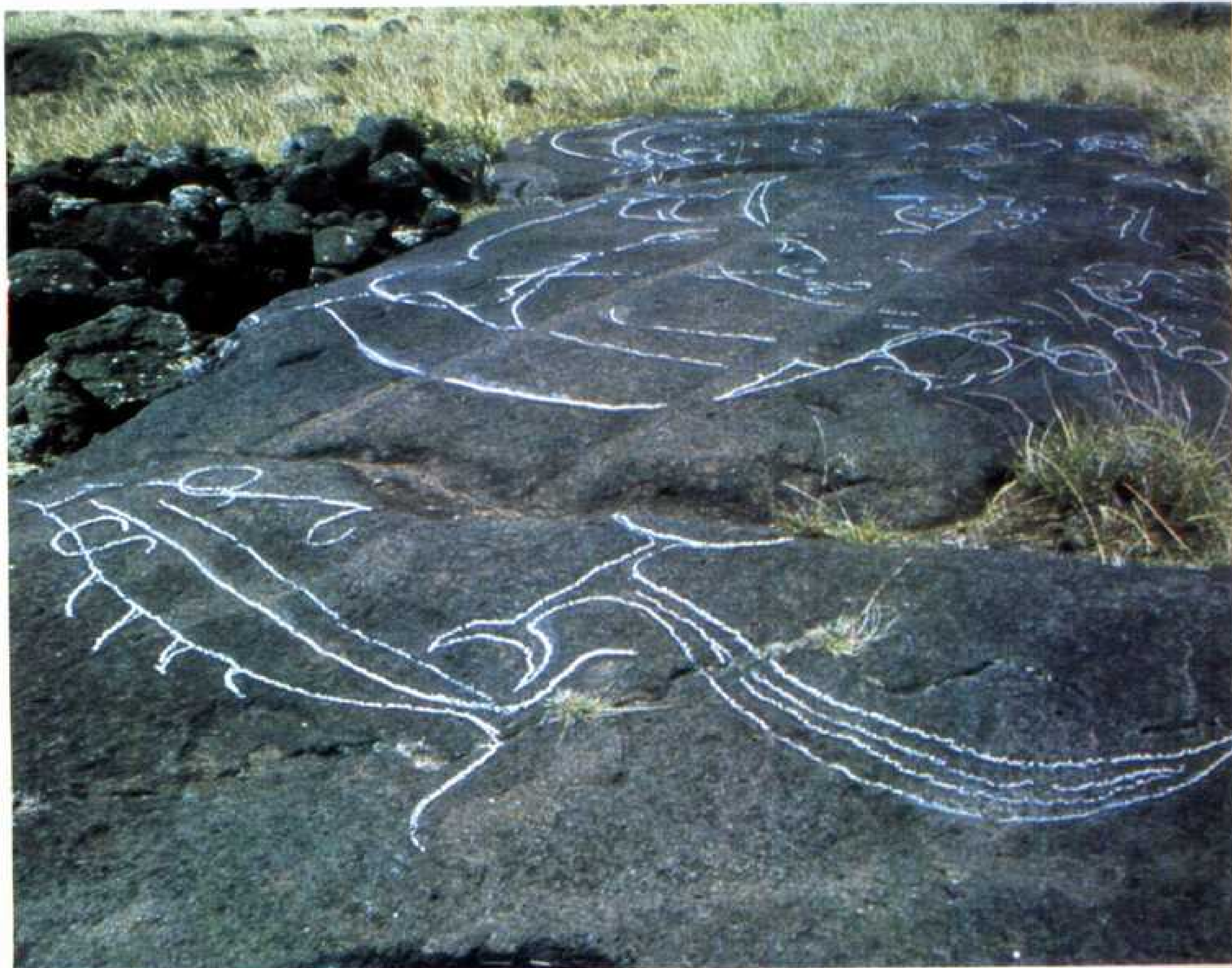
Como un breviario salpicado de miniaturas, la isla está salpicada de piedras grabadas con representaciones de hombres-pájaro, de flores, de peces, de tortugas, de centenares de figuras fantásticas. Imágenes semejantes fueron igualmente esculpidas en las paredes de algunas caver-













*Philippe Cousteau se ha traído y montado un autogiro, del que se sirve para hacer sus descubrimientos (en la página anterior). El aparato, sin embargo, se estropeará un día en pleno vuelo, y Philippe sufrirá múltiples fracturas como consecuencia de la caída. Un poco por doquier en la isla, los hombres del equipo descubren, fotografían y estudian los petroglifos trazados por los antiguos pascuenses, que representan animales, siluetas humanas o criaturas fantásticas.*



nas que sirvieron a los humanos de abrigo en varias circunstancias. El doctor Da Silva nos explica que a medida que se procedía a la deforestación, se agravó la escasez de madera para la construcción. La población, en constante aumento, tuvo que guarecerse en estas grutas naturales. La significación de ciertas estatuillas, vestigios de un espléndido o patético pasado, sigue siendo incierta. La llegada del turismo y la moda de la antropología las han hecho objeto de especulación. Algunas, afortunadamente, han sido escondidas por los insulares. Un miembro de nuestro equipo, Henri García, entra en contacto con un indígena, y logra autorización para fotografiar el tesoro secreto.

«¿Se trata de una escultura auténtica?», pregunta García al doctor Mulloy, al enseñarle las fotografías de una estatuilla. Nuestro amigo especialista examina las fotografías cuidadosamente. Nos hace notar ciertos signos grabados en piedra, la longitud de los brazos, el parecido del cuerpo estilizado con el de las grandes estatuas, y la cabeza, por el contrario, muy diferente de la de los *moai*.

«Podría tratarse de un estilo muy arcaico —concluye el doctor Mulloy—. De cualquier manera es, muy verosímilmente, la fotografía de un ejemplar auténtico.»

Muy bien... ¡Pero todavía no sabemos qué representa la famosa estatuilla!

# Bajo el mar





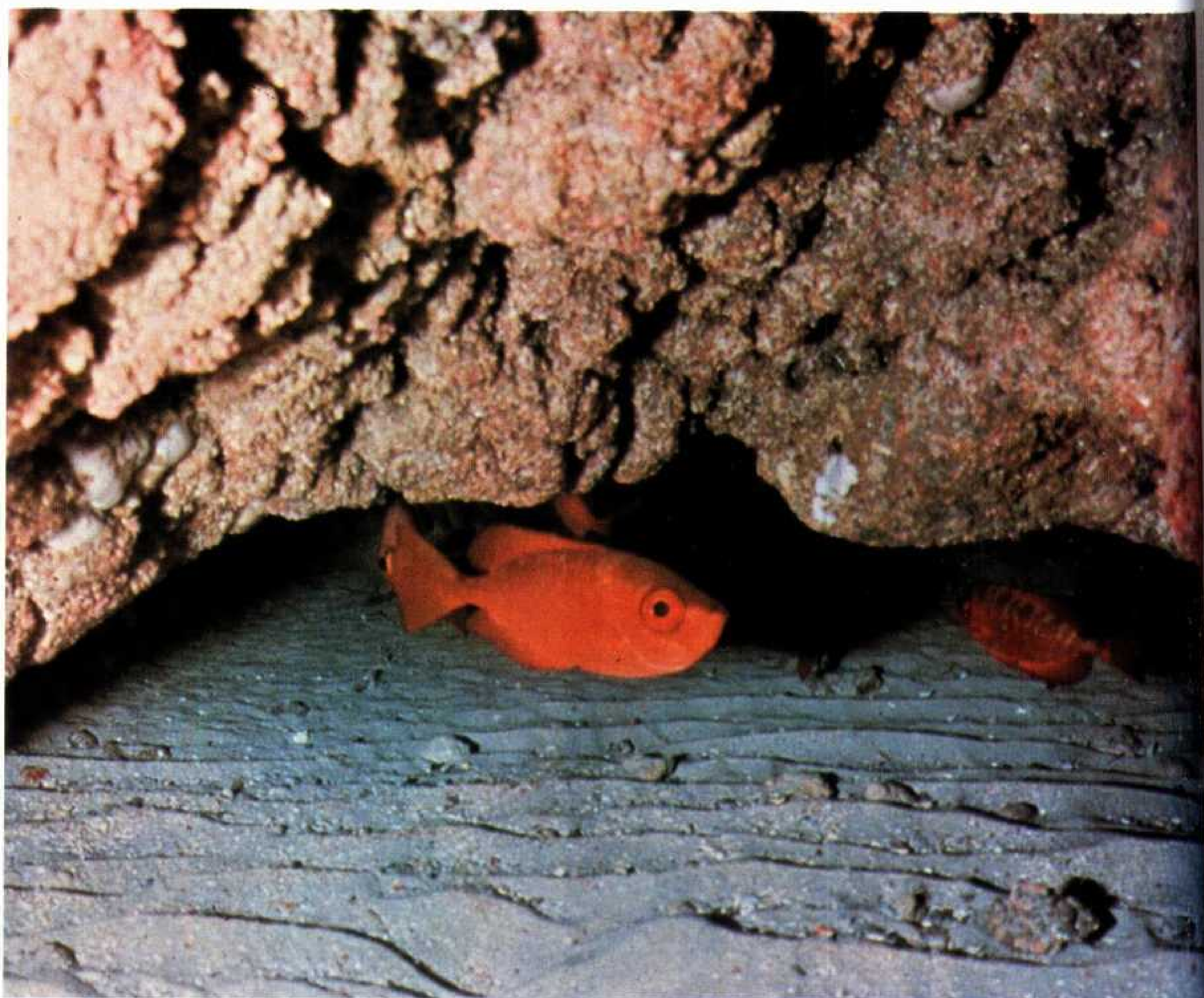
La isla de Pascua, que en otro tiempo bastaba para alimentar a varios miles de personas, ya no puede nutrir en la actualidad a sus 600 habitantes. Difícilmente se admite esta realidad, a la que no encuentro una explicación plausible. ¿Y si se hubiera producido un cambio en el nivel de las tierras emergidas? La hipótesis merece darse una vuelta de comprobación en el fondo de las aguas que bañan la isla de Pascua.

En cuanto abandonamos el bote que flota encima de nosotros, penetramos en un desierto tan absoluto como la isla a la que rodea. Es como si el empobrecimiento de la tierra insular hubiera sido un cáncer que, de año en año, se hubiera extendido irresistiblemente hacia alta mar. Acá y allá divisamos algunos peces aislados. A diferencia de los atolones del Pacífico, la isla de Pascua no está rodeada por un arrecife coralino. Los primeros colonos pascuenses debieron de pasárselas mal si querían pescar para alimentarse.

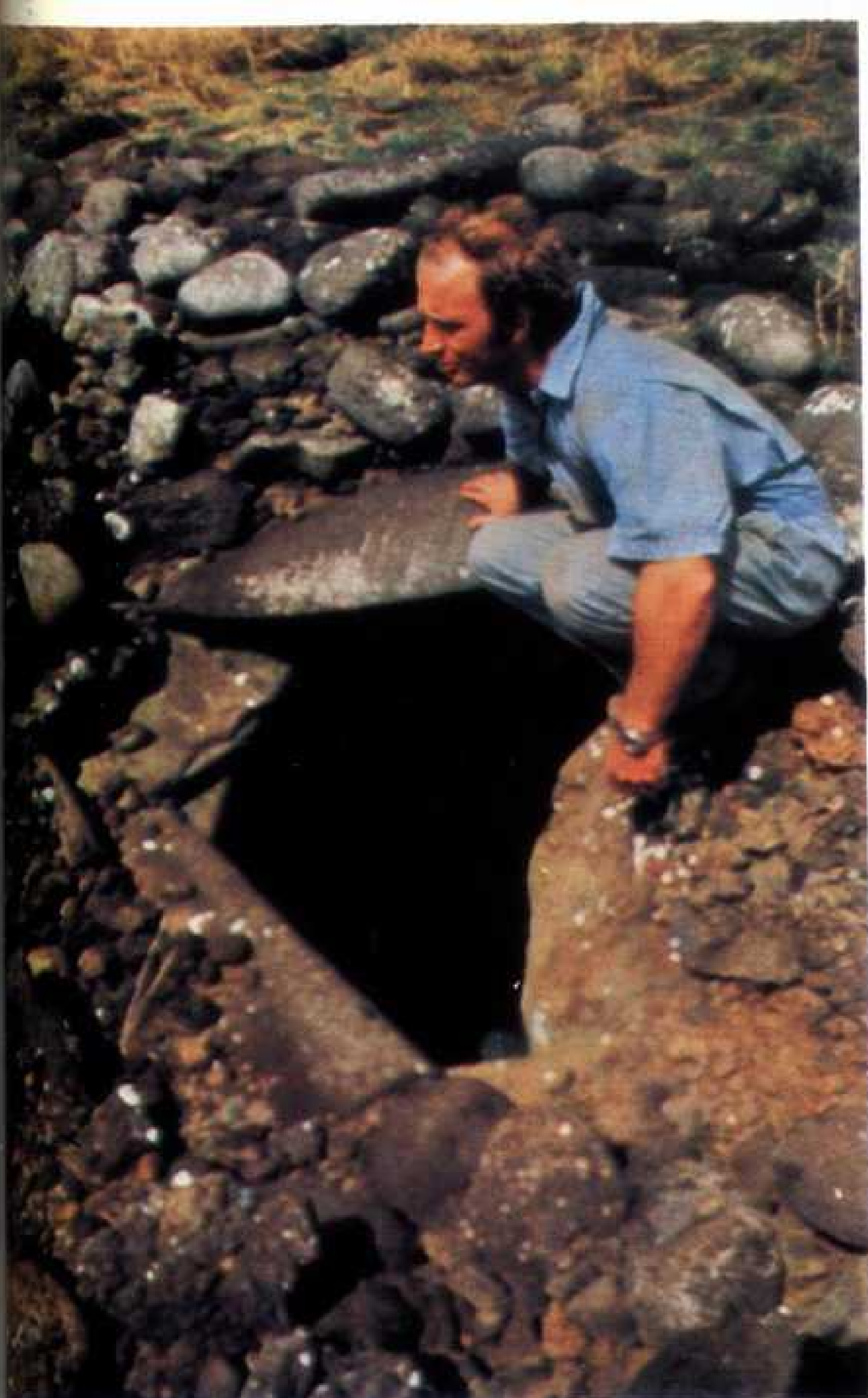
Las grutas y cavernas que se ahondan profundamente en la roca, bajo el nivel del mar, encierran bolsas de aire presas en la masa de la lava. Estas galerías subterráneas se fueron formando a medida que la toba volcánica se enfriaba. Parecidas a las que encontramos y exploramos en tierra firme —en la isla—, no descubrimos en ellas el menor indicio que atestiguara una anterior ocupación por los hombres; con lo que se concluye que debieron de sumergirse antes de la llegada de los primeros pascuenses de Hotu-Matua.

Como ya en varias ocasiones, en otros determinados lugares, me complazco ahora en imaginarme la Tierra como un organismo vivo, constituido por fuerzas estrechamente solidarias. Su frágil equilibrio está en perpetua inestabilidad: el mar y el arrecife, el árbol y el desierto… Es probable que en la isla de Pascua, como en muchos otros sitios, los seres humanos interfirieran en un proceso natural. Demasiado tarde descubrieron que las heridas infligidas a la naturaleza cicatrizan mal, cuando incluso no dejan de curarse para siempre…

Vista desde el cielo, la isla ofrece a la mirada la plena extensión de su aridez. Pero numerosos indicios en tierra testimonian un pasado lujuriante. Las piedras grabadas muestran imágenes de flores y de grandes árboles que otrora debieron de cubrirla por entero. En tiempos del redescubrimiento por parte de Roggeveen, la isla estaba ya tan desolada como en nuestros días. Pero en ella se han encontrado una considerable variedad de objetos de madera, lo que implica evidentemente que fueron trabajados por un pueblo que disponía de este material. La historia del pueblo pascuense está, por lo demás, enteramente grabada en madera.











*Los hombres del equipo Cousteau, siempre en busca de nuevos indicios que les permitan conocer mejor la historia de la isla de Pascua, bucean en las aguas que la bañan (en la página anterior). En las cavernas sumergidas encuentran sobre todo peces soldado de un rojo subido. En tierra (en esta página), Philippe y sus compañeros se introducen en unas grutas que sirvieron durante un tiempo de morada y sepultura a los pascuenses. Estos poseían una escritura elaborada, encontrada en unas tablillas (en esta página, abajo), pero que nadie ha podido todavía descifrar.*



Los pascuenses poseían una lengua escrita compuesta de jeroglíficos que los especialistas no han logrado descifrar todavía. En otro tiempo, según parece, existían miles de tablillas de terracota o de madera, de las que apenas quedan ahora 26 ejemplares. La escritura procede en ellas de una manera sumamente original: la lectura empieza por la primera línea y el texto continúa al dorso de la tablilla y en dirección opuesta. La lectura exigía que se diera vuelta una y otra vez a la tablilla. Los profundos trabajos de los más eminentes especialistas, y las investigaciones comparativas llevadas a cabo a partir de los escasos ejemplares rescatados, han permitido encontrar solamente sorprendentes similitudes entre estos caracteres minúsculos y la escritura simbólica del valle del Indo, en Asia meridional. Este hecho atestigua lo bien fundado de la teoría según la cual pueblos indoeuropeos habrían colonizado la Polinesia en tiempos muy remotos. Pero apenas contribuye a un mejor conocimiento de este pedazo de tierra perdido en la inmensidad del océano.

Los pascuenses contaban, pues, con una escritura. Disponían de madera en abundancia (los vestigios de habitaciones antiguas muestran restos de ella). Y, súbitamente, no tuvieron nada ya.

# El panteón de la isla de Pascua

UNA densa bruma, impenetrable, y luego tormentas que se abaten sobre la isla, amenazan con acabar con nuestro poblado de tiendas de campaña. ¡Pequeñas tragedias, comparadas con las tribulaciones que hubieron de trastrocar durante siglos la existencia del pobre pueblo pascuense! Las calamidades naturales son aquí una amenaza constante. En el pasado debieron de cobrarse regularmente un buen número de víctimas. Pero si los pascuenses aprendieron a protegerse de la intemperie construyendo habitaciones más sólidas o refugiándose en grutas, no pudieron escapar, sin embargo, a los enemigos más terribles aún, que fueron ellos mismos para consigo.

Prisioneros unos de otros en el islote, incapaces de hacer reinar la paz en su universo minúsculo, pronto los insulares no soñaron en otra cosa que en la huida. Este deseo de evasión encontró su símbolo en el hombre-pájaro, cuya imagen se inspiraba en la *manutara,* una especie de golondrina de mar.

Pasado el tiempo del furor iconoclasta que echó por tierra las grandes estatuas, el hombre-pájaro se hizo el principal objeto de culto, aunque encarnara una nueva forma de tiranía, la del más fuerte.

He aquí cómo se desarrollaba el culto del hombre-pájaro. Todos los años, al empezar la primavera, los jefes y sacerdotes de las tribus se reunían y escogían cada uno su campeón entre los nadadores más hábiles y más resistentes. El jefe del clan al que pertenecía el mejor nadador de la isla, capaz de llevar de Moto-nui el primer huevo de la temporada, era consagrado hombre-pájaro del año. Durante la competición, jefes y sacerdotes celebraban los ritos ancestrales del culto a la fertilidad. Las ceremonias daban término al regreso del vencedor, portador del trofeo. La victoria confería al clan entero un gran poder mágico, religioso y político. Cuando el jefe de la tribu victoriosa declaraba la guerra a las otras tribus, aunque intrínsecamente éstas fueran más fuertes, sus adversarios sucumbían al terror que les inspiraba el hombre-pájaro... Este culto alcanzó su apogeo cuando las tradiciones más antiguas cayeron en plena decadencia, y después de que hubieran derrocado a los dioses ancestrales, el más poderoso de los cuales era Make-make, el gran príncipe creador.

En nuestros días, ningún insular está ya en grado de acordarse de los nombres de las numerosas divinidades que constituían el panteón de la isla de Pascua. Muchos de estos dioses y diosas se representaban, en las piedras grabadas, bajo la apariencia de un animal o de una planta. Se sabe, por el contrario, que a diferencia de numerosos pueblos primitivos, los pascuenses no conocían ni adoraban a ningún dios del mal. Según sus creencias, el mal estaba en el hombre, y el «diablo» era el huésped de cada uno de nosotros.

Bajo la dirección del doctor Mulloy, un equipo de investigadores trabaja actualmente en la restauración de un *ahu.* Gracias a la datación con carbono 14 se sabe que la construcción más antigua data de finales del siglo VII de nuestra era.

Al paso de los siglos, los *ahu* se multiplicaron al punto de salpicar todas las costas de la isla, así como ciertas zonas interiores. Sobre estos altares se erigían las estatuas *(moai).* La fase de gran actividad constructora prosiguió hasta el siglo XVII, época a la que se remontan los altares más amplios y las estatuas más colosales. Luego vinieron la guerrra y la violencia, debidas quizá a la presión social, a las vejaciones crecientes ejercidas por la clase dirigente de los sacerdotes, que exigían estatuas cada vez más gigantescas. Y no es imposible que el pueblo, harto de esculpir, de transportar, de levantar estatuas y construir *ahu* sin instrumentos apropiados, cansado de morir en la tarea como en otro tiempo los esclavos egipcios, se rebelara. No tenemos ninguna certeza a este respecto y quizá nunca la tengamos.

Pero es cierto, por lo demás, que, teniendo que soportar la isla de Pascua una población demasiado numerosa, y habiendo quedado totalmente deforestada, se transformó en un desierto erial, en un roquedo estéril. La catástrofe ecológica, debida a la sobrepoblación y la sobreexplotación del ecosistema, fue una de las primeras del género. Mucho aprenderíamos meditando esta lección...

Nuestra misión en la isla de Pascua apenas nos ha desvelado alguno de los misterios de esta tierra del fin del mundo. Pero para nosotros termina en drama. Un día en que Philippe efectúa un reconocimiento aéreo en autogiro, su aparato cae en picado desde 30 metros de altura. Philippe sufre una caída terrible y se rompe ambas piernas. Hay que evacuarle de urgencia...

Figuras espectrales de un universo desolado, los *maoi* transmitieron quizá durante algún tiempo el *mana* de los antepasados a los seres humanos de su clan. Pero hoy no hay un insular que crea en ello. Son las reliquias sin alma de un tiempo pasado. Los ojos inacabados no reflejan ni el recuerdo ni la esperanza.

*Durante el período llamado del culto al hombre-pájaro, los pascuenses observaron una extraña costumbre. Cada año, en primavera, los diversos clanes de la isla designaban a un nadador que debía salir de un altar (o* aku*) situado en la costa, y llegar al islote de Moto-nui. Desde allí, los campeones debían recoger un huevo de golondrina de mar. Al nadador que primero llevara el trofeo lo protegía el hombre-pájaro, y daba a su clan, durante un año, un poder sobrenatural llamado* mana.





# EN BUSCA DE LA ATLANTIDA



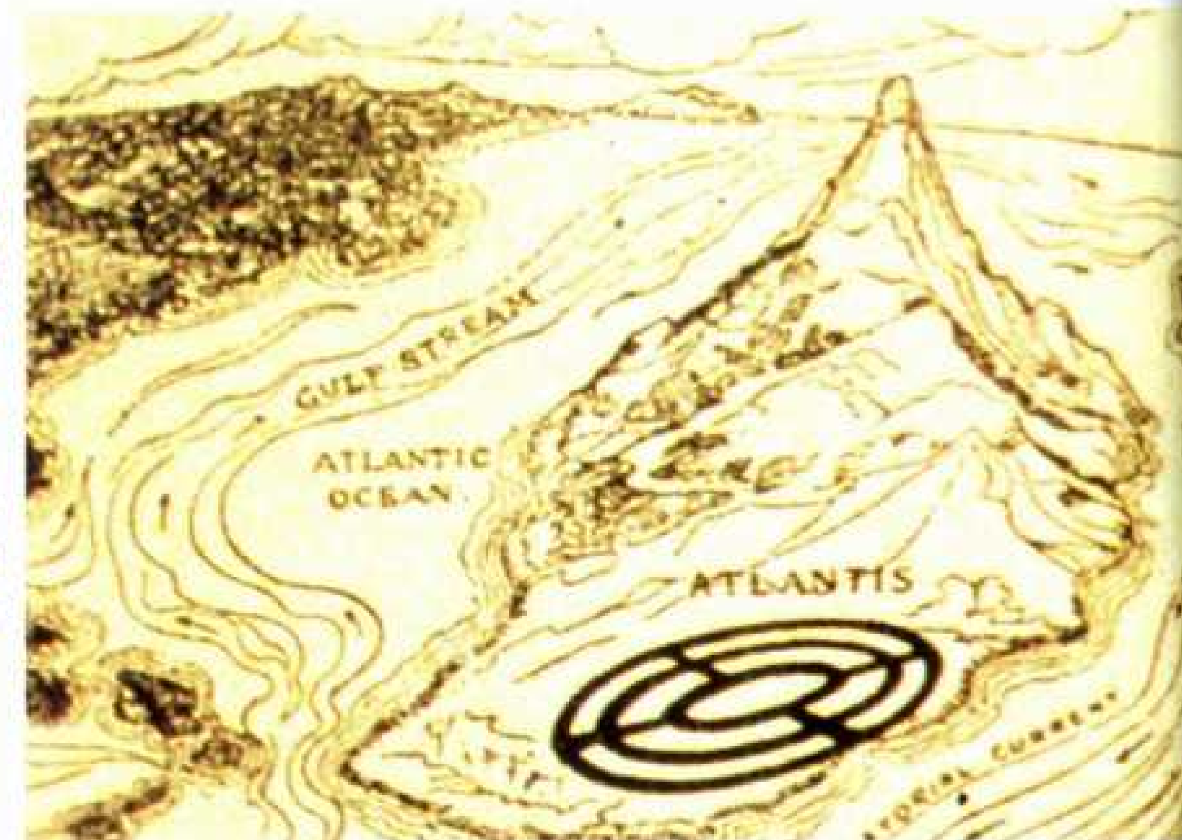
# ¿Historia o leyenda?



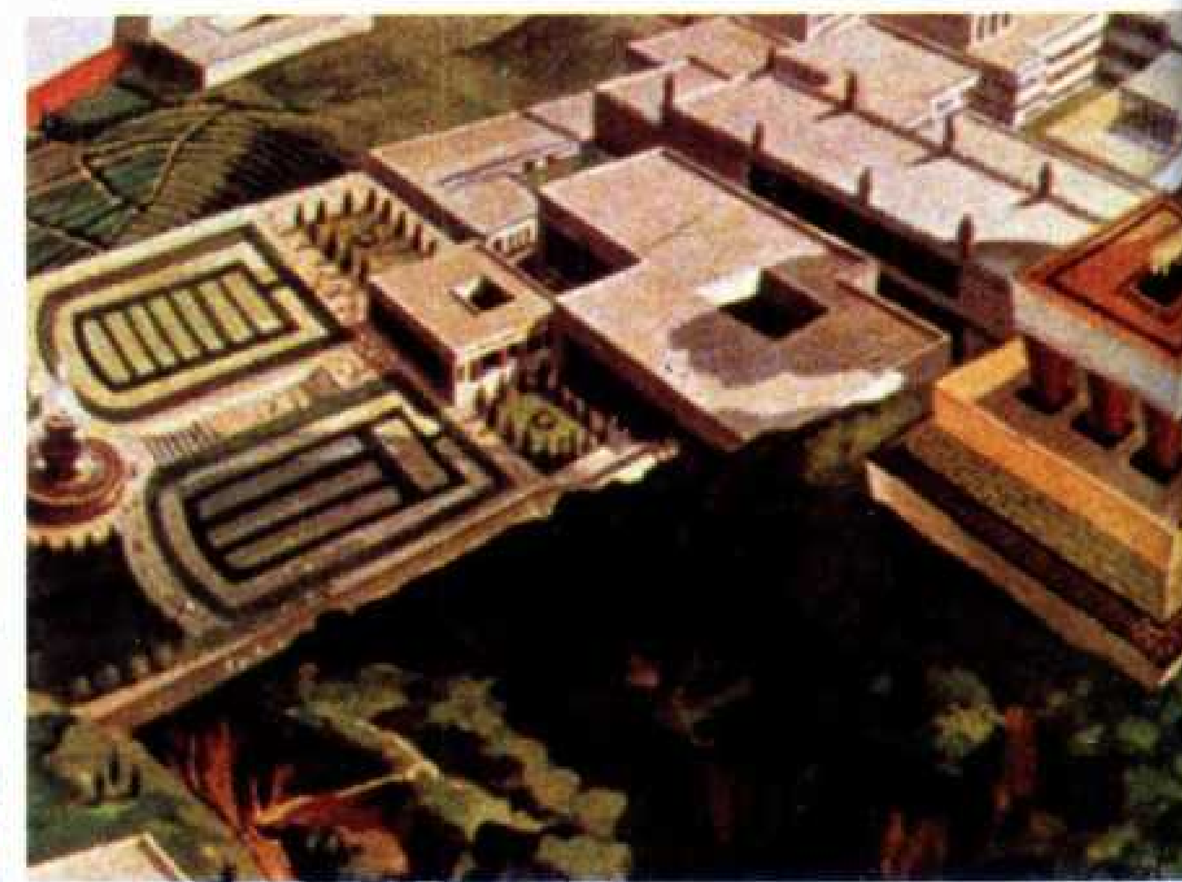


*El* Calypso *(aquí, a la izquierda) dobla el cabo Sunión y el templo de Poseidón. Estamos buscando la Atlántida, que Platón describe en los dos diálogos de* Timeo *y* Critias. *Ha sido ubicada por los autores en decenas de lugares diferentes. Abajo: algunas reconstrucciones siguiendo a Platón. En la página siguiente: vistas desde el aire, las famosas alineaciones de piedras de Bímini, en las Bahamas.*







MÁS de cuarenta años han pasado desde que, con mis amigos Frédéric Dumas y Philippe Tailliez, nos pusimos por primera vez una escafandra autónoma para explorar, libres de todo impedimento, el maravilloso mundo submarino. A partir de entonces, los contingentes de buceadores han ido en continuo aumento, y esta noble actividad se ha convertido en un deporte de masas. Me enorgullezco de ello y estoy feliz. ¡Pero siempre hay un «pero»! El acceso al universo subacuático ha permitido un conocimiento más profundo, más amplio, de los ambientes marinos y de los problemas a ellos vinculados, así como una toma de conciencia del respeto que se les debe. Pero el aumento en el número de visitantes de los fondos y de los pecios inexplorados plantea un problema. Desemboca en un ciego saqueo y expoliación.

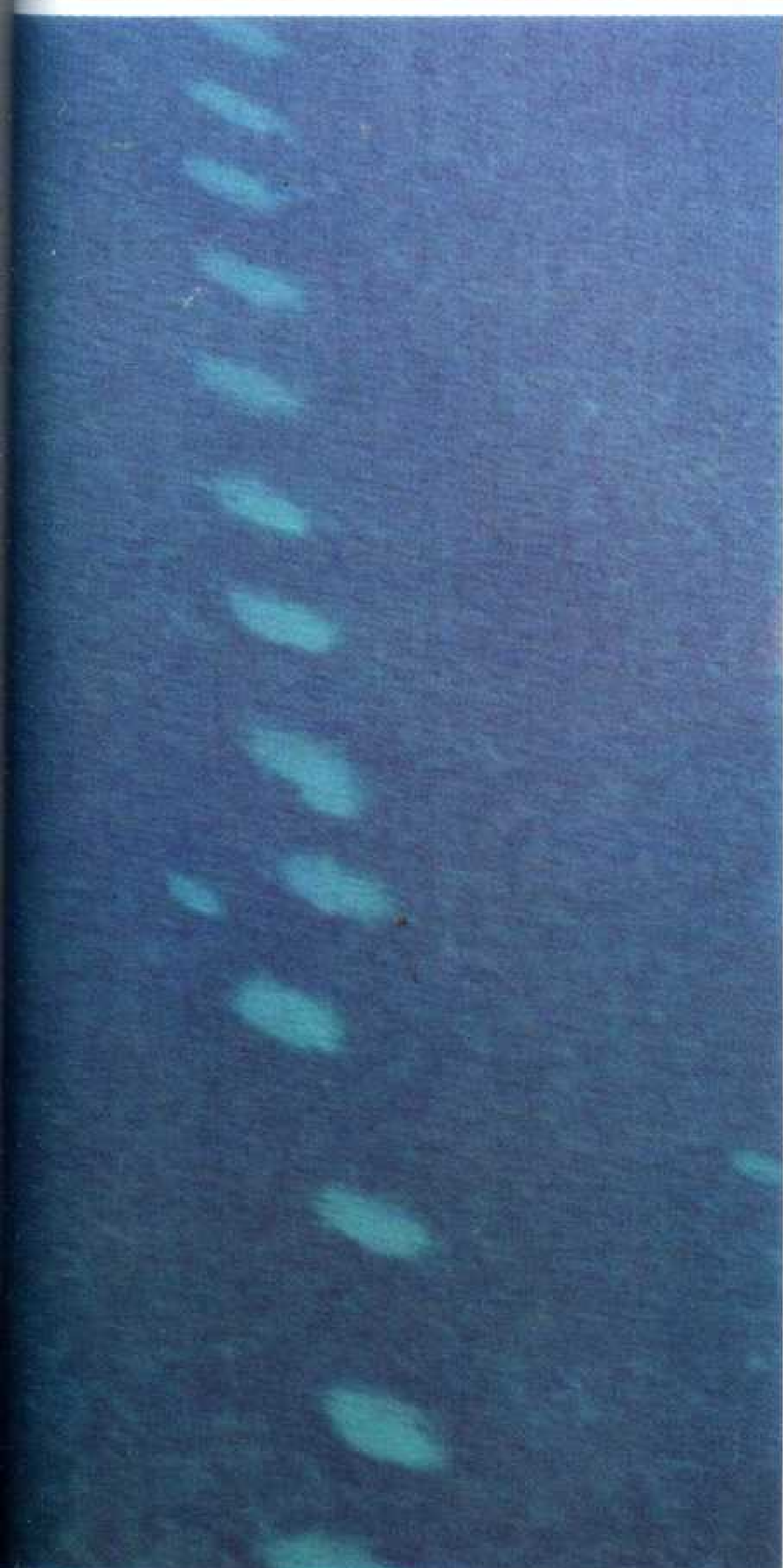
Durante siglos enteros, los saqueadores de tumbas se encarnizaron con los vestigios de la antigüedad que la tierra había preservado para las futuras generaciones. En un espíritu de lucro, estos hombres violaron los santuarios que la piedad de los antiguos levantó, decoró y amuebló en honor de sus muertos.

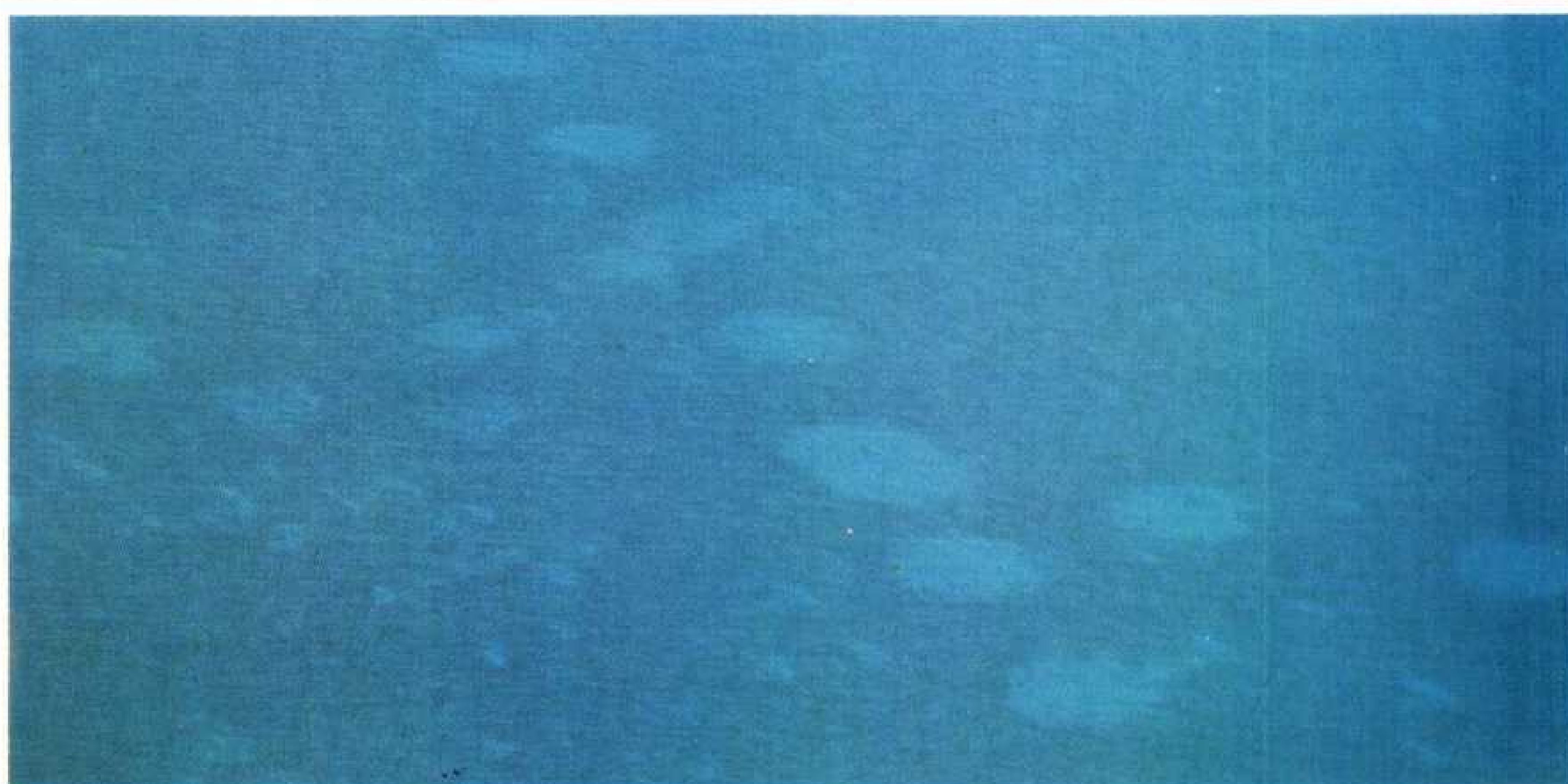
Pillaje y saqueo amenazan en nuestros días a los vestigios que yacen en el fondo de los mares. Buena parte de las informaciones que podrían ser recogidas en los pecios, y que se refieren a los usos, costumbres, industrias, vías comerciales, a la tecnología y la ciencia de la navegación, a las técnicas de construcción naval y a la artesanía de períodos pasados, se perderá así para siempre.

Los estados, las organizaciones internacionales, las asociaciones locales y las agrupaciones de profesionales deberían hacerse defensores acérrimos del patrimonio arqueológico sepultado. A ellos les toca incitar a los miles de buceadores aficionados o profesionales a respetar los tesoros históricos del fondo de los mares. Los científicos, por su parte, deberían aunar esfuerzos para emprender un trabajo más coordinado sobre los pecios.

¿Por qué he tocado yo este tema al empezar el capítulo dedicado a la «búsqueda de la Atlántida»? Quiero narrar ahora una nueva aventura del *Calypso* y de su equipo. Nos hemos propuesto como tarea buscar, en los cuatro rincones del Mediterráneo y del Atlántico, los eventuales rastros de la civilización enigmática de la Atlántida, que al decir de ciertos autores descansa en las profundidades marinas. En cuanto a nosotros, siempre hemos trabajado con espíritu científico, y bajo el control de arqueólogos profesionales. Por desgracia, no es éste el caso de todo el mundo.

A pesar de las innumerables versiones, el mito de la Atlántida se basa en una fuente única, *Timeo* y *Critias,* diálogos ambos de Platón. Hace unos dos mil cuatrocientos años, el filósofo griego describía un país rebosante de riquezas, situado más allá de las Columnas de Hércules (el estrecho de Gibraltar), y cuya capital, rodeada de canales y tres monumentales murallas, estaba habitada por un pueblo noble y serio. La ciudad habría sido aniquilada, sepultada por el mar en un solo día, en un gigantesco cataclismo.



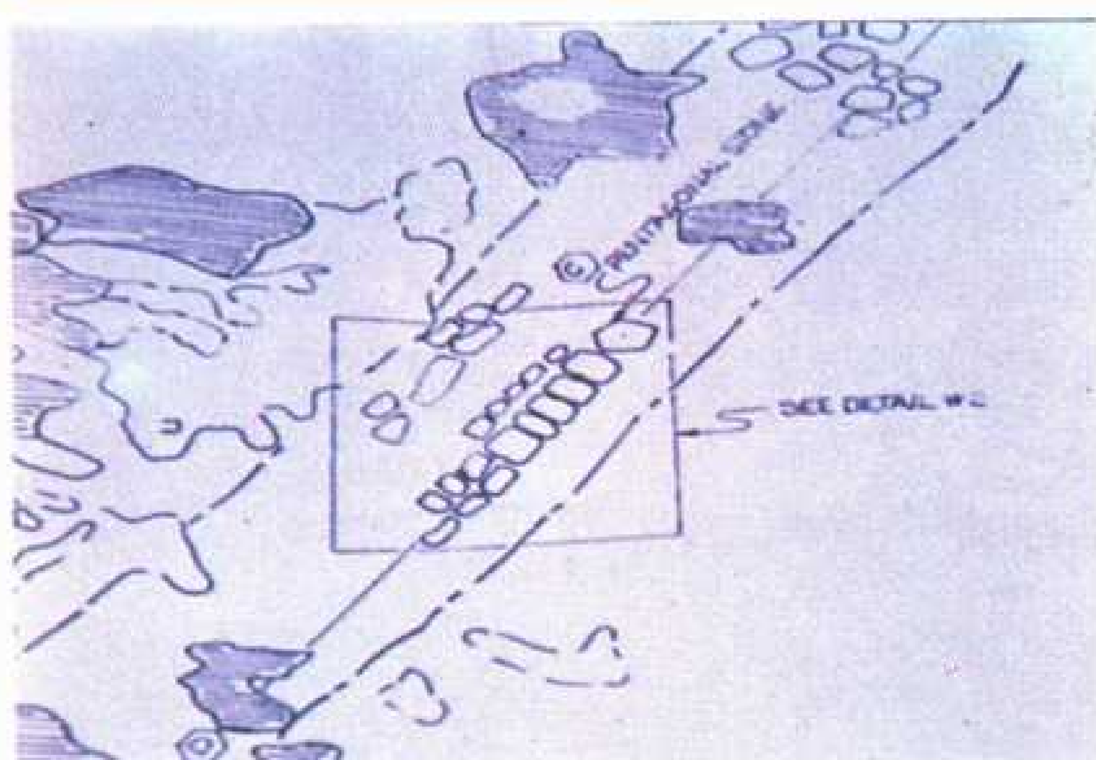


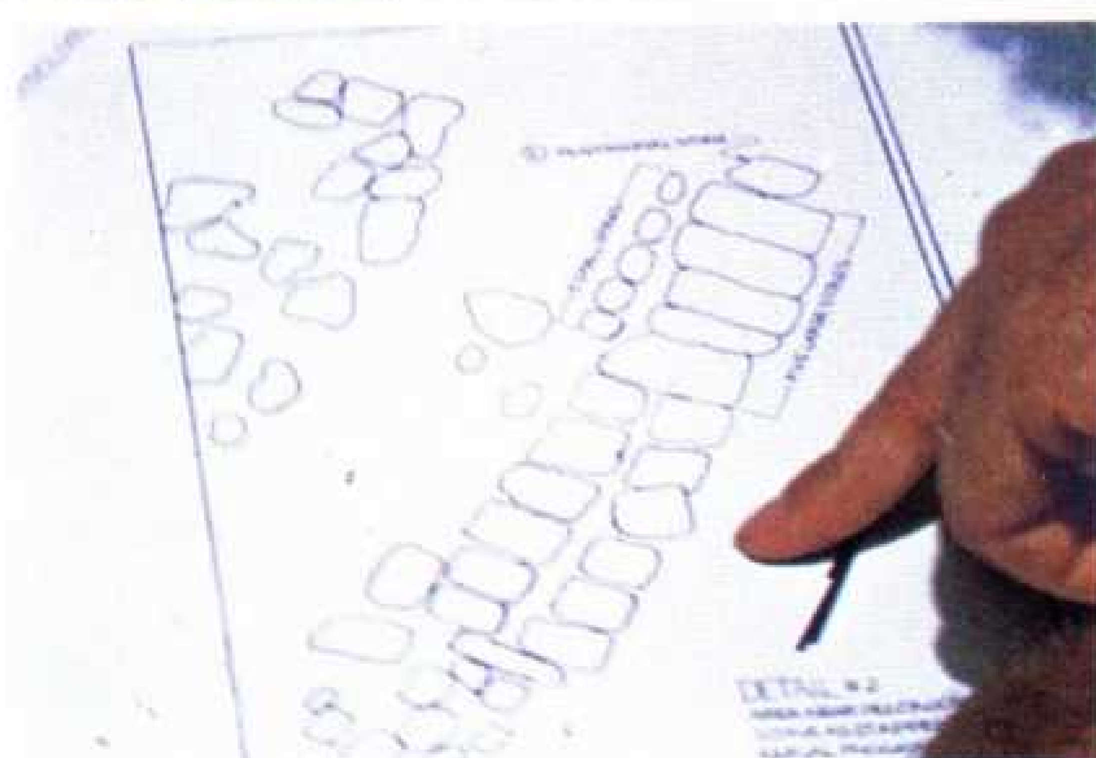
Los levantamientos de los fondos oceánicos recientemente efectuados nunca han puesto en evidencia las cicatrices de una tan formidable catástrofe, por lo menos en las épocas históricas. Pero la imaginación humana no tiene límites. Se ha situado a la Atlántida un poco en todas partes. En el océano Pacífico, la isla de Pascua al sur o la isla de Cocos al norte son consideradas por algunos como fragmentos del supercontinente hundido de Mu, una variante de la Atlántida. Bímini en el Atlántico occidental, las islas Canarias frente a las costas de Africa, las Azores, Israel, los montes Atlas en Marruecos, la isla de Heligoland en el mar del Norte, Creta en el Mediterráneo, son otros tantos lugares donde sabios, poetas, soñadores, creyeron poder localizar el paraíso perdido descrito por Platón.

Pero las pruebas que podrían haber corroborado estas teorías han sido siempre poco plausibles, o incluso muy insuficientes, cuando no se contradicen con los hechos geológicos o históricos irrefutablemente establecidos.

Las estatuas gigantescas de la isla de Pascua son los muchos supervivientes de un pasado tumultuoso, sin ninguna relación con la Atlántida.

Al visitar la isla de Cocos frente a la costa occidental de Costa Rica, mi hijo Philippe descubrió un mundo que le pareció un paraíso: una vegetación lujuriante, flores







multicolores, perfumes, aves tropicales... Pero nada que tuviera que ver con la Atlántida...

Desde el punto de vista geográfico, las Azores son las tierras más cercanas al sitio original descrito por Platón («allende las Columnas de Hércules»); pero nunca se ha encontrado el menor indicio serio de una cultura refinada que habría florecido antes de desaparecer bruscamente. Las Azores constituyen por lo demás un lugar de emersión de la dorsal medioatlántica; una zona volcánica en expansión, y no una región de hundimiento.

Las leyendas y los mitos permiten al hombre conservar bajo una forma acomodaticia, a veces enigmática, los recuerdos inmemoriales de su raza. Gracias a ellos puede remontarse en el tiempo a la búsqueda de su propio origen. Los mitos responden a la necesidad de creer que es ella misma una forma de protegerse contra la adversidad. Pero en el origen de los mitos y de las leyendas que la humanidad se ha creado, casi siempre hay un pequeño núcleo de realidad...

Fondeado en Día, un pequeño islote desierto cercano a la costa septentrional de Creta, el *Calypso* se remonta en los siglos. Nuestras investigaciones nos van a llevar hasta la época fabulosa del esplendor minoico, cuando la civilización cretense estaba en su auténtico apogeo... Nuestra misión ha comenzado con una simple fotografía aérea... Yo conozco naturalmente la leyenda de la Atlántida y un cierto número de hipótesis formuladas a su propósito. Incluso le había pedido a Philippe, como acabo de contar, que investigara en la isla de Pascua, las Azores, la isla Cocos, Bímini y otros lugares donde se creía poder situarla... Pero cuando examiné la foto aumentada de una estructura en forma de pulgar, apenas discernible bajo las aguas de la bahía de San Jorge, en la isla de Día ni imaginaba que pronto estaría yo mismo implicado en una apasionada búsqueda de la Atlántida.

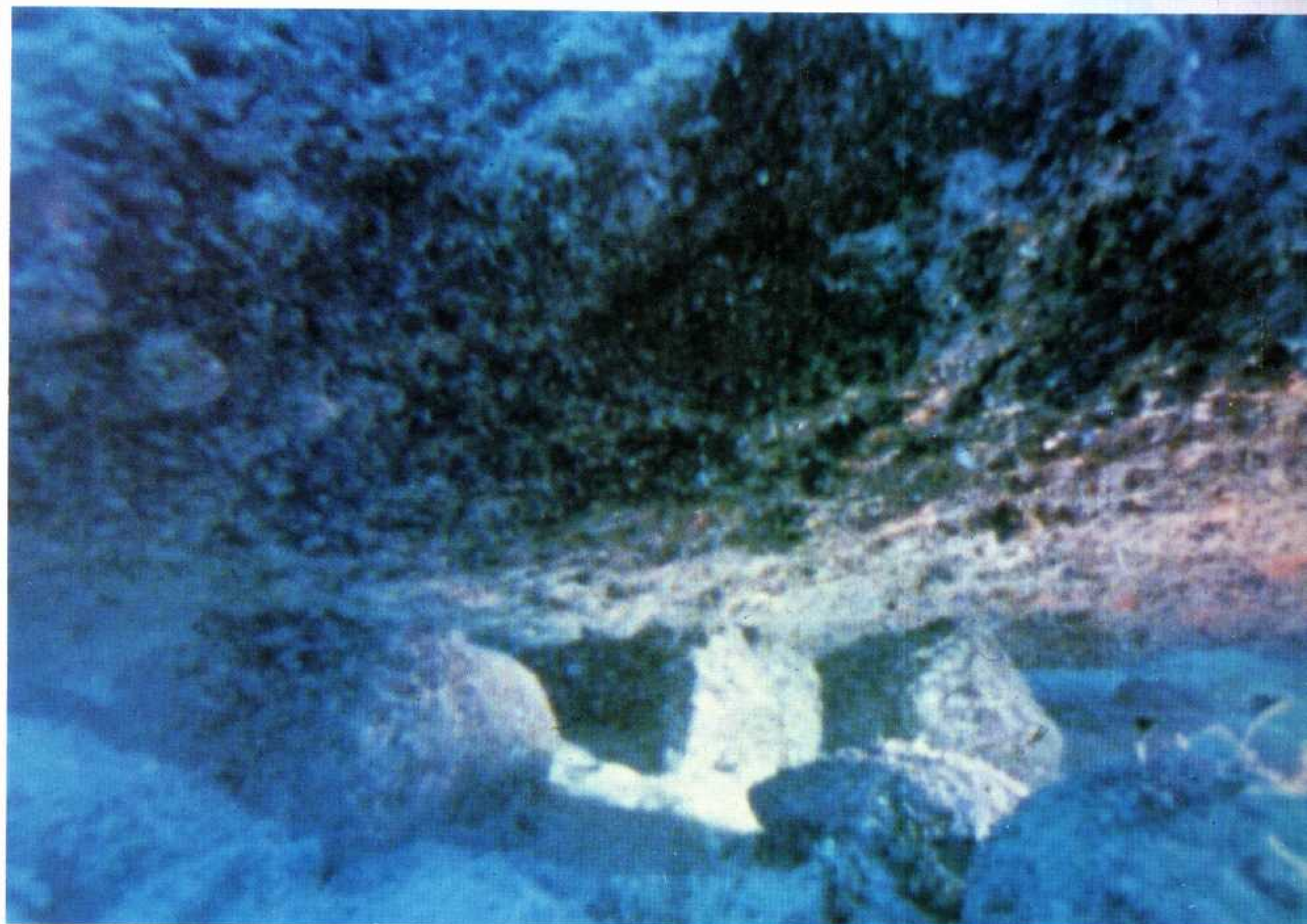








*Philippe Cousteau y sus compañeros se sumergen en las aguas de Bímini, para tratar de penetrar el misterio de los largos «muros» sumergidos que se divisan no lejos de la isla, y donde algunos han creído poder admirar los restos de la fortaleza de la Atlántida. Las construcciones son probablemente obra de los hombres, pero no tan antiguas como las que evoca Platón en el* Timeo *y el* Critias. *Y, geológicamente, el archipiélago de las Bahamas no puede corresponder a la Atlántida.*

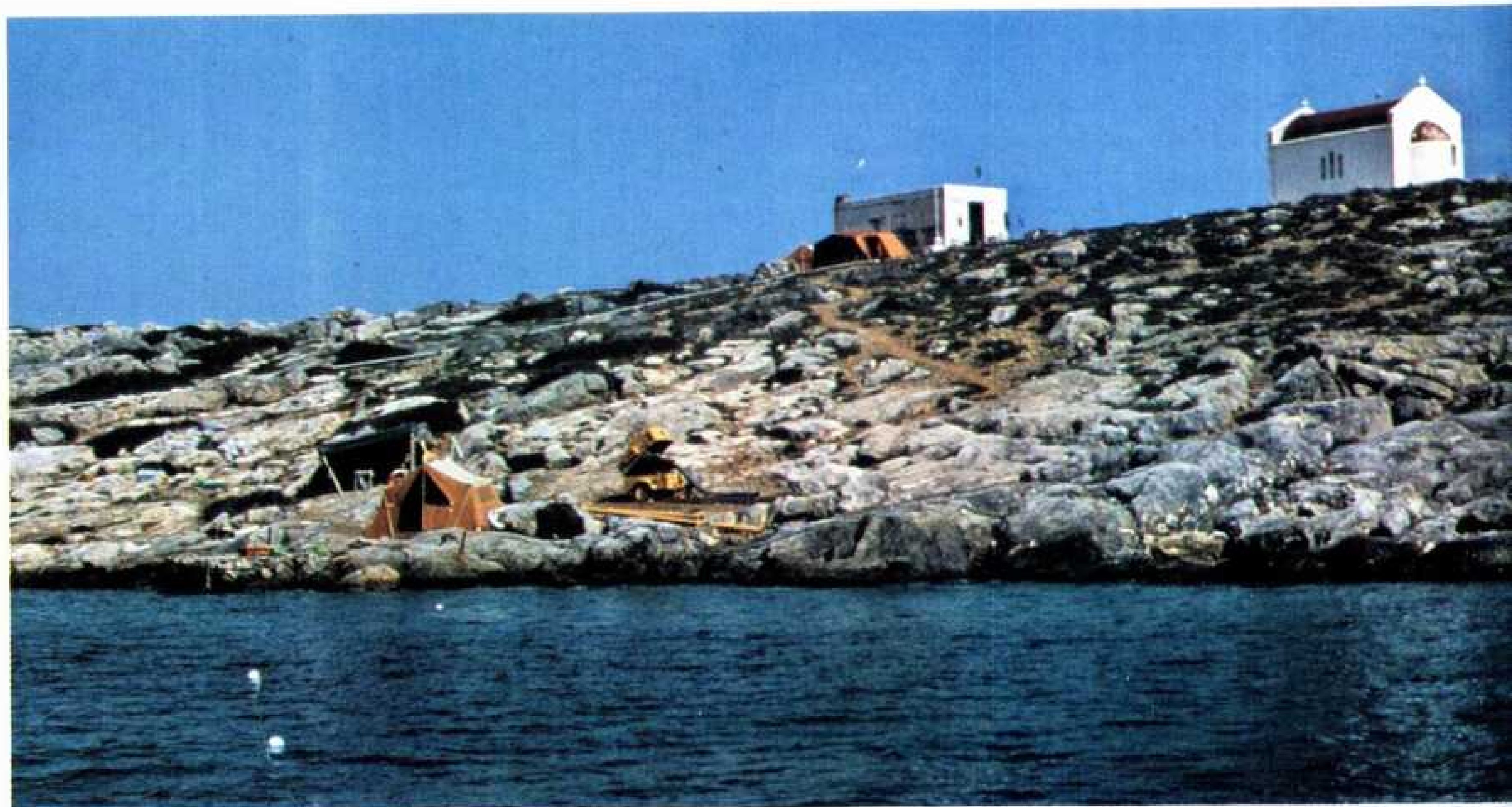


# La isla de Día




En la costa norte de Creta, el 6 de enero, día de la Epifanía, la población de Heraklion, la capital, se congrega y se dirige en procesión hacia la extremidad del puerto. Una vez llegados, bendicen una cruz, la arrojan al agua y de inmediato la vuelven a recoger. Es una forma de comulgar el pueblo con el mar. Esta ceremonia tiene unos orígenes muy anteriores a la llegada del cristianismo, remontándose quizá a la época minoica...
A unos kilómetros, en las alturas que dominan el puerto moderno, se elevan las ruinas del gran palacio de Cnosos, corazón en otro tiempo de esta famosa civilización del rey Minos, cuyos dominios se extendían sobre todo el Mediterráneo oriental en la edad del Bronce, del siglo XVIII al XV antes de Cristo. Los amos minoicos del mar no contaban con ningún puerto natural en toda esta costa barrida por el *meltem*, el viento violento del noroeste. Una paradoja en verdad incomprensible para un marino como yo. Para dominar en el mar, hay que disponer por lo menos de un puerto resguardado. Pero, ¿dónde localizarlo? ¿Por qué no en esta isla de Día, distante una docena de kilómetros de Heraklion?
Desierta y silenciosa, Día apenas es hoy frecuentada por unos pocos pescadores, y por el pope que va a celebrar misa una vez al año. Mientras inspeccionamos las bahías profundas de su costa meridional, se refuerza mi convicción: desde los tiempos más remotos, debieron de refugiarse en Día los barcos que comerciaban con la capital de Creta.
En cuanto el *Calypso* echa anclas, un equipo se prepara para una primera inspección submarina. Tenemos la esperanza de que la historia haya salpicado de vestigios estos fondos. Albert Falco, nuestro jefe de buceadores, hierve de im-








*El* Calypso *ha fondeado en la bahía de San Jorge, que se adentra en la costa sur de la pequeña isla de Día, frente al puerto de Heraklion, la capital de Creta (en la página anterior, arriba). Un equipo de buceadores, bajo la dirección de Bernard Delemotte, levanta su campamento en la tierra insular (en la página anterior, abajo). Albert Falco (aquí abajo) explica al comandante Cousteau que ha descubierto en el fondo de la bahía unos montones de ánforas.*

paciencia. En el curso de una anterior incursión subacuática en las aguas de la isla, varios años antes, había descubierto un plato de cobre cerca de una vieja galera medio sepultada en el lodo. Este recuerdo le galvaniza. Cerca de mí, el doctor Kharalambaros Kritzas, el arqueólogo representante del gobierno griego en el *Calypso*, observa atentamente la escena. Rápidamente, a 30 metros de profundidad, las antorchas eléctricas de los buceadores iluminan una ladera de un valle submarino salpicado de trozos de alfarería, de grandes ánforas, de fragmentos de diversa naturaleza. Son los vestigios de treinta siglos de comercio, de guerras, de piratería y de naufragios... Elegante en su soledad, una especie de cafetera de cobre reluce en las tinieblas. Anforas, terracotas que se remontan a la época helenística o romana, jalonan el fondo.

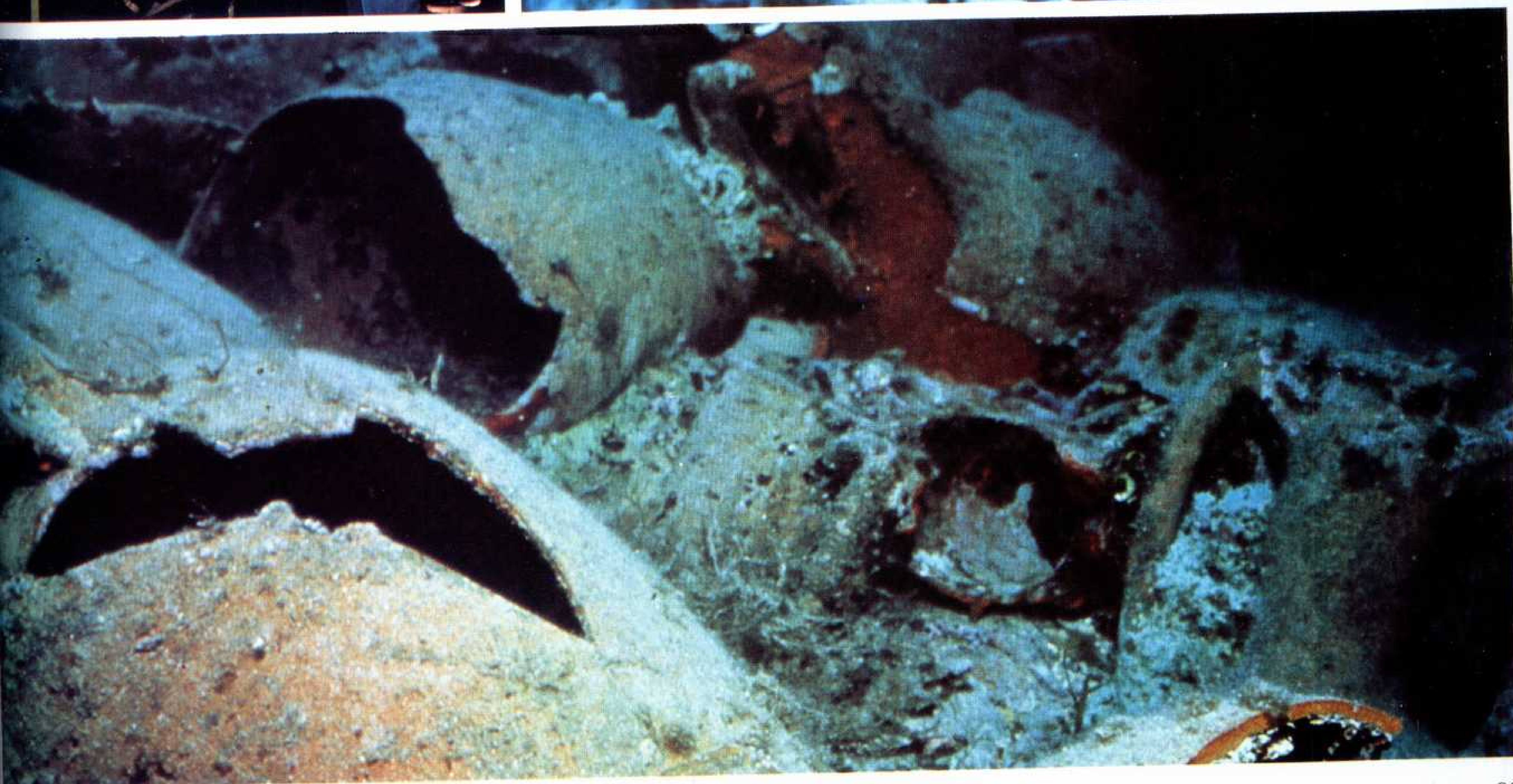
Volviendo a la superficie, los buceadores se apresuran a subir al *Calypso*. Están impacientes por comunicarnos estas buenas nuevas. Falco confirma mis suposiciones: Día era un puerto importante.

Yo me sumerjo poco después con Falco en el platillo buceador para tratar de delimitar el perímetro de nuestras futuras investigaciones, y establecer su extensión. Ambos descubrimos otros vestigios.

A 35 metros de profundidad reposa el cargamento, totalmente cubierto de concreciones, de un pecio romano correspondiente al siglo I después de Cristo. Más adelante, un testimonio más reciente de la actividad humana: un ancla corroída, perdida probablemente en la época del asedio de Creta por los venecianos. De bahía en bahía, montones de tejuelos de terracota nos indican la presencia de otros pecios. Es evidente que Día se hallaba, durante tres milenios, en el cruce de las vías marítimas del Mediterráneo...







# Un misterioso terraplén





*Una serie de fotografías aéreas (abajo) nos permite descubrir en la bahía de San Jorge una extraña formación en forma de dedo (arriba). Bernard Delemotte y sus compañeros acaban de construir el* Ulysse, *nuestra balsa (abajo), gracias a la cual vamos a explorar este desconcertante cono (en la página siguiente).*

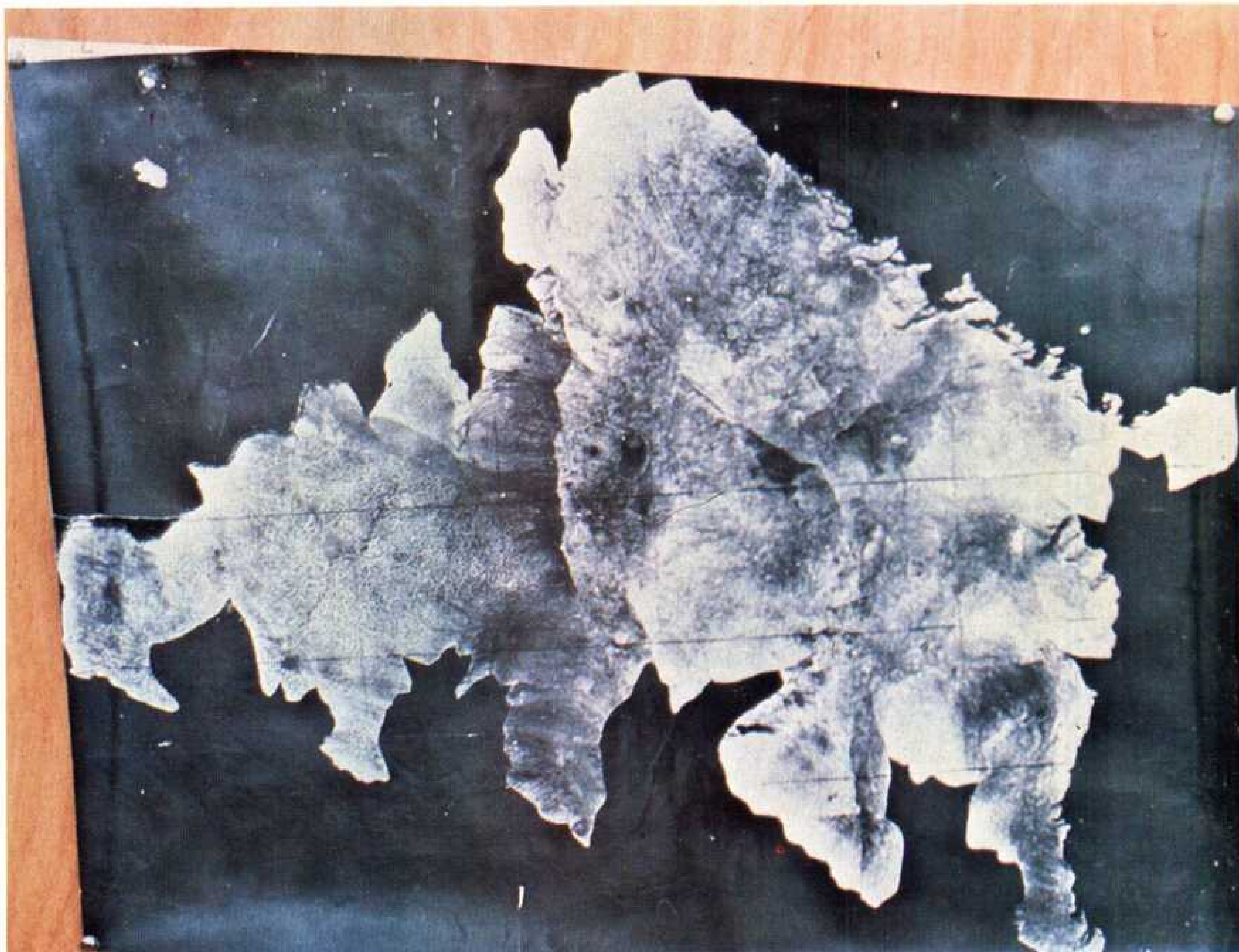
Las fotografías aéreas revelan los rastros de caminos o de construcciones antiguas que son invisibles desde el mismo suelo. Por eso instalamos una cámara fotográfica al chasis de nuestro helicóptero.

Vista desde arriba, con sus colinas pedregosas, sus escarpados arrecifes y sus senderos abandonados, Día no evoca para nada el mito lujuriante de la Atlántida. La vegetación rala y escasa que crece en este desierto de guijarros apenas basta para alimentar a pequeños rebaños de cabras salvajes, hoy amenazadas de extinción. El hombre las ha introducido en Día con el propósito de salvarlas. Pero en esta minúscula tierra tienen más bien tendencia a proliferar, empezando a resultar ya demasiado numerosas...

Sobrevolando la bahía de San Jorge, distingo en el fondo del agua la incierta silueta de una plataforma dispuesta perpendicularmente a la costa.

En el puente del *Calypso*, Albert Falco, Jean-Jérome Carcopino (nuestro fotógrafo), Raymond Coll y yo nos esforzamos, mal que bien, por reconstruir un mosaico cuyas piezas son las decenas de fotos tomadas desde el helicóptero. Mientras reunimos estos fragmentos de paisaje en un todo coherente, el enigmático promontorio que apenas he entrevisto bajo las aguas de la bahía me vuelve al recuerdo obsesivamente. ¿De qué se tratará? Decido aclarar el misterio sumergiéndome con Albert Falco, Ivan Giacoletto y Bernard Delemotte.

A partir de nuestro mosaico de fotos aéreas, he trazado una interpretación posible de las imágenes. Y trato de recordarla mientras me sumerjo. Podría verse en ella un antiguo puerto y su inmensa fortificación amurallada, cuya cima estaría hoy prácticamente a flor de agua.





Para acelerar la búsqueda, la flota auxiliar del *Calypso* se refuerza con una nueva unidad, un pontón de trabajo flotante, que mi mujer, Simone, bautiza en el curso de una ceremonia en toda forma. *Ulysse*, nuestra nueva balsa, lleva a cabo su corto viaje inaugural a través de la bahía de San Jorge, antes de quedar sólidamente anclada en el lugar correspondiente a su primera misión.

Sobrevolamos varias veces con escafandra autónoma el sitio cubierto de posidonias. No me cabe la menor duda: no se trata de una formación natural. Pero ¿cuál puede ser entonces la función de un vasto terraplén sumergido, cuya cima, cubierta de cinco metros de agua, domina el fondo de la bahía desde casi 20 metros de altura?

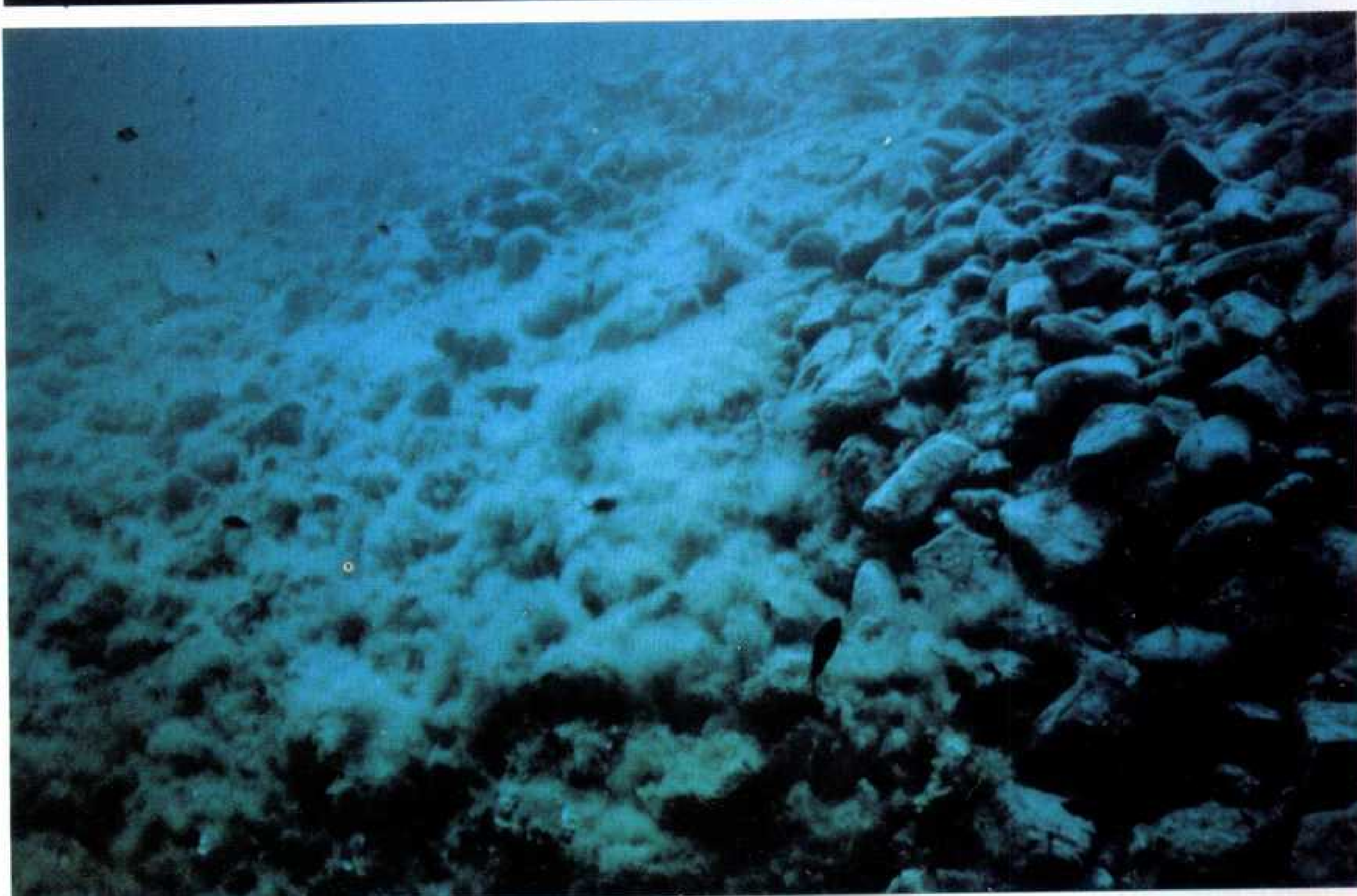
Hubo un tiempo, cuando el nivel del Mediterráneo (como ocurrió en todos los océanos del mundo) se encontraba unos cinco metros más abajo de donde hoy llega, en que debió de aflorar.

Y súbitamente, mi mente se aclara.

Estamos evolucionando encima de un amplio muelle redondeado, que formaba parte del gran puerto. Y me pongo a imaginarme cuando estaba en todo su esplendor. El puerto pulula de barcos mercantes originarios de una decena de países. Se observan también algunas naves de guerra de formas más alargadas. En el muelle, egipcios, sirios, macedonios, sicilianos, trabajan, comercian, especulan, alborotan, en una especie de galimatías compuesto de varias lenguas. Los muelles, cuyos muros y cimientos se adivinan, rebosan de balas de lana, de ánforas cuidadosamente alineadas, llenas de aceite, de vino, de salazones, de especias y perfumes. Evidentemente, nos encontramos en uno de los puertos comerciales más importantes y esplendorosos del mundo antiguo...

Me detengo. ¿Se trata de una evocación verosímil o estoy pura y simplemente fantaseando?





# A pie de obra, bajo el agua



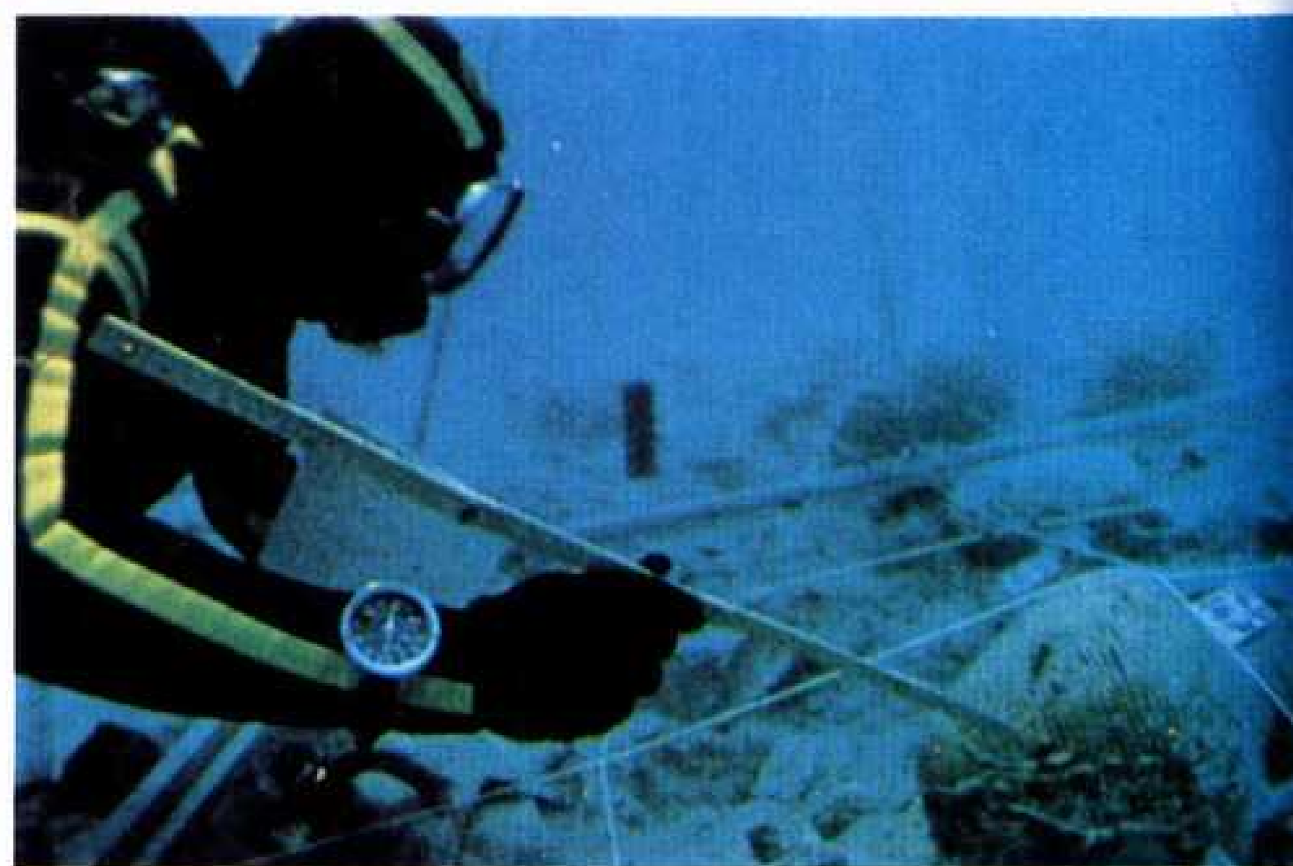
penderán aparatos fotográficos móviles, para asegurar las tomas estereoscópicas de las excavaciones.
A bordo del *Ulysse*, los buceadores se preparan. En lugar de sus escafandras autónomas habituales, utilizan los narguilés, largos tubos flexibles cuyos distribuidores están directamente alimentados desde la superficie por un compresor. Antes de las inmersiones, comprobamos el buen funcionamiento de los filtros que purifican el aire de los compresores. También nuestra aspiradora está preparada. Y la metemos en el agua.
Llegados al fondo, los buceadores se cambian sus aletas habituales por otras más cortas y menos molestas, que les permitirán «caminar» por la obra. Para no saltar a cada paso, se han lastrado con un cinturón de 10 kilogramos de plomo, que les mantendrá en contacto con el suelo. Una señal a la superficie, y el aspira-

EL profesor Kritzas y yo mismo queremos que las excavaciones submarinas se lleven a cabo de una forma perfectamente metódica. Delimitamos, por eso, cuidadosamente el lugar, cerca del muelle sumergido. Bajo la dirección de Bernard Delemotte, los buceadores dibujan el contorno sirviéndose de cuatro pilotes entre los que tienden las cuerdas. El cuadrado así obtenido es dividido en veinticinco alementos de dos metros cuadrados cada uno. Esta división permitirá un levantamiento riguroso de la posición de cada hallazgo.
Una vez preparado el terreno, descendemos bajo el agua un gran marco provisto de dos trípodes. De sus travesaños se sus-









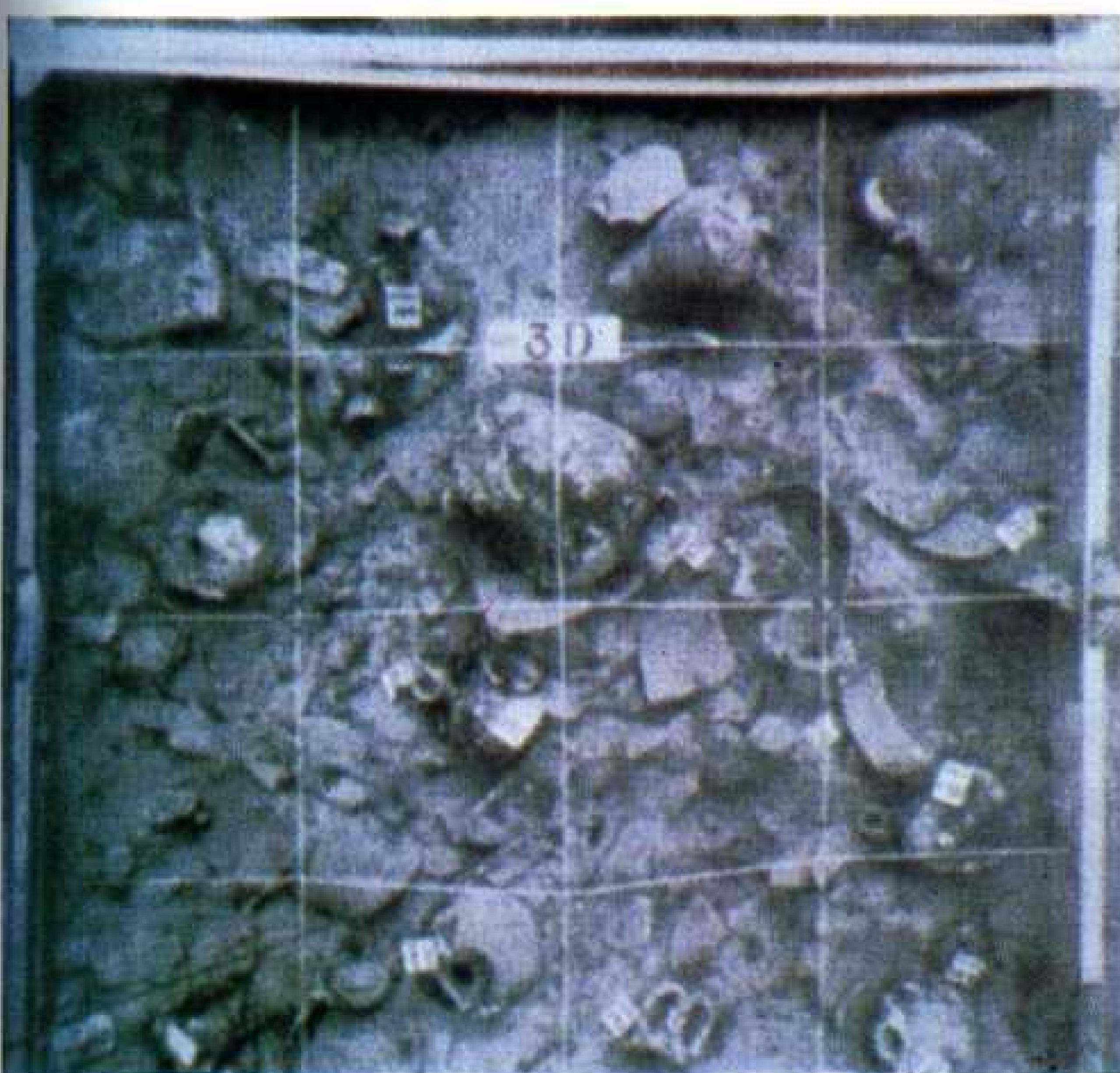






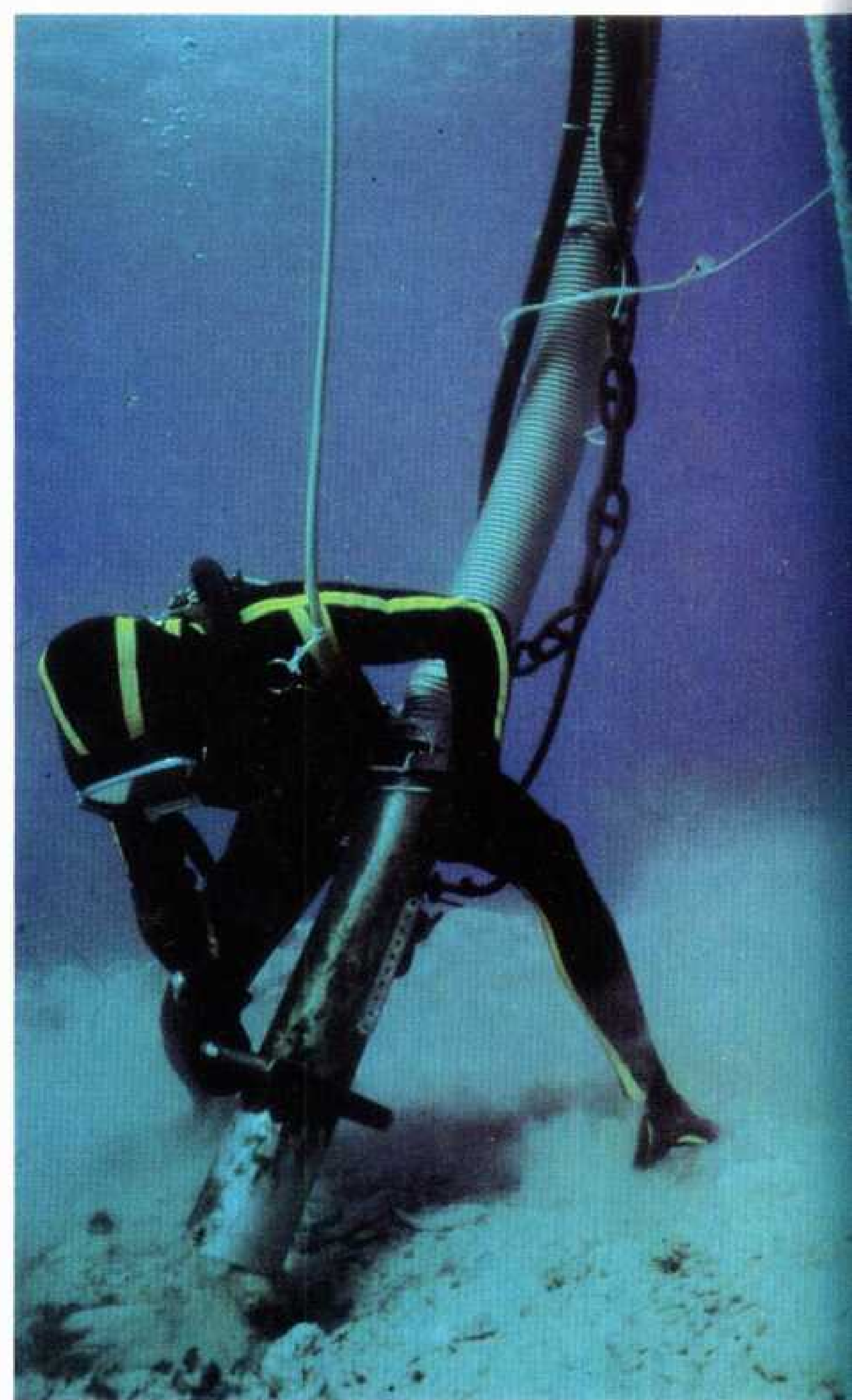






*Las tareas submarinas en la bahía de San Jorge nos ocupan todo el tiempo. Hemos fabricado un gran cuadrado (en la página anterior, arriba), que hemos calado sobre el yacimiento. Los objetos son fotografiados, dibujados y catalogados antes de ser subidos a la superficie (en la página anterior y aquí arriba). El profesor Kritzas, arqueólogo griego, dirige las excavaciones (a la derecha).*







dor del fondo de los mares entra en acción. Con infinitas precauciones, los hombres del *Calypso*, convertidos en arqueólogos submarinos, comienzan a aspirar la capa superficial de sedimentos, atentos a no cambiar de posición las ánforas y los demás vestigios sin autorización del doctor Kritzas. Los sedimentos arrojados por la aspiradora son recogidos en una criba a bordo del *Ulysse*, para que el arqueólogo los examine detenidamente.

Al paso de los días, las excavaciones se suceden sin descanso. La recogida de objetos que surgen del olvido de siglos se enriquece lentamente. Mientras se registra su posición los dejamos en el mismo sitio. Luego suben a la superficie en grandes cestos metálicos. El profesor Kritzas les pone una etiqueta. Fotografiamos cada pieza, y el arqueólogo las dibuja. Después de aspirar 30 centímetros de sedimentos, descubrimos una segunda capa arqueológica con objetos de uso cotidiano. Aquí, la historia habla el lenguaje mudo de la arcilla modelada por los artistas. Estos no podían imaginar que, dos mil años más tarde, otros hombres recogerían ávidamente sus modestas obras y las considerarían con interés y asombro.

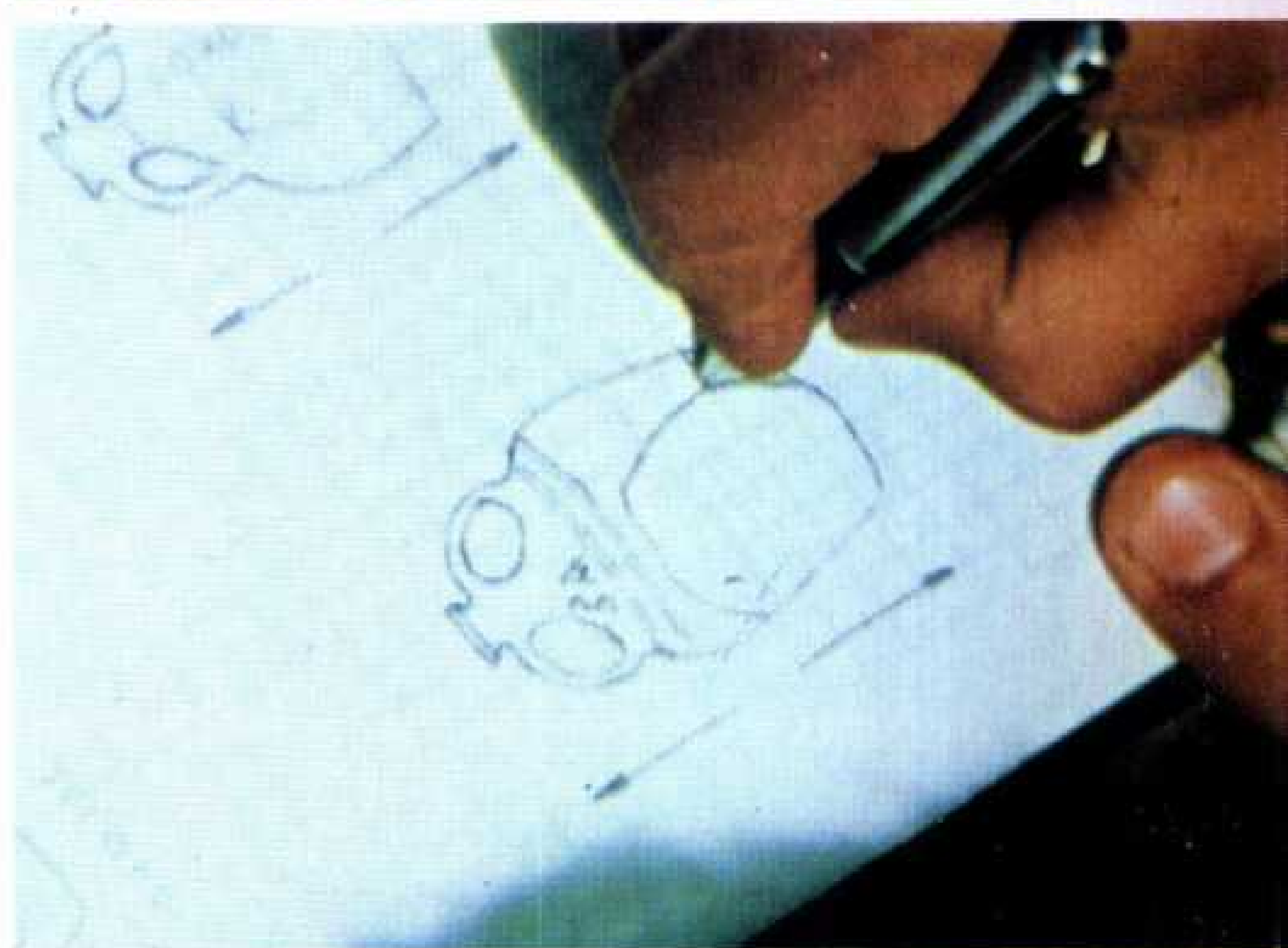
Como los minutos y los siglos dividen el tiempo, así los veinticinco cuadrados de nuestra cuadrícula del fondo del mar enmarcan el pasado.

En cuanto llega a la superficie, cada pedazo de ánfora, de vasija o de estatuilla, roto o intacto, es medido, catalogado por el profesor Kritzas, y de nuevo fotografiado por el arqueólogo y su asistente. Varios tejuelos llevan abigarradas inscripciones grabadas en la arcilla. El profesor Kritzas las reproduce con cuidado para estudiarlas posteriormente, o para que otros especialistas las descifren.

Admiro la paciencia de los arqueólogos, su minuciosidad, el amor infinito que ponen en su trabajo. Para ellos, los detalles cuentan más que nada. Y están dispuestos a consagrar su existencia al estudio de indicios ínfimos, que el profano ni nota. Evidentemente, los arqueólogos tienen razón. Sólo dando la mayor importancia a los detalles se puede esperar reconstruir la historia y la cultura de las épocas más remotas, las que menos rastros han dejado. ¿Cómo un estudioso podría menospreciar un solo fragmento de un objeto fabricado por el hombre y que ha resistido los embates de los elementos y del tiempo?









*Ponemos a funcionar nuestra enorme aspiradora, para recuperar más rápidamente las piezas arqueológicas: los buceadores con base en la isla de Día se alternan manejándola (en la página anterior, y aquí, a la izquierda). Multiplicamos también las expediciones a tierra.*

# Una taza de la época minoica

EN compañía de Bernard Delemotte hago una visita al equipo del *Ulysse* que acampa cerca de las únicas construcciones intactas de la isla, la iglesia y su minúscula sacristía. Construcciones que reviven una vez al año, cuando el pope llega a celebrar la misa para invocar la protección del santo patrón de la isla.
Bernard Delemotte me muestra muy orgulloso el «huerto» de tamaño de un pañuelo que el ingeniero de sonido Jean Hamon ha plantado entre las rocas. Un acto de fe puro y simple, pues las cabras salvajes sabrán hacer valer sus derechos de primeras ocupantes.
Las excavaciones progresan en el fondo de la bahía de San Jorge. Pero estoy intrigado por un muro de piedra, aparentemente sin mayor interés, que se eleva al borde del yacimiento. Me sorprende el número de piedras de construcción. Parecen haber sido sopladas por una fuerza colosal. Y me pregunto qué cataclismo natural pudo haberlas arrastrado tan lejos de la orilla. Vuelvo a pensar en la hipótesis formulada por el célebre arqueólogo Spiridion Marinatos. Habiendo encontrado en las costas de Creta los rastros de destrucciones causadas en tiempos remotos por un gigantesco tsunami, Marinatos pensó que no se podía tratar de los efectos de un simple terremoto. Un seísmo no proporcionaba una explicación suficiente a tamaña ruina. ¿Entonces, qué?
Semana tras semana, la aspiradora excava zanjas cada vez más profundas en las capas sucesivas de sedimentos. A cada nivel, seguimos escrupulosamente el mismo procedimiento: anotar la posición de las piezas, etiquetado, fotografía, dibujo...
Tomamos también, en cada capa, muestras de sedimentos para un análisis posterior, del que se encargarán los geólogos. Las ánforas y los frascos, más fáciles de identificar, son colocados sobre el *Ulysse*, y cuidadosamente estudiados antes de limpiarlos de las incrustaciones de esponjas, de algas y de otros organismos marinos que los colonizan.
Habiendo examinado todas las piezas una por una, el profesor Kritzas nos confirma que cuanto más avanzan en profundidad las excavaciones, más nos remontamos en el tiempo. Al principio, casi toda la alfarería era de la época bizantina. Ahora ya llegamos a las capas de la época romana o egipcia. He aquí de pronto algunos ejemplares del arte griego clásico del siglo V antes de Cristo. Evidentemente, ciertas cerámicas pertenecen a una época de transición entre la edad griega clásica y una cultura más antigua.
Los halcones de Eleonor son los amos del cielo de Día. Como las cabras, pertenecen a una especie amenazada. Se trata de aves rapaces migradoras, que viven a expensas de los pájaros. En la isla están





tranquilas; pero en otras partes... El hombre es una criatura desconcertante. Ofrece santuarios a sus víctimas, pero es incapaz de protegerse definitivamente contra su propia locura.
Sin embargo, al contemplar el desolador paisaje de Día, cubierto en otro tiempo de verdes bosques, no logro convencerme de que el hombre haya sido el único culpable de esta desolación. Las leyendas relativas a la destrucción brusca y brutal de la Atlántida me vienen una y otra vez a la memoria, así como las hipótesis, defendidas por algunos especialistas, según las cuales la civilización cretense habría servido de modelo a la Atlántida evocada por Platón novecientos años des-







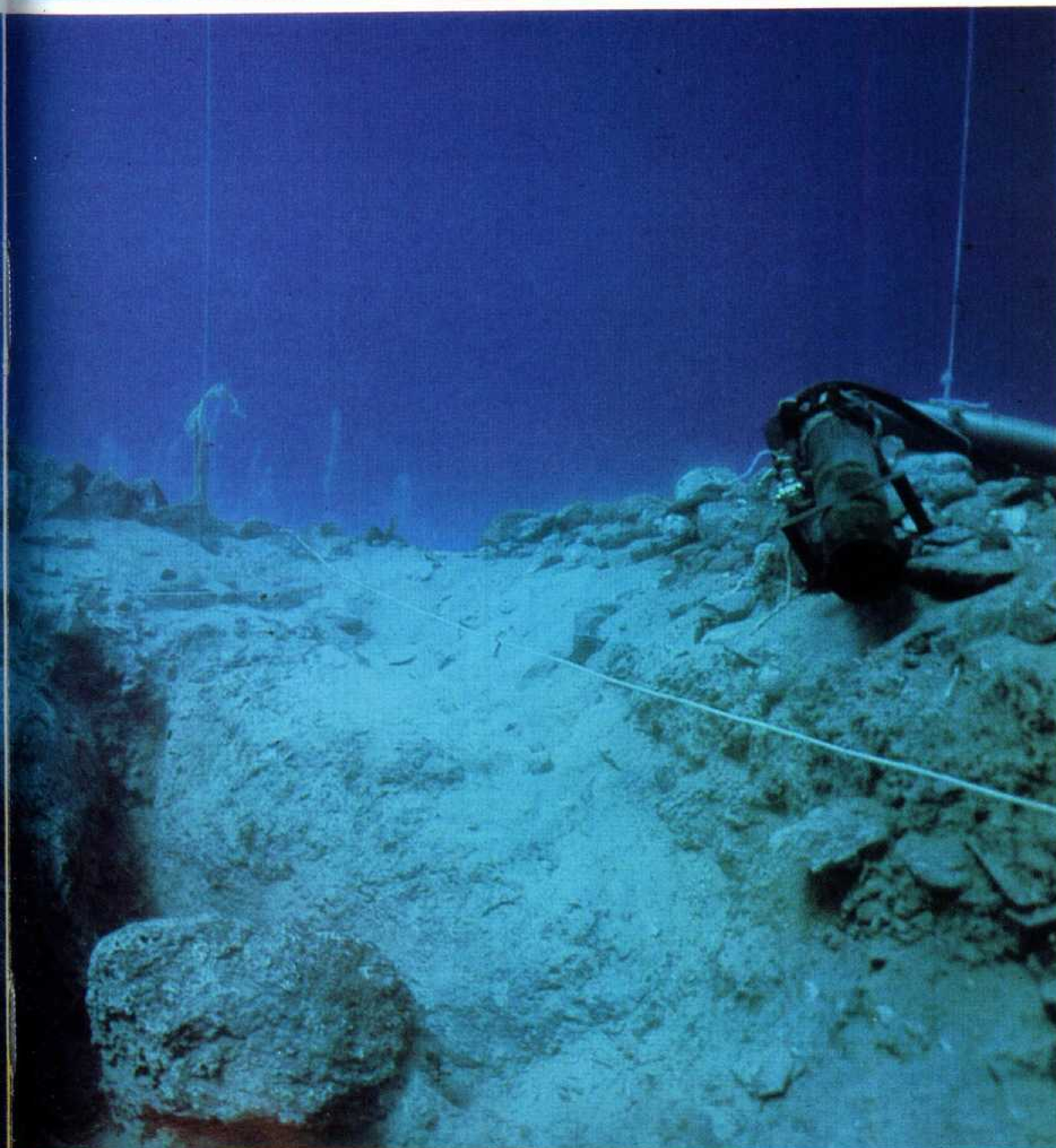










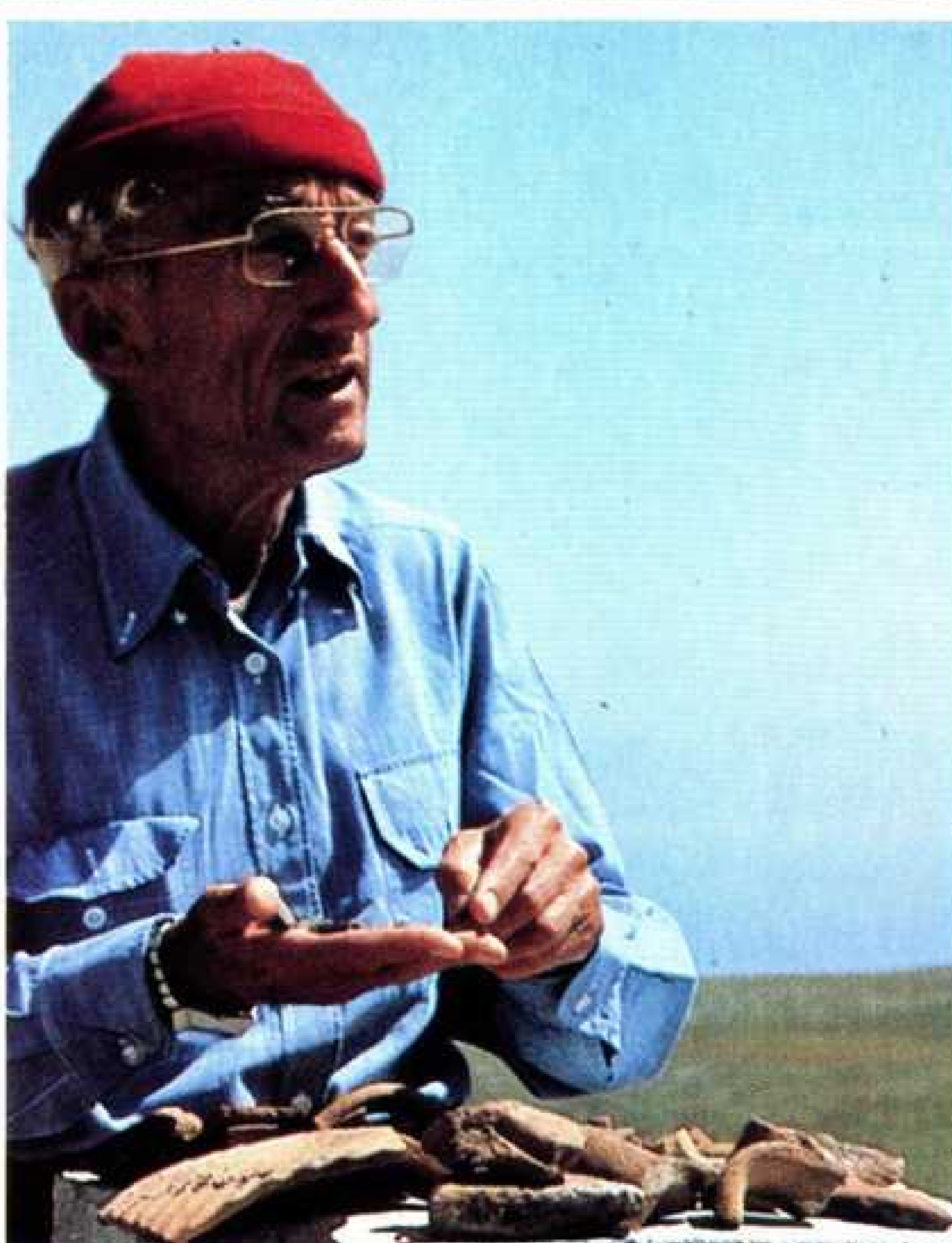
*Excavamos varias zanjas en el sedimento. Cada vez que aspiramos una nueva capa de sedimento, encontramos objetos más antiguos. Finalmente descubrimos esta modesta y valiosísima taza de la época minoica (arriba).*

pués. Pero nuestras excavaciones no han puesto todavía de manifiesto ningún objeto que pudiera confirmar que el puerto de Día existía ya en tiempos de la Creta minoica.

En el fondo de la bahía de San Jorge, los trabajos arqueológicos tocan a su fin. Después de semanas y semanas de labor, después de excavar sobre tres metros de espesor las capas de sedimentos cada vez más antiguas, nuestros buceadores llegan finalmente al suelo rocoso, totalmente infranqueable.

Es entonces cuando, a la más grande profundidad que podríamos alcanzar, surge finalmente la prueba de que el puerto de Día existía ya en la edad de Bronce: una taza, una simple taza de la época minoica... Sola en su especie, humilde, poco vistosa, representa, sin embargo, la pieza esencial de nuestras excavaciones. El profesor Kritzas, entusiasmado, autentifica la edad de taza tan valiosa. Al final de esa jornada memorable, encontramos otros fragmentos de la época minoica. Poco, pues en esos lejanos tiempos los hombres eran menos pródigos, estaban menos dispuestos a desembarazarse de sus objetos «anticuados» que los hombres de civilizaciones más recientes. Nosotros inventamos el despilfarro organizado.

En una época en que dominar el Mediterráneo oriental significaba dominar todo el mundo antiguo, la Creta minoica controlaba la cuenca mediterránea desde Sicilia hasta las costas del Medio Oriente. Una simple taza sin ningún adorno, pero de forma muy particular, atestigua que el poderío cretense se basaba ampliamente en el gran puerto de Día.





*En compañía del doctor Kritzas, el comandante Cousteau asciende a la parte más alta de la isla de Día. Juntos encuentran nuevas piezas arqueológicas, especialmente obsidianas. Estas rocas vitrificadas no proceden de la isla: eran objeto de un importante tráfico desde la más remota antigüedad. Su presencia acaba de demostrarnos que Día era, desde la época minoica, una plaza importante en el comercio del Mediterráneo oriental.*

En la parte más alta de la isla, el profesor Kritzas y yo encontramos, a cielo abierto, fragmentos de barro cocido de diferentes épocas, e incluso obsidianas. Los antiguos utilizaban este material para fabricar armas y diversos utensilios, siendo objeto de un importante tráfico marítimo.

Si Día era el puerto principal y la punta de lanza militar de los reyes minoicos que residían en Cnossos, en la isla de Creta, los bloques de piedra en el fondo de la bahía de San Jorge, ¿no serían la prueba de que la isla fue devastada por un cataclismo natural, dejando indefensa a Creta y causando así su rápido declive? ¿Y si la Creta minoica hubiera sido la tierra de los atlantes? Es lo que quiero comprobar. Pero hay un «pero» mayúsculo: a diferencia de la Atlántida de Platón, Creta en modo alguno quedó sepultada bajo las olas.

## REFERENCIAS FOTOGRÁFICAS

The Cousteau Society Inc. Colaboran además: Harold Edgerton. Environmental Protection Agency (E.P.A.). Federal Water Quality. Fototeca Storica Nazionale. René Maestri-Monaco. R. Murphy. Musée Océanographique de Monaco, Collection du Prince Albert I. Musée Océanographique de Monaco/R. Esposito, M. Matteucci. Nasa. Publifoto. Angelo Regaldi/Sef, Turín. Sipa/Grazia Neri. E. Smith/Magnum. Roméo Spadoni. U.S.S. Geological Survey.

## ILUSTRADORES

Lorenzo Orlandi.

COUSTEAU

34

VIAJES

folio